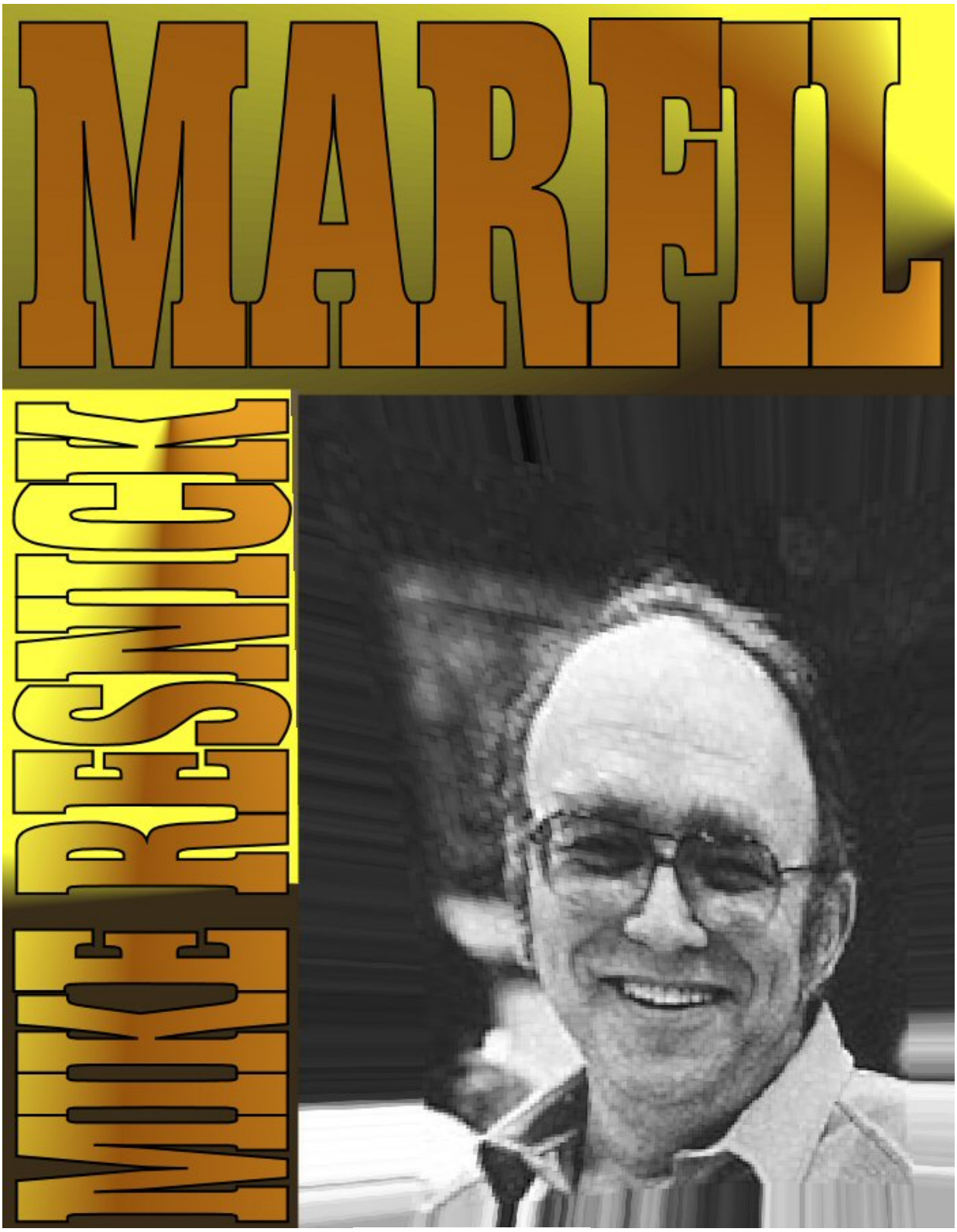
MARFIL
MIKE RESNICK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Carol, como siempre

Y a Perry Mason,
el mejor guía de África Oriental

Librodot

Agradecimientos

El autor desea expresar su gratitud a las siguientes personas:

A la doctora Juliet Jewell, del Departamento de Zoología del Museo Británico de Historia Natural, por permitirme el acceso al almacén de seguridad del museo para examinar los colmillos del Elefante del Kilimanjaro.

A Peter Capstick, cazador blanco y *raconteur* literario, por señalarme unas cuantas fuentes que yo había pasado por alto.

A los directores del East African Wildlife Society y, en especial, a Shereen Karmali, editor de *Swara,* por su aliento.

A Stephen Kimmel y al doctor Dean R. Lambe, por permitirme el uso de su programa de computadora World Builder.

A Beth Meacham, mi editora, por su entusiasmo y apoyo desde el primer instante en que le mencioné este proyecto.

Y, por encima de todo, a mi buen amigo Perry Mason, por compartir conmigo su tiempo, sus conocimientos y su país, y por ayudarme a desandar el último viaje del elefante gigante desde el lecho del Río Tana hasta las pendientes del Kilimanjaro.

1

El Jugador
(3042 E.G.)

Tenía muchos nombres.

Los Samburu me llamaban *Malima Temboz,* La Montaña Que Camina, porque me elevaba por encima de todos los demás de mi especie y porque siempre ascendía la siguiente colina o cruzaba el próximo valle para ver qué había más allá.

Para los Kikuyu, yo era *Mrefu Kulika Twiga,* Más Alto Que Las Jirafas, porque era capaz de coger suculentas delicias que se hallaban fuera del alcance de los animales más grandes, y porque ninguna sombra era más larga que la mía.

Los Makonde me conocían como *Bwana Mutaro,* el Señor de la Labranza, porque allí por donde iba mis colmillos abrían surcos gemelos en la dura tierra africana y mi rastro resultaba inconfundible con el de los otros.

En la tierra de los Maasai yo era *Fezi Nyupi,* Oro Blanco, ya que de mi boca sobresalía una gran fortuna, fortuna que ningún otro de los de mi raza tuvo jamás.

Y ahora sólo se me conoce como el Elefante del Kilimanjaro; mi verdadero nombre se ha perdido con el viento, mi cuerpo se ha descompuesto y mis huesos se han convertido en polvo. Únicamente mi espíritu permanece, inquieto e incompleto.

Era una noche típica en Athenia.

La tormenta había alcanzado la fuerza de un huracán. Oscuras nubes de metano remolineaban en el cielo mientras que las olas de amoníaco surcaban los océanos y rompían atronadoramente contra los riscos rocosos. Descargas azules de relámpagos le daban a las nubes un resplandor espectral, y los interminables truenos parecían anticipar un inminente y desagradable Día de Ajuste de Cuentas.

En una ocasión, hace muchos siglos, la Democracia había poseído una colonia minera en Athenia, y la montaña más alta del planeta, que había recibido el poco original nombre de Monte Olimpo, aún estaba llena de agujeros entrelazados por cientos de kilómetros de túneles y pozos que servían como testimonio de esa época desaparecida ya. Entonces se colonizaron otros mundos más ricos, cuyos recursos eran más fáciles de extraer, y los mineros se trasladaron, dejando la montaña y el planeta completamente desiertos.

Habían permanecido desiertos durante casi un milenio, hasta el día en que Tembo Laibon los reclamó como suyos y erigió una cúpula en la misma cima de la montaña, bautizándola la Casa de las Luces Azules como reconocimiento a la eterna tormenta que rugía en el cielo. La Casa de las Luces Azules era, ostensiblemente, una taberna, pero, claro está, nadie venía al noveno planeta del lejano sistema Beta Greco sólo para beber. De hecho, la causa de que la Casa de las Luces Azules floreciera, no tanto como un bar sino como un lugar de reunión para los forajidos y proscritos de todas las razas, se debió, precisamente, a que Athenia se hallaba muy lejos del Borde Galáctico y de los focos de poder de la humanidad. Los Kreboi, seres de muchas extremidades, que habitaban Beta Greco III y no sentían amor alguno por la Democracia, autorizaron a Tembo Laibon a operar allí y extendieron su protección para incluir su planeta.

Y ahora, en la sala principal de la taberna, había sentados unas dos docenas de humanos y nueve alienígenas, que ignoraban las resplandecientes explosiones azules que iluminaban la atmósfera del exterior de la cúpula. Dos hombres estaban encorvados en compañía de un trío

de altos canforitas de piel carmesí y ojos estrechos, negociando el precio de un cargamento de armas láser escondidas; un hombre de cabellos plateados y vestido con ropas llamativas le contaba a dos compañeros levemente aburridos historias fantásticas sobre la Bestia de los Deseos y otros mitos de las rutas espaciales; un ser delicado y cristalino procedente del sistema Atriano, el cuerpo recubierto por un traje diseñado para ahogar sonidos potencialmente peligrosos, permanecía sentado inmóvil en un rincón, mirando ominosamente la compuerta de la recámara por ninguna razón aparente; un par de mujeres elegantes, exquisitamente peinadas y ataviadas, regateaban sus servicios a un cuarteto de hombres que, sin lugar a dudas, no necesitaban discutir el precio, aunque parecían disfrutar con ello; dos lodinitas peludos y tripodales discutían con un hombre corpulento, de gesto indiferente, el precio de una rara talla doradusiana que tenía sobre la mesa.

En un rincón, cuatro hombres, otro canforita y un kreboi jugaban al *Jabob,* un juego de cartas que había sido inventado a media galaxia de distancia. El juego estaba entrando en su séptimo mes y tenía un total de cuatrocientos tres participantes. Cuando un jugador se arruinaba, se cansaba, tenía hambre o decidía que debía atender negocios en otra parte, le pasaba el lugar al siguiente de la fila. En ese momento, había sentados tres hombres a una mesa adyacente, cada uno esperando su turno para entrar en el juego.

Sin embargo, a pesar de toda esa actividad, todos sabían que había otro juego en marcha detrás de las puertas cerradas del cuarto de atrás de Tembo Laibon: *el* juego.

El cuarto en sí siempre había sido el tema de mucha especulación, ya que era ahí donde Tembo Laibon almacenaba sus tesoros personales. Sobre la barra de madera tallada a mano había colgadas cuatro cabezas de unos espantosos animales carnívoros procedentes de la misma Tierra, mientras las pieles de otros animales cubrían toda la pared de atrás. Había unas veinte lanzas largas de metal igual que un número de pequeñas tallas de madera en un exhibidor de cristal cerrado. Y, finalmente, dominando la estancia, estaban las columnas gemelas de marfil ligeramente curvadas, que se alzaban por encima de todo aquel, ya fuera hombre o alienígena, al que se le permitía verlas.

Tembo Laibon en persona estaba allí con sus dos metros siete de estatura, su piel negra brillando como ébano lustroso, vestido como siempre con pieles de animales alienígenas. Bebió un sorbo de una mezcla de color verde de una copa alta de cristal, se limpió los labios y miró alrededor de la mesa mientras empezaba a repartir las cartas.

A su izquierda inmediata había un alienígena conocido sólo como la Gorgona, una monstruosidad enorme, de piel carmesí, que decía proceder del sistema de Nueva Roanoke. Todo el mundo sabía que el sistema Nueva Roanoke estaba deshabitado, pero un vistazo a sus inmensos músculos y sus colmillos protuberantes bastaba para convencerlos de que su incredulidad no tenía sentido y que lo mejor era dejar de preguntar sobre sus orígenes o su pasado. Nadie sabía a cuántos seres inteligentes había matado la Gorgona, pero se rumoreaba que sobrepasaba el centenar.

La Gorgona llevaba perdiendo sin parar desde hacía dos horas y, sin ser de por sí un gran hablador, su carácter hosco y taciturno había ido en aumento.

No sucedía lo mismo con la Duquesa de Hierro. Era más máquina que mujer, y sus manos metálicas se hallaban ocupadas acomodando sus ganancias en pequeños y parejos montoncitos, mientras sus dientes de titanio reflejaban los relámpagos cuando sonreía; su corazón artificial bombeaba sangre químicamente enriquecida a través de venas de plástico, y su voz mecánica llenaba la estancia con la extraña melodía de su charla alegre. Tembo Laibon la analizó por el rabillo del ojo, y se preguntó qué partes de ella estarían vivas de verdad.

Una que, sin lugar a dudas, estaba viva y se recreaba con ello, era la criatura sentada a la derecha de Tembo Laibon. Nadie sabía qué había sido en su origen, pero, de algún modo, en alguna parte, mientras vagaba a lo largo y ancho de su vida, había llegado a la conclusión de que quería, para variar un poco, estar del lado ganador, y se había sometido a una serie de alteraciones quirúrgicas que le dejaron con el aspecto de un humano deforme. Sus ojos eran anaranjados, las fosas de su nariz estaban demasiado separadas, los oídos muy pegados a la

cabeza; uno aún podía ver dónde se le habían extraído unos dedos y unos pulgares opuestos extras de cada mano. No paraba de moverse en su silla, ya que todavía no se había acostumbrado a la forma en la que su cuerpo nuevo se inclinaba.

Se llamaba a sí mismo Hijo-del-Hombre y, en lo referente a esta noche, hasta ahora jugaba como si un Hijo del Hombre más reverenciado estuviera a su lado y le trajera suerte.

Justo enfrente de Tembo Laibon se hallaba Buko, el alienígena rojo de Sigma Silani IV. Su piel de lagarto era lustrosa y estaba húmeda, y emitía destellos debido a la débil luz que entraba por la tronera; su cara, que era incapaz de mostrar alguna expresión, se parecía extraordinariamente a la de los dragones sobre los que Tembo Laibon había leído de pequeño. Buko iba completamente desnudo, y su piel exudaba un olor a aceites alienígenas demasiado dulce. Encaramado entre sus omóplatos, con las garras transparentes y el largo pico hundidos profundamente en su carne, había una diminuta criatura parecida a un pájaro sin plumas que vivía en una especie de grotesca simbiosis con él.

Finalmente, Tembo Laibon depositó las cartas sobre la mesa y acomodó su peso en la silla, que flotaba a unos centímetros del suelo. La nave que traía a los dos jugadores que faltaban acababa de realizar el acoplamiento, razón por la que suspendió el juego hasta que llegaran.

—Me gustaría tomar una copa, por favor—pidió Hijo-del-Hombre, lanzándole una sonrisa que exhibió una boca llena de dientes de color púrpura cuidadosamente tallados.

— ¿Lo mismo que la última vez? —preguntó Tembo Laibon.

—Por supuesto —replicó la cosa que parecía un hombre—. Estas bebidas alienígenas son tan... tan *gauche.* —Frunció la nariz artificial en un gesto de desagrado.

— ¿Alguien más? —inquirió Tembo Laibon, contemplando una explosión azul excepcionalmente violenta a través de la tronera. Se preguntó si los relámpagos que bañaban las extensas Llanuras de Serengeti eran una premonición, y llegó a la conclusión de que no podía ser—. Última oportunidad para pedir bebidas.

Al no obtener ninguna respuesta, Tembo Laibon tecleó la orden en el panel que tenía delante. Un momento más tarde, un robot entró en la estancia portando una sola copa en una bruñida bandeja de plata.

—Gracias —dijo Hijo-del-Hombre cuando el robot le dejó la copa sobre la mesa.

—De nada, Señoría —repuso el robot con un tono chirriante y monótono.

— ¡Parece tan ridículo! —comentó con una risita ahogada Hijo-del-Hombre cuando el robot se marchó—. ¡Una monstruosidad metálica con la forma de un hombre!

— ¿Qué tiene de malo el metal? —quiso saber la Duquesa de Hierro, cuando el destello reflejado de un relámpago azul iluminó sus uñas de platino y sus dientes de titanio—. Dura mucho más que la carne.

— ¡Oh, mi querida señora! —exclamó Hijo-del-Hombre—. No pretendía ser irrespetuoso, ciertamente que no. Por favor, creedme.

Ella le contempló con ojos fríos, y sus pupilas se contrajeron un poco cuando unos microchips diminutos emplazados en el interior de sus ojos realizaron un ajuste instantáneo ante la luz que procedía de las explosiones que tenían lugar más allá de la tronera.

—Os perdono —concedió ella al fin.

—Gracias. Os aseguro que...

—Os perdono —repitió ella—. Eso no significa que os crea.

—Ya basta de charla —gruñó la Gorgona—. Es hora de jugar.

—Dentro de un minuto —dijo Tembo Laibon, trayendo a su mente de regreso de la sabana verde de África donde pasaba la mayor parte de su tiempo—. Acaban de llegar dos participantes más.

— ¿Pueden permitirse las apuestas que se barajan aquí?

—Nadie entra a esta sala sin una invitación —le aseguró Tembo Laibon—. Te aseguro que pueden. —Reinó una quietud momentánea y, entonces, el panel que había enfrente de Tembo Laibon se iluminó con un mensaje silencioso. Frunció el ceño y alzó la vista—. Mis

robots me comunican que ahí afuera hay *tres* personas.

— ¿Quién es la tercera? —preguntó la Duquesa de Hierro.

—No están seguros. Tiene el aspecto de una mujer humana, pero las lecturas que reciben parecen ser todas erróneas.

—Espero que sea bonita —comentó Hijo-del-Hombre con lo que él creyó que era un rudo entusiasmo masculino.

Tembo Laibon tecleó un mensaje en su panel.

—Dejemos que entren y averigüémoslo.

Un momento más tarde, la puerta se deslizó a un costado y dos hombres y una mujer entraron en la estancia. Uno de ellos era de complexión fuerte, ancho y fornido, con un pelo negro rizado y pequeños ojos oscuros; se trataba de Áyax Primero, el músculo de la pareja. El cerebro era delgado y nervudo, y llevaba una tupida barba roja; se trataba de Áyax Segundo. Más de veinte mundos fronterizos habían ofrecido recompensas por su captura; sin embargo, se movían en plena libertad por la Frontera Exterior y el Borde, y más de un cazarrecompensas que les había rastreado deseó haber ido tras una presa más fácil.

La mujer, vestida con un refulgente vestido de color azul metálico, llevaba el largo cabello rubio recogido sobre la cabeza y lucía un collar de resplandecientes piedras de sangre procedentes de las minas de Altair III.

—Caballeros, por favor, presenten a su acompañante —pidió Tembo Laibon, frunciendo el ceño.

—Soy Helena —dijo la mujer rubia.

—Es nuestra esposa —explicó Áyax Segundo.

— ¿Nuestra esposa? —repitió la Duquesa de Hierro, enarcando una ceja artificial.

—Suya y mía.

— ¿Está casada con ustedes dos?

—Así es.

—No fue invitada a participar —anunció Tembo Laibon—. Debe abandonar la sala.

—Sólo se trata de una androide —explicó Áyax Primero—. No molestará a nadie.

—Por favor, desactívala —dijo Tembo Laibon.

—Me gustaría mirar la partida —pidió Helena.

Tembo Laibon la observó.

—Debido a las apuestas del juego, no se puede permitir ningún indicio de deshonestidad —explicó—. Debes ser desactivada.

— ¿Cómo puede haber alguna deshonestidad si se sienta detrás nuestro y sólo mira? —preguntó Áyax Primero.

—No tengo idea —replicó Tembo Laibon—. Quizá puede ver a través de las cartas. Tal vez calcule las probabilidades y tenga algún modo de comunicároslo. Poco importa. Los nervios se pueden encender en un juego como éste, y, por vuestro propio bien, no quiero que se diga que os aprovechasteis de vuestros compañeros.

— ¿Y qué me dices de ese pequeño animal que hay en *su* espalda? —demandó Áyax Primero, señalando a Buko—. ¿Cómo sé que no le está ayudando?

—Se trata de una forma de vida simbiótica que oxigena mi sangre cuando me encuentro en planetas de baja gravedad —repuso Buko.

—Éste no es un planeta de baja gravedad.

—Para mí sí.

—Si ya habéis terminado de discutir —intervino Tembo Laibon con paciencia—, podéis desactivar a la androide.

Áyax Primero se encogió de hombros; luego, miró directamente a la androide.

—Ve al rincón, Helena —ordenó, y ella, de inmediato, se dirigió al rincón más apartado de la sala. Entonces, él musitó un breve comando en una lengua desconocida para Tembo Laibon.

Los ojos de Helena se cerraron y la cabeza le cayó al pecho.

Librodot

— ¿Satisfechos? —preguntó Áyax Primero, volviéndose a la mesa.

— ¿Cómo sabemos que aún no es operativa? —inquirió con suspicacia la Gorgona.

—Piensa en la prueba que quieras y aplícasela —comentó Áyax Segundo.

—Eso no será necesario —dijo Tembo Laibon—. La casa declara que ha sido desactivada. —Se dirigió a Áyax Segundo—. Es nueva —indicó.

—La encargamos hace un año. Fue terminada el mes pasado, y ha estado con nosotros desde entonces.

— ¿Por qué alguien querría casarse con una androide? —preguntó con curiosidad Hijo-del-Hombre.

— ¿Por qué no? —repuso Áyax Segundo—. De vez en cuando, nos gusta un poco de pompa y ceremonia.

—Qué interesante —dijo la cosa que parecía un hombre—. De paso, no hemos sido presentados. Soy Hijo-del-Hombre.

—Nosotros somos los Aiantes —dijo Áyax Segundo.

— ¿Perdón? —preguntó Hijo-del-Hombre.

Áyax Segundo sonrió.

—Veo que no habéis leído a Homero, ¿verdad?

— ¿Quién es Homero?

—Yo sí lo he leído —indicó la Duquesa de Hierro—. Y hasta donde recuerdo, sólo hubo un Áyax en la Guerra de Troya.

—Entonces, vuestra memoria os engaña —replicó Áyax Segundo—. Estaba Áyax, hijo de Telamonio, un guerrero enorme que luchó hombro con hombro junto a Odiseo. Ese es *él.* Pero también estaba Áyax, el hijo de Oileo, que era pequeño, ágil y el mejor lanzador de jabalinas. Ése soy *yo.* Juntos, se les conoció como los Aiantes.

—Siento una gran fascinación por los nombres —comentó Hijo-del-Hombre con entusiasmo—. ¿Cómo es que habéis elegido los vuestros?

—Athenia nos ofrece un refugio seguro, de modo que siempre que nos encontramos en este sector, adoptamos nombres atenienses en muestra de gratitud —explicó Áyax Segundo.

—Pero, ¿por qué el mismo nombre dos veces?

— ¿Por qué no?

—Resulta muy confuso.

—Para nosotros no lo es —replicó Áyax Segundo.

— ¿Qué nombres usáis en otros sectores de la galaxia? — preguntó Hijo-del-Hombre.

—Eso no es asunto vuestro.

—Sólo intento mantener una conversación —dijo Hijo-del-Hombre —. No hace falta ser descortés.

—No estaba siendo descortés, sólo precavido — respondió Áyax Segundo —. Si tanto os interesan los orígenes de los nombres, ¿por qué no se lo preguntáis a los demás?

—No hace falta — comentó Hijo-del-Hombre —. Buko y Tembo Laibon son nombres propios, y el origen de los otros dos es bastante obvio.

Áyax Segundo sonrió.

—Aquí fuera, ningún humano utiliza su nombre propio.

Hijo-del-Hombre se volvió hacia Tembo Laibon.

— ¿Es cierto eso?

—Entonces, ¿qué significa Tembo Laibon? —preguntó Hijo-del-Hombre.

—En un dialecto antiguo llamado Swahili, significa Jefe de Elefantes.

— ¿Qué es un elefante? —quiso saber Hijo-del-Hombre.

Tembo Laibon sonrió.

— ¿Veis esas dos columnas blancas? —indicó el marfil.

— ¿Qué relación tienen con vos? —inquirió Hijo-del-Hombre.

—Pertenecieron al más grande de todos los elefantes —explicó Tembo Laibon —. Yo desciendo de un pueblo llamado Maasai. Solían cazar elefantes con lanzas similares a las que

veis en la pared de atrás —se detuvo—. Se mató al último elefante hace cuatro milenios.

Hijo-del-Hombre se puso de pie y se acercó al marfil.

—Parecen de madera —dijo finalmente.

—En una ocasión fueron blancos y resplandecieron como la plata bajo una luz brillante.

—Debió de tratarse de un animal muy grande —continuó Hijo-del-Hombre, claramente impresionado—. ¿Son sus costillas?

—Son sus dientes.

Hijo-del-Hombre echó hacia atrás la cabeza y se rió.

— ¡Tenéis un notable sentido del humor!

—Son sus dientes —repitió Tembo Laibon.

—Ningún animal que haya vivido jamás tuvo dientes ni la mitad de largos que éstos —replicó Hijo-del-Hombre—. Os burláis de mi ignorancia.

—Disfruto con vuestra ignorancia —corrigió Tembo Laibon—. Pero os estoy diciendo la verdad.

— ¡Ridículo! —exclamó Hijo-del-Hombre, regresando a su asiento. Centró sus ojos anaranjados sobre Tembo Laibon durante un momento—. ¿Por qué sois el Jefe de Elefantes? Vuestros dientes no son más grandes que los míos.

—Soy el Jefe de Elefantes porque yo digo que lo soy —repuso Tembo Laibon con cierta irritación—. ¿Pensáis pasar el resto de la noche disputando mi derecho a llamarme como desee, o estáis dispuestos a jugar a las cartas?

—A las cartas, claro —dijo Hijo-del-Hombre—. Tendré más fortuna con ellas que en conseguir que respondáis una pregunta atenta.

— ¿Las mismas reglas de siempre? —inquirió Áyax Segundo.

Tembo Laibon asintió.

—No se aceptará ninguna moneda de curso legal en la Democracia.

— ¿Ni siquiera rublos de Stalin?

—Ninguna.

—Nos dejaste usarlos la última vez —se quejó Áyax Segundo.

—La última vez, era todo lo que teníais —replicó Tembo Laibon—. Y os advertí que no volverían a ser aceptados.

Áyax Segundo frunció el ceño.

— ¿Y que me dices de dólares de María Teresa?

—Sólo por el valor del oro que contienen.

Áyax Segundo musitó algo inaudible.

—Ésta puede ser una noche corta —añadió luego para que todos lo oyeran.

—Como yo no apuesto, sino que reparto las cartas —indicó Tembo Laibon—, cederé si vuestros oponentes aceptan vuestro dinero. —Miró alrededor de la mesa.

—En absoluto —comentó la Duquesa de Hierro—. Yo paso la mayor parte de mi tiempo *evitando* a la Democracia.

—Eso nos ocurre a todos —opinó Buko.

—Y algunos de nosotros —intervino la Gorgona con su voz profunda— tenemos poca confianza en su longevidad, de ahí que tampoco creamos en el valor de su moneda de curso legal.

—Odio votar en contra de mi compañero humano —dijo Hijo-del-Hombre con falso dolor—, pero el dinero se rastrea con facilidad.

Tembo Laibon miró a Áyax Segundo.

—Ahí tienes tu respuesta —dijo.

El hombre pequeño asintió.

—De acuerdo —aceptó—, ya habéis establecido vuestro punto de vista.

—Buko —indicó Tembo Laibon—, es tu juego, tú abres la apuesta.

Buko introdujo una mano en una bolsa que estaba hecha con una piel muy parecida a la humana y sacó una refulgente gema. La observó durante un momento y, luego, la empujó al

centro de la mesa.

—*Krinjaat*—anunció.

—Por favor, refréscame la memoria —pidió la Duquesa de Hierro, y Buko se lanzó a darle una breve explicación de las reglas del *krinjaat,* un juego de cartas cuyos orígenes se remontaban a Binder X, en la Frontera Interior, situado en el mismo corazón de la galaxia.

Cuando terminó de hablar, ella se mostró totalmente confusa y decidió no cubrir la apuesta.

Hijo-del-Hombre rebuscó entre sus ganancias y, finalmente, extrajo una exquisita estatuilla de oro. La alzó para que Buko la viera y la unió a la gema una vez que el alienígena indicara su aceptación. La Gorgona y los Aiantes le siguieron, la primera con un diamante en bruto y los últimos con una delicada escultura cristalina. En ese momento, Tembo Laibon repartió seis cartas a cada jugador, tres descubiertas y tres tapadas. Las apuestas y el descarte continuaron y, al final, la Gorgona ganó.

Tembo Laibon cogió un pequeño pendiente transparente del pozo, lo levantó para recibir la aprobación de la Gorgona y se lo apropió como comisión de la casa. Entonces, miró a la Duquesa de Hierro.

—Tu juego, abres la apuesta.

—Póquer cerrado —dijo, arrojando un brazalete de diamantes a la mesa.

El juego continuó durante otros noventa minutos, en el cual Hijo-del-Hombre y la Gorgona ganaron casi todo, la Duquesa de Hierro quedó igual y los Aiantes perdiendo tanto que, hacia el final, aceptaron las apuestas sólo para los juegos de origen humano.

Entonces, a medida que la tormenta seguía atronando contra la tronera, iluminándola con una serie de espectrales luces de color azul, Tembo Laibon declaró un descanso de diez minutos.

De inmediato, la Gorgona se incorporó y salió pesadamente por la puerta, en dirección a la sección principal de la taberna.

—Pero acabamos de llegar —se quejó Áyax Primero.

—Algunos de nosotros llevamos sentados a esta mesa cuatro horas —dijo Buko, poniéndose de pie y estirando sus brazos de reptil.

—Cierto —acordó la Duquesa de Hierro—. Si Tembo Laibon no hubiera establecido un descanso, yo misma lo habría pedido. —Comenzó a doblar los dedos uno por uno, estudiándolos con el interés de un experto en mecánica.

—No me vendría mal un trago —dijo Áyax Segundo—. Creo que iré al bar.

—Qué demonios —comentó su socio—, iré contigo.

Los Aiantes se dirigieron a la puerta, que se abrió lo suficiente para dejarlos pasar.

—No han mejorado nada desde la última vez —indicó Buko con una sonrisa.

— ¿Habéis jugado con ellos antes? —preguntó la Duquesa de Hierro.

—Dos veces —repuso Buko—. Uno creería que ya deberían haber descubierto sus limitaciones.

—El Áyax más grande es el peor jugador de la pareja —añadió Hijo-del-Hombre—. Farolea cuando debería pasar, y pasa cuando debería echar un farol.

—Tal vez sólo debería invitar a jugadores de cartas que fueran mejores que vosotros —sugirió Tembo Laibon con ironía.

—Eso no es necesario —dijo la Duquesa de Hierro—. Haz que sigan siendo torpes y ricos, y nos llevaremos muy bien.

—Si pierden dos o tres manos más, quedarán en la ruina —observó Hijo-del-Hombre, incorporándose para ir a examinar el marfil más de cerca.

—Entonces, robarán otro banco para llenar otra vez sus arcas —explicó Buko.

— ¿Eso es lo que hacen? —inquirió Hijo-del-Hombre.

—Cuando no están perdiendo a las cartas —replicó Tembo Laibon.

—Supongo que no existe ninguna ley inmutable que diga que un criminal competente necesariamente ha de ser un jugador competente —dijo Hijo-del-Hombre pensativamente. Se

volvió hacia Tembo Laibon—. ¿Ésa es la razón de que vos sólo repartáis las cartas y jamás seáis un participante activo?

—Yo me llevo el diez por ciento de cada pozo —respondió Tembo Laibon—. ¿Por qué habría de jugar?

—Por la emoción, por supuesto —dijo Hijo-del-Hombre.

—Encuentro otras cosas más emocionantes.

Hijo-del-Hombre señaló las cuatro cabezas montadas en la pared.

— ¿Como matar animales?

—Si se hace de forma honorable —contestó Tembo Laibon.

—Espero que la matanza requiera más honor que vuestra exagerada narración —comentó Hijo-del-Hombre—. ¡Imaginaos cazar a un animal con dientes como éstos —apoyó una mano sobre el marfil— armado sólo con una lanza!

—Os sorprendería ver el daño que puede causar una lanza —explicó con tranquilidad Tembo Laibon.

— ¿Habéis cazado alguna vez con una?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabéis? —demandó Hijo-del-Hombre.

—Es mi herencia.

—Supongo que estos colmillos también forman parte de vuestra herencia, ¿verdad?

—Si

Hijo-del-Hombre contempló el marfil.

— ¿Dónde se encontró a estos elefantes?

—En África —repuso Tembo Laibon.

— ¡Ah, África! —exclamó Hijo-del-Hombre con una amplia sonrisa—. El misterioso Continente Negro, que abarcaba el veinte por ciento de la superficie de la Tierra. Hogar del Kilimanjaro y del desierto del Sahara.

—Habéis hecho muy bien vuestros deberes —alabó Tembo Laibon.

—Claro que sí —acordó Hijo-del-Hombre—. También es *mi* herencia.

— ¿África?

—La Tierra.

— ¿Habéis estado allí? —preguntó Tembo Laibon.

—Ciertamente —repuso Hijo-del-Hombre—. ¿Vos no?

Tembo Laibon negó con la cabeza.

—No hay gran cosa que ver.

— ¡Querido amigo, estáis absolutamente equivocado! ¡La Tierra es un verdadero paraíso!

—Entonces, ¿por qué casi todo el mundo la ha abandonado? —inquirió con sarcasmo Tembo Laibon.

—Porque el Hombre siempre busca los retos —replicó Hijo-del-Hombre—. Yo no aceptaría menos.

—Eso tengo entendido.

—De verdad, debéis ir algún día.

—No lo creo —dijo Tembo Laibon—. Han erigido una ciudad donde mi pueblo solía vivir.

— ¿Dónde era?

—Al pie del Kilimanjaro.

—Ah, sí—comentó Hijo-del-Hombre, contento de poder exhibir su conocimiento—. La ciudad de Nyerere, que se alza hasta la mitad de la cara de la montaña: dos millones de habitantes, cuatro aeropuertos, un espaciopuerto y hogar de la notable Escultura de Waycross. —Se detuvo—. ¡Seguro que disfrutaríais viendo semejante maravilla!

—No.

— ¿Por qué no?

Los oscuros ojos de Tembo Laibon de repente centellearon con el fuego de un odio antiguo.

—Porque Julius Nyerere era un Zanzake, y la ciudad que lleva su nombre fue construida en tierra de los Maasai.

—La ciudad de Nyerere fue levantada hace más de tres mil años —indicó Hijo-del-Hombre—. ¿Qué diferencia podría tener en esta época, especialmente para alguien que jamás ha ido a la Tierra?

—Soy un Maasai —insistió con firmeza Tembo Laibon—. Marca una diferencia.

—Sois un Hombre, y todos los hombres son hermanos —dijo Hijo-del-Hombre—. Debemos preocuparnos de los alienígenas, no de nosotros.

—Lo dice alguien que sabe —replicó Tembo Laibon con un destello de ironía.

La Gorgona volvió a entrar en la sala y se dirigió con andar pesado hacia su silla; un momento más tarde, los dos Aiantes, fortalecidos por el alcohol, también entraron.

— ¿Estamos preparados? —preguntó la Duquesa de Hierro, quien, finalmente, había dejado de comprobar cada uno de sus huesos y articulaciones mecánicos.

Tembo Laibon asintió y ocupó su silla.

—Lo estamos —acordó, volviéndose a Áyax Primero—. Tu juego, abres la apuesta.

—Póquer abierto de cinco cartas —declaró Áyax Primero, quitándose un anillo de diamantes del dedo y colocándolo en el centro de la mesa.

Tembo Laibon repartió las cartas; luego, se reclinó para observar a los jugadores.

La Gorgona, decidió, era como el rinoceronte extinguido: enorme, de temperamento vehemente, sujeta a cóleras súbitas, pero demasiado estúpida para sobrevivir contra guerreros como Hijo-del-Hombre y la Duquesa de Hierro. Era un resto de tiempos pasados, cuando una aproximación directa era la única acción efectiva. Jamás faroleaba, jamás intentaba cortar sus pérdidas; simplemente, no cesaba de avanzar pesadamente. Si tenía la suerte de su parte, si el sol caía sobre los ojos del guerrero o no podían esquivarla entre la alta hierba, el día sería suyo y ganaría la batalla, tal como había estado haciendo la Gorgona antes... pero nunca ganaría la guerra.

Áyax Segundo estudió sus cartas, sacudió la cabeza y abandonó el juego. Él es el chacal de lomo plateado, pensó Tembo Laibon; la confrontación directa no estaba entre las armas de su arsenal. Da vueltas, se oculta, engaña, alaba, pero jamás mira a los predadores más grandes a los ojos mientras espera su turno en la matanza. Sin embargo, a veces la astucia no basta, y esta noche el chacal se marchará hambriento.

Hijo-del-Hombre apenas pudo ocultar la sonrisa afectada en su rostro casi humano cuando empujó un gran zafiro al centro de la mesa. Tembo Laibon observó el enorme botín que tenía delante y llegó a la conclusión de que se trataba de la hiena del pequeño grupo de la Casa de las Luces Azules: sonriente y risueño recipiente del espíritu de los muertos, era el más eficiente de los predadores. No obstante, la risa aguda e irritante de la hiena y su espantoso cuerpo deforme le aislaban y hacía que fuera el más odiado de los animales, tal como Hijo-del-Hombre estaba aislado y era odiado en todas las sociedades humanas y alienígenas. La cosa que se parecía a un hombre se rió entre dientes con júbilo cuando Buko cubrió su apuesta; luego, se volvió y le guiñó un ojo a Tembo Laibon. Sí, pensó éste con desagrado, definitivamente, se trataba de una hiena.

Al instante, posó su mirada en el reptilesco Buko. ¿Una serpiente; tal vez una mamba? No, la serpiente era demasiado astuta y taimada. Buko era el cocodrilo, rápido y ágil, su piel escamosa resplandecía bajo el sol mientras la de Buko brillaba bajo las explosiones azules de la atmósfera de Athenia. Oculto debajo de la lóbrega superficie, el cocodrilo se acercaba sin ser visto y atacaba, tal como Buko había estado haciendo durante toda la noche con los Aiantes, conteniéndose, jamás elevando la apuesta, atrayéndoles cada vez más a las profundidades de su río de destrucción para, luego, abrir su terrible mandíbula en el momento en que los tenía demasiado lejos para que pudieran retroceder.

Áyax Primero volvió a contemplar sus cartas, frunció el ceño y, entonces, se quitó una

joya engarzada en un medallón de platino de su cuello y la arrojó al montón creciente que había en el centro de la mesa. Tembo Laibon le estudió con cuidado. Era un león, decidió. No el patriarca enorme de lomo negro, con los que los *elmoran* de los Maasai, armados sólo con lanzas y escudos, se enfrentaban en combate mortal en su rito de iniciación a la edad adulta, sino un macho joven que aún no había dominado el arte de la caza, que se quedaba ante su presa contra el viento, pisaba ramas secas, permitía que un rugido de expectación saliera de su boca. Era él quien había perdido la mayor parte del tesoro limitado de los Aiantes, él quien había hecho que la caza resultara el doble de difícil para Áyax Segundo, él quien le había proporcionado una oportunidad de escapar a su presa por mostrar demasiado pronto su fuerza. Sí, concluyó Tembo Laibon, un león joven... y, como el chacal, otro que se marcharía hambriento esta noche.

Finalmente, sus ojos descansaron sobre la Duquesa de Hierro. He aquí un leopardo, pequeño, luminoso, salvaje, inteligente, mucho más peligroso que los animales que le doblaban en tamaño. Y, al igual que el leopardo, ella se adaptaba a todos los terrenos. Engañaba al sugestionable Hijo-del-Hombre y al precavido Áyax Segundo; retrocedía del ataque directo de la Gorgona y del hambriento Áyax Primero. No estaba recibiendo buenas cartas esta noche —hasta los leopardos no siempre mataban suculentos y gordos antílopes—, pero, aun así, iba por delante del juego, tal como los leopardos siempre iban por delante de su presa.

Tembo Laibon suspiró y se reclinó contra su silla, observando su reflejo entre las centelleantes explosiones azules que se veían por la tronera.

¿Y qué animal eres tú, Rey de los Elefantes que jamás has estado más cerca de cincuenta años luz de la sabana que vio nacer a tu pueblo? ¿De verdad representas tu apodo, el ser vivo más fuerte y sabio de todos los que ha habido?

Tembo Laibon se observó durante un largo momento. No, decidió, yo no soy ni el elefante ni ningún otro animal. Soy el guardián de los Maasai, el que atiende las llamas gemelas de nuestra antigua grandeza, el que las guarda hasta el día en que las profecías se cumplan, los dioses caminen de nuevo por la Tierra y el marchito árbol de los Maasai vuelva a florecer otra vez. Crecimos desnudos y salvajes en las llanuras de la vasta Serengeti, salimos como una plaga de langostas a las estrellas y seguiremos el rastro del destino allá donde éste nos lleve... y, pasado el tiempo, deberá llevarnos a casa.

Mientras tanto, resulta muy agradable estar sentado aquí, a salvo y seguro de las devastadoras tormentas de Athenia, enriqueciéndote gracias a las tonterías de otras personas, soñando con el sol caliente de África en la espalda y el olor acre de la caza en las fosas nasales.

De nuevo observó el marfil. Debo lustrarte y limpiarte, convertirte una vez más en oro blanco, prepararte para el día que te aguarda, aunque no sé cuándo llegará. Comenzaré mañana.

Pero, en ese momento, Tembo Laibon recordó que no podría comenzar mañana, porque entonces habría otra partida, y al día siguiente otra más. Por lo tanto, repartiría las cartas y cerraría la mente ante la vista y el olor de los jugadores y continuaría amasando su porcentaje de cada pozo hasta que llegara el día en que, de verdad, sería el Tembo Laibon de los Maasai.

— ¿Vas a repartir o piensas quedarte ahí sentado toda la noche mirando el espacio? —preguntó Áyax Primero y, con un sobresalto, Tembo Laibon se dio cuenta que la mano había terminado.

De inmediato recogió las cartas y comenzó a mezclarlas. Tembo Laibon se volvió a Áyax Segundo.

—Tu mano, tú abres la apuesta.

—Póquer cerrado —anunció Áyax Segundo. Hurgó en sus bolsillos, *y,* finalmente, sacó un cronómetro de oro.

—Eso no basta —atronó la Gorgona.

—Deja que lo vea —dijo Tembo Laibon. Examinó durante un momento el cronómetro;

luego, lo devolvió—. La casa declara que es insuficiente.

—Entonces, tendréis que aceptar esto —indicó Áyax Segundo, arrojando un puñado de monedas de oro sobre la mesa.

Tembo Laibon miró alrededor de la mesa y asintió.

—La casa las aceptará sólo por esta mano.

Áyax Primero estaba a punto de añadir un diamante en bruto al pozo cuando Áyax Segundo le cogió la mano.

—Guárdalo —dijo.

— ¿Por qué? —preguntó Áyax Primero, confuso.

—Lo necesitaré si me veo en la necesidad de apostar.

— ¿Y por qué no pasas tú y dejas que juegue yo? —demandó Áyax Primero.

—La casa tiene unas reglas —intervino Tembo Laibon—. Quien establece el juego, lleva la partida.

—Haz lo que te he dicho —ordenó Áyax Segundo, y, al fin, su compañero se encogió de hombros y se guardó el diamante en el bolsillo.

Buko, la Gorgona, Hijo-del-Hombre y la Duquesa de Hierro colocaron sus apuestas en el centro de la mesa, y Tembo Laibon comenzó a repartir las cartas.

— ¿Quién abre? —preguntó cuando cada jugador dispuso de la oportunidad de evaluar sus cartas.

—Pon el diamante —dijo Áyax Segundo, y Áyax Primero colocó el diamante en bruto sobre la mesa—. ¿Qué más tienes? —Áyax Primero buscó en sus bolsillos y sacó otro diamante, también en bruto—. Apuéstalo —indicó Áyax Segundo.

Buko estudió sus cartas; luego, sacudió la cabeza y las tiró sobre la mesa. Los otros tres equipararon la apuesta.

— ¿Cartas? —preguntó Tembo Laibon.

—Tres —retumbó la Gorgona.

—Dos —pidió la Duquesa de Hierro.

—Servido —replicó Hijo-del-Hombre.

Todos se detuvieron para mirar a Hijo-del-Hombre durante un momento. Les sonrió con gesto presuntuoso.

—Servido —llegó el eco de Áyax Segundo.

Tembo Laibon aceptó los descartes; luego, le dio tres cartas a la Gorgona y dos a la Duquesa de Hierro.

— ¿Apuestas? —inquirió Tembo Laibon.

— ¿Qué nos queda? —quiso saber el más pequeño de los Áyax.

—Nada. —De repente, Áyax Primero se volvió hacia la androide desactivada—. ¡Un momento! Aún tenemos su collar.

—Cógelo y apuéstalo.

— ¿Estás seguro? —preguntó Áyax Primero.

—Estoy seguro.

El mayor de los Áyax se puso de pie, le quitó el collar a Helena y lo depositó en el centro de la mesa.

La Gorgona gruñó y se negó a ver la apuesta.

La Duquesa de Hierro alzó un gran rubí, rodeado de esmeraldas y zafiros estelares en un engarce exquisitamente tallado, Áyax Segundo asintió y ella lo sumó al creciente montón.

—Veré vuestra apuesta —dijo Hijo-del-Hombre y, de forma casual, hizo rodar una gran esmeralda por la superficie de la mesa—, y la subiré. —Rebuscó entre sus ganancias, extrajo una delicada y cristalina escultura del sistema Atriano y, con suavidad, la depositó cerca de la esmeralda.

—No me queda nada —comentó Áyax Segundo.

—Encuentra algo —indicó Tembo Laibon.

—Os queda vuestra esposa —sugirió como al descuido Hijo-del-Hombre.

— ¡Y la pienso guardar! —restalló Áyax Segundo.

—Tienes que cubrir su apuesta o abandonar la partida —dijo Tembo Laibon.

— ¡No pienso dejar esta mano! Concédeme un minuto para que se me ocurra algo. —Le hizo una seña a Áyax Primero, quien dio la vuelta alrededor de la mesa, le quitó las cartas, las separó lo suficiente para verlas y, luego, se las devolvió. Los dos conversaron en susurros durante un momento; entonces, Áyax Primero asintió—. De acuerdo —anunció Áyax Segundo—. Veré vuestra apuesta y la subiré.

— ¿Con qué? —preguntó Hijo-del-Hombre.

—La nave. Si pierdo, os daremos los papeles de registro a vos.

— ¿Y cómo os marcharéis de Athenia? —quiso saber Tembo Laibon.

—No tengo pensado perder.

— ¿Cuál es el valor escriturado de la nave? —inquirió la Duquesa de Hierro.

—Yo diría que unos ochocientos mil créditos.

La Duquesa de Hierro sonrió.

—Me temo que no podemos aceptar la evaluación del propietario.

Tembo Laibon activó su panel y planteó la pregunta. Unos pocos segundos más tarde, la respuesta apareció en una pequeña pantalla.

—Quinientos cincuenta mil créditos —anunció.

— ¡Tu máquina está loca! —exclamó Áyax Segundo—. ¡Vale un mínimo de setecientos mil!

—No en este juego —replicó con calma Tembo Laibon—. Se detuvo—. ¿Apuestas o pasas?

—Apuesto —gruñó Áyax Segundo, mirándole con ojos centelleantes.

La Duquesa de Hierro empujó tres gemas ante sí.

—Más —declaró Tembo Laibon después de examinarlas.

Ella suspiró, se llevó una pequeña estatuilla de oro a los labios y la añadió a las gemas.

—Veo vuestra apuesta —dijo Hijo-del-Hombre, empujando una parte sustancial de sus ganancias al pozo—, y la vuelvo a subir.

— ¡Maldición! —gritó Áyax Segundo—. ¡Sabéis que no me queda nada!

—Ése no es problema mío, ¿verdad? —indicó Hijo-del-Hombre.

Tembo Laibon aguardó hasta que Áyax Segundo se calmara.

— ¿Apuestas o pasas? —preguntó al fin.

—No pienso pasar. Tendrás que aceptar un pagaré.

—Están prohibidos.

—Lo cubriremos —dijo Áyax Segundo—. Tú lo sabes.

Tembo Laibon se volvió a la Duquesa de Hierro.

— ¿Aceptarías un pagaré?

—Ni siquiera les conozco —repuso ella.

— ¿Y vos? —le preguntó a Hijo-del-Hombre.

—No quiero mostrarme innecesariamente pesimista —replicó—, pero, ¿de qué sirve un pagaré si la persona que lo emite es arrestado por la policía antes de que tenga la oportunidad de pagarlo?

Tembo Laibo miró a Áyax Segundo.

—Ahí tienes la respuesta.

Áyax Segundo estudió sus cartas.

—Habéis mencionado a Helena —dijo finalmente.

—Eso fue una broma, querido amigo —indicó Hijo-del-Hombre.

—Y yo no la mencioné —añadió con desagrado la Duquesa de Hierro.

—No voy a pasar —insistió con firmeza Áyax Segundo—. ¿De cuánto tiempo dispongo para juntar algo de capital?

—No puedes dejar esta sala —explicó Tembo Laibon—. Ésa es la regla de la casa, que ya he roto al permitirte apostar tu nave cuando no llevas encima los papeles de propiedad.

Apuestas con lo que has entrado aquí, y cuando no te queda nada, se acabó el juego para ti.

Áyax Segundo le miró durante un momento.

—Llevas acumulada una buena cantidad. Quiero un préstamo.

—No estoy en el negocio de los préstamos.

—Me conoces desde hace ocho años —dijo Áyax Segundo—. Sabes que te lo devolveré.

—Eso no importa.

—Lo quiero sólo por diez minutos, y te pagaré un veinte por ciento de interés.

—No dispones de garantía —indicó Tembo Laibon.

Áyax Segundo le pasó sus cartas.

—Ésta es mi garantía.

— ¡Protesto! —exclamó Hijo-del-Hombre.

—Nadie me da órdenes en mi propio establecimiento —comentó Tembo Laibon, cogiendo las cartas y examinándolas.

Áyax Segundo tenía una escalera servida de color, desde el siete a la jota.

— ¿Bien? —preguntó Áyax Segundo.

Tembo Laibon miró pensativo al más pequeño de los Áyax y se decidió. Después de todo, los Maasai no llegan a un acuerdo con el chacal; lo matan o, si se sienten caritativos, le arrojan un hueso.

—No te prestaré el dinero —anunció Tembo Laibon.

—Pero...

—No he terminado —continuó Tembo Laibon—. No te prestaré el dinero... pero te compraré la mano.

— ¿Por cuánto?

—Por la mitad de lo que tengo ante mí.

—Será mejor que aceptes —le urgió Áyax Primero—. Parece que es la mejor oferta que nos van a hacer.

— ¿Y qué me dices de la nave?

—Si gano, te la venderé de nuevo.

— ¿Por su valor de venta? —Tembo Laibon asintió—. De acuerdo —concluyó con amargura Áyax Segundo—. Es un trato.

— ¡Protesto! —repitió Hijo-del-Hombre.

— ¿Sobre qué base? —inquirió Tembo Laibon.

—Vos mismo declarasteis que quien estableciera el juego debía jugar la partida.

—Y la ha jugado hasta donde ha podido —repuso Tembo Laibon—. De todas formas, si no le compro la mano ha terminado de jugar.

— ¿Qué decís vos? —le preguntó Hijo-del-Hombre a la Duquesa de Hierro.

—A mí me da igual —repuso, encogiéndose de hombros—. Sólo cambiarán los jugadores... no las cartas.

Hijo-del-Hombre meditó su respuesta durante un momento; luego, asintió, de acuerdo.

—Retiro mi protesta —dijo.

Tembo Laibon dividió en dos sus ganancias y empujó uno de los dos nuevos montones hacia Áyax Segundo.

—Por esta noche has terminado de jugar —anunció—. Hasta que no los renueves, en esta mesa no se aceptará ni tu dinero ni tus tesoros.

—Perfecto —repuso Áyax Segundo—. Acaba la mano para que nos podamos marchar.

Tembo Laibon calculó cuánto tenía para ver la apuesta de Hijo-del-Hombre y colocó una serie de joyas, pendientes y tallas en el centro de la mesa.

—Veo vuestra apuesta —anunció.

Entonces, el leopardo atacó.

—Y yo la subo —dijo la Duquesa de Hierro en el momento en que Hijo-del-Hombre mostraba su sorpresa y Tembo Laibon intentaba recordar cuántas cartas había pedido.

Hijo-del-Hombre volvió a subirla. Tembo Laibon, después de calcular las dos apuestas, empujó lo que quedaba de su tesoro al pozo.

—Y vuelvo a subirla —repitió la Duquesa de Hierro, añadiendo un perfecto diamante azul blanquecino.

Hijo-del-Hombre, un poco menos seguro de sí mismo, apenas la cubrió; entonces, se volvió para contemplar expectante a Tembo Laibon.

—Veré la apuesta —indicó Tembo Laibon.

— ¿Con qué? —preguntó la Duquesa de Hierro.

Con las manos señaló las paredes.

—Cada objeto que hay aquí es una pieza de coleccionista, valiosa y muy rara, con un valor de cientos de miles de créditos en el mercado abierto. Elige las dos piezas que más prefieras, con la excepción de los marfiles.

—Elijo los marfiles —dijo la Duquesa de Hierro, más mecánica y menos humana con cada segundo que transcurría.

Tembo Laibon negó con la cabeza.

—Hay otras piezas de más valor.

—No para ti —comentó ella—. Quiero los marfiles.

—Yo soy su guardián. No puedo separarme de ellos.

—Y yo soy la guardiana del Diamante Azul —replicó la Duquesa de Hierro—. Elijo los marfiles, Tembo Laibon.

—Ni siquiera puedes levantarlos. ¿Qué harás con ellos?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Elige cualquiera de las otras piezas —ofreció Tembo Laibon.

Ella sacudió la cabeza.

—Si estás dispuesto a separarte de ellas, no se equiparan a mi diamante.

—Yo declaro que sí.

—Has perdido el derecho a establecer semejantes evaluaciones en el momento en que has comprado la mano de Áyax Segundo —añadió—. Según tu anterior regla, se te prohíbe abandonar la sala para traer más tesoros.

—Lamento votar en contra de mi anfitrión —intervino Hijo-del-Hombre con voz agradable—, pero bien sabéis que ella tiene razón.

Tembo Laibon se reclinó contra su silla y estudió de nuevo sus cartas, perdido en sus pensamientos. Finalmente, con un movimiento de cabeza indicó su aceptación; los Maasai no retroceden ante el peligro.

—Los marfiles —acordó.

—Eso es —dijo Áyax Segundo—. Veamos ya algunas cartas.

El primero en mostrar su mano fue Hijo-del-Hombre: cuatro ases y el tres de tréboles.

—No basta —dijo Tembo Laibon, depositando sobre la mesa su escalera servida.

Todos los ojos giraron a la Duquesa de Hierro. Sus labios de plástico se abrieron en una sonrisa que mostró sus dientes de titanio en el momento de dejar las cartas una a una sobre la mesa; nueve de picas, diez de picas, jota de picas, reina de picas, rey de picas.

Tembo Laibon permaneció en un silencio atónito durante un minuto completo mientras la Duquesa de Hierro recogía sus ganancias.

—Te compraré los colmillos —dijo.

—No están a la venta —repuso ella.

—Para ti no tienen ningún valor.

—Serán un trofeo precioso.

— ¿Qué necesidad tienes de un trofeo? —demandó Tembo Laibon—. Jamás has perseguido al elefante a través de las llanuras africanas.

—Pero sí he rastreado a Tembo Laibon hasta su propia guarida, derrotándole en un combate justo y limpio —comentó con una sonrisa—. Siempre que los mire, me recordarán este momento. —Se puso de pie—. Regresaré mañana con dos ayudantes. Por favor, tenme

preparados los marfiles.

— ¿Qué me decís de mi nave? —preguntó Áyax Segundo.

—Me encantará vendérosla de nuevo —respondió la Duquesa de Hierro.

—Por su precio original.

—Más cincuenta mil créditos —replicó con una sonrisa.

— ¡Eso es un robo! —restalló Áyax Segundo.

—No —le corrigió ella—. Son negocios.

—Sabéis que no tengo el dinero conmigo.

—Por otros cincuenta mil créditos, os llevaré al lugar donde guardáis vuestro dinero y, luego, os traeré hasta vuestra nave.

Musitó algo inaudible y, después, se volvió hacia Tembo Laibon.

—Préstame seiscientos mil créditos. Te los devolveré en veinticuatro horas.

—Marchaos —dijo Tembo Laibon.

— ¡No puedo irme! —exclamó exasperado Áyax Segundo—. Necesito mi nave.

—Marchaos —repitió Tembo Laibon con voz apagada—. Yo he perdido mucho más que una nave.

Llegado el momento, los Aiantes aceptaron las cláusulas de la Duquesa de Hierro y se fueron con ella. Fiel a su palabra, ella los trajo a la mañana siguiente y, por primera vez en más de un milenio, los marfiles dejaron de ser posesión de los Maasai.

Catorce días más tarde, un meteorito enorme atravesó el campo de fuerza que rodeaba el Monte Olimpo y penetró en la Casa de las Luces Azules, matando a todos los que había en su interior. A Tembo Laibon le sorprendió que a los dioses de sus ancestros les llevara dos semanas enteras encontrarle.

Primer Interludio
(6303 E.G.)

Me hallaba sentado ante mi escritorio, examinando una autentificación de un informe holográfico falso de un Demonio Cornudo de Ansard IV, cuando, de repente, me di cuenta de que ya no estaba solo.

Un hombre grande, alto y de complexión musculosa, me miraba de pie desde la puerta. Su piel era negra, llevaba el cabello muy corto y sus ropas eran de calidad. Como a mí casi nadie me visita, con la excepción de los editores jefe, supuse que se había equivocado de despacho.

—Buenas tardes —saludé—. ¿Se ha perdido?

—No lo creo —replicó con voz rica y profunda—. Es el Departamento de Investigación, ¿verdad?

—Si

— ¿Y usted es Duncan Rojas?

—Así es —repuse, observándole con curiosidad—. ¿Le conozco?

—Todavía no, señor Rojas... pero lo hará. Me llamo Bukoba Mandaka.

Alargó la mano y yo se la estreché. Su apretón resultó fuerte y firme.

—Encantado, señor Mandaka —dije—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me han dicho en la recepción que usted está a cargo de la investigación. ¿Es verdad?

—Investigación y autentificación —comenté.

—Entonces, usted es el hombre al que quiero ver. ¿Puedo sentarme?

—Por favor —indiqué un sillón que se hallaba debajo de un holograma antiguo de un cazador legendario, Nicobar Lane, posando al lado de un enorme sogormujo acústico que acababa de matar.

Le ordenó al sillón que se acercara, esperó hasta que flotó a él, lo giró para quedar enfrente de mí y se sentó.

—Necesito su ayuda, señor Rojas —anunció despacio—, y estoy preparado a pagar generosamente por ella.

—Me encuentro muy satisfecho con mi trabajo aquí, en la Wilford Braxton, señor Mandaka —aseveré.

—Lo sé. Y precisamente por ello le he buscado a usted.

—Me temo que no me he explicado con suficiente claridad —dije—. Estoy muy satisfecho y feliz con mi trabajo y mi puesto; no tengo intención de dejarlos.

—Sus servicios no valdrían nada para mí si usted se marchara de aquí —me aseguró—. Es esencial que disponga de acceso a todos los datos de la Braxton. —Se inclinó hacia adelante con vehemencia—. Quiero que trabaje para mí, en su mismo despacho, durante sus horas y sus días libres. Con suerte, tal vez no hagan falta más de dos noches.

—No puedo ni tomarlo en consideración sin obtener primero el permiso de la compañía.

—Ya lo he obtenido —anunció Mandaka.

— ¿Sí? —pregunté, sorprendido.

—Sí.

— ¿Qué es lo que quiere que haga?

—Quiero que encuentre algo para mí, señor Rojas —replicó con absoluta seriedad—. Algo que lleva perdido mucho tiempo.

— ¿Cuánto? —pregunté.

—Más de tres mil años.

— ¿Tres mil años? —repetí con incredulidad—. ¿Se trata de una broma? Porque si ése fuera el caso, soy un hombre muy ocupado y...

Depositó un certificado holográfico de veinte mil créditos sobre mi escritorio.

—Está a su nombre y podrá ser retirado de cualquier sucursal de mi banco en cuanto su retinagrama, su estructura ósea y huella del pulgar hayan sido confirmados —explicó—. ¿Le parece una broma, señor Rojas?

Cogí el certificado y lo examiné. Parecía auténtico.

—No —admití—. No lo parece. Por favor, continúe.

—Es sólo un anticipo —dijo—. Cuando usted localice lo que busco, depositaré otros treinta mil créditos en cualquier cuenta que usted me indique.

Traté de ocultar mi asombro y miré pensativamente mis dedos entrelazados durante un buen rato; me pregunté qué clase de servicio podría ofrecer únicamente en dos o tres noches que valiera tanto dinero.

— ¿Qué es lo que busca, señor Mandaka —pregunté al fin— y cómo cree que yo puedo ayudarle?

—Busco los colmillos del Elefante del Kilimanjaro —replicó.

—He visto fotografías de elefantes en libros y en museos —comenté—. Pero desconozco a uno llamado el Elefante del Kilimanjaro.

—No es verdad.

— ¿No? —inquirí, sorprendido.

—Permítame que lo exponga mejor, ya que figura en la guía de Wilford Braxton, *Registros de la Caza Mayor* —corrigió—. Ustedes han publicado cuatrocientas nueve ediciones terrestres —ochenta y dos con la autorización de Rowland Ward y trescientas veintisiete desde que Braxton compró la Ward—, y cada una de ellas, desde la tercera edición, ha contenido la referencia al Elefante del Kilimanjaro.

—Bien, pues ahí tiene usted el problema, señor Mandaka —comenté—. Nuestra última edición terrestre se publicó hace casi siete siglos, cuando se mató al último pájaro. Al no existir la posibilidad de superar los diversos récords, no ha habido necesidad de sacar una nueva edición. Nuestro trabajo principal estos días se centra en los grupos estelares de Quinellus y Albión.

—Sin embargo, los museos y los coleccionistas de toda la Commonwealth utilizan a la Braxton para la autentificación de sus exhibiciones, ¿no es verdad?

—Sí —reconocí—. Pero la información que tengamos de esos colmillos está anticuada en siete siglos.

—De hecho, la información que la Wilford Braxton tiene está anticuada en más de tres milenios —señaló—. Si existiera alguna información actualizada, no le estaría ofreciendo cincuenta mil créditos para que me ayude a localizarlos. —Se detuvo y me miró fijamente—. ¿Aceptará mi encargo? Yo, por supuesto, pagaré todos los gastos de tiempo de computadora y los accesos que usted requiera.

—Primero discutamos exactamente qué hay involucrado en todo esto; luego, veremos si los dos seguimos interesados —sugerí con cautela.

—Me parece aceptable —repuso—. Pero he de comunicarle que si usted no se decide a trabajar para mí, contrataré a uno de sus asistentes. —De repente, sus ojos parecieron brillar con un fuego profano—. No permitiré que nadie impida mis planes, señor Rojas.

—Lo comprendo —afirmé, aunque no era verdad—. Necesitaré alguna información básica —añadí en tono conciliador—. Para empezar, nosotros listamos los doscientos mejores trofeos de cada especie. ¿Cómo sabré cuál pertenece a su Elefante del Kilimanjaro?

—Era el mayor de todos.

— ¿Quiere decir el trofeo más grande? —Mandaka asintió—. Tal como lo recuerdo, había dos subespecies separadas y diferenciadas. ¿A cuál pertenecía el suyo?

—A la africana.

—Un momento —pedí, volviéndome a la pequeña pantalla resplandeciente que había sobre mi escritorio—. ¿Computadora?

—A la espera... —replicó el cristal.

—Comprueba la edición terrestre 409, bajo el encabezamiento *Elefante,* subencabezamiento *Africano.*

—Hecho.

— ¿Qué datos existen sobre el trofeo más grande?

—El colmillo izquierdo, ciento diez kilos; el colmillo derecho, ciento cinco kilos.

Continuó listando el largo y la circunferencia de cada uno.

— ¿Es ése su elefante, señor Mandaka? —pregunté.

—Sí —replicó.

—Computadora, ¿quién poseía el trofeo en el momento de la edición terrestre 409?

—Desconocido —repuso la computadora.

— ¿Ha habido algún coleccionista o museo que nos pidiera que autentificáramos trofeos idénticos, o similares, en tamaño y peso a esos colmillos desde que se publicara la edición terrestre 409?

—Comprobando... no.

—Comprueba las ediciones anteriores hasta dar con el propietario más reciente de los colmillos.

—Comprobando... El propietario más reciente que figuraba en la edición era Tembo Laibon, de Beta Greco DC, también conocido como Athenia. La mención aparece en la edición 322, que fue publicada en el 3042 E.G. La edición 323, publicada en el 3057 E.G. no menciona ningún propietario.

—Gracias. Desactívate. —Me giré hacia Mandaka—. Aprecio su oferta, señor Mandaka —comenté—, pero estaría aceptando su dinero bajo justificaciones falsas si no le dijera que sólo existe una mínima oportunidad de éxito. Después de todo, estamos hablando de un par de colmillos que desaparecieron hace más de tres mil doscientos años.

—He agotado todas las demás posibilidades —replicó—. En alguna parte del banco de memoria de los archivos de su computadora, o en su correspondencia, tiene que haber una pista, un sendero que usted pueda seguir hasta encontrar los colmillos.

—Permita que me cerciore de que le comprendo correctamente —dije—. Usted me ha ofrecido veinte mil créditos para que intente localizar los colmillos. Si no tengo éxito, ¿he de devolverle el dinero?

—No si ha realizado un esfuerzo honesto.

— ¿Y recibiré otros treinta mil créditos si los localizo? —Asintió—. ¿Comprende usted que sólo trabajaré en este proyecto por la noche y en mi tiempo libre?

—Sí.

—Entonces —comenté, reclinándome contra mi sillón—, acepto trabajar para usted. Necesitaré cualquier información que pueda proporcionarme. Computadora, graba esta parte de la conversación.

—Grabando... —anunció la computadora.

—Bien, señor Mandaka —continué—, ¿qué puede decirme sobre ellos?

—Poco más que su computadora —respondió—. Sé que Tembo Laibon los perdió en un juego de cartas con una ciborg conocida sólo como la Duquesa de Hierro, y ella, a su vez, parece haberse desvanecido de la vista y de la historia humanas en el año 3043 E.G.

— ¿No existe ningún informe de lo que le sucedió a ella?

—Era una criminal —indicó Mandaka, encogiéndose de hombros—. Sin duda, tenía enemigos —se detuvo—. Si los colmillos no se encuentran en un museo, y eso es lo que ha dado a entender su computadora, puede que hayan cambiado de manos cientos de veces desde que la Duquesa de Hierro los obtuvo. Creo que intentar averiguar lo que le sucedió a cada propietario es inútil, en especial porque la mayoría vivieron en las Fronteras Interiores y Exteriores, donde, como mucho, los informes son incompletos. Además —añadió—, todos han muerto; los colmillos todavía existen. El único camino factible parece ser rastrear a los mismos marfiles.

— ¿Qué le hace estar convencido de que los colmillos aún existen?

—Lo sabría si no fuera así—afirmó Mandaka con absoluta certeza.

— ¿Cómo?

—Lo sabría —repitió, con tal énfasis que canceló toda discusión posterior del tema.

—Mi siguiente pregunta no tiene nada que ver con mi investigación, pero no puedo evitar sentir curiosidad: ¿qué se propone hacer en caso de que localice los colmillos?

—Comprarlos —aseveró sin vacilación alguna.

— ¿Y si el propietario no quiere venderlos?

—Los venderá —afirmó Mandaka, con tanta seguridad que creí mejor no preguntarle por qué estaba tan convencido.

— ¿Cuál es su valor aproximado? —pregunté.

—Pensé que usted era el experto.

—La Wilford Braxton, simplemente, sirve como registro para los trofeos, no los compra o los vende —expliqué.

—No tengo ni idea de lo que pueden valer para un museo o para un coleccionista... pero yo, personalmente, estoy preparado a pagar dos millones de créditos por ellos.

—Eso es mucho dinero —comenté impresionado.

—Son muy importantes para mí —replicó.

—Ésta es mi última pregunta —dije—. El mismo elefante lleva muerto casi siete mil años. Los colmillos han desaparecido hace tres mil. ¿Por qué tiene tanto interés por ellos? ¿Qué poseen como para que usted se desprenda de una fortuna considerable con el fin de adquirirlos?

—No creo que me creyera si se lo contara —repuso Mandaka.

—Es muy posible —indiqué—. Pero, ¿por qué no me lo dice y deja que sea yo mismo quien lo decida?

—Cuando nos conozcamos mejor, señor Rojas.

— ¿Es ésa la única respuesta que me dará? —inquirí.

—Por el momento —comentó, poniéndose de pie y dirigiendo la silla a su lugar original—. No quiero apartarle durante más tiempo de su trabajo, señor Rojas. Quiero que esté despejado cuando comience a rastrear los colmillos esta noche.

— ¿Cómo podré ponerme en contacto con usted si los encuentro? —pregunté.

—Yo me pondré en contacto con usted —replicó. Se dirigió hacia la puerta y, desde allí, se volvió a mí—. No le exagero la importancia que tiene su localización, señor Rojas. Puede que usted sea la última esperanza para el futuro de mi pueblo.

— ¿Su pueblo? —repetí, perplejo—. Usted es un Hombre.

—También soy un Maasai —contestó con orgullo y pesar—. Más exactamente, soy el último Maasai.

Entonces, se marchó.

Pasaron varios minutos antes de que me dedicara de nuevo al examen de los hologramas del Demonio Cornudo.

Regresé a mi oficina después de cenar, cerré la puerta, le ordené al sillón que adquiriera la forma de un sofá con contorno y me tumbé en él.

—Una vibración suave, por favor—pedí.

—Hecho —replicó el sillón y un hormigueo agradable recorrió mi cuerpo.

—Un poco de calor en la región lumbar.

—Hecho.

—Y creo que me gustaría disponer de una vista.

De repente, la pared de mi oficina se hizo transparente y las luces de la ciudad inundaron el cuarto. Al instante, mi ropa ajustó su propia tonalidad, abandonando sus brillantes colores interiores y adquiriendo un color marrón pálido.

—Gracias. ¿Computadora?

El cristal de mi escritorio aumentó su intensidad.

—Preparada —replicó.

—Por favor, archiva en la memoria la conversación que mantuve esta tarde con Bukoba Mandaka.

—Archivada.

— ¿Comprendes para lo que se me ha contratado?

—Ha sido contratado para localizar los colmillos de un animal conocido como el Elefante del Kilimanjaro.

—Correcto. Para ayudarme, tendrás que acceder a una fuente secundaria, ya que tus propios archivos se detienen con la edición 409. Basándote en tu conocimiento del problema, ¿qué fuente sugerirías?

—Si los colmillos están registrados en la actualidad, deben aparecer en el Archivo de Impuestos de la Propiedad de Deluros VIII —repuso la computadora.

— ¿Aunque fueran la propiedad de alguna institución exenta de impuestos, como un museo?

—Incluso las instituciones exentas de impuestas están obligadas por la ley a listar sus propiedades.

Lo medité durante un instante; luego, sacudí la cabeza.

—Mandaka comentó que yo era su último recurso. Si localizarlos resultara tan fácil, ya los habría encontrado.

—Me llevará menos de dos minutos verificar su conclusión —informó la computadora.

—Adelante, pero creo que es una pérdida de tiempo.

—Comprobando...

—Mientras tanto, me parece que debo averiguar cuál es el verdadero aspecto de esos colmillos, de modo que pueda reconocerlos si los veo. ¿Tienes algún holograma archivado?

—No. Pero sí poseo dos fotografías, ambas tomadas antes de la instauración de la Era Galáctica.

—Déjame verlas.

De repente, delante de mí apareció la imagen de una pequeña fotografía en blanco y negro.

—Ajusta mi ángulo, por favor —pedí. De forma gradual, mi sillón se fue irguiendo hasta quedar con el respaldo recto—. Por favor, querría una imagen más grande.

La fotografía triplicó su tamaño. Era una fotografía de dos hombres vestidos de blanco, cada uno sosteniendo uno de los colmillos, que se alzaban muy por encima de ellos. La fotografía se desvaneció y fue reemplazada por otra que los mostró exhibidos en un museo.

—Debió de haber sido un monstruo —comenté, atónito por las proporciones de los marfiles.

—Era un elefante —replicó mi computadora demasiado literal.

—Quería decir que debió de haber sido enorme —expliqué.

—Se desconoce.

— ¿Que se desconoce? —repetí, desconcertado—. ¿Cómo puede ser desconocido su tamaño?

—Los informes están incompletos —contestó la computadora. La segunda fotografía se desvaneció y fue reemplazada por la página de *Elefantes*, *Africanos,* de la edición terrestre 409 de los *Registros de la Caza Mayor*—. Por favor, fíjese —continuó— que no aparecen ni la fecha de su muerte ni la identidad del cazador. Aun más, los demás elefantes de las entradas están medidos, en su altura, desde el lomo, y en su extensión corporal, desde el extremo de la trompa hasta el de la cola, pero no existen medidas para el Elefante del Kilimanjaro.

— ¿Qué me dices de las ediciones anteriores? —pregunté.

—Los datos faltan en todas las ediciones.

— ¿Incluyendo la que apareció en la misma época del elefante?

—Correcto.

Medité unos instantes en los comentarios de la computadora.

—De modo que nadie sabía nada acerca del elefante, ni siquiera cuando todavía no habíamos salido de la Tierra; y los marfiles desaparecieron por completo hace tres mil años —añadí con un suspiro—. Espero que me esté pagando bien por el trabajo que voy a realizar.

—Informando... el Archivo de Impuestos de la Propiedad Personal de Deluros VIII no tiene ninguna entrada para los colmillos del Elefante del Kilimanjaro.

—No creí que la tuviera —afirmé. Las luces de un coche aéreo particular brillaron en el interior de la oficina, cegándome casi por completo, y, en el acto, la pared cambió de transparente a translúcida, al tiempo que el color de mi ropa también ajustaba su tonalidad—. De acuerdo —comenté por fin—. Empecemos por lo que ya sabemos de los marfiles. Por favor, dame su historial desde su primera aparición.

—Los colmillos fueron comprados por una empresa americana durante la subasta que se hizo de ellos en una isla llamada Zanzíbar en el año 1898 A.D. Fueron embarcados a Inglaterra, donde el Museo Británico compró el más grande en 1899 A.D. El más pequeño fue vendido varias veces antes de que el Museo Británico lo adquiriera en 1932 A.D. Permanecieron en el Museo Británico hasta el 2057 A.D., momento en el que fueron donados a la República de Kenia y exhibidos en el Museo Nacional, en Nairobi. En el 2845 A.D. fueron sacados de la Tierra y trasladados al Museo de Historia Natural de Nueva Kenia. Desaparecieron en el 16 E.G, reaparecieron fugazmente en Alfa Bednari en el 882 E.G., volvieron a desaparecer otros ocho siglos y, luego, reaparecieron en la Frontera Exterior en el 1701 E.G. en la colección personal de Maasai Laibon. Permanecieron como propiedad de los descendientes de Maasai Laibon hasta el 3042 E.G., cuando Tembo Laibon perdió su posesión y terminan nuestros registros. De acuerdo con Bukoba Mandaka, Tembo Laibon los perdió en un juego de cartas con una mujer conocida como la Duquesa de Hierro, pero eso no puedo verificarlo.

—Resulta muy curioso —musité—. ¿Habrá alguna conexión?

—No lo comprendo —dijo la computadora.

— ¿No indicó Budota Mandaka que él era un Maasai?

—Comprobando... verificado.

—Y uno de los propietarios de los colmillos fue Maasai Laibon. ¿Podrían estar emparentados?

—Debo usar una fuente secundaria para verificarlo.

—Por favor, hazlo. Y mientras te dedicas a ello, averíguame con exactitud lo que es un Maasai.

—Comprobando... —Se produjo una pausa de casi dos minutos—. Debido a los registros incompletos, no puedo verificar de forma definitiva la conexión. Sin embargo, existe un noventa y ocho, punto, treinta y siete por ciento de probabilidades de que Bukoba Mandaka sea un descendiente de Maasai Laibon.

—Por favor, explícate.

—Había menos de dos mil quinientos Maasai durante la existencia de Maasai Laibon, y su número ha descendido drásticamente en los últimos cuatro milenios. Como es una costumbre social rígida de los Maasai el procrear únicamente con otros Maasai, la probabilidad de una relación hereditaria entre Maasai Laibon y Bukoba Mandaka es de noventa y ocho punto treinta y siete por ciento…

— ¿Qué es un Maasai? —pregunté.

—Antes del advenimiento de la Era Galáctica, la humanidad estaba dividida en numerosos grupos sociales o políticos, cada uno con sus propias costumbres e identidad. Los Maasai conformaban uno de esos doscientos tres grupos que habitaban el continente de África.

—También me doy cuenta de que Maasai Laibon y Tembo Laibon llevan el mismo nombre de familia; sin embargo, no es el caso de Bukoba Mandaka—indiqué.

—Laibon no es un nombre, sino, más bien, un título. En el desaparecido dialecto terrestre de los Swahili, Maasai Laibon significa Rey o Jefe de los Maasai, y Tembo Laibon significa Rey o Jefe de los Elefantes.

— ¿Bukoba Mandaka significa algo en Swahili?

—No.

Medité en la información que había recibido.

—Por lo tanto —continué—, si Bukoba Mandaka es un descendiente de Maasai Laibon y de Tembo Laibon, ¿podemos deducir con seguridad que los Maasai han estado interesados en los marfiles durante más de cuatro mil quinientos años?

—No —respondió la computadora—. Sólo podría sacar esa conclusión de aquellos Maasai que realmente poseyeron los marfiles entre el 1701 E.G y el 3042 E.G.

—Pero ya me has indicado el corto número de miembros que conformaban su pueblo. ¿No es significativo que los Maasai estén tan íntimamente relacionados con la historia de los colmillos?

—No necesariamente. Desconocemos cómo o por qué Maasai Laibon llegó a poseerlos, aunque su valor asciende a mucho dinero. Resulta factible que la familia retuviera su posesión sólo para incrementar su valor de mercado.

—Estoy en desacuerdo —comenté—. Mandaka no desea venderlos; quiere comprarlos. —Me detuve y fruncí el ceño—. Me gustaría saber por qué.

—No dispongo de datos suficientes para ofrecer una respuesta.

—Lo sé —acordé con un suspiro—. Oh, bien, todo esto es muy interesante, pero no nos acerca a la historia de los marfiles. Creo que lo mejor será que nos pongamos a trabajar. Ponme algo de música, por favor; quizá me ayude a pensar.

— ¿Tiene alguna preferencia?

—Greddharrz, por favor.

De repente, el cuarto se llenó con los ritmos atonales y los esquemas de luz complicados de la mal llamada Sinfonía Catorce de Greddharrz —las primeras doce jamás fueron interpretadas—, y le ordené al sillón que se ajustara una vez más a los contornos de mi cuerpo. Por lo general, no me gusta la música alienígena, en especial la que procede del sistema de Canfor, pero esta pieza era una excepción. La percusión incesante y las disonancias cuidadosamente controladas siempre parecían estimular mi adrenalina, y era la pieza que, de forma invariable, elegía cuando intentaba trazar un plan de ataque para abordar un problema único de investigación.

Permanecí sentado inmóvil durante unos cinco minutos, clasificando todas las formas probables de aproximación; luego, le ordené al sillón que descansara sobre la alfombra que ondulaba suavemente.

—Detente —dije, y la música y los esquemas de luz cesaron de inmediato—. ¿Cuánta de tu capacidad total tengo bajo mi control hasta la mañana?

—En este momento, es de ochenta y tres, punto, noventa y siete por ciento. Cuando termine de verificar los datos de la edición 36 de Sigma Draconis, que me llevará otros cincuenta y tres minutos, el ochenta y cinco, punto, veintidós por ciento de mi capacidad estará a su disposición hasta las nueve en punto de la mañana.

—Bien —comenté—. Vamos a necesitarla toda. Primero, quiero que establezcas un acceso con la Computadora Maestra de la Biblioteca de Deluros VIII.

—Existen ciento veintisiete mil millones de volúmenes archivados en la Computadora Maestra de la Biblioteca —indicó—. Me tomará diecisiete días explorar la colección entera.

—Lo sé —repliqué—. Pero, al no disponer de ninguna pauta concreta, necesitaremos una fuente muy generalizada. Puede haber una referencia a los marfiles en unas memorias personales, en un catálogo de subasta, un folleto de un museo, un...

—He comprobado esta tarde que ningún museo nos ha pedido que autentificáramos los colmillos desde la publicación de la edición 409 —interrumpió la computadora.

—No todos los museos solicitan que autentifiquemos sus muestras —señalé—. Como tampoco todos los mundos alienígenas registran sus posesiones con el Archivo de Impuestos de la Propiedad. De hecho, la Oficina de Impuestos de la Propiedad ha sido centralizada en Deluros VIII desde hace sólo cuatro siglos, de modo que es posible que incluso los museos humanos no hayan informado de la propiedad de los colmillos con una fecha anterior al 5900 E.G.

—Registrado.

—Quiero que comiences accediendo a todos los listados de colecciones de arte y biológicos del último milenio; luego, en ese orden, los catálogos de subastas, todos los estudios e historias de los Maasai, de la fauna africana y de la Tierra. Si no encuentras lo que estamos buscando, entonces, busca un acceso para todos esos temas en una progresión de quinientos años hasta llegar al 3042 E.G. Simultáneamente, quiero que busques cualquier mención de Tembo Laibon y de la Duquesa de Hierro, lo que significa que deberás explorar todos los informes de la Frontera Exterior, comenzando en, déjame pensar, oh, supongo que en el 3030 E.G. Si terminas tu acceso a esos temas sin éxito alguno, comienza con una búsqueda más generalizada en los volúmenes de no ficción que haya en la Computadora Maestra de la Biblioteca —me detuve—. También quiero una exploración de todas las noticias recientes, tanto en soporte magnético como electrónico, que mencione o muestre en holograma los colmillos.

—Por favor, defina «reciente».

—De los últimos tres años —repuse—. Cualquier dato más antiguo ya se encuentra en la Computadora Maestra de la Biblioteca.

— ¿Tiene alguna otra instrucción que darme o puedo comenzar?

—Todavía no —indiqué—. Únicamente hemos cubierto la aproximación generalizada. Ahora veamos lo que hay que hacer en caso de no conseguir nada específico —me detuve para aclarar mis pensamientos—. Sabemos que los marfiles se encontraban en la Frontera Exterior en el 3042 E.G. No sabemos cuántas personas los han poseído en estos tres milenios transcurridos, pero creo que, con bastante seguridad, podemos suponer que, tarde o temprano, cayeron en las manos de alguien que comprendió su verdadero valor. Por lo tanto, quiero que explores todos los registros de las compañías aseguradoras desde el 3042 E.G.; alguien, en alguna parte, tuvo que asegurar los colmillos. Ahora—añadí—, los marfiles son una propiedad única, así que comienza tu búsqueda con las aseguradoras más propensas a cubrir semejantes artículos. Si no tienes éxito, entonces explora los registros de todas las compañías aseguradoras restantes.

—No dispongo de acceso a todas las compañías de seguros —dijo la computadora.

—Todos los registros durante la Democracia y la Oligarquía deben ser de dominio público —repliqué—. Si llegas hasta la Monarquía sin posibilidad de acceso, informa, que intentaré solucionarlo.

—Corrección.

— ¿Sí? ¿Cuál?

—Ha usado la palabra Monarquía. El término adecuado es Commonwealth.

—Acepto la corrección —comenté—. Sin embargo, he de alertarte al hecho de que Monarquía es un término que se usa con bastante frecuencia en los medios de comunicación electrónicos, y, para todos los asuntos prácticos, es un sinónimo de Commonwealth.

—Registrado.

—Eso es todo. Por favor, accede y explora esas fuentes de forma simultánea.

—De esa forma, se incrementará de modo considerable el tiempo que me lleve completarlas todas —indicó la computadora.

—No puede evitarse —dije—. Procede.

—Trabajando...

El cristal se oscureció cuando la computadora se dedicó a acceder a las diversas fuentes, y yo salí de la oficina y bajé al economato, donde pedí una taza de té y exploré las cintas de noticias de la noche. Regresé casi dos horas más tarde, vi que el cristal seguía oscuro y decidí echarme a dormir un poco.

La computadora me despertó a las cinco de la madrugada.

—Duncan Rojas —repitió una y otra vez, con menos suavidad en cada ocasión.

Me incorporé, me froté los ojos y observé que el cristal volvía a brillar.

— ¿Sí?

—He localizado los marfiles cerca del año 4375 E.G.

— ¿De qué fuente? —pregunté con curiosidad.

—Aparecían listados como una bonificación de una aseguradora, pagada a la Agencia Blessbull por Eufrates Pym, de Szandor II.

— ¿Szandor II? Se encuentra en la frontera Interior, ¿verdad?

— ¿Sí?

— ¿Cómo llegaron los colmillos desde el Borde hasta el Núcleo?

—Poseo datos insuficientes para responder a esa pregunta.

—Entonces, extrae todos los datos que haya en la Computadora Maestra de la Biblioteca acerca de Eufrates Pym —la instruí—. Quiero saber quién era, qué hacía, dónde vivía y cómo llego a poseer los marfiles.

—Trabajando...

2

El Profanador de Tumbas
(4375 E.G.)

En mi larga vida, he estado en muchos lugares y he hecho muchas cosas. He visto las Cataratas Victoria, que los hombres llamaban Mosio Tunya, El Humo Que Atrona, y he pastado en las pendientes del Monte Kenia, donde vive Dios. He descendido al interior del Cráter Ngorongoro y he atravesado las Montañas de la Luna. Siempre he permanecido alejado de los sitios donde mora el hombre, y nunca he sentido hambre o sed.

He sobrevivido a seis sequías, y cuando las grandes lluvias no cayeron, exploré el viento durante diez días seguidos sin encontrar ni un rastro de humedad. Sabía, tal como el resto de los animales desconocía, que la hierba se marchitaría y moriría, y que el Río Uaso Nyiro se secaría antes de que volviera a llover, de modo que giré la cabeza hacia el sur y comencé el viaje que me mantendría por delante de la ira del enorme sol africano.

La pantalla holográfica parpadeó y adquirió vida.

—Señor —preguntó Fletcher—, ¿está bien seguro de que desea observar esto?

—Estoy bien seguro de que no quiero —gruñó Boris Jablonski con irritación.

—Entonces...

—Debo averiguar en que está trabajando, ¿verdad?

—Tres espías nuestros han sido contratados a su servicio —señaló paciente Fletcher—. Conocemos todo lo que está haciendo y todo lo que planea hacer.

—Pero no sé qué es lo que va a decir de mí ante doscientos millones de personas.

— ¿Por qué habría de preocuparle?

— ¡Maldición! —restalló Jablonski—. ¡Si no puedes guardar silencio y dejarme escuchar, márchate!

Fletcher suspiró y se concentró en la imagen que flotaba delante de ellos.

Un hombre pequeño y gallardo, con una barba bien recortada y una espesa mata de cabello gris, se hallaba cómodamente sentado sobre una resplandeciente silla, de cara a una mujer joven con aspecto formal.

—Y ahora —dijo la voz de un presentador invisible—, para la sección científica de nuestra emisión, nuestra colaboradora, Elizabeth Keen, ha viajado directamente hasta Bellini VI para proporcionarles una entrevista en exclusiva con el afamado Gran Arqueólogo, Eufrates Pym.

—Éste sí que es placer poco frecuente —comenzó Elizabeth Keene—. Sé lo poco que usted accede a hablar con la prensa.

—No más de una vez por semana —musitó Jablonski, mirando con ojos centelleantes la imagen que tenía ante sí.

—Es verdad que soy un hombre muy ocupado —repuso con soltura Pym—, pero, como estoy trabajando en nombre de la humanidad, soy consciente de la obligación que tengo de mantener al público informado sobre mis avances.

—Aún sigue dedicado a la exploración del Imperio Rhise, ¿verdad?

Asintió.

—Así es. Es una cultura fascinante. Justo ahora empezamos a comprenderla, y tengo la impresión de que podemos hallarnos en el umbral de unos descubrimientos importantes.

— ¿Ha viajado a su planeta natal? —preguntó ella.

— ¿Rhise Primero? Por supuesto. De hecho, acabo de volver de allí.

—No he querido ofenderle —se apresuró a decir Elizabeth—. Lo que ocurre es que casi todo el mundo sabe cómo lo descubrió usted.

— ¡Cómo lo robó! —rugió Jablonski.

—Fui muy afortunado —afirmó Pym—. Gran parte del trabajo base ya lo habían hecho para mí.

—No obstante, fue usted quien unió todas las piezas y realizó lo que puede llegar a ser el mayor descubrimiento arqueológico desde el advenimiento de la Era Galáctica —comentó Elizabeth Keene mientras Jablonski musitaba una obscenidad.

—Bueno, aún está por establecerse su importancia —protestó Pym, aunque su expresión no dejó ninguna duda en las mentes de los espectadores de que estaba totalmente de acuerdo con ella.

—Tal vez debería explicarle a nuestros espectadores la forma exacta en la que usted dedujo la existencia y el emplazamiento de Rhise Primero.

—Encantado —aceptó Pym con una sonrisa—. Hace unos diez años leí un artículo que despertó mi curiosidad. Parece ser que el profesor Boris Jablonski, de Spectra III, había pasado un cuarto de siglo examinando diversas culturas de la Espiral del Brazo de la galaxia, que incluye a la Tierra, y logró unos descubrimientos curiosos, aunque provisionales y fragmentarios.

— ¡No había nada provisional en ellos! —exclamó Jablonski a la imagen de Pym.

—Había descubierto que ocho culturas planetarias distintas del Brazo poseían unas quince palabras en común —continuó Pym—. No todas las quince palabras aparecían en cada uno de los planetas; sin embargo, cada planeta tenía, como mínimo, cuatro de estas palabras en común con seis o más de los otros planetas.

— ¿Quiere decir que las palabras sonaban de forma parecida?

—Con las limitaciones que tenía cada especie para producir sonidos similares. Más explícitamente, significaban lo mismo en cada mundo. Fue un excelente trabajo preliminar, y felicito al profesor Jablonski por haberlo realizado.

— ¡Gracias por nada! —exclamó Jablonski.

—Yo desconocía por completo el trabajo del profesor hasta que leí su artículo. En él, declaraba que esas palabras, esas mezclas de sonido, habían surgido de forma simultánea, y que bien podía haber alguna reacción instintiva ante diversos objetos que provoca que la vida inteligente emita aproximadamente los mismos sonidos para describirlos.

— ¡Sólo fue una sugerencia! —aulló Jablonski—. ¡Lo mencioné como una de muchas posibilidades!

—Bueno —continuó Pym—, yo conocía una de las culturas que él mencionó, la de Boroni, de Beta IV, y sabía que sus mecanismos vocales diferían tanto de los de las razas humanoides que el profesor Jablonski había mencionado, que, de forma literal, resultaría doloroso para ellas vocalizar algunos de los sonidos allí reflejados.

— ¡Eso mismo lo señalé yo! —rugió Jablonski, liberando su brazo de la suave contención a la que le había sometido Fletcher.

—Cuanto más pensé en ello —dijo Pym—, más convencido quedé de que esas palabras se habían originado fuera de la cultura Boroni. Ello me condujo a examinar a las otras razas, y muchos exobiólogos estuvieron de acuerdo en que los labios de los Ptree, de Fénix II, estaban estructurados de tal manera que, como mínimo, uno de esos sonidos, probablemente, no había evolucionado en su cultura y que debía de haber sido introducido desde el exterior. Armado con dicha información, fui a ver a Boris Jablonski a su planeta natal, donde escribimos juntos un artículo en el que concluíamos que una raza de la que aún nada sabíamos, había establecido en el pasado un imperio en la Espiral del Brazo, y que ésa era la forma en que tales palabras habían sido empleadas en tantos mundos.

—Y fue unánimemente castigado por sus colegas por emitir semejante conclusión —indicó Elizabeth Keene.

—La gente le dirá que los científicos son los primeros en aceptar las ideas nuevas —comentó Pym con sonrisa petulante—. No se lo crea.

— ¿Qué sucedió luego?

—El profesor Jablonski prosiguió con su trabajo de campo, y yo regresé a casa y me puse a pensar en el asunto.

—Y descubrió la respuesta correcta —señaló Elizabeth Keene.

—No le quitemos su mérito a la contribución del profesor Jablonski —añadió Pym—. Él siguió los caminos del procedimiento aceptado.

— ¡Condescendencia! —restalló Jablonski—. ¡Lo que más odio de ese hombre es su condescendencia!

—Yo elegí no unirme al profesor Jablonski. Tenía la convicción de que ya habíamos probado la existencia de una raza exploradora en el Brazo, y...

—Aunque no para satisfacción de sus colegas —le interrumpió ella.

—Para mí satisfacción —replicó Pym—. Uno ha de satisfacerse a sí mismo primero.

— ¡Maldito ególatra! —musitó Jablonski.

—En cualquier caso, regresé a casa, hice que mi computadora me proyectara un mapa del Brazo, marqué los planetas donde las palabras en común habían aparecido, e intenté sacar algunas conclusiones —se detuvo para recalcar el efecto dramático —. Y cuanto más lo estudiaba, más me convencía, basándome en las líneas de la expansión, en las necesarias líneas de suministro, en caso de que hubieran recibido una oposición militar, en el hecho de que tenía que ser una raza que respirara oxígeno, ya que todos los planetas en cuestión estaban habitados por seres con base de carbono y que respiraban oxígeno, de que había algo que no encajaba — hizo una pausa y continuó—. Verá, se requiere un cierto tipo de estrella para producir un planeta de oxígeno capaz de albergar vida basada en el carbono... pero no podía localizar el tipo adecuado de estrella cerca de donde, lógicamente, debía estar. El planeta de oxígeno más cercano poseía un nivel de radiación muy elevado para albergar cualquier forma de vida, y el planeta más cercano con esas características se hallaba a más de ochocientos años luz.

—Habla de Principia, ¿verdad? — preguntó ella.

—Sí

—Y la suposición general entre aquellos científicos que apoyaban su punto de vista era que Principia debía ser el planeta natal lógico de esa raza exploradora del espacio que usted buscaba.

—Sí, en especial, después del descubrimiento de las ruinas de una civilización que se encontraron allí, la de una raza humanoide que se había exterminado a sí misma en una serie de guerras devastadoras unos sesenta milenios en el pasado. — Se encogió de hombros —. La rechacé casi de inmediato.

— ¿Por qué?

—Primero, porque había seis planetas de oxígeno habitados en un radio de doscientos años luz de Principia. Si los principianos buscaban establecer un imperio, ¿por qué ignoraron esos mundos y se expandieron en una dirección que les sería mucho más difícil de conquistar? Aunque con el tiempo planearan controlar toda la Espiral del Brazo, la simple lógica decretaba que conquistaran y consolidaran esos planetas que se encontraban más próximos al suyo antes de lanzarse ochocientos y, más tarde, mil cuatrocientos años luz en dirección al Brazo —se detuvo —. La segunda razón resultó mucho más básica: no existía ni un rastro de la civilización principiana en ninguno de los mundos del profesor Jablonski. Seguro que no regresaron a toda velocidad a casa para morir en una guerra espantosa.

—Pero no existen restos de ninguna raza alienígena en ninguno de esos planetas — señaló ella.

—Ésa es la razón principal por la que la mayoría de nuestros colegas rechazaron nuestra hipótesis —repuso él—. Sin embargo, se convirtió en la clave del rompecabezas.

— ¿Cómo?

—Continué estudiando el mapa, intentando obtener una respuesta racional. Hice que mi computadora proyectara una serie de simulaciones militares y, finalmente, llegué a la conclusión de que la única forma en la que yo podía aceptar a Principia como el planeta original de la raza que buscábamos, sería si ese planeta existiera en las proximidades de Adara, lo cual, claro está, no era el caso. Adara es una estrella azul muy joven y muy grande, que, con el tiempo, morirá y se convertirá en un agujero negro. Sólo tiene un planeta, un mundo con una atmósfera de casi un ochenta y cinco por ciento de helio: dicho planeta no podría soportar vida con base de carbono, ni siquiera seres que respiren cloro o metano. De hecho, era demasiado joven para que hubiera evolucionado alguna forma de vida que conozcamos. —Se quedó mirando con expresión pensativa a la cámara, como si de nuevo estuviera considerando todos los elementos del problema.

—Siempre se detiene en esta parte —se quejó Jablonski—, con el fin de darle a la audiencia tiempo para apreciar la magnitud de su insignificante hallazgo.

—Así, me pasé otro mes tratando de extraer algún sentido de los datos que tenía —continuó por fin Pym—, y cuanto más los estudiaba, no dejaba de volver a Adara. Por logística, se trataba del hogar más probable para una raza que hubiera conquistado esos planetas... y, de repente, me di cuenta de por qué no habíamos encontrado resto alguno de esa raza. Si no se trataba de seres que respiraran oxígeno, los planetas de Jablonski, entonces, sólo eran unos simples puestos de avanzada que servían como útiles depósitos para repostar combustible y cosas semejantes, y su zona de gran expansión debería de hallarse situada entre mundos de helio. Con toda probabilidad, únicamente destinaron unos pocos técnicos a los mundos de oxígeno, y a medida que su imperio comenzó a contraerse o a desmoronarse, por la razón que fuere, ésos serían los primeros mundos que abandonaron.

Pym sonrió con ironía.

—Debe comprender que hasta ese momento jamás habíamos encontrado una raza que evolucionara en un planeta de helio, ni a un planeta que albergara vida de cualquier tipo en órbita alrededor de una gigante azul. Ambos estaban considerados más allá del reino de la posibilidad —se detuvo—. Me despidieron de mi puesto en la universidad cuando publiqué esa hipótesis.

—Y, entonces, ¿qué ocurrió?

—Sólo me quedaba un camino abierto. Saqué mis ahorros, más todos los créditos que pude pedir prestados, y envié una expedición al planeta Adara. Únicamente disponía del dinero suficiente para organizar un equipo de seis hombres durante veintitrés días... y como acababa de romperme una pierna, yo mismo me quedé en casa. Les sugerí los lugares más probables donde podían explorar, me mantuve en contacto constante con ellos a través de un haz subespacial... y el resto es historia. Diecinueve días más tarde, encontraron los primeros artefactos de la civilización Rhise, y el planeta, de forma oficial, se convirtió en Rhise Primero. —Sonrió con modestia—. Quisieron ponerle mi nombre, pero no lo permití —hizo una pausa—. Tal como había deducido, su imperio consistía principalmente de planetas de helio. Los planetas que el profesor Jablonski había unido eran simples conveniencias logísticas, nada más.

—Y así es como usted se convirtió en el Gran Arqueólogo —finalizó ella con admiración.

— ¡Así es como usó mi trabajo y se llevó toda la gloria! —musitó Jablonski.

—Ése es un título que me ha puesto la prensa —replicó—. En realidad, voy a realizar trabajo de campo cada vez que puedo.

—Como usted es la autoridad reconocida de Rhise Primero y del Imperio Rhise, tal vez pueda decirnos qué se ha descubierto hasta ahora acerca del pueblo Rhise.

—Todavía no sabemos gran cosa sobre ellos —admitió Pym—. Se trataba de una forma de vida muy rara, por supuesto, y ahora que hemos sido capaces de reconstruir su línea de expansión, hemos determinado que había, como mínimo, otras tres razas que respiraban helio; mi propia conjetura es que, con el tiempo, descubriremos más de una docena dentro de la

Espiral del Brazo —de nuevo se detuvo—. Lamentablemente, no existen supervivientes de ninguna de esas razas, y, como los Rhise parecían librar guerras de exterminio en vez de conquista, no hemos sido capaces de averiguar casi nada acerca de sus víctimas. Mi propia hipótesis es que el pueblo Rhise, comprendiendo que Adara pronto se convertiría en una supernova y destruiría su planeta, buscó espacio para vivir más que un imperio, en el sentido más tradicional de la palabra, y, simplemente, eliminaron a cualquier raza que encontraban en esos planetas que querían colonizar. Es muy probable que también ésa sea la razón por la que no aniquilaron a la población de los planetas de oxígeno que conquistaron; esos mundos no les servían para nada.

—Elemental —comentó Jablonski—. Yo indiqué eso hace cinco años.

— ¿Qué fue del pueblo Rhise? —preguntó Elizabeth Keene.

—No lo sabemos —repuso Pym—. Pero, como todos los planetas de helio que colonizaron ya han sido abandonados, existe una gran posibilidad de que, finalmente, hayan encontrado su utopía, y se encuentren ahí fuera, esperando que nosotros los descubramos.

— ¿Es eso realmente posible? —inquirió ella.

—Ciertamente. El hombre siempre se ha extendido hacia el núcleo de la galaxia, empujando siempre la Frontera Interior. En realidad, no hemos efectuado una gran exploración de la Espiral del Brazo.

— ¿Y eso es todo lo que hemos averiguado de la civilización Rhise?

—Debe recordar que sólo deduje su existencia hace cinco años —indicó Pym con una sonrisa de modestia—. Tuvimos la suficiente fortuna de descubrir lo que ha sido llamado el Documento Rhise hace dos años.

— ¿El Documento Rhise? —repitió ella.

—Bien puede decir que se trata del equivalente Rhise de la piedra de Roseta, pero —añadió con tristeza—, nuestros expertos en lingüística han avanzado muy poco en su trabajo.

—Se rumorea que usted pronto emitirá un importante anuncio, casi más relevante que el descubrimiento del Documento Rhise —comentó Elizabeth Keene—. ¿Puede adelantarle a nuestra audiencia parte de su contenido?

—Creo que existe una excelente posibilidad de que el pueblo Rhise visitara la Tierra algunos milenios antes de que el Hombre dominara el vuelo espacial.

— ¿Ha localizado rastros del Imperio Rhise en la Tierra? —preguntó ella entusiasmada—. ¿Fueron ellos esos astronautas antiguos que aún perviven en algunas leyendas?

Él sonrió y negó con la cabeza.

—No a las dos preguntas. Aún no hemos encontrado ninguna evidencia de una visita a la Tierra, ya sea del pueblo Rhise o de otros alienígenas.

—Entonces, ¿por qué cree que nos visitaron?

—Existen ciertas zonas en el pasado de la Tierra, ciertos incidentes, ciertos artefactos, que sólo pueden ser explicados por una visita alienígena. Además, la Tierra se encontraba directamente en la línea de expansión del Imperio Rhise.

— ¿Y esto es lo que usted espera anunciar? —dijo ella con tono triunfal—. A mí me parece que ya lo ha anunciado, doctor Pym.

—Hay una diferencia en expresar una esperanza y presentar una evidencia irrefutable —replicó él—. Tal como ya he mencionado, hemos avanzado muy poco en la traducción del Documento Rhise, pero lo poco que hemos descubierto, me induce a creer que los restos de una gran estructura que acabamos de descubrir en Rhise Primero puede que, en el pasado, haya sido un museo. Si ése fuera el caso, y si podemos encontrar algún artefacto que haya sido originario de la Tierra, habremos demostrado mi teoría con la misma seguridad que si hubiéramos hallado un artefacto Rhise en la Tierra.

—Y el Gran Arqueólogo habrá añadido otro triunfo brillante a su carrera. —Ella sonrió con admiración.

—Si así fuera, es un triunfo que debo compartir con mis colegas de campo —indicó

Pym magnánimamente—, Y no olvidemos al profesor Jablonski, cuyo trabajo inicial puso en marcha todo el proceso.

— ¡Dios! —exclamó Jablonski—. ¡Creo que le odio más cuando me da las gracias!

— ¿Y qué consejo le daría usted a cualquier joven de nuestra audiencia que desee iniciar una carrera en...?

— ¡Basta! —rugió Jablonski, y Fletcher desactivó la computadora.

Jablonski se puso en pie de un salto y comenzó a pasear furioso por su despacho.

— ¡Qué descaro el de ese hombre! —bramó—. ¡Que ocupe el Sillón de Arqueología de Sélica II, el sillón que debió haber sido mío! ¡Convenció a las fundaciones que siempre me habían financiado para que se convirtieran en sus benefactoras! ¿Y por qué? ¡Todo por una conjetura afortunada!

—Se está excitando demasiado, señor —dijo Fletcher con suavidad—. ¿Por qué no se sienta e intenta relajarse?

— ¿Que me siente aquí? —atronó Jablonski—. ¡Él es el Gran Arqueólogo, no yo!

—Por favor, profesor.

— ¡Ese presuntuoso y relamido hijo de puta! —continuó Jablonski—. Ni siquiera es capaz de escribir bien un artículo científico.

—Lo sé, señor.

— ¿Y qué sucede? ¡Un editor le paga cinco millones de créditos por un relato absolutamente inexacto, carente de todo rigor científico, de la civilización Rhise, y los trabajos de hombres mejores que él, más desarrollados, languidecen en las computadoras de las bibliotecas sin que nadie los lea!

—Esto ocurrió hace mucho tiempo, señor —comentó Fletcher—. Y usted ha ido de triunfo en triunfo.

— ¡Todos eclipsados por una sola conjetura afortunada! —restalló Jablonski—. ¡Y todavía sigue viviendo de ella! Mira lo que pasa cuando emiten un segmento científico para el público. ¿Crees que llaman a Wannamaker, cuyo trabajo sobre el Borde incluso ha superado el de Rosenschweig? ¿Llaman a Hayakawa, que se encuentra trabajando en la misma Tierra y que ha descubierto un templo Inca virtualmente intacto? ¿Me llaman a mí? ¡No! ¡Llaman al adivinador afortunado!

De repente, se quedó sin aliento, se acercó a su sillón, que se alzó para acoplarse a su cuerpo, y se derrumbó en él, contemplando con ojos centelleantes y sombríos el lugar donde había estado la imagen de Pym.

—Por favor, señor —dijo Fletcher—, no puede seguir torturándose de esta forma. Ya sabe lo que le recomendó el doctor.

—Mi doctor no tiene que ver al hombre que destruyó su carrera en el holo cada semana.

—Vamos, ése no es un comentario exacto, señor —indicó Fletcher—. Usted ha tenido una carrera de gran éxito. Es uno de los arqueólogos más respetados de la Oligarquía. Sus trabajos son de lectura obligada en casi todas las instituciones académicas.

Jablonski sacudió la cabeza.

—No importa. Ese hombre me ha destruido. Pasé dieciocho años en el Borde, realizando los descubrimientos iniciales, cotejando mis datos, probando mis conclusiones. Me hallaba a menos de cinco años de demostrar que el pueblo Rhise respiraba helio, de demostrarlo con una rigurosa lógica científica, no adivinándolo porque era demasiado perezoso y vano para ensuciarme las manos en el campo, cuando apareció él. Me obligó a publicar antes de estar preparado y nos convirtió a los dos en el hazmerreír de nuestros colegas... y, entonces, cuando aventuró su conjetura, cuando se demostró que teníamos razón, sólo su reputación fue restaurada. —Jablonski se detuvo para respirar—. Si yo no hubiera descubierto los restos de la cultura Korbb en el sistema Wisna, todavía me encontraría buscando una universidad que confiara lo suficientemente en mí como para dirigir su Departamento de Arqueología.

—Pero usted los descubrió —repuso Fletcher en tono conciliador—. Entonces, ¿por qué

deja que Eufrates Pym le irrite de tal forma?

— ¡Porque aún creen que él sabe lo que está haciendo! —exclamó Jablonski—. ¡Todavía creen que la intuición es un sustituto aceptable del trabajo duro!

—No todos piensan así, señor.

Jablonski volvió a ponerse de pie y se dirigió a un estante de cristal que flotaba sobre el suelo al lado de su escritorio.

— ¡Mira esto! —rugió, señalando ocho libros gruesos encuadernados en piel que descansaban sobre el estante—. Constituyen cuarenta y tres años de trabajo cuidadoso y metódico. Son el resultado de haber salido al campo a examinar las cosas en persona, no de quedarme sentado en casa a teorizar. Son la suma total de mi vida —hizo una pausa—. Pym vende más libros y discos en una semana de los que yo he vendido en casi medio siglo.

—La popularidad no necesariamente es un barómetro del mérito —indicó Fletcher—. El doctor Pym sabe cómo manipular a los medios de comunicación, de modo que, por supuesto, sus ventas reflejan su publicidad. Eso no significa que haya hecho alguna contribución duradera en el campo de la arqueología.

— ¡Tonto! —musitó Jablonski. Se acercó a un visor burbuja que daba al campus cubierto de acero y cristal y observó a los estudiantes que pasaban por debajo—. No lo entiendes en absoluto.

— ¿Perdón, señor?

— ¡Ha hecho una contribución! —dijo Jablonski exasperado—. El descubrimiento de Rhise Primero y del Documento Rhise han sido los eventos arqueológicos más importantes del siglo. ¡Ésa es la razón de que el hombre sea tan peligroso!

—Me parece que no le sigo, señor.

—Se puede afirmar que ha desacreditado el método científico —explicó Jablonski al volverse para mirar a su ayudante—. Corremos el peligro de vernos aplastados por una horda real de autoproclamados Arqueólogos Intuitivos. —Puso una expresión de asco—. Resulta tanto más limpio que cavar entre la basura de un mundo de cloro, tanto más fácil que pasarte años analizando y montando de nuevo un artefacto alienígena. Pym trabaja de esa forma, y descubrió Rhise Primero, de forma que debe de tratarse del método más efectivo. —Su rostro se convirtió en una máscara de furia irracional—. ¡Tenemos que desacreditar a ese hombre antes de que sea demasiado tarde!

—Pienso sinceramente que sobreestima su importancia, señor —comentó Fletcher.

— ¡No! —gritó Jablonski. Se le puso roja la cara, su respiración se hizo trabajosa, y Fletcher tuvo que ayudarle a retornar a su sillón.

— ¿Se encuentra bien, señor?

—Lo estaré —afirmó Jablonski con voz débil—. ¿Lo ves, Fletcher? No sólo ha destruido mi reputación; hasta ha arruinado mi salud.

— ¿Llamo a su médico?

Jablonski negó con la cabeza.

—Únicamente necesito calmarme. —Respiró profundamente y soltó el aire despacio—. Sé que crees que se trata de una venganza personal —continuó al fin—, pero es mucho más que eso. Si Eufrates Pym no es desacreditado, por implicación, él desacreditará todo lo que los demás tratamos de hacer.

—Se verá desacreditado cuando en el museo Rhise no se descubra ningún artefacto humano —predijo Fletcher.

—No —dijo Jablonski—. Realizó esa declaración con mucha cautela. Esperaba poder probar que el pueblo Rhise había visitado la Tierra; jamás aseveró que tenía una prueba definitiva.

—No obstante, será la primera vez que se haya equivocado en una conjetura sobre ellos —añadió Fletcher—. Tal vez eso mancille su imagen.

—Siempre que se equivoque.

—Introduje todos los datos en la computadora esta mañana, tal como usted me lo

indicó, y la computadora sólo le da una posibilidad del dos punto tres por ciento de acierto.

—Le habría dado un porcentaje menor para la localización de Rhise Primero —comentó Jablonski.

— ¡No habrá cambiado de opinión!

— ¿Sobre que la Tierra jamás fue visitada? Por supuesto que no. Cinco mil años de investigación habrían aportado algo en el caso de que la Tierra hubiera sido un puesto de avanzada Rhise.

—Entonces, se demostrará que él está equivocado —afirmó Fletcher con convicción.

—De alguna forma, se librará de ello —replicó Jablonski con la misma convicción—. Sonreirá, señalará la falacia de realizar una teoría sin fundamento y, luego, expondrá una nueva teoría sin fundamento sobre el porqué el pueblo Rhise jamás se molestó en aterrizar en la Tierra. Y le darán más honores, y recibirá la beca Menesco que me han prometido a mí, y la utilizará para contratar el jefe de mi expedición. —Jablonski bufó con desprecio—. Probablemente, y antes de que pase mucho tiempo, te hará una oferta a ti.

—Usted tiene mi completa lealtad, señor —afirmó de inmediato Fletcher.

—Siempre que te nombre mi sucesor —comentó Jablonski—. No, no te molestes en negarlo. Un hombre ha de velar por sí mismo... y tú eres el mejor ayudante que jamás he tenido. Mereces sucederme.

—Gracias, señor. Me halaga que piense de esa forma.

—Sólo espero que este departamento aún valga la pena para cuando tú lo dirijas. Existe una cantidad de dinero limitada para gastar en nuestro campo, y cuanto más recibe Pym, menos nos queda a nosotros —se detuvo—, ¡Maldición! ¡Si pudiera estar seguro!

— ¿Seguro de qué, señor?

—Seguro de que se equivoca con la Tierra.

—Pero, tal como usted señaló, eso carece de importancia. Él no ha afirmado que el pueblo Rhise visitó la Tierra; simplemente, lo sugirió.

—Sin embargo, si yo lo supiera, si tuviera la certeza... —la voz de Jablonski se perdió, mientras Fletcher se le quedaba mirando, incapaz de seguir su línea de pensamiento.

De repente, Jablonski se irguió, en apariencia, con la energía recibida por algún odio interno hacia su rival.

—Dile a Modell que quiero hablar con él.

—Puede que no esté disponible —comentó Fletcher.

— ¡No le pago para que no esté disponible! —restalló Jablonski.

— ¿Codifico el mensaje?

—No me importa lo que hagas, pero ponme en contacto con él.

Fletcher activó una de las computadoras.

—Código Azul-Cuatro —dijo—. Haz que Modell contacte con la Base.

— ¡Cosas de espías! —bufó Jablonski—. Sólo dile que quiero hablar con él.

—Son cosas de espías precisamente porque él es un espía —replicó Fletcher con paciencia—. Y si interceptan nuestro mensaje, no queremos que la expedición de Pym sepa quién lo envió.

—Lo sabrán.

—No obstante, me parece una precaución razonable.

Jablonski musitó algo inaudible y se reclinó en el sillón para esperar la transmisión. Veinte minutos más tarde, la imagen de una cara escabrosa y sin afeitar apareció en el aire, encima de la computadora.

—Aquí, Modell.

—Aquí... —comenzó Jablonski, pero se detuvo en el acto cuando Fletcher agitó frenéticamente las manos—. Ya sabe quién soy.

—Por favor, aumente su volumen —indicó Modell—. Me encuentro en un módulo a unos ciento veinte metros bajo tierra. Hay una tormenta infernal sobre la superficie y está creando un montón de estática.

— ¿Cuánto ha avanzado? —preguntó Jablonski, después de ordenarle a la computadora que aumentara la señal.

—Probablemente, nos encontramos entre una semana y diez días de poder entrar al edificio.

— ¿Cuántas puertas?

—Seis, todas selladas... y los sellos no se parecen a nada que yo haya visto antes. Puede que nos lleve una semana adicional romper uno solo.

Jablonski frunció el ceño.

— ¿Están las paredes intactas?

Modell negó con la cabeza.

—No tiene paredes en el sentido normal de la palabra, señor.

— ¿Qué tiene?

Modell pareció incómodo.

—No estoy seguro de poder explicarlo, señor.

—Haga el esfuerzo. Para eso le pago.

—Parece un teseract, si es que ello tiene algún sentido.

— ¿Un teseract? — repitió Jablonski.

—Una estructura hipotéticamente de cuatro dimensiones.

—Ya sé lo que es —cortó Jablonski —. Sólo intento imaginarla.

—Es muy extraña —ofreció Modell.

— ¿Se encuentra intacto el edificio? —preguntó Jablonski.

—Sí

— ¿Y se trata definitivamente de un museo?

—Eso parece.

—Supongo que Pym llegará allí con la prensa en cuanto usted consiga romper los sellos.

—Eso es lo que me han dicho.

— ¿Y nadie entrará antes que él?

—Es su expedición — replicó Modell, encogiéndose de hombros.

— ¿Existe otra entrada que no sea a través de las puertas?

—No hay ninguna otra abertura, si se refiere a eso. Ninguna ventana, ninguna entrada de descarga, nada parecido — se detuvo —. Un par de personas aquí cree que podría existir otra forma de penetrar sin romper los sellos, usando la misma estructura del teseract, pero no han descubierto cómo.

— ¿Por qué no se lo preguntan a la computadora?

—Por lo que yo sé, ya lo han hecho — respondió Modell —. O no les dio ninguna respuesta, o no les gustó la que recibieron. En cualquier caso, no importa. Se dice que Pym planea romper el sello y entrar por la puerta; creo que van a realizar un holo documental del evento.

—Quiero que me transmita un holograma de la estructura de inmediato — pidió Jablonski —. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Sí

—Bien —comentó Jablonski. Cortó la conexión y se volvió hacia Fletcher —. ¿Estaría preparado para partir mañana?

— ¿Adonde?

—A Rhise Primero, por supuesto.

—Supongo que sí —replicó Fletcher, desconcertado.

—Bien.

— ¿Podría explicarme de qué se trata? —inquirió Fletcher.

— ¡De desacreditar a ese asno pomposo! —exclamó Jablonski—. ¿No ha estado escuchando lo que hablaba? ¡Computadora! —llamó con voz áspera.

— ¿Sí? —dijo la computadora.

—Esta mañana, basándote en los datos que te proporcionó Fletcher, estimaste que las posibilidades de que el pueblo Rhise hubiera visitado alguna vez la Tierra eran de dos punto tres por ciento, ¿es correcto?

—Dos, punto trescientos dos, para ser precisa.

— ¿En qué se convertiría esa estimación si el museo de Rhise Primero no tuviera mención alguna de la Tierra ni ningún artefacto terrestre?

—La estimación se convertiría en un cero, punto setecientos treinta y ocho por ciento —respondió la computadora.

—Bien. ¿Has recibido la transmisión de un holograma desde Rhise Primero en los últimos sesenta segundos?

—Estoy recibiendo uno ahora mismo.

—Accede a la biblioteca del departamento de matemáticas.

—Accediendo... hecho.

— ¿Muestra el holograma un edificio con la forma de un teseract?

—Correcto.

—Quiero que averigües de nuestra biblioteca qué institución está llevando a cabo el trabajo teórico más avanzado acerca de los teseracts. Entonces, accede a sus bibliotecas de matemáticas y física, más todo el material de investigación no clasificado, y determina si existe una forma de entrar en el edificio del holograma sin romper los sellos de las puertas.

—Trabajando... Accediendo... —La computadora guardó silencio durante casi noventa segundos—. Hay una forma teórica de ingreso.

—Por favor, explica la palabra teórica en este contexto.

—Significa que, en teoría, el ingreso es posible. Sin embargo, en la práctica, no puedo certificar que tal ingreso no resultará fatal para el tejido vivo, ya que trata con el tránsito interdimensional.

— ¿Podría un robot conseguir entrar y seguir en funcionamiento?

—Trabajando... probablemente.

— ¿Cuál es la posibilidad de que un robot siguiera en funcionamiento?

—Ochenta y seis, punto, doscientos cuarenta y uno por ciento.

— ¿Y la posibilidad de que regresara ileso?

—Ochenta y seis, punto, doscientos cuarenta y uno por ciento —repitió la computadora—. Si al entrar no es desactivado, salir de la misma forma no lo hará.

—Desactívate —dijo Jablonski. Se volvió hacia Fletcher con los ojos muy abiertos por la excitación—. ¡Por Dios, lo tengo! ¡Por fin he cogido al hijo de puta!

Jablonski y Fletcher entraron en el complejo de salas de almacenaje del museo, todas las cuales mostraban la agitación usual de energía y actividad. El hombre mayor condujo a su ayudante más allá de las salas dedicadas a las culturas de la Frontera Interior y Exterior, giraron alrededor de un complicado laberinto de cubículos interconectados que habían sido establecidos a un lado para el estudio de las zonas más pobladas de la galaxia y, finalmente, llegaron al cuarto enorme que albergaba los artículos más recientes procedentes de la Espiral del Brazo.

De inmediato, Jablonski comenzó a andar de arriba abajo por los largos pasillos del almacén, ocasionalmente saludando con la cabeza a los miembros del personal que se hallaban ocupados limpiando, reconstruyendo y trabajando en cientos de artículos que la universidad aún no había catalogado.

Pasaron delante del Jarrón Místico de Valerium VII, que había sido la causa directa de tres grandes guerras en la nebulosa antigüedad de aquel lejano planeta, y rodearon las cinco piedras que el museo había adquirido de la Mezquita de los Muertos Venerados de Nueva Paraguay. Jablonski se detuvo para examinar una pequeña pieza de cerámica; luego, la acercó a su nariz e inhaló profundamente. Le encantaba el olor y el tacto de las antigüedades, el entusiasmo de reconstruir la amplia totalidad de una civilización desde los fragmentos más

diminutos, la visión de trozos y partes esperando ser clasificados sobre una mesa. Sentía un cierto orgullo justificado en las exhibiciones públicas del museo; pero era aquí, donde el trabajo verdadero se realizaba, que se encontraba en su elemento.

—Exactamente, ¿qué estamos buscando? —preguntó Fletcher cuando Jablonski se detuvo para mirar en el interior de una pequeña escultura cilíndrica de Aldebarán XIII.

—Algo de la Tierra —replicó Jablonski.

—Tenemos una máscara de gas de la Primera Guerra Mundial que se exhibe en el Ala Oeste —aventuró Fletcher—. Y también tenemos una pareja idéntica de tocados amerindios, al igual que...

Jablonski sacudió la cabeza.

— ¡Sé lo que tenemos! —exclamó de malhumor.

—Entonces, debo pedirle que sea más explícito, señor —dijo Fletcher.

—Quiero algo de aquí —repuso Jablonski.

— ¿De aquí? —repitió Fletcher, indicando la sala con los brazos.

—Algo que todavía no haya sido catalogado.

— ¿Qué desearía?

—No me importa, mientras proceda de la Tierra y la computadora del museo no lo tenga registrado.

De repente, los ojos de Fletcher se abrieron mucho.

— ¡Ya lo comprendo! —exclamó.

—Ciertamente, te ha llevado bastante tiempo —comentó Jablonski con tono irritado—. Ahora, por favor, intenta mantener la voz baja.

— ¡Va a plantarlo en Rhise Primero! —susurró Fletcher, excitado.

—No en el planeta —respondió Jablonski—. Sólo en el museo.

— ¡Jamás lo logrará!

—No... pero tú sí.

— ¿Yo? —preguntó sorprendido Fletcher.

—Así es —dijo Jablonski con impaciencia—. Ahora, pongámonos a trabajar. Partirás mañana. —Sin esperar una respuesta, una vez más Jablonski procedió a recorrer de un lado a otro los pasillos, hurgando en los contenedores en busca de su artefacto. Pasada media hora, todavía no lo había encontrado—. ¡Maldición! —musitó—. Sé que trajimos una talla azteca hace dos semanas.

—Se ha exhibido a principios de esta semana —indicó Fletcher.

Jablonski emitió una risa amargamente irónica.

— ¡Si yo hubiera querido que la catalogaran de inmediato, aún estaría aquí acumulando polvo! —bufó con desprecio—. Bien, no parece que haya nada en esta zona. Miremos en el sótano.

Se dirigió al hueco descendente, activó el colchón de aire, se situó en el centro, esperó que Fletcher se le uniera y, luego, le ordenó al mecanismo que les llevara al nivel del sótano. Bajaron con suavidad mientras el colchón invisible se colapsaba despacio en sí mismo; finalmente, se encontraron en el enorme sótano de almacenamiento que recorría toda la superficie del museo.

El sótano estaba iluminado por una luz difusa que emanaba de una fuente oculta, y las sombras alargadas que creaba le daban al lugar un aire levemente siniestro. Fantasmas alienígenas parecían ocultarse detrás de cada artefacto, dispuestos a caer sobre aquellos que habían profanado sus antiguos hogares. Mientras el personal de mantenimiento se encargaba de que el lugar estuviera impoluto, daba la sensación de que tuviera una capa tras otra de restos y polvo de eones.

Ocupando por completo un cuarto de la sala, había una capilla Korbb casi entera que Jablonski había traído del sistema Wisna. La pared más alejada estaba dominada por la Gran Serpiente de Dorillion, una escultura de doscientos quince metros de largo con forma de serpiente, sobre cuya superficie se había tallado toda la historia de la antigua raza de

Dorillion, con figuras tan diminutas que muchas no se podían observar sin una ampliación y un aumento artificiales.

Había estatuas y otros artefactos que ocuparían demasiado espacio en el complejo de restauración de arriba y, por lo tanto, se guardaban aquí hasta que llegara el momento en que los estudiantes y los miembros del personal pudieran prepararlos para ser exhibidos.

Jablonski avanzó de estatua a estatua, de exhibidor a exhibidor, de mesa a mesa, en busca de un artefacto de la Tierra. Finalmente, se detuvo bruscamente delante de una larga mesa.

— ¿Qué es esto? —preguntó—. No los recuerdo.

Fletcher observó las columnas gemelas de marfil.

—No estoy muy seguro, señor. Fueron descubiertos por Bromheld Sherrinford en el Borde. Llegaron hace menos de una semana.

— ¿Sherrinford? —musitó Jablonski—. El nombre no me es familiar.

—Su expedición fue financiada conjuntamente por veinte instituciones académicas, incluyendo la nuestra —explicó Fletcher—. Había estado explorando la cultura Guavere en Melima IV cuando dio con lo que parece que era el escondrijo de algún proscrito que vivió en el Borde hace un milenio —se detuvo—. De acuerdo con algunas leyendas que Sherrinford logró recopilar, el proscrito era un ciborg enorme que se llamaba el Duque de Hierro o el Príncipe de Hierro. En cualquier caso, se trataba de algo periférico al campo principal de interés de Sherrinford, por lo que, una vez que determinó que no había nada en la guarida que fuera de los Guaveres, de forma arbitraria dividió el hallazgo en veinte porciones de igual valor y envió una a cada institución. —Señaló los marfiles—. Esto fue lo que recibimos nosotros.

— ¿Qué son?

—No tengo ni idea —dijo Fletcher encogiéndose de hombros.

—Entonces, ocúpate de que alguien realice un análisis molecular y averigüe qué son y de dónde proceden —dijo Jablonski con irritación.

Fletcher abandonó el sótano y retornó unos minutos más tarde con un instrumento altamente complicado bajo el brazo.

—Pensé que sería mejor si lo realizaba yo mismo, señor —explicó—. No hay ningún motivo para que otra persona se entere de nuestro secreto, y muchas buenas razones para no hacerlo.

—Bien pensado —acordó Jablonski con hosquedad—. Y ahora, ponte a trabajar.

Fletcher activó el analizador, lo acopló al colmillo más grande y estudió las lecturas.

— ¡Creo que hemos tenido suerte, señor! —anunció después de un momento—. Parece que son de origen terrestre.

— ¿Orgánicos?

Fletcher escrutó las lecturas y asintió.

—Definitivamente, son de base de carbono.

—Coge una muestra y lleva a cabo un análisis más exhaustivo —ordenó Jablonski—. Debo estar seguro.

Fletcher hizo lo que se le pedía y, cinco minutos más tarde, el análisis le dio una detallada lectura molecular.

—Terrestres en un cien por ciento —reafirmó Fletcher—. No hay ninguna duda al respecto.

—Ahora analiza el esquema del DNA a través de la computadora del biolaboratorio y averigua qué son.

Fletcher activó un terminal próximo, introdujo los datos, lo instruyó para que accediera a la computadora del laboratorio biológico y esperó el resultado.

—Parecen ser colmillos de elefante, señor —anunció Fletcher cuando la computadora del biolaboratorio volvió a informarle.

— ¿De elefante? —repitió Jablonski—. ¿No se trata de un animal de Tierra ya extinto?

Librodot

—Sí señor —repuso Fletcher. Miró pensativo los marfiles—. Me preguntó cómo llegarían hasta el Borde.

—Lo único que importa es que se encuentran aquí —dijo Jablonski. Escrutó las sombras del sótano vacío y bajó el tono de voz para continuar con la conspiración—. Esta tarde, encárgate de que la computadora programe a uno de nuestros robots AG203, de modo que pueda entrar y salir del teseract. Luego, por la noche, quiero que regreses aquí y te lleves los colmillos a tu nave.

— ¡Pero yo no puedo aterrizar en Rhise Primero! —protestó Fletcher.

— ¡Guarda silencio y escucha! —restalló Jablonski—. Le daré instrucciones a Modell para que busque algún pretexto para abandonar el planeta por un par de días. Te ocuparás de acoplar tu nave a la de él en el sistema Peritane y le transferirás los colmillos y el robot. Dile que se asegure de que el robot coloque los colmillos de forma adecuada; no los pueden encontrar allí tirados en el suelo, blancos y resplandecientes, si todo lo demás está enterrado. Él sabrá lo que tiene que hacer.

— ¿Y luego regreso aquí?

—Eso es.

— ¿Qué pasará con el robot? —preguntó Fletcher—. No podemos dejarlo vagando por Rhise Primero.

—Haz que Modell le ordene que se aleje ochocientos kilómetros y que se autodestruya.

—Tarde o temprano, lo encontrarán.

— ¡No me importa lo que suceda después! —rugió Jablonski—. Mi misión es la de desacreditar a Pym. ¡Eso es lo único que cuenta!

Habían transcurrido cuatro meses. Eufrates Pym había sido holografiado, fotografiado, filmado y grabado al abrir las puertas del museo Rhise. Salió una semana más tarde y, en el acto, se aisló para analizar sus datos y meditar en sus conclusiones.

Finalmente, había dado una conferencia de prensa, y Jablonski pagó con ansiedad la tarifa de acceso holográfico para observarla por completo, sin tener que esperar la versión resumida que se emitiría más tarde.

Pym, tan aseado y confiado como siempre, delante de un gran ejército de cámaras, se aclaró la garganta y comenzó a hablar:

—Damas y caballeros, deseo realizar una breve declaración y, luego, contestaré a sus preguntas. —Miró directamente a la cámara holográfica más grande—. Aquellos de ustedes que han estado siguiendo nuestro progreso descifrando la civilización Rhise, saben que hace poco sugerí que la Tierra bien podría haber sido un puesto de avanzada del Imperio Rhise en algún momento del lejano pasado. Esta teoría —añadió—, ha provocado lo que justamente podría llamarse un furor entre mis colegas, la mayoría de los cuales se mostraron violentamente en desacuerdo conmigo.

Se detuvo durante un momento; después, continuó:

—Debo informarles que en este caso mis colegas tenían razón. Basándome en los descubrimientos en el museo de Rhise Primero, puedo afirmar categóricamente que la Tierra no fue un puesto de avanzada del Imperio Rhise.

— ¿Qué? —rugió Jablonski.

—Los científicos sólo buscan la verdad y, de esta forma, me complace ver que mi trabajo ha sido capaz de eliminar toda conjetura con respecto a este tema, reemplazándolas con hechos. —Pym calló cuando una salva de aplausos espontáneos le interrumpió; luego, prosiguió—: En lo referente al estudio que hay en marcha sobre la civilización Rhise, me alegra dejarlo en las manos eficientes de Hubert Nieswand, mi ayudante jefe. Mis intenciones son tomarme unos meses de vacaciones para recuperarme de todos los esfuerzos realizados y, luego, aceptaré la muy generosa oferta que me ha hecho la Fundación Molton y pasaré unos años en Szandor II, dirigiendo a su equipo de expertos en el intento de descubrir algún sentido en los restos de una civilización muy extraña. Me lanzaré a ese desafío con grandes

Librodot

expectativas. Y ahora, ¿quieren formularme alguna pregunta?

— ¿Qué sucedió? —musitó Jablonski con incredulidad—. ¡Sé que encontraste los colmillos, bastardo! —De repente, la imagen de Pym empezó a parpadear—. ¿Qué es? —preguntó Jablonski.

—Acaba de recibir una transmisión privada de Eufrates Pym —anunció la computadora—. ¿La proyecto holográficamente o prefiere esperar a que termine la emisión?

— ¡Ya ha terminado! —exclamó Jablonski—. Pásame el mensaje.

El rostro de Pym reapareció, pero en esta ocasión llevaba unas ropas diferentes y se hallaba sentado en un despacho lujosamente decorado.

—Hola, Boris —saludó—. Ésta es una grabación, así que no trates de entablar un diálogo. Quédate sentado y escucha.

Se detuvo el tiempo suficiente para encender un cigarro de Antares.

—Te estoy sinceramente agradecido, viejo amigo. Me has ahorrado años de tedioso trabajo en el campo. —Se permitió el lujo de esbozar una sonrisa fugaz y triunfal—. Ésa no era tu intención, por supuesto, pero tu engaño no era con cualquiera. Soy Eufrates Pym.

Jablonski lanzó una obscenidad cuando la imagen de Pym le miró con soberbia.

—No sé de dónde sacaste los colmillos, Boris; sin embargo, como siempre, tu metodología fue superior a tu intuición. Lograste colocarlos en el interior del museo a pesar de nuestro sistema de seguridad, y te felicito por ello. No obstante, sospecho que cuando te diste cuenta de que procedían de la Tierra, no completaste el análisis. —Hizo una pausa, claramente divertido por lo predecible de la actitud de Jablonski—. Nosotros les realizamos un análisis subnuclear. Sólo se remontan al siglo XIX A.D., y resulta inconcebible que el pueblo Rhise pudiera haber aterrizado en la Tierra en esa época sin haber sido observado y registrado.

Pym dio una larga calada a su cigarro; luego, exhaló una nube de humo azul que flotó por encima de su cabeza.

—Toda la operación reflejó tu toque característico, Boris —continuó—. La planificación cuidada, la ejecución metódica, la absoluta falta de previsión e imaginación. Supe que el responsable eras tú en el momento en que logré establecer la fecha de los marfiles, pero, como ya he aprendido algo del método científico gracias a ti, decidí cerciorarme antes de enfrentarme contigo. Por lo tanto, insistí en que cada miembro de la expedición respondiera a mis preguntas conectado a la Máquina de las Mentiras —de nuevo se detuvo, obviamente divertido—. Quedó bien claro que tu hombre, Model!, había visto lo que sucede cuando le mientes a la máquina; reconoció su complicidad antes de que le conectáramos. —Una sonrisa presuntuosa—. Oh, de paso, quiero que sepas que ahora Modell trabaja para mí.

Otra calada, otra nube de humo.

—En cualquier caso, si tú estabas dispuesto a separarte de semejantes objetos valiosos sólo para convencerme de que la Tierra había sido un puesto de avanzada del Imperio Rhise, para mí es prueba suficiente de que el Imperio Rhise jamás llegó a nuestro planeta madre. Puede que no seas brillante o intuitivo, Boris, pero eres concienzudo... de modo que me alegra mucho rechazar mi suposición original. —De repente, se rió—. Acaba de pasarme por la cabeza una idea muy divertida. ¿No sería gracioso si encontráramos un artefacto legítimo procedente de la Tierra ahora que le he afirmado al público que las dos razas jamás se encontraron? —una pausa—. Supongo que, sencillamente, tendría que decirles que, basándome en nuevas evidencias que acababa de desenterrar, el pobre Boris Jablonski se había vuelto a equivocar.

Se rió entre dientes un rato más; después, prosiguió:

—Para terminar, viejo amigo, quiero darte las gracias por el regalo de los marfiles. Me los voy a llevar conmigo a Szandor II, donde tendrán un puesto de honor entre mi colección de artefactos terrestres. Y, de paso, no sientas ninguna preocupación porque pueda exponer tu pequeña intriga a la universidad. Me producirá más placer contarla como una anécdota de

sobremesa.

La transmisión finalizó, y Boris Jablonski se puso lentamente de pie, se dirigió al lavabo y se cortó las venas de ambas muñecas.

Llevaba muerto dos horas cuando Fletcher lo encontró.

Segundo Interludio
(6303 E.G.)

Dormí en mi oficina, y cuando desperté a la mañana siguiente, de inmediato comprobé si la computadora había realizado algún progreso en la localización de los marfiles. No era así, y como le dedicaría muy poco de su capacidad al problema hasta bien entrado el día, decidí no perder tiempo exigiéndole respuestas. La instruí para que produjera copias físicas de las dos fotografías conocidas y me pasé los siguientes minutos contemplándolas distraídamente, tratando de imaginar el tamaño completo del animal al que se los habían arrancado, antes de, finalmente, dejarlas a un lado para volver con cierta reticencia a mi trabajo de la mañana, que era la certificación de un Demonio Cornudo de Ansard IV. La separación de los cuernos era de 108.3 centímetros —una medida que lo habría situado en el puesto 193 de la lista—, pero había algunas dudas sobre el método de taxidermia empleado, que bien podría haber añadido cuatro o cinco centímetros a sus dimensiones, aunque, lamentablemente, el único holograma tomado en el lugar de captura estaba un poco borroso.

Sometí el holograma a un análisis de computadora, pero no resultó decisivo, tal como yo había esperado. Entonces, examiné las declaraciones juradas del cazador y del taxidermista; en vano traté de ponerme en contacto con el guía de la expedición —se encontraba dirigiendo a un grupo que iba en busca de unos Campaneros en Dédalo VII— y, al fin, decidí pasarle el problema a nuestro propio experto en taxidermia del sistema Ansard, y le dejé un memorándum en su computadora, diciéndole que necesitaba una evaluación para el fin de semana.

Revisé mi agenda electrónica, vi que disponía de menos de una hora para la cita que tenía en el Museo de Historia Natural y, antes de iniciar otro trabajo, cogí de nuevo las dos fotografías, maravillándome con el tamaño de los colmillos, preguntándome de qué forma uno podía matar al poseedor de semejantes dientes en los días en que los cazadores no tenían acceso a las armas láser o sónicas, o de implosión molecular.

No sé cuánto tiempo llevaba examinando las fotografías cuando el cristal comenzó a brillar hasta que, de repente, un holograma de la cara de Hilda Dorian parpadeó a la vida.

—Parece que ésta será una tarde ocupada —comentó—. ¿Podríamos adelantar la comida una hora?

— ¿Perdón? —repliqué distraído.

—El almuerzo, Duncan —explicó con paciencia—. Ya sabes... eso que va entre el desayuno y la cena. Hemos comido juntos cada miércoles durante nueve años.

— ¿Y qué pasa?

—Oh, Señor, te vuelve a suceder, ¿verdad?

— ¿Qué?

—Estás enganchado de nuevo —anunció sombríamente.

—No sé de qué me hablas.

—Ése es uno de los síntomas —repuso—. Supongo que ahora puedo esperar un mes de miradas perdidas, frases que se pierden antes de concluirlas y citas de almuerzo canceladas —se detuvo—. La última vez que te vi así fue hace dos años, cuando te pasaste dos meses para demostrar que los Cazadores Celestes estaban extinguidos y que el cazador del Borde había conseguido un espécimen fraudulento. —Suspiró—. Y ahora, alguien te ha dado un nuevo rompecabezas y será imposible hablar contigo hasta que lo resuelvas.

—Tonterías —dije incómodo, mientras trataba de concentrarme en la imagen que tenía

delante de mí.

— ¿Qué clase de reto te proporcionó el misterioso señor Mandaka? —insistió ella.

— ¿Qué sabes acerca de Mandaka? —pregunté.

—Yo soy la encargada de seguridad, Duncan. Eso significa que sé quién entra y sale de aquí, y a quiénes visitan. También significa que sé que te pasaste la noche en la oficina, y que hiciste que la computadora trabajara para ti toda la noche. —Sonrió—. Y que escuchaste esa extraña música alienígena, la misma que pones siempre que te encuentras absorto en un problema.

—No has respondido a mi pregunta.

— ¿Qué pregunta?

— ¿Qué sabes acerca de Mandaka? —repetí.

—Sé que vino ayer a visitarte y que después de marcharse, recibí la noticia de que tenías permiso para usar la computadora durante todas las noches y también los fines de semana.

Me encogí de hombros.

—Bueno, supongo que no se trata de un gran secreto, ya que Mandaka lo arregló con la empresa. Está buscando el registro de unos colmillos de elefante.

— ¿Quieres decir de la Tierra?

—Así es.

—No verá satisfecho su deseo.

—Te equivocas —respondí con absoluta firmeza—. Pienso encontrárselos.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Hilda—, pero, ¿el último elefante no murió cuando aún no habíamos salido del planeta?

—Está buscando un par que ya existe.

—Ya veo —comentó—. Bien, como eso es lo único que obtendré de ti hasta que los localices, podrías bajar a la cafetería y explicarme la situación.

—No puedo —repliqué—. He de realizar una medición oficial en el Museo de Historia Natural.

— ¿Oh? —inquirió, y se le iluminó el rostro—. ¿Estará presente Prudence Ashe?

—Sí

—No la he vuelto a ver desde que se fue de la Braxton. ¿Te importa si te acompaño?

—Como quieras —repuse.

—Siempre tan caballero —dijo con sarcasmo—. Me reuniré contigo en la entrada dentro de quince minutos.

Como de costumbre, fue puntual.

Cuando llegué al nivel de la entrada, me estaba esperando; se acababa de maquillar y su ropa exterior era de unos colores ondulantes que cubrían su apagado uniforme de seguridad.

—Tenemos que dejar de vernos de esta forma —dijo con una sonrisa—. Harold empieza a sospechar.

— ¿Sí? —pregunté.

Bufó con desdén.

—Por supuesto que no. Sabe que lo único que alguna vez has amado es una ecuación incompleta.

—No soy un matemático.

—De acuerdo, entonces... un problema no resuelto. —La entrada principal del edificio se expandió para acomodarnos a los dos y salimos a una acera deslizante con rumbo norte—. ¿Por qué no me cuentas cómo es éste? —sugirió.

— ¿Éste qué?

—Este problema, Duncan —repuso con paciencia, como si le hablara a un pequeño de pocas luces—. ¿Qué tienen estos colmillos de elefante que tanto han disparado tu imaginación?

—Varias cosas —repliqué—. Primero, nunca antes alguien me había pedido que rastreara un trofeo perdido. Es algo nuevo.

—Y lo encuentras estimulante.

—Bueno, por lo menos, interesante —respondí—. Debe de encontrarse entre los trofeos de caza más antiguos de la galaxia... quizás el más antiguo.

—Ya veo —dijo evasivamente.

—Pero tiene algo más —continué cuando llegamos a la esquina y la acera deslizante comenzó a elevarse para evitar el tráfico cruzado.

—De algún modo, creí que así sería.

—He intentado rastrearlos... y se desvanecen durante cuatrocientos años; luego, de repente, aparecen a miles de años luz de distancia.

— ¿No suele ser el caso con los trofeos valiosos?

—No —dije—. Cuanto más valiosos son, más pronto aparecen en algún museo.

—Y, obviamente, éste no se encuentra en ningún museo.

—No hasta donde yo he averiguado —contesté con un suspiro—. Han servido como apuesta en una partida de cartas, han sido el botín ganado por un ciborg proscrito y unos peones en una batalla de poder de un científico sin ética... todo menos una pieza de museo —hice una pausa—. Bueno, no del todo. Empezaron en un museo, pero luego, de alguna forma, pasaron a manos privadas. Todo lo contrario del cauce que siguen normalmente.

—Interesante —comentó ella—. Pero insuficiente.

— ¿Qué quieres decir?

—Tiene que haber algo más. Lo que me has contado no basta para que se te ponga una mirada perdida y te olvides de ir a casa —indicó Hilda—. ¿Qué otra fascinación poseen estos colmillos?

—De acuerdo —concedí, volviéndome hacia ella—. ¿Por qué un coleccionista privado está dispuesto a pagar dos millones de créditos por ellos?

— ¿Cuánto? —repitió ella, sorprendida.

—Dos millones de créditos —repliqué.

— ¿Pueden valer tanto?

—No para un museo —expliqué—. ¿Y por qué esta pareja determinada de colmillos? Fue muy claro al respecto: no pueden ser otros. Deben ser éstos.

— ¿Has averiguado la razón? —preguntó ella, interesada a pesar de sí misma.

Sacudí la cabeza.

—Sólo tengo una conexión vaga: en el pasado, los colmillos fueron propiedad de su clan social.

— ¿Será una herencia familiar? —sugirió.

—Es altamente improbable —repuse—. Nadie conoce las circunstancias de la muerte del elefante; sin embargo, los colmillos fueron vendidos de inmediato en una subasta. En un principio, no estuvieron en manos de los Maasai, y han pasado casi dos milenios desde la última vez que fueron poseídos por un Maasai.

— ¿Qué es un Maasai?

—El grupo social de Mandaka.

— ¿Has dicho dos millones de créditos?

—Y lo que ya ha gastado en su intento de encontrarlos —indiqué—. Más aún, tengo la clara impresión de que si su actual propietario no está dispuesto a separarse de ellos, Mandaka se mostraría dispuesto a quebrar las leyes que fueran necesarias para obtenerlos.

— ¿Incluso el asesinato? —preguntó con curiosidad.

Recordé el destello de fanatismo en el rostro de Mandaka cuando me dijo que no permitiría que nadie se interpusiera en su objetivo.

—No me sorprendería.

—Interesante —fue el único comentario de Hilda.

La acera deslizante se detuvo en una intersección del cuarto nivel, momento en el que

salimos al flujo descendente y flotamos hasta el nivel de la calle; luego, nos metimos en la acera expreso, nos cobijamos detrás del protector transparente y aseguramos nuestros pies, y esperamos que el inevitable e indeciso pasajero que nos retrasó durante casi un minuto se decidiera a situarse detrás del protector de su elección. Finalmente, comenzamos a acelerar, y los edificios y los transeúntes se convirtieron en una imagen borrosa mientras atravesábamos el centro de la ciudad, maniobrábamos alrededor de la Gran Desviación que circunvalaba los distritos comerciales y alcanzábamos nuestra máxima velocidad al llegar a la recta en las afueras de los suburbios. Después de haber recorrido unos diez kilómetros, empezamos a frenar y, un momento después, la acera expreso se detuvo en el Complejo Público. Salimos a una deslizante, dejamos atrás el Observatorio, el Complejo de Ciencia, el Instituto de Arte Alienígena, el acuario, los zoológicos de oxígeno y de cloro y, al fin, llegamos al Museo de Historia Natural.

—En total, nueve minutos —dijo Hilda, observando su reloj—. Nada mal para esta hora del día. Sin embargo, me gustaría que le programaran otra ruta. Cada vez que paso por la Desviación, con dolor me recuerda que ya no soy tan joven como antes.

—Oh.

Me miró.

—Duncan, de verdad odio cuando te pones así. Usualmente, eres un hombre razonablemente educado.

— ¿Qué he dicho?

—Es lo que no has dicho —explicó—. Podrías comentarme que poseo una bonita figura y que no aparento ni un día más de treinta años.

—Posees una bonita figura y no aparentas ni un día más de treinta años —repuse de forma mecánica.

—Gracias —su tono fue cáustico—. Me pregunto por qué me molesto.

Miré hacia delante y vi a un numeroso grupo de niños que iba en dirección al museo. Como deseaba evitarlos, elegí el ascensor de gravedad en vez de la enorme escalera mecánica que estaba diseñada para parecer una escalera de piedra, y, un momento más tarde, llegamos a la gigantesca puerta principal.

Entramos en la cámara principal, una sala inmensa dominada por un holograma giratorio de la galaxia verdaderamente impresionante, en el que cada uno de los millones de mundos de la Monarquía brillaba intensamente contra el fondo un poco más apagado de los planetas que la raza del Hombre aún no había asimilado. Un holograma más alto, suspendido justo encima del brazo de la espiral más próxima, anunciaba los horarios para las exhibiciones de algunas de las acciones militares más famosas de nuestra historia: el Asedio a Beta Santori, la Batalla de Spica, la Guerra contra los Sett, la Batalla del Borde Exterior, y tres de las batallas que habíamos librado contra Canfor VI y VII, los Gemelos Canfor.

Comenzamos a rodear la exposición hasta que llegamos a un puesto de Información.

— ¿Cómo puedo ayudarles? —preguntó la computadora.

—Me llamo Duncan Rojas. Soy el director del departamento de investigación de la Wilford Braxton.

Registró mi retinagrama y mi estructura ósea en menos de un segundo.

—Continúe.

—Por favor, confirma mi cita para ver a Prudence Ashe en la nueva exposición de Flecha de Cuerno.

La computadora permaneció en silencio durante un momento; luego, brilló de nuevo a la vida.

—Confirmada. La exposición de Cuerno de Flecha se encuentra en el Ala de Centivarus de la Sala del Grupo Albión.

— ¿Cómo voy hasta allí?

—He activado la línea-guía de color rojo. Le conducirá hasta la exposición. La Centivarus se encuentra cerrada al público mientras se completan los preparativos para la

nueva exposición, de modo que tendrá que pasar un chequeo de seguridad en cuanto llegue.

—Lo sé —dije—. Mi acompañante es Hilda Brown, quien también trabaja en la Braxton. Por favor, certifica su entrada al Ala Centivarus.

—Certificada.

—Gracias —repuse, y observé la abundancia de líneas coloreadas que había en el suelo hasta que una comenzó a parpadear en rojo.

La seguimos, y nos condujo a través de la Sala de Seres Inteligentes, que tenía unas muestras de unas doscientas especies inteligentes de la galaxia; luego, giró a la izquierda y rodeó las muestras holográficas de Serengeti, el mundo zoológico que había sido establecido en el borde de la Frontera Interior. A medida que avanzábamos de una a otra sala, veíamos una serie de imágenes tridimensionales que mostraban constantes actualizaciones, no sólo de las exhibiciones del museo, sino también del progreso de más de una docena de expediciones de exploración. Y otras imágenes anunciaban conferencias futuras, donaciones, publicaciones financiadas por el museo, y hasta nuevos artículos en el lujoso nivel de entrada, donde se hallaban las tiendas de regalos.

Finalmente, llegamos a la Sala del Grupo Albión, avanzamos alrededor de una sala enorme dedicada a la prehistoria del planeta Darbeena, y arribamos a las puertas cerradas del Ala Centivarus.

Aguardamos hasta que la computadora confirmó nuestros retinagramas y, luego, la puerta se abrió sólo lo suficiente para permitirnos atravesarla.

Era una exposición impresionante, con una serie de inmensos dioramas que mostraban la increíble variedad de formas de vida que se podían encontrar en Centivarus III. Todo el extremo norte de la sala exhibía una cegadora escena de un blanco polar, siendo la nieve y el hielo tan reales que uno casi era capaz de sentir el frío.

Había dos muestras tropicales —una de una jungla muy densa y la otra de un estanque al mediodía— más la cima de una montaña, un bosque abierto de resplandecientes árboles verde azulados retorcidos en extrañas y angulares formas, junto con la sabana de unas tierras altas.

Vimos a una docena de trabajadores reunidos en la sabana, colocando animales y follaje y, finalmente, divisé a Prudence Ashe, su delgada y nervuda figura sentada a horcajadas sobre un carnívoro enorme, mientras realizaba unos últimos retoques en el pelaje detrás de la oreja.

—Hola, Duncan —saludó, descendiendo de la bestia con una agilidad que contradecía sus años. Entonces, sus ojos se posaron en Hilda—. ¡Has traído a Hilda! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo se encuentra Harold?

—Bien —replicó Hilda—. ¿Y tus hijos?

—Geoffrey ha vuelto a la universidad y las chicas todavía están en la Marina. Diedre se halla cerca del sistema Binder, y se supone que no sé dónde está Carolyn, aunque tengo el presentimiento de que se encuentra cerca de Lodin. —Prudence sonrió—. Me envió el holograma de una flor local, y yo lo llevé a nuestra sección de Botánica para que la analizaran.

—Parece que te mantienen ocupada —comentó Hilda, mirando alrededor de la sala.

—No me quejo —dijo Prudence con aire satisfecho—. Me han puesto a cargo de toda la exposición Celtivarus. —Se volvió hacia mí—. Quiero agradecerte una vez más tu recomendación.

—Todavía no lo hagas —comenté—. Veo unos cuantos errores ecológicos.

— ¿Te refieres a la gacela azul de Anderssen? —preguntó.

—Es un animal nocturno —repuse—. Y la has puesto a plena luz del día.

—Lo sé —dijo—. Lo que sucede es que no disponíamos de los suficientes animales nocturnos que justificaran otro diorama. Hay una nota al respecto en la pantalla de la computadora. ¿Ves algo más?

—Sí —contesté—. Será mejor que reemplaces el ave amarilla y púrpura que hay en la muestra del bosque, la del pico ganchudo. —Señalé una criatura con forma de pájaro que se

hallaba encaramada a una rama justo encima de un gran herbívoro de color rojo.

— ¿Dónde está el error? —preguntó Prudence.

—No es nativa de Centivarus III -—respondí.

— ¿De dónde procede? —inquirió Hilda.

—No tengo ni idea —repuse.

—Si no sabes de dónde procede, ¿qué te hace sentirte tan seguro de que no es de Centivarus? —insistió Hilda.

—Posee cuatro pezuñas en las patas. Todas las aves de Centivarus tienen tres.

Prudence se acercó al diorama y se quedó ante él, con las manos apoyadas en las caderas.

—Tendré que averiguar quién se encargó de ella y por qué la programaron para la exposición Centivarus. —Observó al ave durante otro momento; luego, sacudió la cabeza y emitió un suspiro—. Gracias, Duncan. Ahora que sé que éste no es su lugar, lo mejor será que haga que uno de mis ayudantes se la lleve. —Se volvió hacia mí—. Casi titubeo en preguntártelo, pero, ¿hay alguna otra cosa que esté mal?

—Nada que yo pueda ver —repliqué—. Sin embargo, desconozco por completo la flora; si yo fuera tú, pediría que uno de los expertos del museo la comprobara.

—Lo haré —prometió—. ¿Te gustaría examinar al Flecha de Cuerno ahora?

—Si no te importuna —repuse.

—Por supuesto que no. Ésa es la razón por la que has venido. —Me condujo hasta la muestra de la sabana y llamó a una caja-escalera flotante—. Es un espécimen maravilloso, ¿verdad?

Contemplé al Flecha de Cuerno, una criatura grotesca cuya forma principal de defensa contra los predadores grandes era su habilidad para bajar la cabeza, desprenderse de sus punzantes y venenosos cuernos y arrojarlos con una fuerza y una puntería increíbles a más de cien metros. A principios de semana me informé sobre la especie, y descubrí que les llevaba casi seis semanas desarrollar otra cornamenta. En cuanto habían usado los cuernos, al día siguiente les aparecían unos carnosos cuernos falsos que servían como un buen engaño contra los predadores que les atacarían en cuanto sintieran que el animal carecía de defensas. Los cuernos falsos se marchitaban y se caían cuando el animal ya había desarrollado los verdaderos.

—Muy impresionante —comenté—. ¿Quién lo mató?

—Un cazador llamado Demóstenes.

Sacudí la cabeza.

—Jamás oí hablar de él.

—Está empezando ahora.

— ¿Ha proporcionado un arbitro? —pregunté.

—No. Lo mató por encargo del museo.

—Entonces, ¿tiene el museo un árbitro?

—No.

— ¿Comprendes que no podréis refutar mi decisión si no disponéis de un arbitro que os represente?

—Sólo queríamos un Flecha de Cuerno. Si es apto para registrarlo, y yo creo que sí, mucho mejor.

—Bien —dije en el momento que llegó la caja-escalera—. Me pondré a trabajar.

Mientras Prudence le enseñaba a Hilda el resto de la exposición y dirigía la extracción del ave del diorama, me pasé los siguientes veinte minutos midiendo al Flecha de Cuerno, examinándolo concienzudamente para cerciorarme de que Prudence, sin darse cuenta, no hubiera aumentado las dimensiones de la criatura. Finalmente, volví a comprobar mis mediciones y saqué la edición actual de la Braxton de mi computadora de bolsillo.

—Un metro ochenta y nueve centímetros hasta el lomo —dije—. Eso lo sitúa en el puesto 118.

— ¡Bien! —exclamó Prudence, y su rostro se iluminó—. ¡Hemos conseguido entrar en el libro! —se detuvo—. ¿Qué me dices de los cuernos?

—De largo, en el puesto 155; de envergadura, en el 183 —repliqué—. Vuestro cazador debió de haber esperado una o dos semanas más para dispararle.

— ¿En el 183 de envergadura? —repitió Prudence, sorprendida—. Creí que se situaría en un puesto algo mejor. ¿Cuál fue tu medición?

—Ciento cincuenta y ocho centímetros y medio —repuse.

—Yo tenía ciento sesenta con setenta y uno.

—Probablemente, lo mediste desde los extremos —expliqué—. La envergadura del Flecha de Cuerno se realiza de punta a punta, y, como ves, su cuerno derecho se curva un poco en la cima.

Miró hacia donde yo apunté; luego, asintió con la cabeza. Me detuve; al rato, continué:

—El largo, desde el extremo del hocico hasta la cola, es de trescientos noventa y siete centímetros. Con eso no basta. —Me volví hacia Prudence—. Tu Flecha de Cuerno entra en tres de las cuatro listas.

—Bueno —comentó Prudence—, supongo que no está tan mal, considerando que han sido casi exterminados en los últimos cuarenta años.

—Añado que has realizado un trabajo espléndido con él.

—Gracias.

Vacilé un instante.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

— ¿Acerca de los Flecha de Cuerno?

—No.

Sonrió.

— ¿Tal vez sobre elefantes?

— ¿Por qué lo crees?

—Hilda me ha puesto al corriente de tu última obsesión.

—Mi último encargo —la corregí—. Supongo que Mandaka vino a verte, ¿cierto?

—Sí —replicó Prudence—. No fui capaz de ayudarle.

— ¿Qué opinión has sacado de él?

Frunció el ceño.

—No lo sé. Es muy cortés, pero le rodea algo casi siniestro.

—Estoy de acuerdo contigo —afirmé.

Prudence permaneció en silencio durante un momento, como si estuviera recordando su encuentro con Mandaka. Finalmente, me miró a los ojos.

—Y ahora, tu pregunta...

—Es muy sencilla —dije—. Ya sabes lo que busco. ¿Siguen pareciendo colmillos?

—No lo entiendo —intervino Hilda—. Creí que estábamos de acuerdo en que buscabas dos colmillos de elefante.

—Pero los colmillos son de marfil, y éste ha sido usado para muchas cosas a lo largo de los milenios —repliqué—. Aún seguían intactos en el 4400 E.G., pero pueden haber sido usados para cualquier fin desde entonces.

—Lo dudo —comentó Prudence, pensativa—. Está claro que les han aplicado un conservante, quizá varios, a lo largo de los siglos. El marfil no tallado tiende a perder su contenido de humedad, y, al hacerlo, empieza a resquebrajarse —hizo una pausa—. ¿Conocía su propietario, el que los poseyó en el 4400 E.G., el valor que tenían?

— ¿Su valor exacto? —repliqué—. No dispongo de ninguna forma de determinar eso. Pero sí los conocía lo suficiente como para asegurarlos.

—Entonces, ahí tienes tu respuesta. —Sonrió—. Ninguna compañía aseguradora los habría aceptado a menos que hubieran sido tratados, y llevamos tratando el marfil con una estabilización molecular desde el 3100 E.G.

— ¿Por lo que se parecerán a unos colmillos? —preguntó Hilda.

—Si han sido estabilizados, no existe herramienta alguna que pueda mellarlos —contestó Prudence.

—Bueno, eso hace que mi vida sea un poco más fácil —comenté.

— ¿Puedo ayudarte en otra cosa? —inquirió Prudence.

—No, salvo que seas capaz de explicarme por qué un hombre moderno y rico está tan obsesionado con un animal que murió hace más de siete mil años.

—Es una buena pregunta —acordó.

—Tengo más —dije.

— ¿Como cuáles?

— ¿Por qué sólo el Elefante del Kilimanjaro? ¿Y cómo sabe Mandaka que sus colmillos aún existen? Eso es más de lo que yo sé, y tuve a la computadora trabajando en el asunto toda la noche.

—Pensé que acababas de decir que no podían ser tallados —comentó Hilda, con expresión confusa.

—El hecho de que no se les pueda tallar no significa que no se les pueda destruir —repuse—. ¿Qué le hace estar tan seguro de que eso no ha sucedido? —me detuve—. Lo cual me lleva de nuevo a la pregunta más importante: ¿Qué busca un hombre que vive en el siglo LXIV de la Era Galáctica con un animal que murió mil años antes de que existiera una Era Galáctica?

—Pensé que la pregunta principal era: ¿dónde está el marfil? —observó Hilda.

—Eso no representa ningún problema—indiqué—. Los localizaré en unos pocos días más. Sólo se trata de un trabajo rutinario.

—Está rastreando algo que lleva perdido más de tres mil años y que puede encontrarse en cualquier parte de la galaxia y dice que sólo es un trabajo de rutina —comentó Prudence con una expresión de incredulidad.

—Tú hablaste con él —aseveré—. Sacaste la misma impresión que yo, que está dispuesto a hacer, literalmente, cualquier cosa con tal de apoderarse del marfil. ¿Es que no despierta tu curiosidad?

—Hace que desee mantenerme alejada de él lo más posible —respondió Prudence con vehemencia.

—No para nuestro descifrador de enigmas —dijo Hilda—. Mandaka es la equis en su ecuación.

—Hablando de Mandaka —comenté, girando hacia Hilda—, quiero que me hagas un favor.

—Tengo la impresión de que no debo ser testigo de esto —señaló Prudence, y empezó a alejarse—. Os veré más tarde.

—Puedes quedarte —indicó Hilda—. No va a convencerme para que haga nada.

—De todos modos, tengo que volver al trabajo —anunció Prudence, dirigiéndose hacia la muestra de la sabana, donde llamó a la caja-escalera para reanudar su trabajo en la oreja del carnívoro.

— ¿Bien? —comentó Hilda.

— ¿Bien? —repliqué—. Ya sabes lo que deseo.

—Los dos usamos la misma computadora —dijo—. Averígualo tú mismo.

Sacudí la cabeza con impaciencia.

—No puedo —dije—. Yo estoy en Investigación. Antes de que la computadora me suministre esa información, necesitaré toda clase de permisos de la Junta Ejecutiva, y eso me llevaría días. Incluso tal vez cancelen el encargo si piensan que hay algo extraño acerca de él.

— ¡Fantástico! —exclamó Hilda—. Por lo que tú y Prudence habéis comentado, hay muchas cosas extrañas acerca de él.

—Los dos sabemos que, tarde o temprano, conseguiré la información —le expliqué lentamente—. Pero tú trabajas en Seguridad, Hilda... podrías averiguar todo lo que necesito saber sobre Mandaka esta tarde.

—Esta tarde no, no podría —replicó ella—. Ya te lo he dicho: tengo un día muy ajetreado.

— ¿Y como un favor personal hacia mí?

— ¿Por qué cada vez que te enamoras de un problema llegamos a los favores personales? ¿Alguna vez yo te he pedido que me hicieras un favor personal a mí?

—Te llevaré a ti y a Harold a cenar al lugar que queráis tan pronto acabe todo esto —aseveré.

— ¡No estoy pidiendo un soborno, maldita sea! —repuso acaloradamente.

—Se trata de un agradecimiento, no de un soborno —indiqué.

—Es una distinción muy sutil... especialmente si viene de ti.

—De verdad que lo necesito, Hilda —insistí—. Sólo quédate cinco minutos más y consígueme su biografía. Sólo cinco minutos, eso es lo que te llevará obtenerla.

—Harold y yo saldremos a cenar fuera esta noche.

—Bueno, te pasarás cinco minutos menos leyendo el menú.

Su expresión fue pensativa durante un momento; luego, sacudió la cabeza.

—Si lo hago fuera de horas de trabajo, alguien se preguntará por qué —explicó—. Lo averiguaré a primera hora de la mañana, y parecerá un simple chequeo rutinario de seguridad.

— ¿Lo primero? —repetí—. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, te lo prometo —repuso con cansancio.

— ¡Bien! Tiene que haber algo en su dossier, algo que me revele por qué desea estos colmillos en particular.

—Tal vez sólo sea una persona impulsiva.

—Nadie es tan impulsivo —afirmé convencido.

—Oh, no lo sé —replicó con intención, mirándome directamente a los ojos.

Regresamos en la acera expreso a la oficina en silencio, mientras yo trataba de encajar todas las piezas del rompecabezas. A medida que caía la noche, mi computadora brilló a la vida y me informó que había descubierto otra información para mí.

3

El Señor de la Guerra
(5521 E.G.)

Los leones huían de mi sendero y los pocos Samburu de la tribu con los que me encontré me contemplaban con asombro.

Avanzaba hacia el sur, sin darme prisa nunca, siempre cerca de donde había agua, seguro en mi fuerza y en mi conocimiento del terreno. Jamás padecí hambre, ya que podía coger la más pequeña de las bellotas o derribar el árbol más recio. Muchas veces me rocié de polvo la espalda para proteger mi piel contra los parásitos y los ardientes rayos del sol; tan poderoso era que las nubes de polvo seguían flotando en el aire mucho tiempo después de que hubiera reanudado mi viaje.

De cuando en cuando me encontraba con otros de mi especie, pero se daban cuenta de que yo era un poco diferente y siempre retrocedían, huyendo poseídos por el miedo.

Resultaba solitario ser el rey de todo el mundo, pero toda mi vida había sido en soledad, y llevaba la capa de mi realeza con dignidad mientras la tierra temblaba bajo mis pies.

Su nombre oficial era Alexander Korindus Kragan Gama Sigma Philobus Nelson Nimbus Radillex Proción Alioth Baaskarda Brakke Asterion Nueva Holanda Delta Hidra Galaheen Zeta Piscium, y no cesaba de crecer con cada sistema que conquistaba.

Para los libros de historia, y sus numerosos biógrafos, se quedó con el nombre menos formal de Ghengis Marcus Alexander Augustus Rex.

Sus ejércitos y armadas le conocían por el más sencillo de Señor de la Guerra.

Tenía una esposa a la que no había visto en nueve años, dos concubinas cuya compañía ya no soportaba, un mayordomo del que desconfiaba, un consejero político al que había desterrado a los mundos de la Oligarquía y un alto sacerdote que no cejaba en exigir su muerte.

Poseía una tesorería con más dinero del que podría contar, y menos aún gastar, en toda una vida. Gobernaba poblaciones planetarias enteras que le rendían tributo, que vivían o morían según sus órdenes. Tenía un palacio lujoso en Asterion V que había sido construido de acuerdo con sus especificaciones y, en las entrañas de aquel palacio, disponía de su propia sala horrible de trofeos, que exhibían las cabezas de siete señores de la guerra rivales.

Ahora se hallaba sentado en el salón del trono de su palacio, rodeado por su grupo de guardaespaldas de élite, seleccionados por él en persona. El propio trono era un sillón enorme construido con los huesos blancos de las inmensas bestias polares que asolaban las fronteras occidentales de Asterion. Cubriendo el respaldo con estudiado descuido se hallaba la piel de un Demonio del Polvo que él había matado en Nueva Holanda durante una cacería. Enmarcando el trono, había dos enormes columnas de marfil, los colmillos de un elefante legendario (o eso se rumoreaba) que se había apropiado en un raid en la Frontera Interior. Justo enfrente del sillón, había un lagarto embalsamado de aspecto malévolo, de unos treinta centímetros de altura y que cumplía la función de apoyapiés. Las paredes mostraban el arte y los objetos de todas las eras de la galaxia, cada artículo saqueado en una de sus conquistas.

El mismo Señor de la Guerra desdeñaba los lustrosos uniformes azules de sus tropas. A cambio, se cubría con las pieles de los animales que había matado en combate mortal, y sólo sus brazos quedaban desnudos hasta los hombros. Su rostro mostraba dos cicatrices enormes que él llevaba con orgullo, y su rizado cabello negro empezaba a dejar entrever rastros

grisáceos. Sus ojos azules observaban el mundo con pasión centelleante, parpadeando en contadas ocasiones, jamás perdiéndose algún detalle ni mostrando compasión.

A su lado, a la izquierda, se erguía un joven esbelto, vestido con un traje formal de una pieza, de color gris oscuro. Toda una vida al acecho se había cobrado su precio, y parecía más bajo de lo que era.

A la derecha del Señor de la Guerra había un hombre elegantemente uniformado, cuyos galones indicaban que era un capitán de la guardia de élite. Permanecía en posición de firme, tal como había estado la última media hora, y, mirando hacia la puerta, musitó:

— ¡Ha llegado, señor!

De pie en la entrada del salón del trono, sin mostrar ninguna señal de incomodidad o aprensión, había un hombre alto y bien afeitado, vestido con sedas y satenes coloridos, como un pirata de antaño. Sus dedos largos y delgados refulgían con joyas, su túnica cambiaba de tonalidad constantemente, como si poseyera vida propia, y hasta sus botas resplandecían bajo la luz artificial del salón del trono.

Con gesto ostensible enseñó sus cartucheras vacías; luego, abrió la túnica y sonrió, mientras el Señor de la Guerra la inspeccionaba, y, finalmente, extendió los brazos y dio una vuelta muy despacio.

—Eso no es necesario —dijo el Señor de la Guerra con tono aburrido—. No podríais haber llegado tan lejos si estuvierais armado.

—Es una cuestión de forma, nada más —repuso el hombre con suavidad—. Quiero haceros ver que vengo en son de paz.

—De hecho, venís en absoluta pobreza —indicó el Señor de la Guerra.

—Si os place exponerlo de esa forma —replicó el hombre sin perturbarse—. ¿Ha llegado alguno de los otros?

—Sólo el alienígena.

El hombre frunció el ceño.

— ¿Ni siquiera la Princesa Azul?

—Ni siquiera la Princesa Azul.

— ¿Cuándo se les espera?

—No se les espera —respondió el Señor de la Guerra.

— ¡Pero les dije que vinieran aquí!

—Evidentemente, no son tan confiados como vos, Bellano.

—No se trata de confianza —contestó Bellano—. He de hablar de algunas cosas que no quiero que nadie escuche, y cualquier mensaje que se pueda codificar puede ser descodificado.

—Entonces, quizá no están tan desesperados por obtener mi ayuda como parecéis hallaros vos.

—Son estúpidos, y vos y yo nos encontraremos mejor sin ellos —dijo Bellano, eliminándolos de una posterior consideración con un elocuente encogimiento de hombros—. En cuanto todo esté preparado, al único que necesitaremos de verdad será al alienígena.

—¿Envío a buscarle ya, o preferís relajaros un poco? — preguntó el Señor de la Guerra.

—Tal vez sea agradable tomar una copa entre dos viejos amigos antes de enfrascarnos en negocios — sugirió Bellano.

El Señor de la Guerra le hizo un gesto a su hijo, quien se acercó a un bar oculto y sirvió dos copas.

—Antes de que os entusiasméis demasiado, creo que os señalaré que no somos viejos amigos, ni siquiera nuevos.

—Entonces, rivales amistosos.

—Ni eso — afirmó el Señor de la Guerra —. El año pasado destruisteis dos naves mías. No lo he olvidado.

—Fue un malentendido — repuso Bellano con suavidad —. Seguro que estaréis de acuerdo conmigo, de lo contrario no me hubierais ofrecido un salvoconducto para llegar aquí.

—Aquello fueron negocios; igual que ahora. Pero no alimentemos ilusiones de amistad. Tengo la certeza de que más tarde ya se pronunciarán suficientes mentiras; por tanto, es una tontería empezar tan pronto.

El hombre joven regresó con dos copas sobre una bandeja. Bellano cogió una; luego, se volvió hacia el Señor de la Guerra.

—A vuestra excelente salud — brindó.

—Gracias.

—Y por una exitosa, aunque temporal, alianza — continuó Bellano.

—Por nuestra alianza — repitió el Señor de la Guerra, contemplándole con expresión divertida.

—¿Hay algo que va mal?

—Veo que no bebéis — indicó el Señor de la Guerra —. Creí que estabais sediento.

—Es de mala educación hacerlo antes que el anfitrión — explicó Bellano.

—Por no mencionar el peligro que ello acarrea — acordó el Señor de la Guerra. Se llevó la copa a los labios y la vació de un solo trago —. ¿Satisfecho?

Bellano realizó una cortés inclinación y, luego bebió.

— ¿Es vuestro hijo? — preguntó, señalando al hombre joven.

—Sí

—Noto un parecido.

— ¿De verdad? — inquirió con sequedad el Señor de la Guerra —. Yo no he notado ninguno. Justin, saluda a Bellano, Rey del Sistema Wintergreen.

—Es un placer conoceros —dijo Justin, alargando de manera formal la mano.

—Tengo la impresión de que ya os he visto antes —comentó Bellano, mirándole con curiosidad.

—Es posible —replicó Justin—. Me hallaba en Margate IV justo cuando plantasteis vuestra bandera.

—Debisteis presentaros entonces.

—Vuestras fuerzas acababan de matar indiscriminadamente a un cuarto de la población planetaria. El momento no me pareció muy oportuno.

Bellano se rió con ganas.

— ¡Admiro la elección de vuestras palabras, joven!

Justin inclinó levemente la cabeza.

—Gracias, señor.

—Dejad que esté presente en la reunión —le dijo Bellano al Señor de la Guerra.

— ¿Hay alguna razón en particular para ello? —preguntó el Señor de la Guerra.

—Me gusta. Además, algún día puede que deba hacer tratos con él en vez de con vos.

—No en mucho, mucho tiempo —prometió el Señor de la Guerra—. No obstante, con él no tengo secretos y, por lo tanto, no existe objeción alguna para que presencie la reunión. —Miró fijamente a su hijo—. Siempre que recuerde que sólo es un observador, no un participante.

Justin asintió su aceptación.

— ¡Perfecto! —exclamó Bellano—. Creo que ya podéis mandar a buscar a nuestro amigo alienígena.

— ¿No preferiríais comer primero?

— ¿Por qué no comemos y hablamos al mismo tiempo?

—Vuestro apetito se agotará pronto si os sentáis a la misma mesa que el alienígena — indicó el Señor de la Guerra.

— ¿Oh? ¿Qué es lo que come?

—No querréis saberlo —le garantizó el Señor de la Guerra.

—Sin duda que no —acordó Bellano. Se detuvo—. ¿Se trata de algo vivo?

—No cuando lo acaba.

Bellano hizo una mueca.

—Prefiero que hablemos primero. Si he de verle comer, puede que después ya no me apetezca hablar.

El Señor de la Guerra le hizo un gesto a su capitán de la guardia; éste se acercó a dos de los guardaespaldas y les ordenó algo en voz baja. De inmediato abandonaron el salón del trono.

—Como ya sabéis que me encuentro desarmado, supongo que no os parecerá necesario retener al resto de vuestros guardias durante nuestra discusión —comentó Bellano.

El Señor de la Guerra asintió.

—No habrá problemas. Se marcharán antes de que comencemos.

—Os aseguro que no os atacaré —añadió Bellano esbozando una sonrisa.

—Podéis intentarlo —ofreció el Señor de la Guerra con cierta sinceridad.

—Otro día —respondió Bellano, con igual franqueza. Caminó por el salón del trono con las manos a las caderas, admirando los objetos de arte y las pinturas—. Os ha ido muy bien —dijo al fin.

—El pillaje es una profesión lucrativa —explicó el Señor de la Guerra con una sonrisa.

—Cuan cierto es —replicó Bellano; cogió un pequeño cristal denebiano con la forma de un pájaro de rapiña—. Supongo que no querréis vender nada, ¿eh?

—No mucho —respondió el Señor de la Guerra—. Soy un conquistador, no un mercader. —Se detuvo—. Pero si os gusta esa baratija, es vuestra.

— ¿De verdad?

—Para honrar nuestra tregua —dijo el Señor de la Guerra—. Y os ahorrará el problema de robarla —añadió con ironía.

—Qué cosa tan terrible para decir de un futuro aliado —comentó Bellano con voz divertida—. Soy un señor de la guerra, no un ladrón.

El Señor de la Guerra se encogió de hombros.

—Entonces, dejadla otra vez en su sitio.

Bellano sacudió la cabeza y guardó el cristal en una bolsa de piel que colgaba de una faja alrededor de su cintura.

—Prefiero conservarla como un recuerdo vuestro.

—Pensé que haríais eso mismo.

— ¿Tenéis alguna objeción en que siga examinando vuestra colección? —inquirió Bellano.

—No habrá más regalos.

—De todos modos, echaré un vistazo.

—Como deseéis —repuso el Señor de la Guerra.

—De paso, ¿qué son esas cosas que hay detrás de vuestro trono?

—Colmillos de elefante.

— ¿Verdaderos? —preguntó Bellano, acercándose para observarlos de más cerca.

El Señor de la Guerra asintió.

—Estoy impresionado —dijo Bellano—. ¿Cuándo murió el último elefante?

—Hace cinco o seis mil años.

— ¿Dónde conseguisteis éstos? —inquirió, señalando los colmillos.

—En una de mis expediciones a la Frontera Interior.

Bellano palmeó los colmillos, asintió en gesto de aprobación y prosiguió examinando los otros objetos de arte.

—Ah —comentó al ladear la cabeza a un costado en un esfuerzo por comprender un holograma azul y verde no figurativo—, doy por hecho que si rechazáis mi propuesta, no intentaréis obstaculizarme.

—No tendré por qué hacerlo —repuso con calma el Señor de la Guerra—. Si hubierais creído que podríais conseguir vuestro objetivo sin mi ayuda, no estaríais aquí.

—Ni competir conmigo.

—Aguardemos hasta que oiga vuestra propuesta antes de preocuparnos por lo que yo

vaya a hacer —dijo el Señor de la Guerra.

—Señor... —anunció un guardia desde el umbral del salón del trono.

El Señor de la Guerra se volvió justo a tiempo para ver a una figura ágil y oscura, vagamente humanoide en su forma y con una piel del color y la textura de la carne chamuscada, saltar elásticamente al alféizar de una ventana situado a tres metros y medio por encima del suelo, donde se encaramó en un ángulo de 45 grados.

— ¿No os resulta incómodo estar ahí? —preguntó el Señor de la Guerra.

—Aquí estoy a gusto —replicó el alienígena—. Aquí me quedaré.

— ¿Sois Mylarrr? —inquirió Bellano, alzando la vista.

—Mylarrr soy yo.

—Gracias por venir.

—Espero más que las gracias por mi venida —dijo el alienígena, sonriendo y mostrando sus colmillos amarillos.

—Y más recibiréis, no temáis —prometió Bellano—. ¿Comenzamos?

—Comencemos y empecemos —acordó Mylarrr, ronroneando como un gato gigantesco.

Bellano se volvió hacia el Señor de la Guerra.

—Estoy seguro de que la sesión será grabada y monitorizada, pero, personalmente, me sentiría mucho más cómodo si cerrarais las puertas.

El Señor de la Guerra miró a Justin y asintió, y el joven se dirigió a la entrada principal, le ordenó a los guardias que se marcharan y cerró las sólidas puertas; luego, se dedicó a cerrar las diversas puertas más pequeñas que daban al salón del trono.

— ¿Estáis seguro de que no preferiríais bajar de ahí? —sugirió Bellano.

—Contento, a salvo, seguro, feliz —replicó el alienígena, cambiando ligeramente de posición, de modo que su cabeza con forma de bala señaló hacia abajo, momento en el que Bellano pudo ver que poseía un par de alas rudimentarias, unas cosas casi transparentes que jamás servirían para el vuelo pero que parecían ayudarle a mantener el equilibrio.

— ¿Podemos ofreceros algo para beber antes de comenzar? —preguntó Bellano.

—Voladores Nocturnos nunca jamás beben intoxicantes humanos, no —respondió Mylarrr.

—Como deseéis —dijo Bellano.

—Deseo empezar y comenzar.

—Y eso haremos —anunció Bellano—. He recibido la información exacta de que la Oligarquía enviará un cargamento de lingotes de oro a Denivarus II dentro de diez días.

El Volador Nocturno emitió un chillido agudo que pareció un silbido de algún vapor.

—El oro es bueno —dijo—. El oro es honorable. El oro es valioso. El oro es hermoso. El oro es maleable. El oro...

—El oro está bien protegido —interrumpió el Señor de la Guerra.

—No esta vez —explicó confiado Bellano.

—Entonces, ¿por qué necesitáis mi ayuda?

—Será un convoy de la Armada compuesto de trescientas naves.

— ¿Y no creéis que eso constituye una protección? —preguntó el Señor de la Guerra con una sonrisa.

—Unidos, nosotros disponemos de más naves, y ésa es la única protección de la que dispondrán.

—Hasta que nos localicen a dos días de distancia y pidan refuerzos a las Flotas 12 y 14 —indicó el Señor de la Guerra.

Bellano sonrió en señal de triunfo.

—Sin importar lo que suceda, no vendrá ningún refuerzo.

El Señor de la Guerra le miró fijamente.

— ¿Qué os hace pensar eso?

—No es del conocimiento público, pero la Flota 12 está comprometida en el Grupo

Anderson para el futuro próximo. Hay un consorcio de treinta y nueve planetas mineros que intentan separarse de la Oligarquía, y la 12 se encuentra allí para cerciorarse de que eso no ocurra.

—De todos modos, ¿qué os hace pensar que no enviarán refuerzos? —insistió el Señor de la Guerra.

—Porque esos treinta y nueve mundos son mucho más valiosos para la Oligarquía que un cargamento de lingotes de oro —respondió Bellano. En tono confidencial, bajó la voz y continuó—. Y porque están mejor armados de lo que la Armada sospechaba. De hecho, la misma Flota 12 está esperando refuerzos. Los mundos mineros han conseguido frenarlos.

— ¿Y la Flota 14? —preguntó el Señor de la Guerra.

—Ha perdido la mitad de sus unidades después de la Guerra Volariana. No se hallará en posición de ayudar a nadie hasta dentro de cuatro meses.

El Volador Nocturno emitió otro silbido agudo.

—Crees que sabes. Tú no sabes. Tres meses máximo. Tal vez dos-punto-nueve. Tal vez dos-punto-ocho-cinco. Tal vez dos-punto-ocho-ocho. Tú no sabes.

Bellano alzó la vista al alienígena.

— ¿Cómo lo averiguasteis?

Mylarrr le sonrió.

— ¿Es que no soy el más inteligente de todos los seres pensantes? ¿No conozco la muerte de la luz y la arremetida de la noche?

— ¿Qué tiene eso que ver con la Flota 14? —inquirió Bellano.

—Es algo más que yo sé —respondió con firmeza el Volador Nocturno—. Tres meses. Tal vez dos-punto-nueve.

Bellano volvió a encararse con el Señor de la Guerra.

—Tres meses, cuatro, ¿qué diferencia hay? Por lo menos, confirma lo que acabo de decir. La Flota no estará preparada hasta dentro de otros tres meses, y nosotros planeamos atacar en ocho días.

—Creí que habíais mencionado diez.

—Dije que aterrizaría en Denivarus II en diez días. Pienso atacar en ocho. ¿Por qué concederles la ventaja de que dispongan de las naves patrulla y de las armas de Denivarus?— hizo una pausa—. ¿Bien?

El Señor de la Guerra sacudió la cabeza.

—Demasiado sencillo.

—A veces las cosas buenas son sencillas.

—El oro es una buena cosa —entonó Mylarrr.

— ¿Cómo puedo confirmar que la Flota 12 se encuentra varada en el Grupo Anderson? —preguntó el Señor de la Guerra.

—Debéis tener algunas fuentes —indicó Bellano—. Usadlas.

—Preferiría conocer las vuestras.

Bellano sonrió.

—Estoy seguro.

—Si no puedo confirmarlo, no formaré parte del plan —advirtió el Señor de la Guerra—. ¿Estáis seguro de que no vais a decirme con quién contactar?

Bellano negó con la cabeza.

—He jurado guardar el secreto.

— ¿Cuándo os ha detenido algo semejante?

—Tocado —repuso Bellano—. Digamos, entonces, que vuestro análisis de sus datos quedaría distorsionado por el hecho de que yo os proporcioné sus nombres. Sé que tenéis fuentes dentro de la Oligarquía; tendréis que usarlas, o, de lo contrario, jamás creeríais en mi información.

— ¿Y la Flota 14?

—Eso es fácil —aseveró Bellano, señalando al Volador Nocturno—. Sus fuentes han de

ser distintas de las mías, y él ha recibido la misma información.

— ¿Por qué la Oligarquía está enviando lingotes de oro a Denivarus II? —preguntó el Señor de la Guerra—. Usualmente, los cargamentos van en la dirección opuesta, desde el Borde al Núcleo. ¿Qué ha cambiado en esta ocasión?

—Creo que yo puedo responderlo, padre —anunció Justin.

—Creo que yo también —afirmó el Señor de la Guerra, irritado por la interrupción—. Pero quiero escuchar su respuesta.

—La Armada se halla demasiado dispersa —repuso Bellano—. Puede que la Humanidad haya alcanzado la primacía en la galaxia, pero la Oligarquía se ve obligada a patrullar de forma constante millones de mundos, más todas las rutas de las naves de viaje y carga. Creo que la Flota 12 va a contratar ejércitos mercenarios independientes durante los próximos años, y les pagará en oro.

El Señor de la Guerra asintió.

—Si eso es verdad, y creo que sí lo es, entonces ahí es donde encontraréis a la Princesa Azul.

— ¿Creéis que se ha vendido a ellos? —preguntó Bellano,

—Se alquiló. Ella sabe dónde habrá mucho oro; ésta es la forma que tiene de acercarse a él.

—Pues comete un gran error —se apresuró a afirmar Bellano—. Resulta obvio que Denivarus II será su banco. Aunque pudiera pensar en alguna forma de robar el oro mientras va en tránsito de Denivarus al tesorero, sólo obtendrá lo que la Armada haya comprometido para pagar en una acción determinada. Nosotros, por ponerlo de alguna forma, tendremos la oportunidad de apoderarnos de todo el banco.

El Señor de la Guerra le observó con gesto pensativo.

— ¿Quién, según vuestra opinión, debería dirigir nuestras fuerzas? —inquirió al fin.

—Vos sois el máximo señor de la guerra del Borde —repuso Bellano con una inclinación cortés de la cabeza—. Os lo cederé a vos.

—Vuestra flota llevará el peso del ataque —anunció el Señor de la Guerra.

—Tan sólo son hombres y naves —dijo Bellano, encogiéndose de hombros—. Los dos se reemplazan con harta facilidad... especialmente los hombres —se detuvo—. El botín se repartirá entre nosotros tres. La forma que tenga cada uno de distribuirlo entre sus fuerzas no ha de molestar a nadie.

—De acuerdo —aceptó el Señor de la Guerra—. También he de anunciaros que bajo ninguna circunstancia mis naves llevarán mis colores.

—Yo había pensado que lo mejor era atacar sin ningún color determinado.

El Señor de la Guerra agitó la cabeza.

—Si acepto continuar con esto, volaremos con los colores de la Princesa Azul —se calló un instante—. La Armada querrá tener un enemigo al que poder perseguir, si no de inmediato, sí cuando se recupere. No nos vendría mal proporcionarles uno.

— ¡Excelente! —exclamó Bellano con una sonrisa.

—La siguiente pregunta. Los Voladores Nocturnos no disponen de flota. ¿Por qué los necesitamos?

—En nuestro poder obrarán veintisiete toneladas de lingotes de los que nos tendremos que deshacer deprisa —explicó Bellano—. Ellos comprenden su valor. ¿Qué mejor lugar para desprendernos del oro que un imperio de once planetas alienígenas que no mantiene ningún lazo político con la Oligarquía? Nueve décimas partes del botín se guardará en sus cajas fuertes, y el resto saldrá al mercado como joyas y objetos de arte en los próximos diez años.

—Tal vez sólo una duodécima parte, posiblemente, quizá —confirmó Mylarrr, oscilando hacia delante y atrás encima de ellos.

— ¿Y con qué lo comprarán?

—Créditos.

— ¿Serán rastreables?

Bellano sacudió la cabeza.

—Será papel. Y no debemos preguntar cómo cayó en sus manos.

— ¿Qué cambio nos darán? —preguntó el Señor de la Guerra significativamente.

—El veinte por ciento del mercado.

El Señor de la Guerra alzó los ojos al alienígena.

—La reunión ha terminado. Por lo que a mí respecta, podéis permanecer encaramado ahí arriba toda la eternidad.

—El veintiséis-punto-dos-dos-tres-uno —dijo Mylarrr.

El Señor de la Guerra no pudo evitar esbozar una sonrisa.

— ¿Cómo llegasteis tan rápidamente a esa cifra?

—No ha sido rápida o veloz o presta —le aseguró Mylarrr—. Es nuestra última, final, definitiva oferta, absolutamente.

—El treinta por ciento o terminamos la conversación de inmediato —anunció el Señor de la Guerra.

—De acuerdo, treinta —acordó de buen grado Mylarrr, saltando al alféizar de una ventana próxima y aterrizando a la perfección sobre las manos y las piernas.

El Señor de la Guerra volvió a encararse con Bellano.

— ¿Cuántas naves podréis aportar a esta pequeña empresa?

—Ciento treinta y cinco, quizá ciento cuarenta.

El Señor de la Guerra sonrió.

—Ciento setenta y cinco.

—No tengo tantas.

— ¿Veis? Ya os dije que más tarde habría tiempo para mentir.

—No puedo dejar mi territorio completamente indefenso —protestó Bellano.

—Y no lo haréis —aseveró el Señor de la Guerra—. Si comprometéis ciento setenta y cinco naves, aún os quedará una reserva de veintisiete.

—Veintinueve —corrigió Bellano sin ninguna señal de incomodidad.

—Deberé hablar con mis espías —dijo el Señor de la Guerra, y una expresión divertida recorrió fugazmente su cara.

Reinó un silencio momentáneo.

—Bien, supongo que será mejor que comencemos a tratar los detalles del ataque —indicó Bellano al fin.

—No nos apresuremos —repuso el Señor de la Guerra—. Todavía no he acordado participar en esto.

— ¿Oh?

—Así es —continuó el Señor de la Guerra—. Por ejemplo, aún no hemos decidido cómo repartiremos el oro.

—Supuse que sería a un cincuenta por ciento —señaló Bellano.

— ¿Es que vos vais a suministrar la mitad de la fuerza de ataque?

—Estoy suministrando la suficiente información.

—Que yo deberé confirmar con mis fuentes.

—Bueno, creo que podemos repartirlo según el número de nuestras naves —ofreció Bellano.

—Podemos, pero no lo haremos —replicó el Señor de la Guerra.

— ¿Por qué no?

—Porque yo no aportaré tres cuartas partes de las naves.

— ¿Queréis llevaros el setenta y cinco por ciento del oro? —demandó Bellano—. ¡Definitivamente no!

El Señor de la Guerra se encogió de hombros.

—Como deseéis.

—Sesenta-cuarenta —ofertó Bellano.

—El porcentaje no está abierto a negociación.

— ¡Pero habéis negociado con el alienígena!

—Si me comprometo en esta operación, lo necesitaré para que se deshaga del oro. Sin embargo, no lo haré por un sesenta por ciento.

—El sesenta por ciento de veintisiete toneladas de oro es mejor que el setenta y cinco por ciento de nada —dijo Bellano.

—No fui yo quien salió a buscaros a vos —replicó el Señor de la Guerra—. Me necesitáis para esta operación... pero si no podemos llegar a un acuerdo equitativo, no necesariamente os necesito. —Sonrió—. Hay innumerables socios menores que estarían muy contentos de unirse a mí en esta empresa.

— ¡Dejadme fuera y advertiré a la Armada!

—Si vuestra información es corroborada, y no pienso continuar hasta que así sea, advertirle a la Armada del plan no causará mucho bien a nadie —comentó el Señor de la Guerra—. No obstante, sí conseguirá una cosa: nos situará a los dos en una situación delicada, y no creo que ninguno de los dos lo desee, pero yo la puedo soportar mucho mejor que vos. Ahora, quisiera tener vuestra respuesta: ¿aceptáis el veinticinco por ciento o la reunión se ha terminado?

Bellano le miró con ojos centelleantes durante un momento.

—Tendré que meditarlo. Os lo haré saber antes de que hayamos concluido.

—Hacédmelo saber ahora mismo, o habremos terminado —replicó el Señor de la Guerra.

—De acuerdo —suspiró Bellano, asintiendo.

—Bien. Sabía que erais un hombre razonable.

— ¿Qué más nos queda por hacer antes de planificar el ataque?

—Ahora comprobaré vuestra información, más la capacidad del Volador Nocturno para absorber tanto oro sin dejar un rastro visible; luego, decidiré si continúo con la operación. —Le hizo un gesto a su hijo, quien atravesó el gran salón y abrió la puerta principal—. Cada uno de vosotros será escoltado a sus habitaciones, donde podrá comer y descansar. Volveremos a encontrarnos aquí dentro de tres horas.

— ¿Dónde demonios has estado? —demandó el Señor de la Guerra en el momento en que Justin entraba en sus cámaras privadas.

—Hablando con el Volador Nocturno —replicó Justin, cruzando el suelo lustroso para sentarse en un sillón doradusiano de madera tallado a mano.

—Debes de ser un glotón del castigo —comentó el Señor de la Guerra, girando en su sillón para contemplar mejor a su hijo, mientras le ordenaba a la puerta que se cerrara.

—Se hace entender bien cuando encuentra algo que le interesa.

— ¿Oh? ¿Y qué es lo que le interesa?

—Los colmillos del elefante.

—Sólo es un trofeo —dijo el Señor de la Guerra—. No poseen ningún valor de mercado. ¿Qué es lo que puede desear de ellos?

Justin se encogió de hombros.

—Creo que los Voladores Nocturnos practican una especie de religión animista. Adoran el tamaño y el poder, y éstos son los dientes más grandes que ha visto jamás. Piensa que le convertirán en un ser omnipotente.

El Señor de la Guerra se rió entre dientes.

—Le hará falta mucho más que un par de marfiles para conseguirlo.

—Lo sé —continuó Justin—. Pero se ofreció a pagar el cuarenta por ciento del valor del oro si acordábamos darle los colmillos.

—Interesante —comentó el Señor de la Guerra.

— ¿Qué le respondo?

—Que no, por supuesto. Ésa ha sido su primera oferta. Veamos cuánto es capaz de subirla. —El Señor de la Guerra se detuvo—. Además, tenemos asuntos más importantes que

discutir. Mientras tú pasabas el rato con el Volador Nocturno, yo he confirmado los datos de Bellano. —Con la mano señaló su computadora privada, que llevaba su sello personal—. Son verdaderos.

— ¿Te sorprende? —inquirió Justin—. Después de todo, prácticamente es nuestro rehén. Debía saber que tú verificarías su historia antes de comprometerte.

— ¿Qué opinas?

— ¿Sobre qué, padre?

—Sobre Bellano. ¿Qué crees que debería hacer?

—Nunca antes me habías pedido mi parecer —dijo Justin.

—Y no me guiaré por él ahora —repuso el Señor de la Guerra—. Pero tú estuviste presente durante toda la reunión. Quiero ver cuánto has aprendido. ¿Qué harías tú?

—Le enviaría de vuelta a casa y me olvidaría de todo —contestó Justin.

— ¿Por qué?

—No lo necesitamos.

—Creí que todo el mundo necesitaba veintisiete toneladas de lingotes de oro —afirmó sardónicamente el Señor de la Guerra.

—No necesitamos la publicidad —continuó Justin.

—Explícate —dijo el Señor de la Guerra, sacando un gran cigarro de un humidificador incrustado con joyas y encendiéndolo.

—Pienso que la razón por la que la Armada nos ha dejado en paz es porque nos encontramos muy dentro del Borde. Hay tan pocos mundos de la Oligarquía aquí que les costaría más trabajo destruirnos del que merece la pena —hizo una pausa—. Ataca un convoy de la Armada y, de repente, lo reconsiderarán.

—Es una posibilidad —comentó el Señor de la Guerra.

—En la que tú no crees.

El Señor de la Guerra agitó la cabeza.

—La información de Bellano confirma lo que yo he creído durante varios años ya. La Armada se halla demasiado dispersa para preocuparse por lo que sucede en esta zona. La Oligarquía tiene más de un millón de mundos propios en los que pensar —se detuvo—. De hecho, es probable que les encante que estemos operando aquí. Hemos conseguido pacificar más de cien sistemas, situándolos en una economía de mercado; algún día, dentro de dos o tres siglos, vendrán a recoger los beneficios de lo que nosotros hemos sembrado.

—Entonces, ¿por qué le han puesto un precio a tu cabeza? —le retó Justin.

—Oh, si algún cazarrecompensas logra matarme, ellos no derramarán ninguna lágrima amarga —indicó el Señor de la Guerra—. Sin embargo, estarán igual de contentos si los señores de la guerra siguen funcionando en esta zona hasta el día en que ellos puedan venir para asimilarnos a la Oligarquía.

— ¿Estás dispuesto a apostar tu vida por ello? —demandó Justin.

El Señor de la Guerra pareció divertido.

—Por supuesto que no. Sin embargo, estoy dispuesto a apostar la vida de Bellano en ello.

—Creo que no te sigo —indicó Justin.

—Entonces, aprende a hacerlo —repuso con aspereza el Señor de la Guerra—. Algún día, esto será tuyo, y, para entonces, será mejor que hayas aprendido a usar tu cerebro.

—No tienes ninguna necesidad de insultarme, padre.

—Eso podría debatirse —dijo el Señor de la Guerra, irritado aún. Finalmente, se encogió de hombros, y añadió—: Muy bien, estoy de acuerdo en que la Armada no quedará muy contenta si pierde trescientas naves. Si nos metemos en este asunto, tendremos que proporcionarles un villano, a riesgo de que sean ellos mismos quienes lo decidan.

— ¿Y el villano será Bellano?

—Tiene que serlo —explicó el Señor de la Guerra—. Jamás creerán que fueron los Voladores Nocturnos. —Miró fijamente a su hijo—. ¿Lo creerías tú?

—No lo sé —replicó Justin—. Tal vez si los comprendiera un poco mejor...

—La Oligarquía no está interesada en comprender a los alienígenas; sólo quieren gobernarlos... o exterminarlos —añadió el Señor de la Guerra—. Buscarán a un enemigo humano, y el hecho de llevar los colores de la Princesa Azul no va a engañarlos durante más de diez segundos.

— ¿Cómo piensas convencerlos de que es Bellano a quien ellos buscan?

—Antes de que el convoy quede destruido por completo, les dejaré que intercepten un mensaje codificado para Bellano de uno de sus subordinados. Lo enviarán a la sección criptográfica de la Flota 12 y, en unas pocas horas, sabrán a quién están buscando.

—Cuando le encuentren, ¿cómo te cerciorarás de que no te implicará a ti?

—Porque sólo hallarán lo que quede de él —respondió el Señor de la Guerra—. Lamentablemente, su nave será destruida en la batalla. De hecho, el pobre hombre perderá casi a toda su flota. —El Señor de la Guerra sonrió—. Representa una amenaza para mi seguridad; no veo razón alguna para no alentar a la Armada a que lo elimine.

— ¿Y por qué él no va a sospechar que lo traicionarás y tome medidas para protegerse? —preguntó Justin.

—Oh, lo hará —le aseguró el Señor de la Guerra—. Adoptará todas las medidas imaginables, y no le servirán para nada. —Se reclinó en su sillón, cruzando los enormes dedos detrás de su cabeza, la mirada clavada en el gran holograma de su última concubina, que dominaba la pared más alejada de la cámara, justo encima de la consola de seguridad que le permitía monitorizar todos los cuartos del palacio—. La flota de Bellano recibirá la mayor parte del ataque de la Armada. Una vez que el convoy haya sido destruido, no nos resultará muy difícil barrer lo que quede con nuestra propia flota, más aquellas naves que le hemos dicho se hallan de misión en otra parte —se detuvo un instante—. También pondremos cinco o seis toneladas de lingotes de oro en los restos de su nave insignia. Después de todo, ¿por qué la Armada va a perder su tiempo rastreando el Borde en busca del oro? Les daremos lo suficiente, de modo que crean que el resto fue destruido.

— ¿Estás seguro de que se lo creerán? —inquirió con ciertas dudas Justin.

—Creo que existen muchas probabilidades de que lo hagan... aunque planeo tomar ciertas precauciones, por si no ocurriera así —calló un momento—. En cualquier caso, cuando la operación haya concluido, le quedarán sólo cincuenta naves para defender dieciocho sistemas; pienso que le podemos arrebatar los dieciocho en el plazo de un año. —Se quedó pensativo—. Y si tengo razón con respecto a la Princesa Azul, a ella tampoco le quedarán muchas naves para proteger su propio territorio. —El Señor de la Guerra sonrió—. Esta situación quizá sea ventajosa para nosotros en todos sus aspectos.

—Entonces, no emprenderás esta acción por el oro.

—Ciertamente, el oro es un incentivo añadido —replicó el Señor de la Guerra, chupando el cigarro—. Sin embargo, eliminar a la competencia es mi objetivo primordial.

—No creo que resulte tan fácil como tú lo haces ver —comentó Justin.

—No hay nada fácil en el asunto —respondió el Señor de la Guerra—. Un montón de buenos hombres y mujeres van a perder sus vidas en la operación.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No me convertí en Ghengis Marcus Alexander Augustus Rex por titubear —dijo el Señor de la Guerra—. Las flotas y los planetas son como la gente; responden mejor ante las acciones decididas de sus líderes. —Contempló a su hijo—. Eso es lo que debes aprender antes de mantener la esperanza de gobernar lo que yo he creado. Una vez hayas tomado una decisión, no puede haber ninguna medida intermedia. No puedes robarle a la Armada sólo parte de su oro, no puedes engañara Bellano un poco, no puedes arrebatarle a la Princesa Azul medio territorio. Has de ir por la yugular, y cuando la encuentres, no debes soltarla. —Agitó la cabeza—. Hay mucho de tu madre en ti. —El Señor de la Guerra hizo una pausa, tratando de recoger sus pensamientos en una única frase—. Tienes que desear más, y debes desarrollar la astucia para obtenerlo.

— ¿Más qué, padre? —preguntó Justin.

—Simplemente, más.

—Trataré de recordarlo, padre —dijo Justin.

—También has de recordar que un señor de la guerra no tiene amigos ni aliados. Sólo tiene subordinados y enemigos, y cada uno de los primeros es, potencialmente, uno de los últimos.

—Eso me has dicho.

—Y no dejaré de decírtelo hasta que lo sepas con tanta certeza como tu nombre. —En ese momento, se adelantó y miró fijamente a su hijo—. Ahora, con respecto a los Voladores Nocturnos... —se detuvo—. El treinta por ciento del precio de mercado es algo ridículo.

—Entonces, ¿le damos el marfil y aceptamos el cuarenta por ciento?

—No.

— ¿Por qué no?

—Porque no comprendo su deseo por el marfil, y no confío en lo que no entiendo. Les venderemos sólo cinco toneladas, no más.

—Si no te gusta su precio, ¿por qué venderles algo a ellos? —inquirió Justin—. Así, únicamente nos quedaremos con dieciséis o diecisiete toneladas.

—Porque el oro, sencillamente, es un medio para obtener un fin. Siempre existe la posibilidad de que la Armada no se crea nuestro engaño... y si alguna vez llegan a la conclusión de que Bellano no poseía todo el oro y empiezan a buscar en el Borde el resto, quiero garantizarme que sepan dónde ir a buscarlo... y si vale la pena perder cinco toneladas para eliminar a Bellano, sin duda que vale la pena perder otras cinco para cerciorarnos de que la Armada jamás averigüe lo que ha sucedido.

—Pero los Voladores Nocturnos le dirán a la Armada que nosotros tenemos el resto del oro.

—Será mi palabra contra la de Mylarrr... y la Oligarquía está dispuesta a creer en los humanos y a desconfiar de los alienígenas —comentó el Señor de la Guerra—. Además, ya nos habremos deshecho de nuestra parte del oro mucho antes de que empiecen a formular preguntas. —El Señor de la Guerra hizo una pausa—. Pareces albergar dudas.

—Personalmente, yo tendría mucho cuidado en traicionar a una raza a la que no comprendo.

—Pero yo sí la comprendo —bufó su padre—. Por esa razón yo soy el Señor de la Guerra.

—Sí, padre —repuso Justin con cansancio.

Habían transcurrido once días, y el ataque al convoy tuvo lugar exactamente como había sido planeado. Bellano estaba muerto; la Armada creía—por lo menos, de forma oficial— que había recuperado la parte del oro que no resultó destruido; el Señor de la Guerra sólo había perdido sesenta y tres naves; y la Oligarquía tenía el convencimiento de que Bellano había sido el responsable del raid.

Ahora, el Señor de la Guerra se hallaba sentado en su trono, con una copa de cristal en la mano y un pie apoyado sobre el lagarto embalsamado, disfrutando de los agradables resultados de su victoria. Justin se encontraba de pie, cerca de él, y también bebía algo de vino, mientras que Mylarrr estaba encaramado de forma precaria sobre el alféizar de una ventana a unos tres metros por encima del suelo.

—Ha salido mucho mejor de lo que había esperado —dijo el Señor de la Guerra—. No tenía mucha seguridad de que el oro que dejamos en la nave insignia de Bellano les iba a engañar.

—He de felicitarte, padre —comentó Justin—. ¿Me permites servirte más vino?

El Señor de la Guerra asintió y alargó la copa.

—Gracias. Pregúntale a tu amigo si quiere un poco.

— ¡No, no, no, no! —exclamó rápidamente Mylarrr—. Jamás bebo intoxicantes.

— ¿Podemos ofreceros algo? —inquirió el Señor de la Guerra.

— ¡Oh, sí; oh sí! —aseveró el Volador Nocturno, saltando ágilmente al suelo y acercándose al marfil—. ¡Ésta es una verdadera intoxicación! —anunció mientras extendía la mano y posaba sus garras sobre el más grande de los colmillos.

— ¿Disfrutáis tocándolo? —quiso saber el Señor de la Guerra, divertido.

—Irradia poder, destella, resplandece —explicó Mylarrr.

— ¿Y creéis que os transmite su poder a vos?

El alienígena sonrió.

—Cuando nos tocamos, soy inmortal.

—Lo que os haga más feliz —comentó el Señor de la Guerra con un encogimiento de hombros.

—El marfil me hace feliz, me satisface y me vuelve inmortal.

—Bien por vos.

—Cincuenta por ciento —dijo Mylarrr.

—No.

—Tal vez cincuenta-uno, quizá, posiblemente.

—Lo pensaré.

— ¡Bien! Piénsalo, medítalo, analízalo, considéralo; luego hablaremos, haremos un trato, comerciaremos.

El Señor de la Guerra vació la copa.

—Mientras tanto, cambiemos de tema. —Se volvió hacia su hijo—. ¿Has confirmado la disposición de las naves supervivientes de Bellano?

Justin asintió.

—Sí, padre. A sus fuerzas les quedan cincuenta y tres naves; todas sus coordenadas están en nuestras computadoras.

—Nos reagruparemos durante unos días; después, les atacaremos antes de que surja la posibilidad de que un nuevo líder se establezca y consolide su poder. —El Señor de la Guerra extendió su copa—. Es un vino excelente. Beberé un poco más.

Justin sacudió la cabeza pensativo.

—Creo que ya no te hace falta más, padre.

— ¿Desde cuándo eres tú quien decide cuánto puedo beber? —demandó el Señor de la Guerra, tratando de ponerse de pie y dándose cuenta, con sorpresa, de que sus piernas no soportaban su peso.

—Ya has bebido lo suficiente como para matarte —repuso con calma Justin.

— ¿Estás loco? —gritó el Señor de la Guerra—. ¿Sabes lo que dices?

—Te garantizo que es indoloro —explicó Justin—. Sentirás la pérdida de sensibilidad en las extremidades, una sensación de frío; luego, nada.

— ¡Guardias! —rugió el Señor de la Guerra.

—No vendrán, padre —indicó Justin con suavidad—. Ahora trabajan para mí.

—Pero, ¿por qué? —preguntó el Señor de la Guerra, esforzándose por comprender.

—Tu tiempo ha terminado, padre. La época del señor de la guerra ya ha pasado —Justin se detuvo—. El simple hecho de que creyeras la información falsa que conseguí infiltrar a través de Bellano y tus otras fuentes, significaron que tus días estaban contados. ¿De verdad pensaste que la fuerza militar más poderosa de toda la galaxia estaría contenta de dejar a un señor de la guerra gobernar sistemas solares enteros y exigirle sólo un tributo? ¿Es racional creer que la Armada no iba a proteger su cargamento de oro con la suficiente fuerza como para desalentar cualquier ataque?

— ¡Pero nosotros ganamos! —protestó el Señor de la Guerra—. ¡Los destruimos!

Justin sacudió la cabeza.

—Destruiste una flota con muy poca tripulación que sirvió su propósito: aniquiló a las tropas de Bellano antes de capitular. Jugué con la idea de permitir que la Armada trajera mil naves de apoyo, pero tal cantidad habría borrado a nuestra propia flota, y aún le tengo

preparada una misión antes de deshacerla.

— ¿Deshacerla? ¿Qué estás...?

—Ahorra tus fuerzas, padre —aconsejó Justin—. No te queda mucho tiempo. —Sonrió—. Mientras tú te mantenías ocupado, convirtiéndote en el mayor señor de la guerra del Borde, yo garantizaba a través de mis propios conductos que la Armada estaría mucho más contenta de tratar con un único gobernador que con una docena de señores de la guerra.

— ¿Tú? —preguntó con voz áspera el Señor de la Guerra.

—Así es —repuso Justin—. ¿No me has dicho siempre que usara mi propia iniciativa? Como un gesto de buena voluntad, les he entregado a Bellano y a su flota y, dentro de uno o dos días, harán prisionera a la Princesa Azul. Y, por supuesto, quedabas tú, padre; creo que eso fue lo que les convenció de entrar en tratos conmigo. Tú eres al que más deseaban.

—Has destruido todo —susurró el Señor de la Guerra.

—Tonterías —comentó Justin de buen humor—. Con el tiempo, habrías perdido tu imperio a manos de otro señor de la guerra... y si no hubiera sido así, yo lo habría perdido. En cualquier caso, jamás ambicioné ser un general; no soy demasiado bueno para ello, y lo encuentro bastante limitador. Tú jamás llegaste a poseer más de treinta sistemas; mañana, yo seré el gobernador de ciento sesenta y siete. Claro está que tendremos que deshacernos de algunos de los señores de la guerra más pequeños, pero a la Armada eso le encantará, de modo que no resultará ningún problema.

— ¿Y el oro?

—Bueno, yo recibo una tonelada por las molestias que me tomé, pero el resto será devuelto al planetoide de la Tesorería en el sistema Deluros. Como ya habrás imaginado, jamás tuvieron razones para traerlo hasta aquí; casi nunca emplean mercenarios, y aquellos que contratan reciben su paga en créditos. Preparamos el cargamento sólo para convencer a Bellano para que uniera sus fuerzas contigo.

—Muy inteligente —comentó el Señor de la Guerra de forma casi inaudible.

—Eso es lo que yo pensé —acordó Justin—. De todas formas, con un solo golpe he quintuplicado el tamaño de tu imperio al tiempo que adquiría la legitimación de la Oligarquía —se detuvo un momento—. ¿Lo he hecho bien, padre? ¿Por fin me das tu aprobación?

El Señor de la Guerra volvió a hablar, y Justin apenas pudo entender sus palabras.

—Has cometido un error.

— ¿Oh? —replicó Justin—. ¿Qué quieres decir?

—Deberías haber matado al alienígena. No tienes nada de oro para darle.

— ¿Mylarrr? —preguntó Justin—. No representa ningún problema. Quedará satisfecho con el marfil.

—Eres un estúpido —musitó el Señor de la Guerra, y murió.

Justin se puso de pie y se volvió hacia el Volador Nocturno.

—Ha muerto.

—Triste, trágico, desolador e inevitable —dijo el alienígena, que aún seguía acariciando el mayor de los colmillos—. Ahora, nosotros discutiremos el oro, que es bueno, brillante y rentable.

—No habrá nada de oro —indicó Justin.

— ¿Nada de oro? ¿Nada de oro? ¡Pero yo vi oro!

—Únicamente una tonelada, y la necesito yo.

— ¡Pero aquí estoy yo!

—Sé que te encuentras aquí por el oro, no obstante, tengo la certeza de que podremos llegar a un acuerdo razonable.

—Razonable, sabio y justo —señaló Mylarrr con énfasis—. Tú propones, yo dispongo.

—Como un gesto de buena voluntad, me gustaría regalarte el marfil.

— ¡El marfil! —exclamó Mylarrr, dando un salto y encaramándose sobre el más grande de los colmillos—. ¡Inmortal e invencible soy yo!

—Eso es correcto.

De repente, Mylarrr contempló a Justin.

—Ahora, el oro.

—No hay oro para ti.

—Sé dónde se encuentra y su emplazamiento —afirmó el Volador Nocturno.

—Entonces, lo cambiaré de lugar en cuanto te marches.

—Me lo llevaré conmigo.

—No harás nada semejante —aseveró Justin con ira. Se volvió hacia la puerta—. ¡Guardias!

—Ay, qué pena, no vendrán.

— ¿Por qué no? —demandó Justin.

—Porque los he matado.

— ¿Tú? ¿Cómo?

—Yo, así de fácil.

Mylarrr lanzó un golpe veloz con las zarpas de su mano y, súbitamente, Justin cayó de rodillas, cubriéndose el cuello con los dedos.

—Tengo el marfil —repitió Mylarrr con tranquilidad—. Soy inmortal. Nadie podrá vencerme. Gobernaré por toda la eternidad y el infinito. Ya ni la Oligarquía puede tocarme.

— ¡Estás loco! ¡Encontrarán mi cadáver y te perseguirán! —prometió Justin, y su visión comenzó a hacerse borrosa.

—No podrán perseguirme —le aseguró Mylarrr—. Soy el más grande de los señores de la guerra. Poseo el marfil.

— ¡Mi padre lo poseyó, y no le hizo inmortal! —jadeó Justin.

—Hay una diferencia —dijo confiado Mylarrr mientras saltaba ágilmente al suelo.

— ¿Qué diferencia? —preguntó Justin con su último aliento. —Yo no tengo ningún hijo.

Tercer Interludio
(6303 E.G.)

— ¿Duncan?

Musité algo ininteligible y me puse de costado.

— ¡Duncan!

Esta vez, la voz sonó con más fuerza y, un momento después, una mano me sacudió vigorosamente del hombro.

— ¿Qué ha pasado? —pregunté, sentándome y casi golpeándome la cabeza contra la de Hilda Dorian—. ¿Ya ha abierto la empresa?

—No.

—Oh —seguía desorientado y el corazón me latía a tanta velocidad que me sorprendió que ella no pudiera escucharlo—. ¿Qué hora es?

—Las siete. —Su expresión era sombría.

— ¿De la noche o de la mañana?

—De la mañana —se detuvo—. Veo que has pasado otra vez la noche en la oficina.

Por fin mi cerebro empezó a funcionar.

—Volví a localizar los colmillos, casi doce siglos después de su última desaparición.

— ¿De verdad? ¿Dónde y cuándo?

—Los encontré en el 5521 E.G., en el Borde.

—Eso es menos de ocho siglos en el pasado —indicó ella.

—Pero hay un problema.

—Hay más problemas de los que tú crees —replicó.

— ¿Sí?

—Quiero escuchar primero el tuyo.

—Un alienígena se apoderó de los colmillos, de modo que tuve que ordenarle a la computadora que cambiara su búsqueda. No tiene ningún sentido comprobar registros humanos cuando es muy probable que los colmillos vuelvan a aparecer en una sociedad alienígena. —Me pasé una mano por el pelo, tratando de peinarlo un poco—. Debí de quedarme dormido mientras estaba recogiendo datos.

— ¿Quieres un poco de café? —preguntó Hilda, demasiado solícita.

—Ahora no.

— ¿Estás seguro? —insistió.

—Sí, estoy seguro —repuse—. ¿Por qué, de repente, te has vuelto tan protectora?

—Porque tienes un problema mucho más grande que el hecho de que una raza alienígena posea los colmillos, y quiero que estés despierto del todo cuando lo discuta contigo.

—Estoy despierto —dije, poniéndome de pie y fingiendo que realizaba algunos ejercicios de estiramiento—. ¿Qué tienes que comunicarme?

—Vine temprano a la oficina y solicité el dossier de Bukoba Mandaka.

— ¿Y?

Me observó durante un buen rato, como si quisiera cerciorarse de que me hallaba en posesión de todas mis facultades antes de contestarme.

—No existe.

Fruncí el ceño.

— ¿Qué quieres decir con eso de que no existe? Estuvo aquí en mi oficina. Depositó dinero en mi cuenta. Trabajo para ese hombre.

—Lo sé —repuso con tono sombrío—. Pero no hay ningún registro oficial de él.

—Computadora —ordené—. Emite el holograma de Bukoba Mandaka.

La imagen de Mandaka adquirió vida y quedó suspendida sobre la computadora.

—Ése es un registro privado —comentó Hilda—. La Commonwealth no posee ningún registro de él.

— ¿Has comprobado su registro vocal y su retinagrama? —pregunté—. Quizá Mandaka sea un seudónimo.

—Tengo a la computadora trabajando en ello. Hasta ahora, no ha tenido éxito.

—Ésta es una galaxia grande —señalé—. Tarde o temprano lo encontrará —me detuve, pensando en otros caminos de búsqueda—. ¿Qué más averiguaste?

—Su número de identificación es falso, también su pasaporte, y el programa de genealogía no consigue dar con sus padres.

— ¡Esto es una locura! —exclamé—. ¿Comprobamos su crédito antes de que se me permitiera aceptar su encargo?

—Lo hicimos —replicó con el ceño fruncido—. Tiene acceso a más de cinco millones de créditos en dos bancos distintos, y posee una autorización de crédito de Nivel III, que es a lo máximo a lo que yo tengo permiso de acceso... pero no puedo determinar la procedencia de su dinero.

— ¿Y su dirección?

—Un terminal de computadora de recepción de mensajes en el Centro de la Ciudad.

— ¿Paga impuestos?

—No tengo autorización para entrar a la computadora de la Tesorería.

— ¿Puedes obtenerlo? —pregunté.

—No sin alertar a un montón de gente sobre el hecho de que estoy realizando una comprobación sobre Mandaka. Ésa es la razón por la que decidí hablar contigo primero.

—Bien pensado —acordé—. Si le contaras a alguien de más arriba lo que me has contado a mí, harían que abandonara el encargo.

— ¿Y no crees que deberías hacerlo... por lo menos, hasta que sepas algo más acerca de él?

— ¿Qué te pasa? —demandé—. ¡Tu misma has afirmado que su dinero es bueno!

—Pero lo desconoces todo sobre él. Podría ser un criminal.

—Y también podría ser lo que asevera que es —le devolví—. Si no encuentro el marfil, jamás averiguaremos qué es. Simplemente, se desvanecerá y contratará a otra persona para buscarlo.

—Debí suponer que reaccionarías de esta forma —dijo ella, alzando las manos disgustada—. ¡Lo único que te importa es encontrar ese maldito marfil!

—Tan pronto como lo localice, insistiré en que me revele quién es y por qué lo quiere —comenté, tratando de calmarla—. Sin embargo, sin los colmillos, no dispongo de ningún poder de exigírselo.

—Puede que no tengas una gran expectativa de vida con él —señaló ella.

Bufé despectivamente.

—Nadie intentará matarme con mi computadora monitorizando todo lo que ocurre.

—Un hombre que no tiene pasado, presente ni futuro, y tampoco una identidad, bien puede sentirse libre para matarte.

—Posee una cara, una estructura ósea, huellas dactilares y retinas —repliqué—. Aunque la policía desconozca su nombre, sabrán a quién tendrán que buscar. —Le sonreí—. Te agradezco tu preocupación, Hilda, pero de verdad que no es necesaria. Localizaré los colmillos dentro de dos o tres días, ya he recorrido dos milenios y medio de su historia en sólo dos noches, y ahora mismo me encuentro a ocho siglos de encontrarlos, y, tan pronto descubra su emplazamiento, averiguaremos con exactitud quién es este señor Mandaka y por qué está tan desesperado por poner sus manos en un trofeo por el que nadie más se preocupa y que todo el mundo desconoce.

— ¿Y si se niega a revelártelo?

—Me lo dirá —respondí, confiado.

— ¿Qué te hace estar tan seguro?

—Tú no viste su cara cuando mencionó el marfil; yo sí. Hará todo lo que deba para conseguirlo.

— ¿Incluyendo el asesinato?

—Eso dije en una ocasión —contesté—. Pero, en este caso en particular, el asesinato no le reportará el marfil. La verdad, sí.

Hilda me contempló pensativa durante un largo rato.

—Resulta obvio que no deseas que mis averiguaciones salgan de esta oficina.

— ¡Por supuesto que no!

—Si me muestro de acuerdo en guardar silencio —siguió ella, mirándome todavía con fijeza—, pretendo imponerte dos condiciones.

— ¿Qué condiciones? —exigí.

—Primera, yo, personalmente, monitorizaré todos los encuentros o comunicaciones que tengas con Mandaka.

—La acepto... siempre que no interrumpas o le dejes saber que lo estás haciendo.

—Segunda, si no resuelves esto en tres días, iré a la junta ejecutiva y a la policía y les contaré lo que sé.

—Si tú no sabes nada —indiqué con exasperación.

—Tengo a un hombre que, en teoría, no existe, pero que posee un acceso instantáneo a cinco millones de créditos. Tengo a un hombre sin identidad en una sociedad donde su identidad debería estar grabada en cincuenta millones de bancos de memoria. Tengo a un hombre al que tú consideras capaz de matar. ¿No crees que podría conseguir el interés de alguien con esos datos?

— ¿Y si me lleva cinco días rastrear el marfil? ¿O siete? ¿Y si los alienígenas no mantienen registros escritos? Jamás se unieron a la Oligarquía ni a la Commonwealth; por lo que yo sé, quizá se hayan extinguido. ¡No puedes limitarme únicamente a tres días!

Se detuvo para meditar en lo que acababa de exponerle.

—De acuerdo — replicó con cautela—. Llegaré hasta aquí: si, a partir de hoy, no has

encontrado el marfil en tres días, te daré la oportunidad de replantear tu caso... pero no te prometo nada.

— ¡Es inaceptable! — restallé.

—La alternativa es que haga pública mi información de inmediato.

La miré con ojos centelleantes y ella me devolvió la misma mirada.

—Muy bien —musité—. Es un trato.

Pareció que iba a decir algo más; luego, cambió de parecer y salió de la oficina.

Me puse de pie, le ordené al suelo que no admitiera a ningún visitante, me quité las ropas arrugadas y entré en el cubículo de la ducha seca que había al lado del armario.

—Actívate —pedí.

—Hecho.

— ¿Computadora?

— ¿Sí?

— ¿Has conseguido rastrear un poco más el paradero de los colmillos?

—No. Existen muy pocos datos grabados acerca de la raza alienígena conocida como Voladores Nocturnos.

— ¿De cuánto tiempo dispongo hasta que la Braxton reanude oficialmente su trabajo?

—De una hora, cincuenta y un minutos, diecinueve segundos.

— ¿Cuánta de tu capacidad se encuentra ahora a mi disposición?

—El sesenta y tres, punto, doscientos setenta y ocho por ciento.

— ¿Eso es todo?

—Estoy preparando el edificio para sus ocupantes, al tiempo que trabajo para un número de empleados que han venido antes.

—Muy bien. De ese porcentaje, quiero que utilices la mitad en los Voladores Nocturnos para ver si puedes descubrir lo que le sucedió al marfil después de que Mylarrr se apoderara de él.

—Entendido. Trabajando...

—Ahora, haz que mi ventana se quede opaca hasta que me vista.

—Hecho.

Salí de la ducha seca y me encaré con el cristal brillante.

—Quiero que uses la mitad que te queda de tu capacidad para averiguar lo que puedas acerca de Bukoba Mandaka.

—No existe ningún registro oficial de Bukoba Mandaka.

—Sé que acabas de comprobar sus credenciales con los registros de la Monarquía —comenté—. Sin embargo, aún quedan otros lugares en los que mirar.

—Esperando...

—Para empezar, podrías acceder a cualquier registro que tenga alguna relación con los Maasai, si es que existen.

—Entendido. Trabajando...

—Siguiente —añadí—, comprueba si las palabras Bukoba o Mandaka poseen un significado especial en el dialecto Maasai.

—Entendido. Trabajando...

—Siguiente, pon algo de música.

— ¿Tiene alguna preferencia? —inquirió la computadora.

—El Concierto en Sí bemol de Barjeenan.

—Hecho —dijo la computadora, y la música atonal alienígena inundó la oficina.

—Eso está mejor —comenté, sentándome, aún desnudo, en mi sillón poliforme—. Dame un masaje, por favor.

—Hecho —replicó el sillón.

—Y aplica un poco de calor en la región lumbar. Me encuentro un poco rígido.

—Hecho —anunció el sillón.

—Gracias —me volví hacia el cristal resplandeciente—. Exista o no de forma oficial,

Mandaka tiene que haber hecho algo que podamos rastrear. Sabemos que visitó a Prudence Ashe en el Museo de Historia Natural antes de venir a verme a mí, de modo que quiero que compruebes todos los museos y los coleccionistas particulares que posean grandes colecciones de animales de la Tierra. Empieza con este sistema estelar; luego, los sistemas más próximos y, finalmente, comprueba todo este grupo estelar. Quiero saber si Mandaka ha visitado alguno.

—Entendido. Trabajando...

Callé, dejando que la música de Barjeenan me cobijara, tratando de mezclar mis pensamientos con los exóticos ritmos interiores.

—Siguiente —proseguí—, quiero que accedas a la Junta Inmobiliaria y todas las distintas agencias de alquiler y los hoteles, y averigua si Bukoba Mandaka, o cualquiera que responda a su descripción, ha alquilado o comprado recientemente alguna casa en cualquier parte del planeta.

—Entendido. Trabajando... He comprobado todos los diccionarios Maasai en mis bancos de idiomas y los que hay en Deluros VIII. Bukoba es un nombre tradicional Maasai. Mandaka es un nombre tradicional africano, y ha sido empleado por los Maasai, los Kikuyu, los Luo, los Wakamba y los Samburu. Ningún otro nombre posee un significado análogo.

—Bueno, valía la pena intentarlo —comenté con un suspiro.

— ¿Tiene alguna instrucción más que darme?

—Sí —contesté—. Veamos lo bien organizado que estás. Quiero que insertes un anuncio clasificado en el que pongas que el anunciante ha heredado una colección de trofeos que no desea guardar y que está dispuesto a vender al mejor postor. Especifica que la colección incluye un Somorgujo Acústico, un Gato-Demonio, un cierto número de carnívoros embalsamados y un par de colmillos de elefante.

— ¿Dónde desea que inserte el anuncio?

—Mínimo, a una distancia de treinta años luz de aquí.

Un corte transversal de la galaxia apareció encima del cristal. Siete de los planetas resplandecían con un color azul.

—Los planetas que parpadean son miembros de la Oligarquía, y se encuentran entre una distancia que va de los treinta mil trescientos cuarenta y seis años luz a los treinta y un mil ciento doce.

— ¿Cuál es el más cercano?

—Nelson Veintitrés.

— ¿Hay gente viviendo en el vigésimotercer planeta a partir del Sol? —pregunté, sorprendido.

—No. Ese planeta es el único del sistema.

—Entonces, ¿por qué tiene semejante nombre?

—Fue el vigésimotercer planeta en ser terraformado por un miembro del Cuerpo de Pioneros llamado Nelson, quien vivió y murió en el siglo II de la E.G. Sus habitantes lo llaman Pradera Verde.

— ¿Población?

—Setenta y dos mil trescientos cuarenta nueve.

—De acuerdo —dije—. Inserta el anuncio en cualquier medio que lo acepte. Que todas las respuestas sean enviadas a nuestra oficina en Genovaith II y, desde allí, a mí.

—Trabajando...

Comencé a vestirme. Durante un momento pensé en ir a casa para coger unas ropas limpias, pero no quería perder ese tiempo, así que ordené que mi traje mostrara una tonalidad distinta de naranja y marrón, y cada color culebreó alrededor de mis extremidades hasta que, lentamente, se fundieron entre sí.

—Proporcióname una imagen de trescientos sesenta grados de mi mismo —pedí.

De repente, de pie casi al alcance de mi mano, surgió una réplica holográfica de mi persona, que giraba despacio en círculos. La examiné con cuidado y llegué a la conclusión de

que sería muy difícil que Hilda reconociera mi traje como el mismo que había vestido ayer. Además, tenía tantas cosas en la cabeza, que era bastante probable que no recibiera su acostumbrada charla sobre la importancia del aspecto personal y la higiene que se esperaba de los encargados de departamentos, aunque descubriera mi pequeño truco.

—Gracias —dije, y la imagen desapareció.

— ¿Deseará algo más? —preguntó la computadora.

—Sí —repuse—. Hay una última cosa.

—Esperando...

—Quiero que accedas a la computadora de la policía y averigües si alguien que responda a la descripción de Mandaka ha sido arrestado por algún delito en los últimos veinte años.

—El resultado será negativo —respondió la computadora—. Si hubiera sido arrestado, la Commonwealth poseería un registro de su voz y un retinagrama.

—De acuerdo —acepté con un suspiro—. No más órdenes.

—Trabajando...

Regresé a mi sillón y le pedí que ajustara su contorno a mi posición. Me encontré levemente incómodo y, finalmente, recordé que le había ordenado al sillón que aplicara calor a mi zona lumbar, así que le instruí para que hiciera que la temperatura regresara a la normalidad.

Pensé en ordenar el desayuno, pero preferí dormir otra hora antes de que comenzara el día de trabajo. Parecía que acababa de cerrar los ojos cuando la computadora me despertó.

— ¿Duncan Rojas?

— ¿Sí? —pregunté, despejándome de inmediato.

—He descubierto lo que le pasó a los colmillos después de que cayeran en manos de Mylarrr.

— ¡Excelente! —La computadora no emitió ninguna respuesta—. ¿Bien? —demandé.

—He de señalar que la Wilford Braxton abrirá en dos minutos y siete segundos —replicó la computadora—, y no podré relatarle la siguiente fase de su historia en tan breve período de tiempo.

—Entonces, empezaré a trabajar un poco más tarde.

—Estoy programada para ayudarle a buscar el marfil sólo durante el tiempo en que usted no se encuentra empleado de forma activa por la Wilford Braxton.

—Siempre tomo un descanso a media mañana —anuncié—. Hoy lo tomaré en el momento en que abra la firma. ¿Te satisface eso?

—He de realizar un juicio de valor —explicó la computadora. Resplandeció con un rojo fantasmal durante un instante; luego, volvió a la normalidad—. Sí, me satisface.

Me incliné hacia delante con ansiedad, mientras la computadora me revelaba otro paso de la notable odisea del marfil.

4

El Ladrón
(5730 E.G.)

Era muy temprano mientras descendía por el acantilado hacia el Valle del Rift; el Lago Bogoria se hallaba oculto por capas de vapor y niebla. Bebí profundamente, sin prestarle atención a la pareja de búfalos que me observaron con expresión torva.

De vez en cuando anhelaba poder recibir a algunos askaris *—búfalos jóvenes que acababan de ser echados de su manada—, con el fin de enseñarles todos mis conocimientos, ya que ésa es la forma en la que transmitimos la acumulación de sabiduría de una vida entera, generación tras generación, pero, a pesar de que muchos me veían, ninguno se atrevía a acercarse a mi, tan enorme y terrible era yo.*

Aunque mi estómago estaba lleno y el lago se encontraba cerca, seguía poseído por el deseo de continuar, de seguir el circuito que había establecido tantas décadas atrás. A medida que aleteaba mis orejas para enfriar mi sangre, mil pájaros salieron graznando y chillando de los matorrales cercanos. Los observé durante un momento; luego, centré la mirada una vez más en el sur.

Tahití Benoit se sirvió un brandy alfardiano; después, se sentó en su sillón y examinó el holograma de dos enormes colmillos que colgaban, suspendidos en el espacio y el tiempo, sobre su computadora.

—Trescientos sesenta grados, por favor —ordenó, y la imagen giró despacio—. Vuelve a darme el peso.

—Ciento quince kilos y ciento diez kilos la primera vez que fueron subastados en 1898 A.D., ciento diez y ciento cinco kilos cuando fueron pesados de forma oficial en 1932 A.D. Cuatrocientos ochenta y siete, punto veintidós y cuatrocientos cincuenta y nueve, punto cuarenta y ocho kilos Galácticos Estándar al ser pesados antes de su estabilización molecular en el 3218 E.G.

Ella se quedó mirando los colmillos; luego, bebió otro sorbo de brandy.

—Muéstrame a su propietario.

Los colmillos se desvanecieron y fueron reemplazados por la imagen de un Volador Nocturno delgado y nervudo.

—Éste es Meglannn —anunció la computadora—. Declara ser el Primer Ministro de Winox IV, elegido por el pueblo, pero, de hecho, era un oficial militar menor que usurpó el poder hace once años Estándar.

—Once años —musitó ella—. ¿Ha habido algún intento por derrocarlo?

—Tres. Todos infructuosos.

— ¿Qué les sucedió a los que lo intentaron?

—Fueron ejecutados.

— ¿Qué protección tiene?

—Posee una guardia personal de cincuenta y siete Voladores Nocturnos, que trabajan en turnos a lo largo de todo el día. Jamás está en compañía de menos de nueve guardaespaldas, ni siquiera en su propia morada.

— ¿Dónde guarda los colmillos?

—Se hallan expuestos en el Edificio de Arbitraje Gubernamental.

— ¿Qué es eso... alguna especie de museo?

—Es el centro de la burocracia de Winox IV.

— ¿Supongo que también se encuentran bajo constante vigilancia?

—El edificio está bajo constante vigilancia. No poseo ninguna información acerca de los colmillos.

— ¿Contrata alguna vez el Edificio de Arbitraje Gubernamental ayuda humana?

—Comprobando... jamás.

— ¿Mantienen algún programa de intercambio con la Oligarquía?

—No.

Se calló durante un momento.

—De acuerdo. Ahora muéstrame al equipo de restauración que han llamado para reparar la grieta en el colmillo más largo. —Un grupo de alienígenas, todos muy altos, muy azules y muy lampiños aparecieron sobre la computadora—. ¿Nunca utilizan a hombres en el equipo? —preguntó.

—Nunca —replicó la computadora.

— ¿Quién está al mando?

El equipo desapareció, y fue reemplazado por el holograma de una hembra alta y de un azul más claro.

—Ésta es Tsavos Tvisir, de ciento seis años Galácticos Estándar. Posee los títulos de Restauradora de Artefactos por las universidades de Lodin XI y Canfor VI, y ha sido una mujer de negocios independiente durante más de sesenta años.

— ¿Es propietaria de su nave?

—Sí —respondió la computadora.

—Muy bien —dijo Tahití—. De momento, no hemos encontrado ningún punto débil. Sigamos intentándolo. ¿Quién es el embajador de la Oligarquía en Winox IV?

La alienígena desapareció y fue reemplazada por un macho humano de edad media y un poco cargado en kilos.

—Éste es Ambrose Seaton, cuarenta y siete años, antiguo embajador en Golden, antiguo edecán del almirante Isaac Kindlemeir.

— ¿Golden? —repitió ella—. ¿No es uno de los mundos mercantiles importantes de la Frontera Interior?

—Así es.

—Y el sistema Winox ni siquiera es miembro de la Oligarquía —musitó—. Ese destino no se puede llamar un ascenso. —Observó con gesto pensativo la imagen—. ¿Por qué abandonó el servicio de Kindlemeier?

—Es información clasificada. No puedo acceder a ella.

— ¿Su traslado aquí podría considerarse un descenso de rango?

—En términos de paga, no.

— ¿Y en términos de poder y autoridad?

—Sí.

Se permitió el lujo de una sonrisa fugaz.

—Creo que hemos encontrado nuestro eslabón más débil. Computadora, entra en modo subjetivo.

—Hecho.

—Proporcióname un análisis subjetivo de la personalidad de Ambrose Seaton.

—Es un funcionario público culto pero de poca imaginación, completamente leal a la Oligarquía. De los constantes mensajes que envía a Deluros VIII pidiendo instrucciones de protocolo, he de asumir que es muy inseguro y, probablemente, carece de las características humanas de la confianza en sí mismo, la intuición y la imaginación que son tan vitales para un embajador con un destino en el Borde Galáctico, donde, con mucha frecuencia, las decisiones han de tomarse sin la aprobación de la Oligarquía.

— ¿Exactamente, qué fue lo que hizo que le costó sus dos últimos destinos?

—Es información clasificada.

— ¿Es feliz en su puesto actual?

—Por dos veces ha solicitado un traslado a los mundos oligárquicos, por lo que he de inferir que no es feliz en su puesto actual.

—Mejor y mejor —comentó Tahití—. Cancela el modo subjetivo.

—Cancelado.

—Imagino que sabes por qué te formulo estas preguntas, ¿verdad?

—Ha sido contratada por un coleccionista llamado Leeyo Nelion para robar los colmillos de los Voladores Nocturnos en Winox IV.

—Me ha ofrecido un trabajo —corrigió ella—. Todavía no lo he aceptado —hizo una pausa—. Muéstrame una vez más los colmillos. —Los marfiles aparecieron al instante—. ¿Qué valor tienen en el mercado abierto?

—El marfil ya no se usa en ningún proceso comercial o artístico —replicó la computadora—. Por lo tanto, sólo tiene valor para los coleccionistas y los museos, y dicho valor depende por completo en lo que un coleccionista privado o un museo estén dispuestos a pagar por él. La última transacción comercial fue por cuatrocientos veinticinco créditos por kilo Estándar, en el 5409 E.G.; desde entonces, dos pares de colmillos han sido donados, sin compensación alguna, a unos museos.

—De acuerdo —dijo ella—. Repasemos de nuevo los detalles.

—Esperando...

—Nelion lleva buscando el marfil durante años sin éxito. Un día averigua, a través de fuentes privadas, que los Voladores Nocturnos han llamado a un equipo de restauración para que arreglen un colmillo que tiene una nueva grieta en su superficie. Realiza la investigación necesaria y determina que el colmillo pertenece a la pareja que él ha estado buscando. —Se detuvo—. Suena bastante razonable.

— ¿Tiene algún motivo para dudar de su historia? —preguntó la computadora.

—El mejor de todos: mi supervivencia. Antes de comprometerme en la operación, quiero cerciorarme de que su propuesta es lo que parece ser. Después de todo, no es él quien se arriesga a ir a la cárcel si las cosas salen mal. —De nuevo hizo una pausa—. Si me está mintiendo, no veo cómo se beneficiará; no podrá tomar posesión del marfil hasta que yo me encuentre a salvo fuera del planeta. —Miró detenidamente el marfil—. Debe desear los colmillos con mucha intensidad; ofrece una cantidad enorme de dinero por ellos.

Bebió un poco de brandy, creando y descartando varios escenarios hasta que, finalmente, llegó al que le gustó. Lo analizó, decidió que funcionaría y se puso a trabajar en los detalles. Una hora más tarde, activó otra vez la computadora.

—Envíale un mensaje al señor Nelion —ordenó—. Díle que acepto sus términos. Tan pronto como mi banco en Binder X confirme que la primera mitad del dinero ha sido depositada en mi cuenta numerada, llevaré a cabo mi parte del contrato.

Tahití, vestida con unas ropas de negocios de corte formal y de color gris, entró en el pequeño y austero despacho del embajador Seaton y, de inmediato, se sentó ante su escritorio. Las paredes de paneles de madera se hallaban cubiertas por hologramas de Seaton en compañía de hombres y de alienígenas importantes, todos sonriéndole a la cámara.

Seaton, con un uniforme militar, lleno de una muestra impresionante de relucientes medallas, se puso de pie para saludarla. Parecía más alto que la descripción que le había dado la computadora, y ella decidió que debía de llevar alguna especie de realzador de altura en sus lustrosos zapatos. Su pelo brillaba con un atractivo aunque antinatural plateado, y su espeso bigote había sido estirado por completo a base de brillantina.

—Confío en que sepa perdonar el entorno, querida —comentó, señalando el despacho con una mano.

—Parece un decorado bastante elegante —replicó ella.

—Lo es —repuso él—. Sin embargo, lo que uno busca en una embajada no es la elegancia, sino la ostentación. —Arrugó la nariz en señal de disgusto—. Uno debe

impresionar a los nativos o, de lo contrario, es imposible funcionar... no obstante, el gobierno no quiere gastar lo que sería necesario en Winox IV hasta que no se una a la Oligarquía, razón por la que, prácticamente, hace que éste jamás lo haga.

—Ya hemos conseguido antes que ciertos mundos recalcitrantes se sitúen a nuestro amparo —comentó Tahití—. Estoy segura de que volveremos a lograrlo.

—Cierto —acordó él, entrelazando sus dedos carnosos y rosados sobre el escritorio—, pero esos mundos poseían algo que la Oligarquía deseaba... minerales, tierras de cultivo, materiales de fisión, lo que fuere. Winox IV es demasiado pobre y se encuentra demasiado dentro del Borde para que alguien con autoridad en Deluros VIII quiera prestarle atención.

—Pero le han destinado a usted aquí, ¿no es verdad? —indicó ella con admiración.

—Yo soy un diplomático de carrera —replicó él con falsa humildad—. Voy a donde me envíen.

—Está siendo demasiado modesto —protestó ella—. Uno de sus secretarios me comentó que usted sirvió con el almirante Kindlemeier.

—Es verdad —reconoció él—. Un excelente comandante. Francamente, echo de menos nuestras tardes, en las que bebíamos oporto y jugábamos al ajedrez. —Sonrió—. Solía irritarse tanto cuando perdía...

—También ha sido nuestro embajador en Golden —siguió Tahití—. Seguro que la Oligarquía no enviaría a un hombre con sus credenciales a este planeta si no estuviera interesada en Winox IV.

—Es usted una mujer muy perceptiva —aseveró él con una voz llena de satisfacción—. Y, por supuesto, está interesada en Winox. A veces me enfado, no sin justificación, por la lentitud de la burocracia.

—Bueno, yo, por lo menos, estoy impresionada de que un hombre de su rango siga siendo una persona accesible. No sabe cuánto aprecio la audiencia que me ha concedido, embajador Seaton.

—Parte de mi trabajo consiste en ayudar a los visitantes humanos en todo lo que pueda, querida —repuso con suavidad—. ¿Y en qué podría ayudarla a usted, señorita Benoit?

—Por favor, llámeme Tahití.

—De acuerdo... Tahití —corrigió—. ¿Cuánto tiempo planea quedarse en Winox?

—No estoy segura. Tal vez una semana, o dos.

—Según me ha informado mi secretario, usted ha venido a construir una cárcel, ¿no?

Ella sonrió.

—Si ése fuera el caso, me tendría que quedar un año. No, mi trabajo es redactar un estudio viable para la construcción de un centro de detención.

—Sinceramente, no sé a quién detendríamos —dijo Seaton, perplejo—, ya que, más allá del terreno de la embajada, no poseemos una autoridad real en este planeta.

—Hemos establecido un experimento interesante en el Borde —explicó Tahití—. Descubrimos que podemos obtener una máxima seguridad construyendo cárceles para seres de atmósferas de cloro en un mundo de oxígeno, y viceversa. Elimina casi por completo la posibilidad de que un detenido se escape, ya que sería incapaz de respirar en esa atmósfera, fuera de los muros de la prisión —se detuvo—. También tiende a eliminar cualquier miedo que pueda sentir la población local de haber sido sometida a algún peligro por el emplazamiento de una estructura penal cercana.

— ¡Jamás había oído eso! —exclamó Seaton—. ¡Se trata de una idea excelente!

—Gracias —repuso con modestia—. En parte, yo soy la responsable del proyecto.

—Es usted una mujer muy interesante.

—Y usted —replicó ella con una sonrisa— es un diplomático profesional.

Se rió entre dientes.

—Cierto. Pero incluso los diplomáticos no mienten todo el tiempo, querida.

—Entonces, como me ha convencido de su sinceridad, me pregunto si me permite pedirle otro favor.

—Por supuesto.

—Me gustaría realizar un *tour* por la ciudad. ¿Podría usted encargarse de que un miembro de su personal me escoltara?

—Me sentiría feliz de escoltarla yo mismo.

—Oh, de verdad que no es necesario —protestó ella—. Estoy segura de que se encuentra muy ocupado.

—Siempre dispongo de tiempo para dedicarlo a un ser humano —le aseguró—. En especial, para una joven tan adorable y encantadora como usted.

—Muchas gracias.

Él guardó silencio un momento.

—Sin embargo, ha de comprender que no hay mucho que ver. Éste no es el planeta madre de los Voladores Nocturnos. En esencia, se trata de un mundo minero, que le proporciona a su imperio ciertos metales y materiales de fisión que ya han sido agotados en sus otros planetas. Sólo existe esta ciudad, y no se la puede comparar con las de la Oligarquía.

—A pesar de ello, siempre me interesa descubrir los mundos que nunca antes he visitado.

—Entonces, esta tarde será mi invitada —insistió él.

—Gracias, embajador. Se lo agradezco con toda sinceridad.

—Si es así, a cambio podría hacerme un favor.

—Claro. ¿Cuál es?

—Por favor, llámeme Ambrose.

—Será un placer, Ambrose.

— ¡Es verdaderamente espléndido que usted haya venido aquí! —exclamó Seaton—. No tiene idea de lo aburrido que llega a ser hablar sólo con otros diplomáticos y oficiales militares.

—Para decirle la verdad, vacilé un poco en presentarme ante usted el primer día de mi estancia en el planeta.

— ¡Tonterías! —se burló Seaton—. Usted traía cartas de presentación del almirante Nakashima y del embajador Craig. ¿Qué mejores credenciales podría necesitar? —De repente, ella frunció el ceño—. ¿Qué ocurre, querida? —preguntó.

—Se trata de mi carta del embajador Craig —contestó ella—. ¿Podría devolvérmela? Deseaba enviarle una nota personalizada de agradecimiento y me hará falta la dirección de su embajada.

—Por supuesto —afirmó Seaton, poniéndose de pie—. Sin duda se encuentra en su dossier en la antesala. Se la traeré de inmediato.

—No tiene por qué molestarse —protestó ella, incorporándose a medias—. Yo misma puedo ir a cogerla.

—No es ninguna molestia —replicó—. Además, no sabría a qué empleado pedírsela.

—Muchísimas gracias —dijo ella, observando cómo se marchaba del despacho.

En el momento en que la puerta se cerró, Tahití se puso de pie y se acercó rápidamente a la computadora. La estudió brevemente, con eficacia, realizó un ajuste insignificante, casi indetectable, y regresó a su silla veinte segundos antes de que Seaton retornara y le entregara la carta.

—Ahora —dijo—, insisto en que me acompañe a comer; luego, realizaremos el *tour* que desea.

—No quiero seguir ocupándole su tiempo —repuso ella con cierto titubeo—. Puedo almorzar en mi hotel y volver más tarde.

—Tonterías —indicó él con burlona seriedad—. Considérelo una orden oficial.

Ella le sonrió.

—En ese caso...

Noventa minutos después, aislados del escaso y seco aire del planeta en el interior del

coche oficial terrestre de la embajada, que era conducido por un chófer, recorrieron con cautela las calles demencialmente sinuosas de la ciudad, evitando los postes donde se encaramaban por miles los Voladores Nocturnos, al tiempo que pasaban al lado de los domicilios con forma de aguja que parecían albergar a más residentes en el exterior que dentro.

— ¡Fascinante! —exclamó Tahití—. ¿Todos los edificios están levantados así sobre el suelo en ángulos tan pronunciados?

—La mayoría —respondió Seaton—. Los Voladores Nocturnos se sienten definitivamente incómodos estando erguidos. Les encanta sujetarse o colgar de cosas... cuanto más precaria sea la posición, mejor.

—Y veo que no tienen ninguna iluminación en las calles. ¿Son seres nocturnos?

—No lo sé. Por lo que me han informado, nadie los ha visto dormir nunca. Hace unos meses vino un exobiólogo para estudiarlos; llegó a la conclusión de que recargan sus energías cuando penden boca abajo, que sus reacciones musculares son de tal forma que sólo entonces se encuentran totalmente relajados. —Se detuvo—. Yo lo dudo.

— ¿Oh? ¿Por qué?

—Porque yo estaba presente cuando se firmó el tratado de comercio entre Winox IV y Roosevelt III, y Meglannn, es el Primer Ministro, colgó boca abajo durante toda la ceremonia y, aun así, consiguió exigir que se realizaran cinco o seis modificaciones en su redacción.

—He oído hablar de Meglannn —comentó ella—. ¿Cómo es?

—Frío y despiadado como sólo un alienígena podría serlo —repuso Seaton—. Me siento incómodo cuando me encuentro en el mismo cuarto que él... aunque, por supuesto, no lo dejo entrever. No sería nada positivo permitir que uno de ellos creyera que tiene ventaja sobre ti —se calló un instante—. No tengo ni idea de la razón por la que eligió vivir en Winox en vez de otro de los planetas más habitados de los Voladores Nocturnos.

—Quizá teme que le asesinen —sugirió Tahití.

—Quizá —aceptó Seaton—. Pero, lo más probable, es que prefiera el clima, o las amenidades... sean las que fueren. Debe recordar que los alienígenas no son las criaturas más lógicas... y, en ocasiones, pueden resultar bastante agresivos. Mi estimación es que Meglannn aniquiló a una décima parte de la población de los Voladores Nocturnos cuando subió al poder... y desde que se apoderó de los colmillos, se ha mostrado incluso más dispuesto al riesgo de las confrontaciones.

— ¿Colmillos? —inquirió con inocencia—. ¿Qué colmillos?

—Los colmillos de un elefante.

— ¿De la Tierra?

—Es ridículo, lo sé, pero los Voladores Nocturnos han sido sus propietarios durante siglos, y, según la tradición, el que los posea es inmortal e invencible.

— ¿El hecho de que Meglannn se los haya arrebatado a su dueño anterior no tiende a cancelar esa idea?

Sonrió.

—Para mí, sí. Me niego a especular acerca de los caprichos de una mente alienígena.

— ¿No es ése su trabajo?

—El trabajo de cualquier embajador planetario aquí en el Borde es el de defender el fuerte hasta que se asiente la Oligarquía.

Continuaron su recorrido por la ciudad; de vez en cuando, pasaban al lado de un alienígena que caminaba entre los Voladores Nocturnos. Dieron un breve rodeo para ver las nuevas embajadas de Canfor y Lodin y, al final, se detuvieron delante de una estructura que era mucho más grande que las demás.

— ¿Dónde nos encontramos ahora? —preguntó Tahití mientras las puertas se deslizaban a los costados y los extraños y casi rancios olores alienígenas de la ciudad una vez más invadieron sus fosas nasales.

—En el Edificio de Arbitraje Gubernamental —replicó Seaton, saliendo del coche

terrestre y ayudándola a descender a la acera—. Huele mal, ¿verdad? Aquí es donde los Voladores Nocturnos realizan el único trabajo que se lleva a cabo en este lugar.

Le ordenó al chófer que permaneciera en el coche; luego, la cogió del brazo y la condujo a través de la entrada delantera.

Se encontró en un vestíbulo con siete entradas, cuya altura variaba de uno a otro lado hasta dos metros. Había varias placas en las paredes, cada una escrita en una lengua alienígena, y algunos objetos de arte no figurativo, la mayoría en tonalidades azules y violetas, lo que hizo que ella se preguntara si los Voladores Nocturnos podían ver tanto en el infrarrojo como los humanos. La sala estaba dominada por una estatua de un Volador Nocturno hembra.

—Es Myvesss —explicó Seaton—. Fue uno de sus más grandes señores de la guerra, o eso me han dicho.

— ¿Es una estatua de oro sólido o sólo está chapada en oro? —preguntó Tahití con curiosidad profesional.

—No tengo ni idea —replicó Seaton—. Si lo desea, se lo puedo averiguar.

Sacudió la cabeza.

—No. Sólo era curiosidad.

La llevó por un laberinto de salas con forma irregular, y en cada una había Voladores Nocturnos encaramados sobre las paredes y los techos, hasta que, finalmente, llegaron a una cámara bien iluminada.

— ¡Ah, ya hemos llegado! —exclamó Seaton, girando de inmediato a su izquierda—. En esta pared tenemos lo que vendrían a ser las joyas de la corona, aunque como bien puede observar, son de cuarzo. Sin embargo, algunas son bastante extraordinarias.

—Ésa es la palabra adecuada para describirlas —acordó Tahití, estudiando la exposición—. Veo un par de cosas que bien pasarían por collares y, quizás, ésa de la derecha, podría ser una corona; no obstante, no sé qué función cumplen las demás.

—Me temo que no puedo ayudarla en el asunto.

— ¿Cómo se viste Meglannn para las ceremonias?

—Puede aparecer tanto desnudo como con ropas —respondió con desagrado Seaton—. La única vez que le vi vestido de gala, se pasó casi diez minutos haciendo malabarismos con cinco o seis piedras de ésas... —indicó un número de piezas de cuarzo redondeadas—... luego, se las regaló a un sirviente como si se tratara de baratijas.

— ¿Ese malabarismo tenía algún significado racial o religioso? —preguntó ella.

—De verdad que no lo sé —repuso Seaton con voz aburrida—. Supongo que es posible. —La llevó hasta otra vitrina—. Esto se considera como la culminación del arte religioso de los Voladores Nocturnos.

Había unas cuarenta tallas de madera y de piedra, y cada una se parecía a una puntiaguda criatura submarina, aunque no logró discernir ningún detalle salvo por las protuberancias.

— ¿Se supone que eso representa alguna clase de forma de vida? —preguntó por fin.

—Por así decirlo —contestó él—. Es su deidad.

—Su dios se parece a una esfera con púas.

—Ellos creen que es así —comentó con tono condescendiente.

—Las tallas son bastante primitivas —afirmó ella.

Se encogió de hombros.

—Se considera que éstas son las mejores que la raza ha producido en milenios... lo cual no habla muy bien sobre el gusto en arte de los Voladores Nocturnos.

—Y ésos —dijo ella, girando y señalando dos enormes columnas de marfil— deben de ser los colmillos. —Los observó durante un momento—. ¿Cómo habrán llegado a poseer los Voladores Nocturnos unos colmillos de elefante?

—En realidad, desconozco la historia—respondió Seaton—. Creo que llevan aquí unos doscientos años.

Ella examinó el colmillo más pequeño de cerca; luego, se aproximó al más grande.

— ¿Qué busca? —preguntó él.

—Nunca antes había visto colmillos de elefante —replicó—. Siento curiosidad. —De repente, señaló la base de los colmillos—. Ahí empiezan a agrietarse.

—Sí —acordó él—. Es tan pequeña que me sorprende que la haya localizado.

— ¿Cuándo llegará el equipo de restauración?

— ¿Qué equipo de restauración? —inquinó él rápidamente.

—Supongo que si los colmillos son tan importantes para los Voladores Nocturnos, querrán reparar la grieta... y si todavía no ha sido arreglada, ello indica que no hay ningún Volador Nocturno cualificado para hacerlo; por lo tanto, es más que probable que hayan pedido la ayuda de un equipo de restauración.

— ¿Por qué un equipo? —insistió él—. ¿Por qué no una sola persona?

—No hay ningún motivo para que no sea así —repuso ella, encogiéndose de hombros—. Supongo que bien podría ser un hombre o un alienígena.

Él se inclinó y contempló el colmillo más grande, incapaz todavía de distinguir la insignificante grieta; al rato, se irguió. La observó durante un momento; después, rápidamente, le mostró el resto del edificio y la llevó de vuelta a su hotel.

— ¿Cenamos juntos? —preguntó.

—Me encantaría —repuso ella.

Tahití suspiró cuando otro mensaje codificado procedente de la oficina de Seaton, inadvertidamente, fue canalizado a través de su computadora; éste hablaba de la comida para el contingente humano que había en Winox IV.

—Envíalo a su destino —le ordenó a la computadora por medio del comunicador miniaturizado.

—Hecho.

— ¿Qué le sucede? —musitó mientras se reclinaba contra el mullido sillón que el hotel había suministrado para los huéspedes humanoides (pero no necesariamente humanos) y contemplaba la pared no demasiado limpia de su pequeña habitación—. ¿Es que la pista que le dé ha de ser gigantesca?

—Recibo otro mensaje —anunció la computadora.

Este tenía que ver con dos armas que funcionaban mal.

— ¡Maldición! Si ni siquiera sospecha, puede que sea demasiado estúpido para tener tratos con él.

— ¿Qué hago con el mensaje? —inquirió la computadora.

—Envíalo a su destino.

Permaneció sentada en silencio, mirando con ojos centelleantes el comunicador, durante otros diez minutos, y, mentalmente, comenzó a repasar un cierto número de planes alternativos, ninguno de los cuales le gustó de forma especial.

—Recibo otro mensaje —indicó la computadora—. Lleva el código personal del embajador Seaton.

— ¡Es el que estamos esperando! —exclamó—. ¡Intercéptalo!

—Hecho.

— ¿Qué dice?

—Es una solicitud personal del embajador Seaton a Pietre Kobernykov, el Jefe de Inteligencia de la Oligarquía para este sector.

— ¡Ambrose, te besaría! —exclamó feliz—. ¡Sabía que no podía ser tan estúpido! —se detuvo—. ¿Qué es lo que desea averiguar?

—Solicita su dossier y también le pide a Pietre Kobernykob que realice una comprobación estándar de seguridad con usted. Pide que, si es posible, se le envíe la información en las próximas tres horas.

—De modo que pueda arrestarme durante la cena —comentó, moviendo la cabeza—.

Quiero que respondas, en el código militar corriente, que trabajo directamente para Kobernykov, que mi misión y mi dossier son temas clasificados, pero que el embajador Seaton ha de ofrecerme toda la ayuda que yo requiera de él.

— ¿Cómo lo firmo? —preguntó la computadora.

Lo meditó un momento.

—No utilices ningún nombre; únicamente emplea el número de servicio de Kobernykov.

—He de señalarle que es altamente irregular no firmar un mensaje codificado —apuntó la computadora.

—Lo sé, pero hasta que no sepa si son amigos, desconozco si Kobernykov lo firmaría formal o informalmente. Mándalo con el lema Sólo Para Sus Ojos y etiquétalo Alto Secreto. Por lo menos, de esa forma le añadirá cierta intriga, y un aburrido e insignificante burócrata en un aburrido y pequeño planeta puede llegar a sentirse, por primera vez, como parte activa del juego.

— ¿Qué hago con el mensaje del embajador?

—Destrúyelo.

—Es un vino excelente —comentó Tahití. Bebió otro sorbo y luego depositó la copa sobre la mesa, sonriéndole a Seaton, quien se hallaba sentado frente a ella en el comedor privado de la embajada.

—Importado de Kalimar II.

— ¿Kalimar II? —repitió—. Nunca he oído hablar de ese planeta.

—Es un mundo agrícola, situado en la Frontera Exterior.

—Alguna vez deberé visitarlo —dijo Tahití—. Imagínese cómo podría divertirme —añadió con una sonrisa— visitando sus viñedos mientras evaluaba los emplazamientos para los centros de detención de atmósfera de cloro.

—Jamás los ha visto —comentó Seaton con una mueca irónica.

— ¿Los viñedos?

—Una cárcel de cloro —replicó—. Oh, son una idea excelente y, por lo que yo sé, quizá la Oligarquía ya haya empezado a construirlas... pero usted no tiene nada que ver con ellas, querida, ¿verdad?

—Ya se lo he dicho: es la razón por la que me encuentro en Winox IV.

—Sé lo que me ha dicho.

— ¿Cuál es el problema, Ambrose? —preguntó.

—Usted no es lo que pretende ser, ¿cierto? —indicó Seaton.

—Usted ha visto mis credenciales y mis cartas de presentación.

—Lo sé... pero también he recibido un mensaje de Pietre Kobernykov esta tarde.

— ¡Maldito sea! —restalló con furia—. ¡Le pedí que me dejara llevar este trabajo sola!

—Eso confirma que usted trabaja para Inteligencia —anunció él triunfal.

—Yo no he dicho tal cosa.

—No tiene por qué hacerlo.

Ella estudió su cara durante un largo momento.

—De acuerdo —aceptó al fin—. He venido aquí en una misión muy delicada y potencialmente peligrosa. Ahora que usted ya lo sabe, debe ayudarme a mantener el secreto. Puede que mi vida dependa de ello.

— ¿Su vida? —repitió él, sorprendido.

—Es posible —repuso ella con tono sombrío—. Y ahora, ¿me lo promete?

—Por supuesto —replicó él—. Pero tengo que hacerle una pregunta. Si hay una situación peligrosa desarrollándose aquí, ¿por qué no se me informó de ello? Después de todo, yo soy el embajador.

—Porque me encuentro en una misión que no se halla directamente relacionada con la población humana o la de los Voladores Nocturnos en Winox IV.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Se lo contaré cuando lo considere necesario —dijo ella, indicándole a un camarero robot que llenara su copa con vino.

—Creo que ya lo sé.

—Lo dudo mucho —contestó Tahití.

—Tiene algo que ver con los colmillos, ¿verdad?

— ¿Qué le hace creer eso?

—Usted tiene sus secretos —dijo con astucia—. Yo tengo los míos.

—Se equivoca —corrigió ella, incómoda.

—No, no es cierto —replicó él con creciente convicción—. No obstante, puede estar segura de que mis labios se encuentran sellados. Lo único que deseo es ayudarla. —Se detuvo un momento—. Su misión sí que está relacionada con los colmillos, ¿verdad? —Ella le observó sin responder—. Vamos, vamos, querida. Si no puede confiar en su propio embajador, ¿en quién puede confiar?

Finalmente, suspiró y asintió.

—Ha acertado.

—Eso pensaba. —Reinó un silencio prolongado—. ¿No tiene nada más que decirme? —inquirió Seaton.

—Intento decidir si puedo confiar en usted —replicó Tahití.

—Los dos estamos del mismo lado —dijo—. La ayudaré en todo lo que sea capaz.

—Eso es lo que me molesta —anunció ella—. Usted ya conoce que mi misión quizá sea peligrosa, y que no concierne de forma directa al contingente humano de Winox IV. ¿Por qué se encuentra tan ansioso de que acepte su ayuda?

Sonrió con ironía.

—Si tenemos éxito, tal vez consiga, por fin, salir de este pequeño y aburrido planeta —hizo una pausa—. He tenido algo de mala suerte en mi carrera —continuó—, pero merezco algo mejor que Winox IV. Necesito un destino acorde con mi capacidad. —De repente, se mostró incómodo—. Me doy cuenta cómo debe sonarle esto, ¡pero he nacido para algo mejor que este planeta! Usted puede ayudarme dejando que yo la ayude.

Ella le estudió durante otro momento.

—De acuerdo —aceptó al fin.

— ¡Excelente!

El camarero robot le trajo otra copa de vino y la depositó con sumo cuidado sobre la mesa. Se tambaleó un poco, y el robot la enderezó antes de que Tahití pudiera cogerla.

—La semana pasada, Inteligencia tuvo noticias de que unos miembros de una raza alienígena, que se harán pasar por el equipo de restauración, intentarán robar los colmillos.

— ¿Por qué molestarse? —preguntó Seaton—. No valen nada. Sólo son un viejo trofeo de caza de la Tierra.

—Quizá, pero Meglannn cree en ellos, igual que sus seguidores. Si los alienígenas los roban, podrán solicitar un rescate enorme.

—Meglannn es un bárbaro —dijo Seaton—. ¿Por qué la Oligarquía se preocupa de lo que les suceda a los colmillos?

—Bárbaro o no, es el líder de los Voladores Nocturnos, y nosotros hemos intentado, sin éxito alguno, durante más de cinco siglos que se unan a la Oligarquía. Si con nuestra acción logramos impedir el robo, ello quizá nos proporcione la influencia que nos hace falta.

—Entonces, prepararé una cita para mañana con él —indicó Seaton—. El equipo de restauración no llegará hasta dentro de una semana. Tenemos tiempo suficiente para advertírselo.

—No —repuso Tahití con firmeza.

— ¿Por qué no?

—Queremos preparar todo esto de modo que seamos nosotros quienes los cojamos en el acto. Si las tropas de Meglannn salvan los colmillos, tal vez no se sienta demasiado

predispuesto a responder a las llamadas de la Oligarquía... además, si tan sólo los asustamos, atacarán en otro momento y nuestros planes no habrán servido para nada.

—Pero, ¿cómo propone usted detenerlos? —preguntó Seaton—. Dispongo de un personal total de treinta y seis militares y cincuenta y tres civiles trabajando para mí. No estamos preparados para una batalla abierta.

—Tenemos a Winox IV bajo vigilancia. Tan pronto como le informe a mi gente que los colmillos han sido robados, caeremos sobre los ladrones.

— ¿Y si los alienígenas, a pesar de ello, consiguen escapar? Si alcanzan la velocidad de la luz antes de que pueda detenerlos, habrán desaparecido. ¿Y si su nave queda destruida con los dichosos colmillos dentro?

Tahití sonrió.

—En mi nave hay un duplicado de los colmillos, idénticos en casi todos los aspectos, hasta en la pequeña grieta que tiene en la base. Mi trabajo es reemplazar los colmillos verdaderos con los falsos; luego, alertar a nuestras naves en el momento en que los duplicados sean robados.

—Ya veo —dijo Seaton, pensativo—. Mientras tanto, ¿qué hará con los colmillos reales?

—Tendré que encontrar un lugar seguro donde guardarlos —respondió—. Ahí es donde quizá pueda serme de utilidad su ayuda.

—No dispongo de ningún sitio donde ocultarlos —anunció Seaton—. Los Voladores Nocturnos siempre han dispuesto de acceso completo a la embajada. Sospecharían si, de repente, se lo negáramos —hizo una pausa—. ¿No puede una de nuestras naves guardarlos durante una semana?

—No —repuso ella, agitando la cabeza.

— ¿Por qué no?

—Primero, porque no deseamos que nadie descubra que nuestras naves se hallan en las proximidades. Y, lo que es más importante, porque los Voladores Nocturnos jamás lo permitirían. Ellos creen que nosotros somos el enemigo.

—Entonces, ¿qué pretende hacer? —preguntó.

Se encogió de hombros.

—No estoy segura... pero dispongo de cinco días para averiguarlo —se detuvo; luego, añadió con ironía—: Tal vez tenga que robar los verdaderos colmillos con el fin de facilitar que los alienígenas roben los falsos.

—Un concepto fascinante —dijo él.

—Uno peligroso —señaló ella con seriedad—. Si me atraparan, sería ejecutada de forma sumaria por los Voladores Nocturnos, y usted se encontraría incapacitado para ayudarme.

—Sí, ya veo —acordó él, frunciendo el ceño—. ¿Qué haría con ellos si consiguiera robarlos?

—Había planeado guardarlos en la embajada durante esa semana.

—Ya se lo he dicho... la embajada no es segura.

—Entonces, tendría que pensar en otra cosa.

— ¿Y su nave?

—No dispongo de la autoridad para sacarlos del planeta.

—Eso no resultaría ningún problema —afirmó Seaton—. Obtenga el permiso de Kobernykov.

Ella negó con la cabeza.

—No estoy autorizada a entablar contacto con él hasta que la misión haya concluido. No sabemos lo sofisticados que son los aparatos descodificadores de los alienígenas. —Suspiró—. Es una pena. Tengo la certeza de que me daría el permiso si tan sólo pudiera contactar con él.

—Posiblemente, la computadora de la embajada... —sugirió Seaton.

Sacudió la cabeza.

—No podemos arriesgarnos.

Seaton bajó los ojos un momento, concentrado; luego, alzó la vista para mirarla.

—Eso seguiría sin ser un problema. Puede que usted no tenga la autoridad para sacarlos, pero yo sí.

— ¿Está seguro? —inquirió con ciertas dudas.

—En mi capacidad de gobernador, poseo la autoridad para actuar de forma autónoma en el mejor interés de la población planetaria... y, en mi opinión, la protección de los colmillos redundará tanto en el beneficio de los humanos como en el de los Voladores Nocturnos. Yo puedo proporcionarle una autorización escrita para que se los lleve.

— ¡Entonces, haremos eso! —exclamó ella decidida—. ¡Me alegro tanto de haber confiado en usted! Ahora sólo es cuestión de pensar cómo sacar los colmillos del Edificio de Arbitraje Gubernamental y trasladarlos a mi nave.

—Y reemplazarlos por la pareja falsa —añadió Seaton.

— ¿Tiene alguna sugerencia? —preguntó ella.

—Deje que lo piense esta noche, a ver qué se me ocurre.

—Muy bien —dijo Seaton, ordenándole a la computadora que proyectara una imagen—. He aquí una holografía de la planta principal del Edificio de Arbitraje Gubernamental.

— ¿Cómo lo consiguió? —preguntó Tahití, que tenía un plano idéntico en su computadora.

—Yo también tengo mis fuentes, querida —replicó con astucia—. Ahora bien, aquí es donde guardan los colmillos... —señaló una de las cámaras—... y aquí se halla la salida más cercana.

— ¿Cuántos guardias hay?

—En la salida, dos. En el salón, ninguno... por lo menos, no en una guardia regular. Por los corredores, puede haber desde quince a treinta y cinco.

— ¿Y ningún humano trabaja en el edificio?

—Correcto.

Ella estudió los planos, como si fuera la primera vez que los veía.

—Va a resultar difícil —anunció al fin—. Estoy segura de que yo no podré alzarlos, y, aunque pudiera utilizar una nave para trasladarlos a la salida más próxima, sé que me oirían o me verían.

—Supongo que el truco está en hacer que los guardias salgan del edificio —sugirió Seaton.

Tahití exhaló un suspiro de alivio, agradecida de que no fuera ella quien tuviera que proporcionarle cada detalle. Cuanto más pareciera un plan creado por él, más dispuesto se mostraría a llevarlo hasta su finalización.

—Eso, ciertamente, haría que todo fuera más fácil —acordó—. Pero ¿cómo conseguiremos que abandonen sus puestos?

— ¿Con un ataque aéreo? —musitó Seaton—. No, no serviría. No están en guerra con nadie —se detuvo un momento—. Me pregunto si existe la posibilidad de convencerles de que el edificio, en su estructura, no es seguro.

Ella sacudió la cabeza.

—Aún no se ha derrumbado, por lo tanto, seguro que sacarían su contenido antes de marcharse, aunque le creyeran.

—Cierto —corroboró él.

—Además —añadió ella—, no sólo hemos de convencerles de que se vayan, sino que tenemos que hacer que comprendan que yo me encuentro allí de forma justificada.

—Necesitará ayuda.

—No para esta parte del trabajo. Sólo requiero su permiso para sacar los colmillos verdaderos fuera del planeta.

—Querida, usted ya ha aceptado que no podrá alzar los colmillos —dijo Seaton con paciencia—. Creo que deberé enviar a algunos de mis hombres para cerciorarme de que todo salga según lo planeado.

— ¿Cómo podremos justificar la presencia de soldados humanos? —preguntó, con la esperanza de que a él se le ocurriera la respuesta antes de que se viera obligada a dársela.

De repente, Seaton sonrió con expresión de triunfo.

— ¡Lo tengo!

— ¿Qué? —inquirió con entusiasmo.

—En lo que concierne a los Voladores Nocturnos, su especialidad son los entornos de cloro, ¿verdad?

—Así me registré cuando pasé por la aduana —confirmó ella.

— ¡Entonces, ahí está nuestra respuesta! —continuó él con vehemencia—. Les explicaremos que existe una pérdida de cloro y que deberán abandonar el edificio mientras nosotros localizamos la avería y la reparamos.

— ¡Es estupendo, Ambrose! —exclamó ella, y él irradió satisfacción—. Ciertamente, fantástico. ¡Me gusta la idea para que abandonen el edificio!

—Es un buen plan, ¿verdad? —preguntó él con orgullo.

—Es excelente —afirmó ella—. Si alguna vez decide abandonar la diplomacia, le espera una gran carrera en Inteligencia. Ahora, sólo hemos de considerar los detalles —hizo una pausa—. Yo no he venido para trabajar en el mismo Edificio de Arbitraje Gubernamental, de modo que no podemos afirmar que hay una pérdida de cloro sólo allí. —Se quedó pensativa—. Probablemente, lo mejor será que soltemos un poco de cloro en el sistema de alcantarillado; de ese modo, se filtrará a todos los edificios de la zona. Podemos aparecer enfundados en trajes multiambientales y explicarles que se trata de una prueba que se estropeó. Así, no se concentrarán en un edificio en particular. Les diremos que es potencialmente peligroso, pero que casi lo tenemos bajo control y que únicamente estamos comprobando alguna pérdida importante en los alcantarillados principales.

— ¡Me gusta! —exclamó Seaton—. Incluso podremos justificar nuestra presencia en el Edificio de Arbitraje Gubernamental diciendo que, primero, deseamos asegurar la estructura principal, y, luego, pasar a las más pequeñas. ¡La acordonaremos, sustituiremos los colmillos y nos largaremos en cinco minutos!

— ¿Tiene acceso a algo de cloro? —preguntó Tahití.

—Suficiente para nuestros planes —respondió—. La embajada posee dos salas multiambientales. Sacaré el cloro que necesitemos de uno de los sistemas y lo reemplazaré en cuanto termine la crisis.

— ¿Está seguro de que no le colocaré en una posición delicada? —inquirió ella solícita—. Quiero decir, los hombres que roben los colmillos se hallarán bajo sus órdenes directas, no las mías.

—Absolutamente —respondió contento—. De hecho, me está haciendo un favor. En cuanto la Oligarquía averigüe que yo la ayudé, espero que me trasladen a otro planeta.

—Casi se lo puedo garantizar —aseveró Tahití con dulzura.

Cuarto Interludio
(6303 E.G.)

— ¡De modo que logró que el embajador robara para ella los colmillos! —murmuró Hilda, y, súbitamente, fui consciente de su holograma, que flotaba encima del cristal resplandeciente. Se hallaba sentada ante su escritorio, bebiendo una taza de té y mordisqueando un bizcocho.

—Es correcto —replicó la computadora.

—Computadora —dije—, refresca el aire y deja que entre el sol.

—Trabajando... hecho —la pared este de mi despacho se hizo transparente, dejando que entraran los rayos del sol, y la atmósfera viciada del cuarto se desvaneció.

—De acuerdo —comenté—. Por lo menos, sabemos que los colmillos pertenecieron a Leeyo Nelion hace quinientos setenta y tres años.

—Incorrecto.

—No entiendo —dije.

—Nelion murió de *eplasia,* una enfermedad muy rara causada por un virus mutado, mientras Tahití Benoit se hallaba en Winox IV.

—Entonces, ¿qué le sucedió al marfil?

—No poseo datos suficientes para responder a esa pregunta en este momento —repuso la computadora.

—Vamos a emplear otro tipo de aproximación —indiqué con voz tranquila—. ¿Qué le ocurrió a Tahití Benoit cuando se marchó del sistema Winox con los colmillos?

—Llevó a cabo tres robos importantes en los siguientes dos años, después de lo cual no puedo encontrar ningún registro de sus actos o de su paradero.

—Los colmillos para ella no valían nada —continué—. Debió tratar de venderlos en algún momento.

—Parece probable, pero soy incapaz de ratificarlo en este instante.

—Bien, por lo menos ya volvemos a rastrearlos en los registros humanos —dije—. Ha de resultar más fácil que buscarlos en los archivos de los Voladores Nocturnos.

— ¿Te importa si yo formulo una pregunta? —intervino Hilda.

—Para nada —repliqué.

—Computadora, ¿por qué Leeyo Nelion quería los colmillos?

—No poseo datos suficientes para responder a esa pregunta en este momento —repuso la computadora.

— ¿Tiene Leeyo Nelion algo en común con los otros humanos que poseyeron o buscaron la posesión de los colmillos? —continuó ella.

—Trabajando... hecho. Leeyo y Nelion son nombres Maasai.

Hilda se mostró exageradamente satisfecha consigo misma.

— ¿Así que Nelion era un Maasai? —pregunté, nada sorprendido por la noticia.

—Soy incapaz de confirmarlo en este momento —expuso la computadora—. Sólo puedo confirmar que su nombre y apellido son nombres corrientes Maasai.

—Comprueba en el censo del banco de datos de hace quinientos cincuenta años para ver si lo puedes confirmar —ordené.

—Trabajando... hecho. Ahora puedo confirmar que Leeyo Nelion fue un Maasai.

— ¿Por qué no dejamos de encontrarnos con los Maasai siempre que queremos buscar el marfil? —me pregunté en voz alta.

El sol se alzó por encima de un edificio cercano y le pedí a la computadora que volviera a dejar opaca la pared.

—Tengo otra pregunta —anunció Hilda—. Sólo para satisfacer mi curiosidad, ¿qué fue de Ambrose Seaton?

—Fue relevado de todas sus responsabilidades, juzgado por hurto y espionaje, declarado culpable, se le conmutó la pena y pasó el resto de su vida en la oscuridad.

—Pobre hombre —musitó Hilda.

—Fue un estúpido —dije.

— ¿Y qué diferencia marca eso? —devolvió ella—. ¿Reservas tu simpatía sólo para los genios?

—Dejó que una completa desconocida le comprometiera en un acto criminal —comenté.

—Bueno, yo conozco a un hombre que ha dejado que un completo desconocido le convenciera para mentirle a su empresa y para que le pidiera a su Jefe de Seguridad que actuara en complicidad con él. ¿También él es un estúpido?

—Mandaka no me convenció para nada —expliqué con paciencia—. Me contrató para realizar un trabajo. Cómo lo hago, es asunto mío.

—Cómo lo haces, es asunto nuestro —me corrigió—. ¿O te has olvidado de nuestro pequeño acuerdo?

De repente, recordé que no nos encontrábamos solos.

— ¿Por qué mencionas esto delante de la computadora? —demandé—. ¡Lo está grabando todo!

—No sacará ningún juicio de valor a menos que le pidamos que pase a modo subjetivo —replicó con calma—. Y únicamente el Jefe de Seguridad sabrá dónde permanecerá ese registro. Si lo decido, puedo borrarlo.

—Bien —dije—. ¿Cuándo piensas borrarlo?

—Oh, creo que lo guardaré unos cuantos días, hasta que tenga la seguridad de que no me hará falta para que recuperes el buen sentido.

—No he hecho nada incorrecto —insistí con terquedad—. Sólo hago aquello por lo que me han pagado.

—Un hombre que no existe.

—Su dinero existe, el marfil existe —repuse—. Eso es lo único que me preocupa.

—Bien, pero no es lo único que me preocupa a mí —dijo Hilda—. Te quedan tres días, menos unas dos horas, para encontrar la solución.

—Me quedan tres días; pero, si no he logrado descubrir los colmillos por entonces, prometiste renegociarlo —le recordé.

—Dije que tomaría en consideración ampliarte el tiempo —me corrigió ella—. No vayas por ahí poniendo promesas en mi boca, Duncan.

Cortó la conexión y yo me pasé la hora siguiente certificando un Gusano Tonto de la Frontera Interior. Pedí que me subieran el almuerzo a la oficina, comí rápida y silenciosamente, y, luego, comencé a estudiar una recusación a uno de mis arbitrajes por parte de un guía descontento, cuyo Búho Demonio capturado para su cliente no había recibido cualificación para aparecer en las listas.

—Duncan Rojas, tiene una llamada —anunció la computadora.

—Pásasela a otra persona —comenté—. Estoy ocupado.

—No puedo.

— ¿Oh? ¿Por qué?

—Porque es de Bukoba Mandaka, que mantiene tratos sólo con usted y no con la empresa Wilford Braxton. Mi programa me impulsa a...

— ¡Olvídalo! —exclamé—. ¡Pásamela!

— ¿Verbal o visual?

—Visual.

Un instante después, la cara de Bukoba Mandaka apareció encima del cristal brillante.

— ¿Señor Rojas? Le llamo para averiguar qué avances ha conseguido.

—He logrado rastrear los colmillos a seis siglos del presente —repliqué—. Tienen una historia bastante fascinante.

— ¿Cuándo puedo esperar saber dónde se encuentran ahora? —demandó, sin mostrar interés alguno en mi último comentario.

—Es difícil de decir —respondí—. Posiblemente, en dos o tres días; con seguridad, no más de una semana Estándar.

Asintió en señal de aprobación.

—Es satisfactorio.

—Mientras tanto, señor Mandaka, apreciaría si pudiera hablar con usted.

—Estamos hablando ahora mismo —dijo.

—Pero mi tiempo no es mío en este instante —señalé—. ¿Podríamos encontrarnos en algún sitio para cenar juntos?

— ¿Es necesario?

—Quizá resulte muy útil para mí.

Meditó la proposición durante un momento; luego, hizo un gesto de aceptación.

De repente, la imagen de Hilda apareció justo encima de la de Mandaka, indicándome en silencio que quería acompañarme.

— ¿Conoce el restaurante Días Antiguos? —inquirió Mandaka.

—He oído hablar de él —repuse, mientras los gestos de Hilda se hicieron urgentes—, pero nunca he ido allí.

—La dirección viene en la guía —dijo Mandaka—. Estaré a las ocho de la noche.

— ¿Puedo llevar a una amiga?

—Preferiría que no lo hiciera.

—Trabaja para la Braxton y conoce mi investigación.

—Yo sólo le estoy pagando a usted; sólo hablaré con usted.

— ¿Está seguro? —pregunté.

—Ésas son mis condiciones.

—Muy bien, señor Mandaka —comenté, encogiéndome de hombros y enviándole una sonrisa casi de disculpas al holograma de Hilda—. Iré solo.

—A las ocho en punto, señor Rojas —repitió, y cortó.

—Duncan —dijo Hilda con aspereza—. ¡Creí que teníamos un acuerdo!

— ¿Qué podía hacer? —pregunté—. Ya le has oído.

—No has insistido demasiado.

—Temí que cancelara la cita.

—No lo olvidaré si no has encontrado los colmillos en tres días —prometió.

—No me cabe la menor duda —afirmé con tono sombrío.

—Y también espero un informe completo de lo que hayas hablado cuando regrese esta noche del teatro.

— ¿Esta noche? —me quejé—. ¿Qué te parece mañana a primera hora?

—He dicho esta noche —repitió con firmeza mientras su imagen desaparecía de vista.

Llegué con diez minutos de antelación, temeroso de que Mandaka no esperara si me retrasaba un solo minuto. La dirección que aparecía en la guía estaba en una parte rica de la ciudad, pero, cuando la acera deslizante finalmente me dejó allí, únicamente vi un gran edificio de oficinas, sus paredes de cristal reflejando de manera cegadora el sol poniente.

Caminé hasta un portero vestido con uniforme elegante y le dije que buscaba el restaurante Días Antiguos. Sonrió y me escoltó hacia una puerta estrecha que había justo a la izquierda de la entrada principal, esperó a que le diera la propina y, después, manipuló un pequeño aparato que llevaba en la muñeca. La puerta se dilató, entré a un colchón de aire, y un momento más tarde descendía flotando suavemente quince metros, donde un *maítre* impecablemente vestido salió a mi encuentro, registró mi nombre y me informó que una mesa había sido reservada para mí, llevándome hasta ella.

Tuve la clara impresión de que había entrado en un segmento de la historia humana, porque en vez de las limitadas paredes de un restaurante vi unos interminables campos cultivados a orillas de un río inmenso. Una enorme esfinge de piedra se cernía sobre mí y, en la distancia, pude discernir un número de esclavos empujando unos bloques de piedra pendiente arriba de una pirámide a medio terminar.

— ¿Es ésta la primera vez que viene aquí, señor? —preguntó el *maítre,* esperando con educación a que terminara de observar mi entorno y decidiera reanudar la marcha hacia mi mesa.

—Sí.

—Esta semana mostramos panoramas de las dinastías egipcias —explicó—. Trabajamos en conjunto con varias sociedades arqueológicas e históricas, y nos enorgullecemos de la exactitud de nuestras exhibiciones.

— ¿Ha dicho esta semana? —repliqué.

Asintió.

—Cambiamos el tema de exposición cada diez días. En la última, por ejemplo, mostramos la vida prehistórica del último período del cretáceo, y dentro de ocho días presentaremos escenas de la conquista del oeste americano.

—Fascinante —repuse con sinceridad, contemplando el espectáculo que se representaba ante mí—. ¿Cuántos proyectores holográficos hacen falta para crear un efecto semejante?

—Más de trescientos —respondió.

— ¿Y cuántas edades distintas presentan ustedes a lo largo de un año?

—En este momento, tenemos treinta y siete en nuestra biblioteca, pero el número no deja de crecer. Esperamos disponer de una presentación que cubra la completa deriva continental de la Tierra a fines de año.

—Si la comida es la mitad de buena que la muestra, regresaré —prometí.

—Estamos bastante orgullosos de nuestra cocina, señor Rojas —dijo el *maítre*—. Las representaciones más perfectas de la galaxia no mantendrían a un restaurante si la comida no estuviera a su altura. A pesar del hecho de que nuestra reputación se extiende por todo el grupo estelar y nos trae a muchos turistas y a amantes de las curiosidades, el conjunto de nuestros comensales lo forman clientes asiduos.

— ¿El señor Mandaka es uno de ellos? —pregunté.

—Oh, sí. Siente pasión por nuestras representaciones africanas.

Finalmente, llegamos a la mesa, que no sólo alardeaba de un menú con una cubierta de piel, escrito en una resplandeciente caligrafía azul, sino de un pequeño folleto que explicaba la escena representada a mi alrededor. Los menús impresos eran raros y los folletos de cualquier tipo más raros aún; abrí el menú con el fin de averiguar cuánto se esperaba que un cliente pagara para financiar esta combinación de experiencia visual y gustatoria. No había ningún precio marcado, lo que significaba que era muy caro.

Ahora que me hallaba sentado, volví a examinar mi entorno con más detenimiento. El salón en sí era bastante grande, en el que fácilmente se podrían acomodar a trescientos comensales, mientras que una barra lustrosa que recorría una pared aceptaba a otros cuarenta. Un establecimiento más recargado, quizás habría elegido vestir al personal como antiguos egipcios, pero los camareros de Días Antiguos lucían unos uniformes inmaculados y formales. Resultaba prácticamente imposible distinguir dónde terminaba el salón y comenzaban las imágenes holográficas, ya que las proyecciones eran mucho más sofisticadas que las que me proporcionaba mi computadora. Mientras estaba sentado, casi podía sentir el duro sol egipcio cayendo con fuerza sobre mi cabeza y el aroma del sándalo y del incienso que los *dhow* de madera traían Nilo arriba.

Mientras la escena cambiaba a la creación del Templo de Karnack, un hombre grande, con un conservador traje de color gris, de repente se sentó enfrente de mí, y me vi observando a Bukoba Mandaka.

—Buenas noches, señor Rojas.

—Buenas noches —respondí.

— ¿Ha realizado algún avance desde la última vez que hablamos?

Sacudí la cabeza.

—Únicamente puedo usar la computadora después del horario de trabajo, señor Mandaka.

—Bien, señor Rojas —comentó mirándome a los ojos, y me di cuenta de que era más grande y musculoso de lo que recordaba—, ¿qué le movió a solicitar este encuentro?

—Tengo unas cuantas preguntas que formularle —repliqué.

—Entonces, formúlelas. Debo obtener los colmillos del Elefante del Kilimanjaro. Le proporcionaré cualquier información que le ayude en su búsqueda.

—Ésa es mi primera pregunta —dije—. ¿Por qué tiene que obtener el marfil? Usted ha mencionado su disposición a pagar un precio que excede en mucho su valor.

—Para mí lo vale.

— ¿Por qué?

Se detuvo durante un momento, como si estuviera meditando la respuesta, y, luego, contestó:

—No veo que la respuesta a esa pregunta le ayude a localizar el marfil.

— ¿Se niega a contestarla?

—De momento, señor Rojas —replicó Mandaka.

En ese instante, un camarero se acercó para saber qué íbamos a beber; Mandaka pidió un vaso de leche.

— ¿Leche? —repetí, sorprendido.

—Es la bebida tradicional de mi pueblo —señaló—. En los viejos días, la mezclábamos con la sangre de nuestro ganado.

Yo pedí un brandy alfardiano y el camarero se marchó, mirando de reojo a Mandaka como si esperara que se quitara las ropas y se pusiera a bailar sobre la mesa al instante siguiente.

—Continúe —dijo Mandaka cuando el camarero, finalmente, se dirigió al bar.

— ¿Perdón?

—Su próxima pregunta, señor Rojas.

— ¿Por qué los Maasai sienten que tienen un interés tan arraigado sobre los colmillos?

— ¿Qué le hace pensar eso? —inquirió Mandaka, sin negarlo.

—A medida que rastreo los colmillos a través de la galaxia, no dejo de encontrarme con miembros de los Maasai... Maasai Laibon, Tembo Laibon, Leeyo Nelion, usted.

—Leeyo Nelion jamás poseyó los colmillos —repuso con un tono de absoluta convicción.

—Sin embargo, estuvo muy cerca de tenerlos —indiqué.

— ¿Oh? —comentó Mandaka, adelantándose con ansiedad.

Asentí.

—Contrató a una ladrona llamada Tahití Benoit para que se los robara a una raza conocida como los Voladores Nocturnos. Tuvo éxito en su misión, pero Nelion murió antes de que ella pudiera entregárselos. Eso sucedió hace quinientos setenta y tres años.

— ¿Qué fue de ellos?

—La computadora trabaja en el asunto ahora mismo —expliqué. Hice una pausa y le miré—. ¿Cómo sabe usted que Nelion jamás recibió el marfil?

—Yo también poseo mis propias fuentes de información.

—Me facilitaría mucho el trabajo si las compartiera conmigo —sugerí.

Sacudió la cabeza.

—Mi información es negativa por completo, señor Rojas. Sólo sé qué Maasai poseyó el marfil, y en qué momento perdimos dicha posesión.

—Se refiere a Tembo Laibon, por supuesto.

—Correcto.

— ¿No niega que los Maasai pasaron tres mil años intentando recuperar los colmillos?

Su rostro permaneció impasible.

—La siguiente pregunta.

—Me lo está haciendo muy difícil, señor Mandaka —dije.

—Estoy haciendo que sea muy lucrativo para usted, señor Rojas —contestó—, y, según mi consideración, no creo que a usted le haga falta conocer esa respuesta.

—Lo averiguaré con o sin su ayuda—anuncié.

Me observó un largo rato sin pronunciar una palabra, y, de repente, me sentí muy incómodo.

—No le hará ningún bien, señor Rojas —dijo, y su voz sonó menos amenazadora de lo que yo había anticipado—, porque aunque descubra la respuesta, no se la creerá.

—En cuanto tenga ante mí los hechos, los aceptaré —le aseguré.

Sonrió con ironía.

—Los hechos, a menudo, son los enemigos de la verdad.

Justo en ese instante regresó el camarero, trayendo la leche de Mandaka y mi brandy; entonces, los dos pedimos la cena. Yo elegí unos mariscos mutados acompañados de una salsa de vino; Mandaka ordenó un bistec sin guarnición, muy poco hecho.

— ¿Tiene más preguntas, señor Rojas?

—Sí —repuse—, pero si no ha contestado las que le he formulado, dudo que responda a las otras.

—Tal vez no —acordó—; sin embargo, mientras estemos aquí, bien puede plantearlas.

—Muy bien —acepté—. ¿Quién es usted?

Me miró directamente a los ojos.

—Usted ya sabe quién soy.

—Yo sí, pero la Oligarquía no.

—Soy Bukoba Mandaka, y soy el último miembro de los Maasai.

—Entonces, ¿por qué no puedo localizar ningún registro de usted?

Hizo una pausa antes de contestar.

—Quizá porque siento una gran pasión por la intimidad.

—Muchos hombres sienten pasión por la intimidad —indiqué—. Usted es el único al que yo conozco cuya existencia no puede ser probada.

—Puede ser probada —replicó—, si sabe dónde buscar.

— ¿Dónde?

—Creo que nos estamos alejando del tema, señor Rojas —señaló, bebiéndose el vaso de leche—. Nada de esto tiene algo que ver con el marfil —se detuvo un instante—. De repente, parece nervioso, señor Rojas.

—Lo estoy —reconocí—. Se me acaba de ocurrir que, quizás, haya hecho una pregunta peligrosa.

—Entonces, ¿por qué la ha formulado?

—Porque quiero saberlo.

— ¿Al igual que quiere saber por qué los Maasai sienten tanta obsesión por los colmillos del Elefante del Kilimanjaro? —Asentí. Súbitamente, sonrió con expresión de satisfacción—. Elegí al hombre adecuado para el trabajo, señor Rojas —declaró—. El paradero del marfil le corroerá hasta que lo localice.

— ¿Y las otras preguntas?

—Cuando haya encontrado el marfil, tal vez le diga algunas de las cosas que desea saber.

—Quizá no le comunique dónde está hasta que me revele lo que quiero saber —comenté.

Entrecerró los ojos y adelantó el torso, hablando con voz suave.

—Ahora sí que ha dicho algo peligroso, señor Rojas —afirmó, articulando cada palabra—. El asesinato es el menor de los crímenes que cometeré para tener los colmillos.

—Pero, ¿por qué? —pregunté, mi curiosidad por encima de la aprensión que sentía.

—Los necesito.

— ¿Para qué? —insistí—. ¿Qué podrá hacer con ellos? Existen otros colmillos que se exhiben en diversos museos y colecciones. ¿Por qué únicamente le bastan los colmillos del Elefante del Kilimanjaro? —me detuve—. Si está dispuesto a matar por ellos, ¿por qué no está dispuesto a matar por una escultura de Morita o el Diamante Blasingame?

—Son baratijas sin sentido —repuso con desprecio—. Debo obtener ese marfil.

—De nuevo: ¿por qué?

Me observó fijamente durante un largo rato.

—Porque así fue decretado hace muchos milenios.

— ¿Decretado? —repetí—. ¿Dónde? ¿Por quién?

—Creo que ya ha formulado las preguntas suficientes, señor Rojas.

—Entonces, déme algunas respuestas —continué—. Si ese marfil es tan valioso para los

Maasai, ¿por qué Tembo Laibon lo jugó en una apuesta?

— ¡Porque era un estúpido! —restalló Mandaka, los ojos brillantes de pasión—. ¡Él sabía lo que había que hacer y no tuvo el coraje de hacerlo!

— ¿Qué hay que hacer?

Mandaka miraba sus puños cerrados con tanta concentración que ni siquiera escuchó mi pregunta. Aguardé a que se relajara con el fin de repetírsela, pero, en ese instante, desde alguna parte, escuché el sonido de un tambor amplificado, y, de repente, un hombre anciano, con una larga y blanca barba y una túnica multicolor, comenzó a atravesar el salón, con un báculo de madera nudosa en la mano.

—Moisés —dijo Mandaka, dirigiendo mi atención al anciano mientras cambiaba su bastón en una serpiente y, luego, de nuevo en un bastón.

—Es muy bueno —comenté cuando empezó a recrear las proezas mágicas de su contrapartida bíblica—. Siempre me han gustado los magos.

—Siempre le han gustado los ilusionistas —me corrigió Mandaka.

— ¿Qué diferencia hay?

Volvió a mirarme.

—No le gustarían los magos, señor Rojas.

— ¿Ha conocido alguna vez a uno?

—No, jamás —replicó cuando Moisés musitó un encantamiento y el agua de unas copas cercanas se tornó en sangre para volver, luego, de nuevo a su condición de agua.

—Entonces, ¿qué le hace estar tan seguro de que no me gustarían? —pregunté por encima del aplauso de los clientes.

—Mi pueblo tenía magos, doctores-brujos, cuando todavía vivía en la Tierra.

— ¿Se refiere a hechiceros? —inquirí con cierta duda.

Sacudió la cabeza.

—No. Esos magos nos proporcionaban fuerza en las batallas, traían la lluvia sobre los cultivos, y mantenían a nuestro ganado fértil.

—Suena muy primitivo.

—Es verdad —acordó—. Pero le diré esto, señor Rojas: un *mundumugu,* un doctor-brujo, podía lanzar una maldición sobre un hombre o un animal a cientos de kilómetros de distancia, y, así como usted está sentado aquí, ese hombre o animal moría.

—Lo dudo mucho, señor Mandaka.

—No me sorprende, señor Rojas —dijo Mandaka, mirando fijamente a Moisés, que había creado una diminuta plaga de langostas, criaturas enjoyadas y resplandecientes que volaron sobre su cabeza en unos movimientos casi hipnóticos.

La actuación continuó durante cinco o seis minutos más, cada ilusión un episodio de la Biblia. Finalmente, el anciano alzó las manos y separó el holograma del Mar Rojo. Se adentró unos pasos sobre el lecho seco del río, dio media vuelta, realizó una inclinación y, al instante, se vio cubierto por millones de toneladas de agua. Eso pareció señalar la llegada de una nueva era, y los hologramas mostraron a una joven Cleopatra que recorría su reino montada sobre un carro dorado.

— ¡Fabuloso! —exclamé, uniéndome al resto del público con entusiasmado aplauso.

—Para una ilusión —recalcó Mandaka. Se volvió otra vez hacia mí—. ¿Hemos terminado, señor Rojas?

—Creo que iba a decirme lo que Tembo Laibon no fue capaz de hacer, cuando nos interrumpió el mago.

—No es así, señor Rojas.

—Entonces, estoy de acuerdo en que hemos terminado, por lo menos, de momento —corroboré—. Sin embargo, me gustaría saber dónde puedo ponerme en contacto con usted.

—No será necesario —repuso—. Le llamaré diariamente hasta que haya localizado el marfil.

Bebí un sorbo de brandy; luego, le miré.

—No sé cómo formular la siguiente pregunta con tacto... —comencé.

—Se ha mostrado sin artificios durante toda la velada, señor Rojas —comentó Mandaka, y no supe si se hallaba irritado o divertido—. ¿Por qué cambiar ahora?

—Me gustaría que me garantizara que lo que estoy haciendo no es ilegal.

—Es totalmente legal.

—Y que usted no es un fugitivo.

—No soy un fugitivo. —Mandaka calló un instante, sin quitarme la vista de encima—. Ahora, quisiera formularle yo una pregunta.

— ¿Sí?

—Si mis respuestas hubieran sido distintas, ¿habría dejado de buscar el marfil?

—No —repuse con sinceridad—. No lo habría dejado.

Pareció satisfecho.

—Eso mismo pensé yo.

— ¿Me estaba diciendo la verdad?

—Sí, señor Rojas, era la verdad.

—Entonces, le encontraré los colmillos.

—Sé que lo hará.

—Supongo que debería indicarle —añadí— que hasta donde he podido determinar, no le han proporcionado ninguna felicidad duradera a sus diversos propietarios.

—No me sorprende.

—Y espero que usted sea la excepción a esa regla; que le traigan fama y fortuna.

Sonrió con pesar.

—Sólo me traerán la muerte, señor Rojas —dijo con absoluta certeza—. Y ahora, si me disculpa...

Se puso de pie y se marchó antes de que pudiera pronunciar otra palabra, dejándome allí para meditar su última y fatalista declaración.

—Computadora —hablé al entrar en la oficina una hora más tarde, desplomándome sobre el sillón—, ¿has localizado los colmillos en el momento de dejar de ser propiedad de Tahití Benoit?

—No.

—Concentra el dos por ciento de tu capacidad para esta conversación y mantén el resto trabajando en el problema.

—Hecho —anunció la computadora—. ¿Qué desea discutir, Duncan Rojas?

—Háblame de los Maasai.

La computadora brilló con intensidad en el momento de llamar la información.

—Era una tribu extremadamente agresiva de pastores nómadas, que habitaban el sur de Kenia y el norte de Tanzania.

— ¿Cómo podían ser agresivos y pastores al mismo tiempo? —pregunté.

—No eran militaristas, como los Zulús —explicó la computadora—, pero atacaban a las tribus vecinas para obtener ganado y mujeres, y, a lo largo de los siglos, tuvieron mucho éxito. Aunque jamás superaron el número de trescientos mil, en un momento controlaron casi un tercio de la tierra de pastoreo de Kenia y Tanzania.

— ¿A qué tribus atacaban?

—Principalmente, a los Kikuyu y los Wakamba, aunque también libraron muchas batallas menores contra los Luo, los Nandi y los Kisi.

— ¿Llegaron los Maasai a gobernar alguna vez Kenia o Tanzania?

—No. Antes de la colonización, no existían fronteras en el África subsahariana. Cuando se colonizó por primera vez Kenia, fue administrada por los británicos. Después de conseguir su independencia, fue gobernada en su casi totalidad por los Kikuyu, y, en un grado menor, por los Luo y los Wakamba.

— ¿Pero no los Maasai?

—No.

—Resulta curioso —comenté—. Si dominaban a las otras tribus, ¿por qué no asumieron el liderazgo del gobierno?

—El líder más carismático del movimiento de independencia fue Jomo Keniata, un Kikuyu, y su tribu ocupó los puestos más importantes del gobierno.

— ¿Y los Maasai no se opusieron?

—Los Maasai continuaron con su existencia pastoral durante otro siglo, ajenos al cambio social y político, y permanecieron sin ningún poder político hasta que una crisis de exceso de población obligó al gobierno a comprar sus tierras tribales.

— ¿Y qué hay sobre los Maasai de Tanzania? ¿Ejercieron ellos algún poder?

—Tanzania fue primero una colonia alemana; luego, un protectorado británico. Los Maasai siempre conformaron una minoría diferenciada, y no mostraron interés alguno en el proceso de independencia o en la formación del gobierno.

—Es muy extraño —dije—. Es como si, una vez que consiguieron la primacía entre todas las tribus vecinas, los Maasai renunciaran a ella sin oponer resistencia.

—La renuncia a su primacía puede que no haya sido lo que ellos desearan —replicó la computadora—. Los británicos les prohibieron usar sus armas o declararle la guerra a las tribus vecinas.

— ¿Cuándo tuvo lugar eso?

—Aproximadamente en 1900 A.D.

— ¿Puede haber sido en 1898 A.D.? —pregunté.

—Es posible —respondió la computadora—. Las comunicaciones eran muy primitivas, en especial en África, y a menudo se tardaba tiempo en cumplir las órdenes.

— 1898 también es el año en que se mató al Elefante del Kilimanjaro —señalé.

—Desconocemos eso —contradijo la computadora—. Sólo sabemos que el marfil del Elefante del Kilimanjaro fue subastado por primera vez en 1898 A.D.

—No obstante, me pregunto si existe alguna conexión.

— ¿Qué clase de conexión?

Fruncí el ceño.

—No lo sé todavía —callé un instante—. ¿Fueron los Maasai los que originariamente sacaron a subasta el marfil?

—Los registros son incompletos y contradictorios, pero jamás se ha hecho alguna mención de que los Maasai tuvieran una relación con la subasta de los colmillos.

Bajé la cabeza para meditar, seguro de que me encontraba cerca de un eslabón, de una revelación que me explicaría la conexión entre los Maasai y el marfil, aunque no sabía cuál podía ser o cómo buscarla.

—El Museo Británico de Historia Natural adquirió la posesión del marfil en 1932 A.D. ¿Es correcto?

—Sí

— ¿Durante cuánto tiempo tuvo el marfil el Museo?

—Ciento veinticinco años.

—Y entonces, ¿qué ocurrió con él?

—Trabajando...

Librodot

5

El Político
(2057 A.D.)

Un millón de flamencos pasaron volando por encima de mi mientras recorría lentamente las orillas del lago Nakuru. No sacié mi sed allí, ya que el agua estaba sucia y era amarga, pero, a cambio, cavé un agujero en un claro cercano y, con paciencia, esperé a que se llenara con agua fresca.

Comí la corteza de un baobab, y las hierbas altas, y las vainas de las acacias; rocié mi cuerpo con polvo para deshacerme de los parásitos y protegerme la piel del sol. Luego, leí el viento y descubrí, casi oculto entre sus mensajes, el fuerte aroma de los cítricos. Lo seguí hasta llegar a su origen, un pequeño poblado, y comencé a asolar sus huertos, porque mi apetito, al igual que mi cuerpo, era enorme. Los nativos vinieron con lanzas y flechas para espantarme; sin embargo, apenas me vieron bajaron las cabezas y empezaron a dar palmadas, como si yo fuera algún dios desaparecido hace tiempo que retornara a reclamar su tierra.

Me quedé allí durante tres días, y nadie me molestó. Podría haberme quedado más tiempo, porque era viejo y mi cuerpo se hallaba rígido por los efectos de las batallas de mi juventud: la herida de un cuerno de rinoceronte sobre la rodilla y los tres perdigones que aún llevaba en el interior de mi carne. A pesar de ello, continué mi viaje hacia el sur, y así como el tejón sigue al pájaro de la miel a la colmena, así yo seguí la enorme grieta en la corteza de la tierra para enfrentarme a mi destino.

Matthew Kibo, un fuerte cigarrillo keniata colgando de su boca, las mangas de la camisa dobladas por encima de los codos, el cráneo brillante debajo de su pelo gris cada vez más escaso, se apartó de su computadora, atravesó la pequeña y atestada oficina y levantó un interruptor que incrementó la velocidad del ventilador que pendía del techo.

Era febrero en Nairobi... un clima caluroso y pesado. Kibo suspiró y trató de no pensar en la playa de Malindi o en su fresca y espaciosa casa de campo en las montañas de Uganda. Regresó a su silla, bebió un trago largo y echó un vistazo a través de la ventana sucia a la Plaza de la Ciudad, donde un puñado de personas caminaban a lo largo del pavimento caliente que había delante de la estatua de Jomo Keníata, avanzando como en cámara lenta.

Acabó la bebida, arrojó la botella a un cesto de papeles a rebosar y estaba a punto de concentrarse de nuevo en la computadora cuando la puerta se abrió y un hombre joven, vestido con un colorido kikoi, entró en la oficina.

—Pareces haberte establecido bien aquí—comentó Tom Njomo.

—Las oficinas son todas iguales —replicó Kibo con ironía—. ¿Cómo están las cosas en el Distrito Nakuru?

—Calurosas y secas, como en todas partes —Njomo sonrió—. Creo que tenemos más remolinos de polvo que votantes.

— ¿Nos ha dado Baroti su apoyo?

—Dice que todavía lo está pensando —repuso Njomo.

—Miente —aseveró Kibo.

—Tal vez —acordó Njomo—. Prometió que tomaría una decisión en las próximas tres o cuatro semanas.

—Será demasiado tarde para que nos sea de alguna utilidad, aunque estuviera diciendo la verdad.

— ¿Tan mal va todo?

—No va bien —reconoció Kibo, señalando los números de la pantalla de su computadora—. Jacob Thiku, el setenta y dos por ciento; John Edward Kimathi, el veintiuno por ciento; indecisos, el seis por ciento, y los otros tres candidatos comparten entre ellos un

punto.

—Bueno, ¿qué esperabas? —comentó Njomo, encogiéndose de hombros—. Thiku es el presidente más popular que hemos tenido desde Jomo Keniata. Mira lo que ha hecho: la tasa de empleo sube, la inflación baja, construyó el Conducto del lago Turkana, occidente le adora, el oriente le corteja, y los conservadores, prácticamente, le han deificado... por no hablar del acuerdo que logró para terminar la guerra entre Zambia y Zaire —hizo una pausa—. ¿Cómo puedes ganar unas elecciones compitiendo con un dios?

—Nadie dijo que iba a resultar fácil —replicó Kibo con sonrisa irónica—. No obstante, se me paga para dirigir la campaña de Kimathi.

—Tal como es —comentó cáusticamente Njomo.

—Kimathi requiere un tratamiento especial —respondió Kibo—. Asusta a un montón de gente... incluido yo. Lo habría tenido difícil para derrotar a un candidato normal, más aún a Jacob Thilku.

—Entonces, ¿por qué trabajas para él?

—Porque despidió al director de su campaña y se deshizo de su personal, y porque el otro bando no consideró oportuno contratarme desde el principio —contestó con sarcasmo Kibo—. Mi trabajo es que se arrepientan de no haberlo hecho... luego, largarme de Kenia antes de que Kimathi consiga que el país se desmorone a su alrededor.

—Con sólo once semanas hasta las elecciones, no parece un prospecto muy probable —comentó Njomo, dirigiéndose a la nevera y abriendo una botella fría de cerveza.

—Oh, no lo sé —dijo Kibo—. En once semanas pueden ocurrir muchas cosas.

— ¿Como qué?

Kibo se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé; sólo llevo en el trabajo tres días. Sin embargo, nuestro primer cometido es claro: debemos encontrar un punto aglutinador.

—Thiku tiene un monopolio sobre ellos, y se halla del lado correcto de cada uno.

—Entonces, buscaremos uno que haya pasado por alto.

—Te deseo suerte.

—*Nos* deseas suerte —corrigió Kibo.

—Reafirmo lo que dije —replicó Njomo con seriedad—. Yo sólo soy un estudiante que acaba de licenciarse en Ciencias Políticas, y que busca experiencia para su tesis. No sé lo que sientes tú, pero da la casualidad de que amo a este país, y no quiero ver a un demagogo como Kimathi gobernarlo. Únicamente quiero que se acerque lo suficiente para que pierda con respetabilidad, de modo que, la próxima vez, me contrate un candidato mejor.

—Espero que me perdones si me esfuerzo al máximo.

—Adelante, para lo que te va a servir —comentó Njomo—. Ya lo sabes, Kimathi incluso se opuso al Conducto Turkana. Si se hubiera salido con la suya, la Frontera Norte todavía seguiría siendo un desierto —se detuvo—. ¿Has pensado en algún momento qué sucedería si ganaras?

—Resulta sacrílego para un director de campaña pensar en el minuto siguiente a las elecciones —respondió Kibo—. Y en el momento que las elecciones se terminen, ya empiezan a pensar en las próximas. ¿O no te enseñaron eso en la universidad?

—Empiezo a considerar que me enseñaron todas las cosas equivocadas—replicó Njomo con ironía—. He estado perdiendo el tiempo estudiando las complicaciones de nuestro sistema político, cuando todos esos años debí estar leyendo a Maquiavelo.

—No te vendría mal —acordó Kibo con seriedad.

—Eso creo.

—Y te ayudaría a desprenderte de la mística de ser un organizador político —continuó Kibo—. Cumples con tu trabajo, estudias a la oposición, analizas tu mercado y te estableces objetivos. Sólo es un trabajo como otro cualquiera... y, con toda inmodestia, uno que yo hago muy bien.

—Lo sé —afirmó Njomo—. Ésa es la causa de que la economía de Malawi esté

deshecha.

—Logré que eligieran a mi hombre —dijo Kibo—. Es su trabajo gobernar el maldito país. —Encendió otro cigarrillo y observó al hombre más joven—. Si me lo permites, deja que te dé un consejo.

—Adelante.

—Es el trabajo de un líder político establecer posturas morales y éticas. Si eso es lo que tú quieres hacer, te encuentras en el lado equivocado del negocio. Los directores de campaña trabajan entre bastidores y hacen pactos con el diablo para que sus jefes puedan plantarse delante del público a invocar a Dios.

— ¿Y cuando el líder político se llama John Edward Kimathi?

—No importa lo que puedas pensar, la gente tiende a recibir los líderes que se merece. Si están lo suficientemente locos como para no votar a Jacob Thiku, pues se merecen a Kimathi.

—Y tu trabajo consiste en proporcionarles la oportunidad para hacerlo.

—Así es —dijo Kibo—. ¿O es que consideras que únicamente los candidatos a los que tú apruebas deberían recibir el permiso para presentarse a las elecciones?

—Jamás he dicho eso —replicó Njomo a la defensiva.

—Bien. Entonces, esperaré contar con tu apoyo completo. Además —añadió con seriedad Kibo—, si quieres tener un futuro en este campo, será mejor que te esfuerces al máximo en favor de Kimathi. Tal vez el pueblo esté observando a Thiku y a Kimathi, pero los políticos nos están observando a ti y a mí y a nuestra oposición. —Njomo no realizó ningún comentario—. De acuerdo —comentó Kibo, poniéndose de pie—. Una vez que hayas terminado la cerveza, deseo que empieces a ponerte en contacto con nuestros recolectores de fondos, en especial con los del Distrito Tsavo, y, con delicadeza, aunque con firmeza, presiónalos para que sean un poco más productivos. Yo me voy a la biblioteca.

— ¿Para qué? —preguntó Njomo.

—Porque no podemos desarrollar una campaña sin fondos, y la tesorería se encuentra casi vacía.

—No, me refiero a la biblioteca, ¿para qué vas allí?

—Ya te lo dije... estoy buscando un punto aglutinador.

— ¿Y piensas encontrarlo en la biblioteca? —preguntó Njomo con ciertas dudas.

— ¿Quién sabe? —replicó Kibo—. Ciertamente, no he encontrado ninguno en otra parte.

Se puso la chaqueta y el sombrero, salió al caliente sol ecuatorial, y trató de ignorar los sonidos y los olores de la ciudad central mientras bajaba por la avenida Moi. Cuando llegó a la calle Biashara, giró a la izquierda, prosiguió más allá de un grupo de tiendas de regalos y, finalmente, arribó a la recién restaurada y expandida Biblioteca MacMillan. No sabía con exactitud qué estaba buscando, pero solicitó una serie de libros y de discos, se los llevó a la sala de lectura, se acomodó ante un escritorio pequeño con una computadora, situado cerca de una ventana que daba a la cúpula dorada de la exquisita Mezquita Jamia, y se puso a trabajar.

Sabía que no podía ser un tema contemporáneo; Thiku reinaba sobre todos ellos. También quedaba descartada la economía; el keniata medio jamás había estado en una situación mejor. Lo mismo se podía decir de la política exterior; Thiku era el Pacificador de África.

Llegó a la conclusión que debía ser un tema emocional, uno que pudiera despertar pasiones, ya que la intelectualidad se hallaba decididamente a favor de Thiku. Ello significaba que Kimathi necesitaba un enemigo —no Thiku, que casi era la representación de Dios— sino un enemigo tangible y visible, uno que Thiku hubiera pasado por alto, contra el cual pudieran encolerizar, conducir e inflamar al populacho.

Kibo se apoyó contra el respaldo de la silla, uniendo las manos detrás de la cabeza, y contempló la mezquita. No podía tratarse de un país vecino; la prensa ya temía a Kimathi, y así se convencerían de que lo que deseaba era la guerra.

Así que debía ser un país grande, uno tan poderoso que, sin importar las pasiones que despertara Kimathi, la idea de la guerra resultara inconcebible. ¿Los Estados Unidos? No, llevaban dándole dinero a Kenia durante un siglo; sería muy difícil mostrarlos como un enemigo. ¿Rusia? No, no tenían ningún interés en África Oriental; jamás lo tuvieron y jamás lo tendrían. ¿China o la India? No, sus estados clientes africanos se encontraban en la Costa Occidental, a miles de kilómetros de distancia.

De modo que recayó, tal como él sabía que iba a suceder, en Gran Bretaña. Había colonizado a Kenia, y la había recubierto con su cultura y sus leyes, doblegándola para que permaneciera en la Commonwealth. En alguna parte del pasado, treinta, setenta, noventa o ciento cincuenta años atrás, tenía que haber algo que él pudiera utilizar a su favor, algo tan trivial que a Thiku se le hubiera pasado por alto, algo tan insignificante que ningún presidente anterior se hubiera preocupado por ello, algo tan potente que, con el ángulo adecuado, Kimathi pudiera usar para unir a todo un pueblo bajo su estandarte.

Y, siete horas más tarde, lo encontró.

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó Njomo incómodo.

—Jamás bromeo acerca del trabajo —replicó Kibo.

— ¿Honestamente consideras que puedes ganar las elecciones para Kimathi debido a un elefante que lleva muerto más de un siglo?

Se hallaban sentados en la terraza de un restaurante en Muthaiga, un suburbio a unos doce kilómetros de la ciudad, la mesa próxima a una barbacoa circular. Unos camareros con chaquetas blancas iban de una mesa a otra, sirviendo platos de carnes recién asadas, y una enorme multitud de hombres y mujeres con ropas informales se hallaba reunida en torno a la barra con forma de herradura de caballo que había en el extremo más alejado del restaurante. El sol se había puesto y reinaba el fresco habitual del aire nocturno.

—Así es —afirmó Kibo con calma mientras echaba unas especias sobre su chuleta de impala.

— ¡Entonces, estás tan loco como él!

—No te enseñaron mucho en la universidad, ¿cierto? —preguntó Kibo, sin tratar de ocultar su regocijo.

—Me enseñaron lo suficiente para ver cuándo un político manotea en el vacío —devolvió Njomo.

—Tonterías —comentó Kibo con seguridad—. Lo que he hecho ha sido encontrar un punto de conflicto que Kimathi pueda apropiarse.

—Un punto sin conflicto, querrás decir—apuntó el hombre más joven.

—Lo será mañana por la noche —replicó Kibo—, que es lo que de verdad importa —se detuvo un instante—. Sabes, la mayoría de las elecciones no se ganan o se pierden porque un candidato tenga un mejor programa fiscal que el otro, o porque sepa exponerlo con más claridad. Usualmente, se reduce al que cuenta con más gracia las bromas o besa al mayor número de bebés.

— ¿O al que centre su candidatura en un elefante muerto? —inquirió con sarcasmo Njomo.

—Precisamente —acordó Kibo—. Kimathi necesita una causa; esto se la da. Necesita un enemigo; esto encuentra a uno. Como va a ser un candidato con un sólo tema central, necesita uno tan sencillo que todo el mundo pueda comprenderlo de inmediato; esto se lo proporciona. Necesita dirigirse al orgullo nacional; éste es un tema que sobrepasa el tribalismo y se dirige a todos los keniatas. Incluso su nombre le ayudará: Deedan Kimathi fue el general más eficaz en el conflicto Mau Mau de hace un siglo. Me encargaré de que la prensa lo sepa. —Kibo bebió un sorbo de vino y se reclinó con sonrisa satisfecha—. Es perfecto.

—Crees de verdad en lo que estás diciendo, ¿no? —dijo Njomo.

—Por supuesto que sí. Y dentro de una semana, todo el mundo en este país.

Librodot

—No funcionará jamás.

—Sí que funcionará. Hay precedentes.

— ¿Alguna otra persona llegó a la Presidencia debido a un elefante muerto? —se burló Njomo.

—No —replicó Kibo con paciencia—. Pero Hassin se convirtió en presidente de Egipto en el 2023 con el mismo tipo de punto aglutinador.

— ¿Hassin? Ganó porque firmó la paz con Jordania.

—Eso ocurrió después de ser elegido. Toda su campaña se basó únicamente en la acusación a Gran Bretaña de que se había apropiado de ciertos tesoros nacionales de Egipto; prometió recuperarlos si lo elegían presidente.

— ¿Y lo hizo?

—No. Todos los tesoros aún siguen en el Museo Británico... pero sí consiguió que lo eligieran. Y tampoco resultó un presidente tan malo.

—Aunque exigiera el retorno de sus tesoros nacionales, hablaba de momias, oro y joyas —protestó Njomo—. Tú estás hablando de los colmillos de un elefante.

—Estoy hablando del honor nacional —corrigió Kibo—. No es culpa de Kenia que no tuviéramos ningún templo o pirámides para que los ingleses lo saquearan. Se llevaron lo que pudieron encontrar, y queremos que nos lo devuelvan.

— ¡Pero colmillos, por el amor de Dios!

—Los colmillos sólo son un símbolo, nada más —replicó Kibo—. Poco importa que posean o no un valor de mercado. Constituyen el mayor trofeo jamás obtenido. Merecen ser expuestos aquí, en el Museo de Nairobi, no en el Museo Británico de Historia Natural —calló un momento—. Por lo que se sabe, el elefante ni siquiera fue muerto por un europeo, sino por un africano.

— ¿A quién le importa?

—Le importará a todo el mundo después de que Kimathi pronuncie su siguiente discurso. Se trata de la última mancha del colonialismo, y ha de ser erradicada. Esos colmillos forman parte de la herencia de Kenia, no de Gran Bretaña —guardó silencio; luego, se adelantó—: ¿Quieres saber algo más? Ni siquiera los tienen exhibidos. Están guardados en una cámara del sótano del museo, acumulando polvo, cuando deberían encontrarse aquí para que los vieran todos los keniatas.

— ¿No están expuestos?

Kibo sacudió la cabeza.

—Suena como algo despectivo, ¿verdad?

— ¿Sabes?, podría ser plasmado de esa forma —admitió Njomo.

—En especial si sale de la boca lanzallamas de nuestro dragón político.

—Deja que lo piense unos minutos —pidió Njomo.

—Adelante —dijo Kibo, terminando el vino. Cuando el camarero pasó cerca de su mesa, le llamó con una señal.

— ¿Sí, señor Kibo?

—Tráigame el mejor postre que tengan —ordenó.

—Creí que cuidabas tu peso —indicó Njomo cuando el camarero se marchó.

—Me lo merezco —explicó Kibo con efusividad—. A un buen político puede que sólo se le ocurran tres o cuatro ideas brillantes en toda su vida. Ésta me mantendrá en el negocio durante los próximos cinco años.

Kimathi salió por los canales de transmisión a la noche siguiente. La voz tensa, los ojos encendidos por la pasión, las venas de la frente sobresaliéndole como si fueran a explotar, vociferó contra los británicos. Enarboló los fantasmas gemelos del racismo y el colonialismo, amenazó con emprender unas acciones vagamente definidas si no se devolvían de inmediato los colmillos del Elefante del Kilimanjaro, y exigió que los keniatas boicotearan todos los productos británicos.

Eran los británicos, rugió, los que habían diezmado la fauna salvaje de Kenia, los que habían matado licenciosamente especie tras especie, y los que, ahora, se negaban a desprenderse del símbolo de esa vida salvaje de Kenia ya perdida, el marfil del animal más fabuloso de todos.

Eran los británicos los que habían acumulado vastos tesoros robados de todas sus anteriores colonias, y no sólo se negaban a devolverlos, sino que los mantenían ocultos a la vista del público en una flagrante evidencia del desprecio que sentían por sus antiguos súbditos.

Y era Jacob Thiku, añadió significativamente, quien se negaba a demandar la devolución del marfil, él, que en el pasado había sido un líder brillante pero que ya había perdido su valor y era incapaz de enfrentarse a los británicos.

Además, qué querían los británicos con los colmillos, preguntó con énfasis Kimathi. Se negaban a exhibirlos, se negaban a venderlos y se negaban a devolverlos. ¿Cuándo iba a terminar semejante condescendencia?

Únicamente, concluyó, cuando Kenia eligiera a un presidente que no temiera a los británicos y que erradicara esta última afrenta a la dignidad negra africana.

—No está mal —comentó Kibo, repasando a la tarde siguiente los sondeos preliminares—. Nada mal.

— ¿Quieres decir que ha funcionado de verdad? —preguntó con sorna Njomo—. Creí que iban a tener que ponerle un chaleco de fuerza a mitad del discurso, tal como saltaba, aullaba y agitaba el puño.

—Ha subido cuatro puntos —replicó Kibo con una sonrisa astuta—. No está tan mal para un loco.

— ¡Déjame ver eso! —exclamó Njomo con incredulidad, acercándose a la computadora. Estudió la pantalla durante un momento; luego, se irguió con una expresión de sorpresa en la cara—. ¡Es increíble!

—Y espera hasta mañana por la tarde, cuando dé su discurso en la universidad —prometió Kibo—. Te garantizo que subirá otros dos puntos.

—Me pregunto qué reacción habrá en Gran Bretaña —musitó Njomo.

—Probablemente, se estén cuestionando por qué arma tanto escándalo por un par de colmillos.

— ¿Los devolverán?

—No mientras él los amenace —replicó Kibo—. Sería demasiado parecido a ceder al chantaje. Y no dejará de pronunciar amenazas hasta que terminen las elecciones.

— ¿Y qué hay de Thiku?

— ¿Qué pasa con él?

— ¿Qué hará? —insistió Njomo.

—Lo más razonable.

— ¿Y qué es?

Kibo se encogió de hombros.

— ¿Quién lo sabe? Pero resultará ineficaz. Éste es un tema emocional; el raciocinio no tiene nada que ver en el asunto.

Kimathi pronunció cuatro discursos más —y subió nueve puntos en las encuestas— antes de que Jacob Thiku, finalmente, aceptara referirse al tema de los colmillos.

El elefante, indicó, no había sido muerto por un británico ni por ningún europeo.

El elefante, afirmó, había sido muerto en las pendientes del Kilimanjaro, que se encontraban en su totalidad dentro de las fronteras de Tanzania y, por lo tanto, Kenia no tenía ningún derecho sobre ellos.

Los colmillos del elefante, les recordó, habían sido subastados legalmente en Zanzíbar, que, por entonces, era un país independiente, no en Mombasa.

Unos treinta y cuatro años después de la subasta inicial, explicó, fue cuando el Museo

Británico de Historia Natural consiguió finalmente el marfil.

Así como sin duda alguna él aceptaría encantado los colmillos del Elefante del Kilimanjaro si los británicos quisieran regalarlos, resultaba obvio que Kenia no tenía ningún derecho legal ni moral sobre ellos. Ciertamente, si alguien poseía el derecho de exigir la devolución del marfil, era Tanzania.

Kimathi, concluyó de forma racional, intentaba exacerbar las pasiones y obtener un beneficio político capital de un tema insignificante al tiempo que tensaba peligrosamente los lazos de Kenia con su aliado más antiguo, Gran Bretaña. En cuanto el pueblo comprendiera lo que Kimathi estaba haciendo, seguro que renegaría de su encendido llamamiento a las armas.

Fue una respuesta espléndida y razonada, y se publicó en todos los periódicos británicos y pasada por la mayoría de las cadenas internacionales de vídeo.

Y a la mañana siguiente, Kimathi había estrechado el abismo que les separaba en tres puntos más.

—Pareces malhumorado para un hombre cuyo candidato va detrás de Dios por sólo seis puntos —comentó Njomo un mes más tarde cuando entró en la oficina de Kibo.

—Cinco, si hubieras leído el *Nation*—le corrigió Kibo.

—Entonces, ¿por qué esa cara larga? —insistió Njomo—. Recibes dinero más rápidamente de lo que puedes contarlo, Kimathi salió en las portadas del *Stern y* de *Time, y* el pobre y viejo Jacob Thiku, probablemente esté viendo elefantes en sus sueños.

—El embajador británico quiere hablar con él.

— ¿Con Kimathi?

Kibo asintió con gesto lúgubre.

—Llevo dándole largas durante dos semanas, pero no podré mantenerlo alejado mucho más tiempo.

— ¿Qué hay de malo en dejarle hablar con Kimathi?

—Todo.

—No veo por qué. Kimathi aguardará hasta que todas las cámaras estén centradas en ellos y, luego, amenazará al embajador con la muerte, o algo peor, si no coge el próximo avión a Gran Bretaña y trae de vuelta los colmillos.

—Eso es lo que temo —dijo Kibo.

—Me parece que no te entiendo —indicó Njomo.

—Porque eres joven e ingenuo —dijo Kibo—. Créeme... lo último que deseamos es un encuentro cara a cara entre Kimathi y algún representante del gobierno británico.

—Te has pasado más de un mes creando este mito de que Kimathi es el único defensor del honor de Kenia —expuso Njomo—, y ahora que, por fin, dispones de la oportunidad de un encuentro personal con el enemigo, tratas de impedirlo. ¿Por qué?

Kibo suspiró profundamente.

— ¿Qué crees que ven los británicos, los americanos o los rusos cuando contemplan a Kimathi? —preguntó.

—No lo sé. Posiblemente, a un político pintoresco hablando de un tema improbable.

—Ven a un payaso —replicó Kibo—. Un payaso enorme y furibundo porque su país ha entregado sus juguetes, uno que quiere que se los devuelvan —hizo una pausa—. La mitad de ellos es muy probable que piensen que aún lleva taparrabos y que vive en una choza de barro.

—No veo a dónde quieres ir a parar —dijo Njomo.

—Les divierte, de la misma forma que solía hacerlo Idi Amin hace un siglo. Si alguna vez escucharan lo que dice, si llegaran a ver el modo que tiene de manipular al público, si se dieran cuenta de que se licenció el primero de su clase en la Sorbona, ya no estarían divertidos. Estarían asustados.

— ¿Qué hay de malo en asustar al embajador británico? —preguntó Njomo—. Representará otro clavo en el féretro político de Jacob Thiku.

—Quizá —comentó Kibo—. Pero lo dudo —se detuvo el tiempo suficiente para

encender otro cigarrillo—. Al ritmo en que Kimathi está ganando apoyo, alcanzará a Thiku dos semanas antes de las elecciones y le derrotará por más de dos millones de votos. Sólo una cosa puede detenerlo.

— ¿Qué?

—Si pierde su punto aglutinador, no dispondré de tiempo para encontrar otro... y si el embajador tiene una reunión personal con él y ve por sí mismo que Kimathi de verdad se encuentra lo suficientemente loco como para declarar la guerra por los colmillos, tal vez le recomiende a su gobierno que los devuelva. —Observó a Njomo por encima de la superficie del escritorio—. Ésa sería la línea final: sin la existencia del agravio, desaparece la victoria.

—Comprendo —dijo Njomo con una expresión de entendimiento en el rostro.

—Otra cosa que no te enseñaron en la universidad —comentó con ironía Kibo.

Njomo sacó una cerveza de la nevera.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

—Lo que esté a mi alcance para convencer a Kimathi que está por debajo de su dignidad mantener un encuentro con la oposición.

—Creí que Jacob Thiku era la oposición.

—Nadie podría haber llegado tan lejos en un enfrentamiento con Thiku; Kimathi compite contra los británicos. Sólo espero que me escuche.

—Si la razón no funciona, dirígete a su vanidad —sugirió Njomo—. Hasta ahora no ha fallado.

—Vas aprendiendo —comentó Kibo.

— ¿Oh?

Kibo asintió.

—Una vez que todo está dicho y hecho, resulta más importante para el director de una campaña comprender a la gente que a la política.

—Llegado ese punto, supongo que es así —reconoció Njomo.

—Mientras lo recuerdes, tendrás una carrera en la política —afirmó Kibo. De repente, sonrió—. Y si lo olvidas, siempre podrás ganarte la vida enseñando política en la universidad.

El siguiente discurso de Kimathi fue pronunciado en Malindi, aunque se emitió a todo el país. Cinco minutos después de que terminara, sonó el teléfono de Kibo.

— ¿Sí?

— ¿Señor Kibo?

—El mismo.

—Le habla sir Robert Peake.

— ¿En qué puedo ayudarle, embajador? —preguntó Kibo, encendiendo un cigarrillo.

— ¿Ha escuchado el discurso de John Edward Kimathi de esta noche?

—Sí

—No se puede permitir que continúe la difamación de mi gobierno, señor Kibo —dijo Peake.

—El candidato escribe sus propios discursos, embajador—replicó Kibo—. ¿Qué espera que haga yo al respecto?

—Espero que le impulse a ejercitar algún freno en sus ataques, señor Kibo —explicó Peake—. El Gobierno de Su Majestad mirará con extremo desagrado una repetición de la arenga de esta noche.

—Entonces, lo mejor será que hable usted personalmente con él —respondió Kibo.

—Lo he intentado en repetidas ocasiones, y en repetidas ocasiones usted me lo ha impedido, señor Kibo.

—Eso no es verdad, embajador —mintió Kibo—. El señor Kimathi tiene una agenda completa, aunque yo sigo tratando de concertar una reunión entre los dos.

—No se moleste, señor Kibo.

— ¿Ya no desea hablar con él? —inquirió Kibo.

—No.

Kibo analizó rápidamente las opciones y alternativas.

—Puedo arreglar que cene usted mañana con él —comunicó después de una breve pausa.

—Me temo que mañana por la noche estaré ocupado —indicó Peake—. Sólo recuerde lo que le he dicho, señor Kibo. No toleraremos otro ataque semejante.

Kibo escuchó el ruido del corte de la llamada y, de inmediato, trató de ponerse al habla con Kimathi. El candidato no estaba disponible; finalmente, consiguió dar con Njomo.

— ¿Qué ocurre? -—preguntó el hombre joven una vez que identificó la voz de Kibo.

—Hay problemas —repuso Kibo—. Quiero que canceles los compromisos de Kimathi para los próximos dos días, hasta que pueda hablar con él.

— ¿Qué ha sucedido?

—He recibido una llamada del embajador británico. Insiste en que Kimathi deje de atacar a su país.

— ¿Y qué?

— ¡Haz lo que te he dicho! —restalló Kibo, cortando e intentando hablar de nuevo con Kimathi. Por fin, una hora después de la medianoche, el candidato cogió el teléfono en su suite.

—John, soy Matthew Kibo.

— ¿Te ha gustado mi discurso de esta noche?

—Fue excelente —Kibo hizo una pausa—. John, tenemos un problema. He cancelado tus programas para los próximos dos días. ¿Podrías aducir que estás enfermo?

— ¿Por qué?

—Es muy complicado —respondió Kibo—. Pero sólo faltan veintiún días para las elecciones. Es hora ya de empezar a reparar los agravios.

— ¿Con Thiku? —inquirió despectivamente el candidato—. Es un viejo indefenso.

—Con los británicos.

— ¡No si no devuelven el marfil!

—John, estás hablando conmigo. Yo te proporcioné ese maldito tema.

—No cejaré hasta que nos hayan devuelto los colmillos.

—John, jamás te he aconsejado mal, ¿verdad? —demandó Kibo—. Tienes que creerme. El pueblo conoce lo que tú defiendes. Si dejaras de atacar ahora mismo a los británicos, todavía podrías ganar las elecciones. Si no lo haces, te prometo que vas a perder.

— ¡Nadie le da órdenes a John Edward Kimathi! —rugió el candidato—. ¡No le temo a hombre alguno ni a ninguna nación, y nadie me silenciará! Que traigan sus armas; estoy preparado.

—No serán armas lo que traerán —dijo Kibo—. ¿Puedes quedarte donde estás hasta que coja un avión y vaya a verte?

—Debo dar un discurso en la ciudad de Lamu mañana a primera hora —replicó el candidato—. Si quieres hablar conmigo, ve a verme allí.

—Ha sido cancelado.

—Entonces, me plantaré en una esquina y gritaré mi mensaje. ¡Nadie me silenciará hasta que hayan devuelto el marfil!

Kibo colgó de un golpe el auricular; luego, intentó llamar de nuevo a Kimathi, pero la línea daba ocupado.

Se pasó otra hora tratando de hablar por teléfono con Kimathi; después, se marchó a casa a disfrutar de lo que sabía que sería su última noche como director de campaña de un candidato potencial a la presidencia.

Njomo cruzó la oficina y apagó el televisor.

—Diría que ha sido uno de sus mejores discursos —comentó.

—Yo diría que ha sido uno de sus últimos —retrucó Kibo—. Y vuelve a encender el

televisor.

— ¿Por qué?

—Porque conozco la diferencia que existe entre una amenaza y un farol.

— ¿Te refieres al embajador británico? —preguntó Njomo—. ¿Qué puede hacer? Cuanto más proteste, mejor parado sale Kimathi.

—Te queda mucho que aprender—dijo Kibo, reclinándose en la silla y contemplando el drama histórico que pasaban por la pantalla.

Njomo permaneció sentado otros veinte minutos; entonces, se acercó a la computadora del escritorio de Kibo.

— ¿Te importa? —inquirió—. Quiero comprobar el nivel de audiencia de la cadena para su discurso.

—Adelante —comentó Kibo, mirando por la ventana a la estatua de Jomo Keniata en la Plaza de la Ciudad.

Una ambulancia pasó a toda velocidad con las sirenas aullando, y doscientos pájaros alzaron el vuelo dominados por el pánico, para volver a posarse sobre el pavimento en cuanto el vehículo desapareció de vista.

—No está mal —indicó Njomo cuando los números comenzaron a aparecer en la pantalla—. Tuvimos una buena audiencia en la costa.

—En la costa hace cuarenta y seis grados —replicó Kibo—. No tienen nada mejor que hacer que quedarse sentados y mirar la televisión. —De repente, se irguió, concentrándose en el programa—. Aquí viene —anunció.

Njomo desactivó la computadora y se volvió para contemplar la pantalla.

—Y ahora —dijo una voz suave y bien modulada—, interrumpimos nuestra programación habitual para una noticia de último momento.

La escena cambió a la residencia particular de Jacob Thiku en Muthaiga. Thiku y sir Robert Peake se hallaban de pie sobre los escalones de piedra que conducían a la casa, rodeados de periodistas.

—Tengo una breve declaración que comunicarles —explicó Thiku. La prensa se acercó más a ellos—. A las once y media de esta mañana, hace menos de quince minutos, el gobierno de Kenia concluyó sus negociaciones amistosas y pacíficas con el gobierno de Gran Bretaña, representado por el embajador, sir Robert Peake. Como resultado de estas negociaciones, el marfil del Elefante del Kilimanjaro será exhibido públicamente en el Museo Nacional de Nairobi mañana por la tarde.

El anciano presidente estrechó la mano de Peake; luego, esbozó una sonrisa triunfal a las cámaras. Kibo sintió que le sonreía directamente a él.

—Bueno —comentó con voz cansada Kibo—, ahí tienes tu última lección: nunca dirijas a un candidato con un solo punto aglutinador a menos que estés seguro de que dicho punto durará hasta el día de las elecciones.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Njomo, todavía atontado por la declaración de Thiku.

— ¿Ahora? —repitió Kibo—. Ahora nos vamos a casa y nos relajamos. Y pasado mañana tratamos de pensar en lo que puede decir Kimathi durante estas tres semanas de campaña, de modo que pierda de forma respetable en vez de ser aplastado.

— ¿Y mañana?

—No sé lo que harás tú —respondió Kibo, poniéndose de pie, dirigiéndose al armario y colocándose la chaqueta—, pero yo pienso acercarme al museo a ver la causa de toda esta conmoción.

Quinto Interludio
(6303 E.G.)

Regresé a mi apartamento poco después de la medianoche, más con el deseo de cambiarme de ropa que por querer pasar la noche en él. Saludé amistosamente con la cabeza al portero tripodal del lejano Hesporita III, aguardé que el ascensor de aire explorara mi retina y mi estructura ósea y, suavemente, subí hasta el séptimo piso. Cuando el corredor se detuvo delante de mi puerta, coloqué la palma de la mano ante el escáner, musité el código de apertura y entré.

Y me encontré delante de Bukoba Mandaka.

— ¿Qué está haciendo aquí? —demandé.

—Esperándole —repuso con calma, levantándose del sillón en el que había estado sentado.

— ¿Cómo logró entrar?

—Tengo mis métodos.

Me le quedé mirando, enorme y musculoso, cerniéndose sobre mí, y preferí no insistir en el tema.

—De acuerdo —comenté—. ¿Por qué ha venido?

—He venido a hablar.

—Creí que lo habíamos hecho durante la cena.

Sacudió la cabeza.

—En la cena nos enfrentamos, señor Rojas. Ahora hablaremos.

—Eso me gustaría—dije—. ¿Le importa si primero me sirvo una copa?

—En absoluto —afirmó—. Tiene el licor en la cocina.

—Lo sé —repliqué con voz seca.

—Tiene un hogar muy interesante, señor Rojas —señaló Mandaka, siguiéndome al comedor.

—En realidad, es bastante corriente —repuse, encogiéndome de hombros.

—No he dicho que fuera extraordinario —me corrigió—. Dije que era interesante.

Observé las paredes de un blanco estéril y el mobiliario primitivo.

— ¿Oh? ¿Qué tiene de interesante? Yo lo encuentro más bien apagado.

—Resulta interesante porque no me dice absolutamente nada sobre usted —respondió—. Y eso, a su vez, me dice todo sobre usted.

—No se expresa con mucha claridad —comenté, acercándome al armario de los licores, ordenándole a la puerta que se dilatara.

— ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, señor Rojas? —inquirió Mandaka.

—Unos siete años.

—En siete años no ha hecho que este lugar fuera suyo. Lo encuentro interesante.

—Sigo sin comprenderle —dije, cogiendo una botella.

—Los muebles son funcionales pero sin personalidad —apuntó—. Las obras de arte son impersonales y no reflejan nada del gusto del propietario. La alfombra es vieja pero no muestra ninguna señal de desgaste, ni los utensilios de la cocina muestran señal de uso. No hay esposa, ni familia, ninguna señal de la presencia de una amante. Usted paga por un apartamento, señor Rojas, pero lo usa como si fuera un hotel: aquí no hay nada de usted. Hasta los libros y las cintas sólo son entretenimientos ligeros, elegidos por un hombre que, de vez en cuando, busca la diversión de unos minutos, nada más —hizo una pausa—. Y los rompecabezas, señor Rojas... —agitó la cabeza con tristeza—... los rompecabezas.

— ¿Qué ocurre con ellos?

— ¿Qué clase de hombre tiene cientos de rompecabezas en su dormitorio y en su estudio? Únicamente un hombre que desea llenar las horas vacías entre los trabajos que para él son importantes.

Lo miré en silencio.

—Contrasto esto con su oficina, señor Rojas —continuó—. Libros por todas partes, las paredes llenas de fotografías y hologramas de los animales más raros de la galaxia, comida y café siempre en evidencia, muebles elegidos para la comodidad en vez del anonimato, una

mezcla que siempre parece estar al borde del descontrol... ahí es donde usted vive, señor Rojas, y por lo que usted vive.

— ¿Ha venido a verme sólo para contarme eso? —pregunté, irritado por la exactitud con la que había analizado mi vida sobre la base de dos estancias y unos pocos muebles viejos.

—No —contestó—. He venido a verle para decirle que estoy seriamente descontento con usted, señor Rojas.

— ¿Oh? ¿Por qué?

— ¿Significa algo para usted el nombre de Nelson Veintitrés?

— ¿Rastreó el anuncio con tanta celeridad? —inquirí.

—Por supuesto.

—Me ha impresionado.

—Me ha irritado —replicó él—. ¿Por qué lo insertó?

—Sentí curiosidad por saber hasta dónde podían llegar sus fuentes.

—Ni mis fuentes ni yo apreciamos el hecho de ser un experimento diseñado únicamente para gratificar su curiosidad, señor Rojas —anunció con vigor—. Usted ha hecho que gastara una suma considerable de dinero para rastrear ese anuncio a Genovaith II y, luego, hasta su oficina.

—Tal vez no debí hacerlo —reconocí—. Puede descontarlo de mis emolumentos.

—Quizás ascienda a un tercio de lo que le estoy pagando.

—No importa —me encogí de hombros—. Fue un desliz por mi parte.

— ¿Valió la pena, señor Rojas? —preguntó, escrutando mi expresión.

—En realidad, no —respondí—. De hecho, me habría sorprendido que usted o sus fuentes no lo hubieran descubierto.

—Es mucho dinero para gastarlo simplemente en demostrar su teoría, señor Rojas —indicó—. ¿O es que usted no desea el dinero?

—Todo el mundo quiere el dinero —repuse.

—Pero no todo el mundo lo necesita —concluyó Mandaka. Me miró con gesto pensativo durante un momento; después, asintió—. Lo único que el dinero puede comprarle a usted es un apartamento estéril y rompecabezas triviales como los que tiene aquí. Sólo las personas como yo pueden encomendarle tareas como las de localizar los colmillos del Elefante del Kilimanjaro. —Sonrió con ironía—. Creo, señor Rojas, que usted me necesita tanto como yo al marfil.

— ¿Cuánto tiempo necesitaron los Maasai el marfil? —inquirí.

—Mucho tiempo —contestó.

— ¿Desde 1898 A.D.?

—No tanto.

—Pero seguro que desde antes de 1914 A.D., ¿no? —sugerí.

—Sí, señor Rojas —reconoció.

Sonreí con satisfacción.

—Eso pensé.

—Tal vez no debería despreciar sus juegos y sus rompecabezas —dijo Mandaka—. Le han agilizado mucho la mente.

—Gracias.

De nuevo me observó unos instantes.

—Doy por hecho que ya ha averiguado algo más de su computadora desde que cenamos a primeras horas de la noche.

—Un poco —repliqué, sacando por fin una copa y sirviéndome un trago—. En su mayor parte me ha confirmado lo que yo sospechaba —Me volví hacia él—. ¿Le sirvo una copa?

—Creo que ya se lo indiqué antes, sólo bebo leche —respondió.

—Me temo que no tengo. ¿Nos sentamos, señor Mandaka?

—Únicamente hay una silla en su cocina —indicó.

—Iremos al salón —dije, emprendiendo la marcha.

Se acercó a un rincón y se sentó en un sillón que tenía más resistencia de la que él pareció esperar; de todos modos, dio la impresión de hundirse en él; luego, incómodo, cambió de postura hasta permanecer erguido. Yo le ordené a mi sillón que se acercara a mí; entonces, de repente, recordé que el mobiliario de mi apartamento no respondía a las órdenes verbales, así que me dirigí hacia él. Ajusté los controles de modo que quedara flotando sobre el suelo unos quince centímetros, osciló suavemente y, después, me senté.

— ¿Qué le dijo su computadora esta noche? —me preguntó una vez que bebí un sorbo de mi copa y la deposité sobre una mesita.

—Cómo y por qué los británicos devolvieron el marfil a Kenia.

—Eso sucedió en el siglo XX A.D. —informó con precisión—. Creí que usted se encontraba rastreando los colmillos hacia delante en la historia.

—Y así es —repliqué—. Esto sólo requirió una parte pequeña de la capacidad de la computadora; además, tenía curiosidad por saber más de su historia.

Casi esperé que reaccionara de forma colérica, pero, a cambio, únicamente movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—John Edward Kimathi —musitó en voz baja—. ¡Nos los puso al alcance de la mano, y, a pesar de ello, no hicimos nada!

— ¿Qué hubiera hecho usted, señor Mandaka?

—Deberíamos haberlos sacado del museo y llevar a cabo lo que debía hacerse —repuso. Se detuvo y, al rato, añadió con un tono más sombrío—: Lo que todavía ha de hacerse.

— ¿Y qué es?

Me observó pensativamente.

—Si existiera alguna posibilidad de que usted me creyera, creo que se lo revelaría, señor Rojas.

—De todas formas, ¿por qué no me lo dice y deja que yo lo decida? —le sugerí.

Sacudió la cabeza.

—No puedo esperar que se esfuerce al máximo si cree que está trabajando para un loco.

—Ya creo que estoy trabajando para un criminal, y ello no me ha detenido —apunté.

Pareció divertido.

— ¿Un criminal? ¿Por qué? ¿Porque sé cómo atravesar la seguridad de su apartamento?

—Y porque, obviamente, usted no es Bukoba Mandaka.

—Le he dicho que lo soy.

—Pero el gobierno no posee ningún registro de usted —indiqué.

—Aceptó mi respuesta durante la cena.

—Fue por mis intereses que la acepté: estoy tan ansioso como usted por localizar los colmillos —callé un instante—. Usted es una figura físicamente imponente, señor Mandaka. Por lo tanto, la volveré a aceptar si insiste en ello... aunque preferiría conocer la verdad.

—Una decisión inteligente, señor Rojas. Sin embargo, a riesgo de contrariarle, debo repetirle que de verdad soy Bukoba Mandaka.

— ¿Cuándo y dónde nació?

—En la Tierra, hace cincuenta y tres años.

— ¿En la Tierra? —repetí sorprendido, ya que nunca había conocido a alguien que hubiera nacido en nuestro planeta natal.

—Correcto.

— ¿Por qué no existe ningún registro de usted? —pregunté.

—La Tierra se halla prácticamente desierta, señor Rojas; no quedan más de cincuenta millones de personas, y la oficina del censo se hallaba a medio mundo de distancia. No les resultó muy difícil a mis padres ocultar el registro de mi nacimiento.

— ¿Por qué querrían hacerlo?

—Porque sabían que llegaría el día en que yo necesitaría una libertad de movimientos

absoluta, y supusieron, de forma acertada, que también desearía libertad del escrutinio gubernamental.

— ¿Por qué querría una libertad del escrutinio gubernamental si estuviera actuando dentro de la ley?

Guardó silencio, como si meditara en cuánto debía contarme.

—Hay ciertas cosas que se requieren de mí que el gobierno no aprobaría —respondió por fin—. Y así como hasta la fecha no he cometido delito alguno, quebrantaría, sin vacilación, cualquier ley que se interpusiera entre la posesión de los colmillos y yo.

—Viajar con un pasaporte falso es un delito —le indiqué.

—No en lo que a mí respecta —repuso con firmeza, zanjando el tema.

En ese instante, la computadora parpadeó.

—Se recibe un mensaje para Duncan Rojas —anunció.

—Pásamelo —ordené.

— ¿Desea un contacto de vídeo o sólo verbal?

—Vídeo.

De repente, la imagen de Hilda Dorian apareció encima de la mesita de centro.

— ¿Sabes qué hora es? —demandó.

—Un poco más de medianoche —contesté.

— ¡Se suponía que debías llamarme en el instante que regresaras de cenar! —restalló—. Llamé a tu oficina después de que Harold y yo volviéramos del teatro y la computadora me dijo que te habías ido a casa. ¿Por qué no me has informado?

—Tengo compañía —respondí, señalando a Mandaka. Realizó un ajuste desde su terminal que le permitió a su imagen rotar de modo que pudiera observarlo.

— ¿Te encuentras en problemas? —inquirió en el acto.

—En absoluto.

— ¿Seguro? —insistió.

—Seguro, Hilda—afirmé—. Deja de tratarme como a un niño.

—Dejaré de hacerlo el día que tú dejes de comportarte como uno —respondió con aspereza—. Lo único que sabes acerca de este hombre es que la Commonwealth no tiene ningún registro de él, y, a pesar de ello, le invitas a tu apartamento.

—En realidad, yo no le he invitado —dije con ironía.

— ¿Qué significa eso? —demandó ella.

—Nada, Hilda —me apresuré a responder—. Te aseguro que no me encuentro en peligro, y me alegra tenerle aquí.

Nos miró a uno y a otro; luego, hizo una pausa y se aclaró la garganta.

—Mandaka, se lo advierto: será mejor que mañana vaya a trabajar en buenas condiciones.

Antes de que el Maasai pudiera replicar, ella había cortado la conexión.

Mandaka se quedó contemplando durante un largo rato el lugar donde su imagen había estado.

— ¿Quién era? —preguntó al fin.

—Hilda Dorian —contesté. Entonces, me di cuenta de que el nombre no significaba nada para él, y añadí—: Es la Jefe de Seguridad de Braxton.

— ¿La mujer que usted deseaba que nos acompañara a cenar?

—Sí —dije incómodo, cambiando de postura en el sillón.

—Habría sido una velada interesante —comentó con una sonrisa irónica.

—Lo siento... a veces puede ser bastante sobreprotectora. Espero que no le haya ofendido.

—No lo hizo —aseveró—. De hecho, me gustaría tener a alguien que sintiera lo mismo por mí.

—A mí me gustaría no tenerla —indiqué con una mueca.

—Lo dice porque está irritado con ella. Si alguna vez llegara a sentirse solo, solo de

verdad, atesoraría sus sentimientos.

— ¿Usted se encuentra solo de verdad?

Asintió con gesto sombrío.

—Tan solo como nunca ha estado un ser humano.

— ¿No tiene esposa?

—No.

— ¿Hijos?

Sacudió la cabeza.

—No me está permitido.

— ¿Amigos?

—Ninguno.

Callé, sintiéndome incómodo, inseguro de lo que debía decir.

—Bueno, hay cosas peores —aventuré al fin—. Mucha gente elige llevar vidas solitarias.

—Yo no elegí mi vida, señor Rojas —afirmó con convicción—. Gustoso daría todo lo que tengo por el confort de una familia, incluso por una persona que se preocupara por mí tal como su Jefe de Seguridad se preocupa por usted.

—Entonces, ¿qué le impide formar una familia? —pregunté.

—Es mi destino vivir solo y morir solo —calló un instante—. Creo que nuestras vidas son muy parecidas, señor Rojas... frías, estériles y solitarias.

—Yo no las veo nada parecidas —repuse a la defensiva.

—Si hay alguna diferencia, radica en que usted vive de esta forma por elección propia.

—Hace que parezca un recluso —objeté—. Veo gente todo el tiempo.

—Yo también.

—Y tengo mi trabajo —añadí.

—Y yo mi misión.

No me sentía muy a gusto con el camino que había tomado la conversación, y decidí cambiarlo.

—La obtención del marfil sólo es el primer paso de esa misión, ¿no? —inquirí. Asintió—. Seguro que no lo ha estado buscando durante cincuenta y tres años, de lo contrario, ya lo habría localizado.

—Es usted un hombre muy perceptivo, señor Rojas —dijo—. De hecho, llevo buscando el marfil únicamente siete años.

— ¿Qué sucedió hace siete años? —pregunté de forma directa.

Me miró con expresión pensativa; luego, se encogió de hombros.

—Conseguí determinar, sin posibilidad alguna de duda, que yo era el último Maasai vivo.

—Si esto es algo que sólo puede llevar a cabo el último Maasai, ¿por qué Leeyo Nelion buscó los colmillos? —quise saber.

—Es algo que cualquier Maasai podría haber hecho —replicó, y en su voz percibí un destello de ira—. Es algo que el último Maasai debe hacer.

— ¿Y no va a decirme lo que es?

—Pensaría que estaba loco.

—Todo este asunto tiene que ver con la pérdida de poder de los Maasai, ¿verdad?

—El poder es un término bastante elástico —respondió Mandaka—. Cuando nosotros éramos la tribu más temida de toda el África Oriental, ¿sabe la población que teníamos?

—No.

—Veinticinco mil, señor Rojas... comparados con unos dos millones de Kikuyu.

— ¿Veinticinco mil? —repetí con incredulidad—. ¿Y, aún así, lograron controlar más de un tercio del país?

—No había ningún país hasta que los jefes de estado europeos crearon de forma artificial uno —repuso—. Existía la tierra sobre la cual los Maasai habían vivido siempre, y

jamás realizamos intentos de apropiarnos de otras tierras tribales —se detuvo y forzó una sonrisa—. Entonces, en 1880 A.D., el más grande de nuestros doctores-brujos, el *mundumugu* Mbatian, predijo la llegada inminente de tres plagas procedentes del norte, y que estarían a punto de destruir al pueblo Maasai. En 1881 nos atacó la viruela, y casi el noventa por ciento de nosotros murió; en 1882 la ictericia hematúrica atacó a nuestro ganado y lo mató, salvo a un puñado que logró sobrevivir.

— ¿Y la tercera plaga? —pregunté.

—En 1883, un escocés de 29 años llamado Joseph Thomson, entró desde Mombasa a la tierra de los Maasai.

— ¿Thomson fue la tercera plaga? —inquirí, frunciendo el ceño.

—No Thomson en sí, sino el hombre blanco, que se apropió de nuestras tierras y trató de arrebatarnos nuestra cultura —respondió Mandaka. Hizo una pausa—. Todo lo que predijo Mbatian tuvo lugar, y, a pesar de ello, soportamos las tres plagas y seguimos siendo los más grandes guerreros de África Oriental. Ningún hombre joven podía convertirse en un *elmoran,* un adulto, hasta que no hubiera matado a un león con su lanza —volvió a callar, frunciendo el ceño—. Entonces, los británicos nos arrebataron nuestras lanzas y declararon que era ilegal que incluso lleváramos un escudo. Ya no podíamos matar al león, ni siquiera cuando atacaba a nuestros rebaños. Habíamos sido guerreros, y nos convirtieron en unos pastores indefensos. —De repente, como si recordara algo, se rió entre dientes—. Nunca nos llevamos muy bien con los británicos. ¿Sabía usted que los Maasai fueron la única tribu que no luchó en la primera gran guerra mundial del hombre? Los británicos exigieron que todos los africanos capacitados se presentaran a filas, y nosotros dijimos: Oh, no, nosotros ya no somos guerreros, no tenemos armas con las que luchar. Nos habéis convertido en pastores; nos quedaremos aquí con nuestras vacas y nuestras cabras.

—Perdóneme por preguntárselo—comenté, intentando comprenderlo—, pero, ¿eso qué tiene que ver con los colmillos?

—Más de lo que puede imaginar —dijo con voz súbitamente teñida de amargura—. Lo que más me enfurece es que estuvieron allí, en Nairobi, durante siglos; sin embargo, jamás se los quitamos a los Kikuyu. Hasta donde yo sé, jamás lo intentamos. —Quedó pensativo—. Fue entonces, antes de que el marfil adquiriera intereses personales, que nos lo tendríamos que haber llevado.

—Me sorprende que el gobierno renunciara a ellos —indiqué—. Dadas las pasiones que levantó durante la campaña Thiku-Kimathi, habría pensado que se trataba de un tesoro nacional.

—Y lo era.

—Entonces, ¿por qué el gobierno renunció a su posesión?

—Sin duda, se sobornó a algún burócrata Kikuyu o Luo —aventuró Mandaka con desprecio.

— ¿Desconoce los detalles? —pregunté, sorprendido.

—Sí. Lo único que sé es que en el primer milenio de la Era Galáctica los colmillos pasaron a ser propiedad privada. Nunca me ha preocupado tanto su historia como su paradero.

— ¿No le preocupa lo que sucedió? —inquirí con cierta desilusión, porque, de repente, sentí ansiedad por saberlo.

—Es obvio que a usted le importa —replicó—. ¿Cuánto tiempo le llevaría desenterrar los hechos?

—Estoy seguro de que se trata de un asunto de registro público —dije—. Y si es así, mi computadora de la Braxton no requerirá más de tres o cuatro minutos para conseguir lo que deseamos saber. —Le miré, esperanzado—. Si quiere, puedo pedírselo desde aquí mismo.

Asintió en gesto de consentimiento, y, unos pocos minutos más tarde, la computadora comenzó a brillar y a revelarnos su información a nosotros.

6

El Conservador
(16 E.G.)

Los años pesaban terriblemente sobre mi cuerpo enorme a medida que ascendía los acantilados del Valle del Rift, siempre con rumbo sur. En una ocasión, mientras dormía, las hormigas treparon al interior de mi trompa; el dolor casi me enloqueció antes de que pudiera alcanzar el agua y las ahogara. Había visto a otros de mi clase morir por semejantes invasiones, o de hambre cuando se desprendían de su último par de dientes, o por el ataque de los predadores cuando se tumbaban, demasiado débiles y cansados para defenderse... pero yo sabía que esos destinos no me habían sido concedidos a mí.

El tiempo me presionaba, quemándome las entrañas igual que el sol quemaba mi espalda, obligándome a continuar mi avance. Una leona, que se alimentaba de un kobo, me gruñó, dispuesta a defender su terreno; alcé mi trompa y le rugí a ella, y retrocedió, sin atreverse siquiera a mostrarme los dientes cuando pasé a su lado. Un cocodrilo atacó mi pata cuando crucé una corriente poco profunda; lo cogí y lo partí en dos. Una manada de impalas me bloqueó el camino; cargué contra ellas, imponiendo mi derecho a estar allí, y huyeron dominadas por el terror.

Mi humor se hizo irritable y mi espíritu se agrió a medida que obligaba a mi viejo cuerpo a proseguir su viaje. No sufrí en silencio, sino que quebré la quietud del aire africano con ráfagas agudas de cólera, advirtiéndoles tanto al hombre como a las bestias que no se cruzaran en mi camino en mi marcha para enfrentarme a mi destino.

El Museo de Antigüedades Africanas era una estructura magnífica aunque con un nombre poco adecuado. Primero, porque cubría sólo un período de trescientos años, desde 1780 hasta el 2080 A.D.; segundo, porque no abarcaba toda África, ni siquiera África Oriental, sino únicamente las reliquias del pasado de Kenia, tal como le correspondía a una institución que había sido trasladada por completo desde Nairobi a su nuevo edificio de mármol y cristal en el planeta colonia de Nueva Kenia.

Nueva Kenia era un mundo que rebosaba con abundancia de formas de vida, atravesado por cientos de ríos cristalinos, bendecido con una tierra fértil, que había sido cedido a la superpoblada nación de Kenia por la República poco después del advenimiento de la Era Galáctica en el siglo 30 A.D. Surgió un gran deseo de llamar a la capital Nueva Nairobi, pero, con el tiempo, llevó el nombre de Ciudad Keniata, en honor del *Mzee,* el Anciano Sabio, que había liberado a Kenia de los británicos, guiándola en sus primeros y vacilantes años de independencia. Ciudad Keniata ahora tenía medio millón de habitantes, y otro millón vivía en los principados de Nueva Mombasa, Pequeña Naivasha, Ciudad Nyerere, y Ciudad de Kericho, y los restantes doscientos mil vivían y trabajaban en las granjas que intentaban un esfuerzo vigoroso por rodear al mundo colonia en su ecuador.

Al igual que todos los planetas colonia con éxito, Nueva Kenia había sobrevivido a una terraformación mínima, algunos influjos de población importantes, y algunos ajustes políticos serios a medida que se convertía en un miembro en funciones de la recién nacida, aunque fuerte, República de la Humanidad. Los nuevos ataques bacteriológicos fueron parados con nuevos medicamentos, las nuevas condiciones de la tierra fueron cubiertas con nuevos híbridos de cosecha, las nuevas responsabilidades como miembro de la comunidad galáctica fueron encaradas con nuevos departamentos gubernamentales, y las nuevas deudas fueron

Librodot

pagadas con nuevas fuentes impositivas.

Y cuando los impuestos alcanzaron unos límites que el gobierno no se atrevió a traspasar, se ajustaron los cinturones y se hizo un recorte de gastos. Uno de esos cortes afectó al presupuesto operativo del Museo de Antigüedades Africanas.

—La situación es la siguiente —anunció Joshua Kijano, el Conservador Jefe del museo, a sus jefes de departamento—. Ahora sólo abriremos al público durante tres horas al día, cuatro días a la semana. Nuestro personal de mantenimiento y de seguridad ha sido reducido a la mitad. Se le ha pedido a todo el personal que acepte un corte de salario de un quince por ciento. Sus nuevos sueldos estarán congelados, y no habrá ningún aumento de acuerdo con el coste de la vida en el futuro próximo. Si alguno de ustedes cree que no puede trabajar bajo estas condiciones, lo entenderé, y me encantará escribirles una carta de recomendación para sus *curriculums vitae.* —hizo una pausa y observó a sus seis jefes; luego, suspiró—. Bueno, todos sabíamos que esto iba a suceder. Estoy seguro de que querrán disponer de tiempo para considerar sus opciones. Estaré en mi despacho el resto del día, y también mañana hasta el mediodía. —Miró directamente a una mujer regordeta, con el cabello blanco—. Esther, me gustaría que te quedaras un momento.

Todos los demás se marcharon, hablando entre sí en voz baja y preocupada, y Esther Kamau se quedó en el despacho casi sin muebles de Kijano. Exhibía los diplomas y los premios habituales, pero carecía de los objetos y las rarezas que, usualmente, llenan el despacho de un conservador hasta abarrotarlo.

—Por favor, siéntate, Esther —dijo, rodeando su lustroso escritorio para ir a su propio sillón.

— ¿Está muy mal la situación, Joshua? —preguntó, sentándose enfrente de él.

—Terrible —respondió—. Entre los dos, ¿cuántos años le hemos entregado al museo... setenta y cinco? ¿Ochenta?

—Ochenta y tres —repuso ella—. Y ahora quieren eliminarlo, ¿verdad?

—No todo.

—Sólo las partes importantes —comentó ella.

—Todas son partes importantes.

—Entonces, las partes en las que tú y yo hemos trabajado nuestra vida —corrigió.

Él asintió.

—Sin duda, eres consciente de que hemos recibido una oferta por la colección de mariposas.

—Cuando estábamos en la Tierra, se necesitaron más de cinco siglos para reunir esa colección —indicó—. ¿Es que eso no significa nada para ellos?

—Obviamente, no —replicó él—. En cualquier caso, el Museo de Historia Natural de Londres II ofrece un precio importante.

—No existe manera alguna de que podamos ponerle un precio a la colección de mariposas. Es la colección de ese tipo más completa que jamás se ha reunido.

—Nosotros no le pusimos un precio —repuso él con tristeza—. Fueron ellos. Y, lamentablemente, plantearon su oferta directamente al gobierno.

—No son estúpidos —dijo ella—. Sabían que nosotros la rechazaríamos.

—También sabían que algún burócrata recién nombrado vería, de repente, al museo como una nueve fuente de ingresos —replicó Kijano. La miró por encima de la superficie del escritorio—. Contra eso he estado luchando las dos últimas semanas.

—Creí que luchabas por nuestro presupuesto.

Sacudió la cabeza con gesto sombrío.

—Es lo que le dije a los demás. De hecho, perdí esa batalla en los primeros veinte minutos —calló un instante—. He estado luchando para salvar al museo.

— ¿Y...?

—Hemos llegado a un compromiso.

— ¿Las mariposas?

—Las mariposas sólo son el principio —contestó con amargura.

— ¿Qué, entonces? —demandó con aprensión.

—Acordaron que todos los departamentos relacionados directamente con la herencia cultural de Nueva Kenia deberían permanecer intactos... Creí que debería advertirte, antes de que hicieras algún plan serio para quedarte aquí como Conservadora de la Exposición de Animales, que no pude proteger tu departamento.

—Lo sabía —comentó ella con voz inexpresiva.

—He presentado mi dimisión en señal de protesta, efectiva dentro de dos semanas a partir de hoy —dijo él—. ¿Por qué no piensas en hacer lo mismo, Esther? La República tiene un montón de museos que estarían encantados de tener a dos conservadores de nuestra experiencia.

— ¿Y dejar que algún burócrata que no sabe distinguir a un mamífero de un reptil desmantele lo que a ti y a mí nos llevó toda una vida construir? —preguntó ella—. Nuestra fauna salvaje es herencia nuestra, como nuestro arte y costumbres tribales, Joshua. ¡Nuestra relación con ella nos ayudó a ser lo que somos!

Kijano emitió un suspiro prolongado.

—Tú lo sabes y yo lo sé, pero no pude conseguir que el gobierno lo viera de esa forma. —Jugó nerviosamente con sus manos y, finalmente, las entrelazó con firmeza—. Su postura es que los otros departamentos exhiben la historia y la cultura de la herencia del pueblo que vive aquí, en Nueva Kenia, mientras que el Departamento de Exposición de Animales sólo ofrece las muestras que serían más apropiadas para un museo de historia natural emplazado en la misma Tierra.

— ¡Eso es completamente ridículo!

—Lo sé —comentó con cansancio—. Pero estaban determinados a vender algo, y fue lo mejor que pude obtener.

— ¿No saben que esas piezas son irreemplazables? —demandó acalorada Esther Kamau—. ¡En cuanto vendan las mariposas o las conchas marinas, jamás se podrá organizar otra colección similar!

—Claro que lo saben —replicó Kijano—. Pero existe una diferencia entre saberlo y que te importe. Éstos son políticos: ahora mismo lo único que les preocupa es una inflación del veintinueve por ciento y el cambio tan pobre que obtiene el chelín con respecto al crédito de la República.

—La economía no mejorará se venda o no se venda una colección de valor incalculable que llevó más de un milenio reunir.

—No les importa en qué condición se encuentre la economía dentro de cinco o diez años —le explicó con paciencia—. Todos han de presentarse a las elecciones dentro de dos años.

—Una colección de mariposas no les va a solucionar los problemas —insistió ella, obstinada.

—Estamos hablando de algo más que de una colección de mariposas —dijo él.

— ¿Quedará algo cuando terminen con las subastas, Joshua?

—Eso espero. Han aceptado que nos quedemos con unas pocas de las exhibiciones más importantes: el bongo y el okapi, Ahmed de Marsabit, la perca récord del Nilo, el último impala, el último leopardo...

—Tenemos más de seis mil piezas en exposición, ¿y quieres decirme que quedarnos con seis es un compromiso?

—No —replicó él—. El compromiso es mantener los otros cinco departamentos intactos.

— ¡Bueno, pues yo creo que esto apesta!

—Y yo, pero la alternativa era peor.

Ella calló, considerando sus opciones.

— ¿No podemos conseguir que la prensa se ponga de nuestro lado? —preguntó

finalmente.

—Ya lo he intentado —explicó Kijano—. A las cadenas no les importa, y al tipo de publicaciones que sí les interesa llegan, quizás, al dos por ciento de la población, y ésos estaban de nuestra parte desde el principio.

—No lo intentaste con suficiente énfasis —le acusó ella.

—Eso no es justo, Esther—le reprochó Kijano—. A ti únicamente te preocupa tu departamento; yo luchaba por todo el museo.

—Lo siento —dijo ella con gentileza—. Sé que hiciste lo que podías —calló un instante—. Pero no bastó. Hemos de pensar en otra cosa. ¡No podemos dejar que un puñado de políticos egoístas, estrechos de mente, ignorantes e inmorales, desmantelen una colección que necesitó siglos para completarse!

—No queda nada por hacer —explicó Kijano con un tono de derrota.

—Siempre hay algo.

—No puedo permitir que hagas algo que ponga en peligro al resto del museo —le advirtió.

Ella le observó durante un buen rato.

—Eres un buen hombre, Joshua, pero muy ingenuo —afirmó—. ¿No te das cuenta de que si dejas que se salgan con la suya en esto, pronto le seguirán los otros departamentos? Estás sentado sobre unas joyas que valen millones de chelines. ¿Cuánto tiempo crees que conseguirás mantenerlas, una vez que se hayan quedado sin conchas marinas y leones embalsamados?

—Tengo su palabra... —comenzó.

Ella bufó con desprecio.

— ¿Cuánto crees que valdrá su palabra en el momento que hayan desarticulado el Departamento de Exposición de Animales?

—No mucho —reconoció él—. Ésa es la razón por la que he presentado mi dimisión. He dedicado casi toda mi vida al museo para ver cómo lo venden pieza por pieza —calló—. ¿Estás segura de que no quieres meditar lo de tu dimisión?

Ella sacudió la cabeza.

—No podemos salir corriendo todos, o no quedará nadie que les haga frente. Hay que detenerlos, Joshua.

—Son el gobierno —dijo él—. No puedes detenerlos.

—Pero puedo intentarlo —respondió ella.

La Junta de Directores del museo, muchos de los cuales ostentaban cargos políticos, se negó a aceptar la dimisión de Joshua Kijano, e insistió en que terminara su contrato y se encargara de la dispersión del Departamento de Exhibición de Animales. Él los llevó a juicio, perdió, y, a regañadientes, acordó quedarse los catorce meses que le restaban de contrato.

La colección de mariposas fue la primera en venderse. Ya se había llegado a un acuerdo con un comprador, y Esther Kamau se vio impotente para detenerlo.

Después, se convirtió en una acción de contención, en una guerra de desgaste con la esperanza de que la economía mejorara antes de la última batalla.

El museo de Binder X quería la colección de animales de las planicies. Ella se puso en contacto con su colega a través de un intermediario, le explicó la situación y consiguió salvar el búfalo y los carnívoros al tiempo que cedía las gacelas y los antílopes.

La universidad de Sirio V deseaba los fósiles del lago Turkana. Falseó el inventario y guardó los diecinueve especímenes más valiosos, fletándoles los restantes doscientos treinta y seis después de retrasar el proceso todo lo que pudo.

La colección de conchas marinas, compuesta por unas dieciocho mil piezas, fue la siguiente en venderse, y por ella pujaron Greenveldt y Pollux IV. Tenía un amigo comprensivo en la junta del Museo de Greenveldt, por lo que aceptó su oferta y con su complicidad, logró mantener doscientas de las conchas más raras.

Entonces, Gregory Rousseau, gobernador de Dédalo II, un millonario que había amasado su fortuna construyendo naves espaciales para los militares y que pasaba la mayor parte de su tiempo libre cazando en la Frontera Interior, anunció que quería los colmillos del afamado Elefante del Kilimanjaro para su colección privada.

Ella esperó dos semanas; luego, le envió un mensaje en el que le explicaba que los colmillos no se encontraban entre los artículos que el museo había sacado a la venta.

Cuando no volvió a saber nada de él, supuso que el tema había quedado zanjado... pero, un mes más tarde, Joshua Kijano la llamó a su oficina.

Él esperó a que ella se sentara antes de sacar una carta personal de Rousseau, que empujó por la superficie del escritorio en su dirección. Ella le echó un vistazo fugaz, suspiró y volvió a dejarla sobre la mesa.

— ¿Le dijiste al gobernador Rousseau que los colmillos del Elefante del Kilimanjaro no estaban a la venta? —preguntó.

—Sí.

—Tienes una copia de la lista de los ejemplares que no se venden que yo negocié con el gobierno, Esther... y los colmillos no figuran en ella.

—Éste es un caso especial —replicó—. Los colmillos del Elefante del Kilimanjaro no sólo son el trofeo más grande jamás conseguido, sino que también tienen un significado histórico.

— ¿Cuál es?

—Fueron el tema central de la campaña presidencial en Kenia en el año 2057A.D.

— ¿De verdad? —preguntó él, sorprendido—. No sabía nada al respecto.

—Entonces, permite que te recomiende algunos libros y cintas históricos —indicó ella—. Es lo más importante que posee el museo.

—Me gustaría ver esos libros —reconoció él con sinceridad—. Si lo que dices es verdad, puedo ir al gobierno y presentarles el caso para que se conserven los colmillos. —De repente, el entusiasmo se desvaneció de su rostro.

— ¿Qué sucede, Joshua?

—Jamás lo aceptarán —repuso con un suspiro—. El gobernador Rousseau nos ha ofrecido trescientos mil créditos. ¡Eso asciende a más de dos millones de chelines de Nueva Kenia!

—Yo creí que habíamos hablado de venderle nuestras colecciones a otros museos, de modo que la gente siempre tuviera acceso a ellas. ¡Este hombre ni siquiera es keniata, Joshua, y los quiere para su propia colección personal!

—El gobierno no lo verá de esa forma —dijo Kijano—. Verán sus trescientos mil créditos y saltarán felices ante su oferta.

—Por esa cantidad, podemos venderle uno de nuestros dos últimos rinocerontes.

—No quiere un rinoceronte —comentó Kijano—. Quiere los colmillos. Fue muy claro en su petición.

—Si lo que busca son los colmillos, dile que triplique su oferta y podrá llevarse a Ahmed —indicó ella—. Pero los colmillos del Elefante del Kilimanjaro han de permanecer aquí.

—Ahmed de Marsabit es el elefante más famoso de nuestra historia —replicó Kijano—, el único animal que alguna vez fue protegido por un decreto presidencial... y no por cualquier presidente, sino por el mismo *Mzee.* El gobierno ya ha acordado permitir que lo guardemos.

—El marfil del Elefante del Kilimanjaro es más importante —insistió ella.

—Pero no figura en la lista.

— ¡No me importa la lista! —restalló—. Yo soy la conservadora del Departamento de Exhibición de Animales, ¡y te digo que los colmillos son el artículo más importante que poseemos!

La observó durante un buen rato; luego, suspiró cansinamente.

—Esther, si rechazo su oferta, se pondrá en contacto con el gobierno y ellos la

aceptarán. Lo único que conseguirá la negativa es posponer lo inevitable.

—Entonces, pospongámosla—señaló ella—. ¿Qué pueden hacer... despedirte? Ya renunciaste y no lo permitieron.

Él sonrió.

—Tienes razón. —La sonrisa desapareció de su cara—. Pero él irá al gobierno una vez que rechace su oferta. Después de todo, es un gobernador planetario; tiene muchos amigos en las altas esferas.

—Estoy convencida de que lo hará —acordó ella—. No obstante, tú y yo no formamos un ejército. Sólo podemos librar esta batalla día tras día.

Tres semanas más tarde, el representante de Rousseau se dirigió al gobierno de Nueva Kenia, el dinero cambió de manos, y Esther Kamau, después de meditarlo seriamente, dominó su dolor y su ira el tiempo suficiente para elegir su último campo de batalla.

Diecisiete días después, la computadora sonó y Esther Kamau alzó la vista de su atiborrado escritorio. -¿Sí?

—Soy Joshua —dijo Kijano—. Ha llegado.

— ¿Quién ha llegado?

—El gobernador Rousseau —Kijano hizo una pausa incómoda—. Si te va a resultar muy doloroso, yo le llevaré hasta los colmillos.

—No —repuso ella, poniéndose de pie—. Te veré allí.

Atravesó los pasillos prístinos, dejó atrás los expositores vacíos y los pedestales desnudos, y, finalmente, entró en la pequeña sala que albergaba las dos columnas de marfil en una enorme caja de cristal.

Unos pocos minutos más tarde, Kijano entró en la cámara acompañado por un hombre alto, bronceado, musculoso y de mediana edad, que mostraba una tupida mata de cabello gris. Un cuarteto de hombres más jóvenes le seguía a una distancia respetuosa.

—Esther —dijo Kijano—, éste es el gobernador Gregory Rousseau, de Dédalo II.

—Lo sé —afirmó ella, ignorando la mano extendida del gobernador al tiempo que le miraba fijamente.

— ¿Algo va mal? —inquirió con curiosidad el gobernador.

—Sólo quiero ver qué clase de hombre compra los trofeos de otro cazador—repuso ella de forma directa.

—Yo no soy únicamente un cazador —indicó Rousseau con voz suave—. También soy un coleccionista —hizo una pausa—. Sé que usted no deseaba vender los colmillos. Deje que le asegure que serán protegidos con los mejores sistemas de seguridad que pueda comprar el dinero.

—Estoy convencida de que así será —dijo ella— Y también sé que nadie, salvo usted y sus amigos, volverán a verlos alguna vez.

—De vez en cuando abro mi mansión al público —contestó él impasible.

—Nuestro museo está abierto al público todos los días.

—Pero su público está más preocupado con la deuda nacional que con sus tesoros nacionales —apuntó él con una sonrisa—. Créame, éste es el mejor trato para las partes implicadas.

—No le creo, gobernador —repuso ella.

Pareció que él le iba a responder; luego, se encogió de hombros y se volvió con una expresión inquisitiva hacia Kijano.

—El gobernador ha traído un equipo de hombres para que se lleve el marfil a su nave particular —le informó Kijano.

—He meditado largamente en el asunto —comentó Esther—, y no puedo permitirlo.

— ¿Qué? —demandó Rousseau.

—La crisis económica es algo momentáneo —afirmó ella lentamente—. Los colmillos del Elefante del Kilimanjaro pertenecen a las eras. Lamento que usted haya sido presentado

como el villano de la obra, pero he dedicado toda mi vida a preservar las antigüedades para el público. Lo he hecho porque, una vez que se perdieran, jamás podrían ser reemplazadas o recreadas, y no puedo permitir que una crasa decisión del gobierno nos prive de nuestras piezas más atesoradas.

—Creo que usted no comprende la situación —indicó Rousseau—. Simpatizo con su punto de vista, pero los colmillos son míos. Ya han sido pagados.

—Entonces, ruego a un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida al servicio público, que sirva al público una vez más y los done de nuevo al museo —dijo Esther.

—Imposible —repuso él sin ambages—. He pagado por ellos y son míos, y he venido a llevármelos conmigo al sistema Dédalo.

—No van a ir a ninguna parte —replicó ella con calma.

— ¿De qué está hablando? —exigió Rousseau.

—Esther, ¿qué sucede? —añadió Kijano, con expresión muy preocupada.

—Joshua —comentó ella, encarándose con él—, hemos de trazar una línea divisoria en algún lugar. No podemos dejar que ellos destruyan lo que requirió mil quinientos años reunir.

—Eso me suena claramente a una amenaza —intervino Rousseau, que ya no se mostraba divertido ni comprensivo.

—Es exactamente eso, gobernador —aseveró ella.

— ¿Y cómo piensa una mujer desarmada impedir que mis hombres se lleven los colmillos? —preguntó él.

—Una mujer desarmada no podría detenerle —acordó ella—. Ésa es la razón por la que coloqué un explosivo en la base de los colmillos. En el momento en que alguien los toque, destrozará esta ala del museo y todo lo que hay en su interior.

— ¿De qué colmillo? —inquirió Rousseau, frunciendo el ceño.

—Me parece que no voy a revelárselo.

— ¡Esto es ridículo! —exclamó—. Sencillamente, haré que venga un equipo de demolición y desmonte el aparato, y lo único que habrá cambiado será que usted pasará algunos años en la cárcel.

—Se trata de un mecanismo muy sensible —explicó ella con calma—. La más ligera vibración hará detonar el explosivo.

Rousseau se volvió una vez mas hacia Kijano.

— ¿Está diciendo la verdad?

—No tengo ni idea —reconoció Kijano.

— ¿Qué piensa usted?

—Creo —respondió Kijano, meditando con sumo cuidado su contestación— que no me gustaría encontrarme dentro del museo si usted se decide a mover los colmillos.

Rousseau le ordenó a sus hombres que aguardaran fuera; luego, centró su atención en Esther Kamau.

—De acuerdo —aceptó—. ¿Qué desea? ¿Más dinero?

—Si quisiera dinero, su oferta habría bastado —replicó ella.

—Entonces, ¿qué desea?

—Tal vez debería explicarle lo que no deseo.

—Por favor, hágalo —dijo Rousseau.

—Este museo, no el edificio, que es nuevo, sino las exposiciones, que son antiguas, ha sido toda mi vida. Para explicarlo aún más, casi doscientos científicos dedicados por completo a su trabajo han hecho que fuera el trabajo de su vida durante los últimos quince siglos. Sin lugar a dudas, lo hicieron por la gloria personal y por la curiosidad... pero también lo hicieron por el pueblo de Kenia, y nosotros ahora continuamos su trabajo por el pueblo de Nueva Kenia. Ésta es nuestra historia, nuestro pasado; es todo lo que hemos sido y todo lo que somos ahora, y, como tal, pertenece al pueblo. Lo que no deseo, y no debo permitir, es la lenta y diaria mutilación del museo —se detuvo un instante—. Preferiría destruirlo de una sola vez.

—Pero no me negará que la venta de sus tesoros es mejor que su destrucción —comentó

Rousseau—. Yo, por ejemplo, estoy dispuesto a firmar un acuerdo en el que acepto la opción de que usted vuelva a comprar los colmillos si yo o alguno de mis herederos, alguna vez queremos venderlos, y estoy seguro de que el resto de los compradores aceptará realizar la misma concesión.

— ¿Para qué sirve semejante acuerdo cuando las piezas en cuestión se diseminarán a través de doscientos años luz, si lo más posible es que algunos no salgan al mercado en milenios? —respondió ella.

—Por lo menos, el acuerdo le ofrece la posibilidad de, llegado el momento, corregir lo que usted considera un error desastroso por parte de su gobierno —señaló Rousseau—. La destrucción de los colmillos y de las otras piezas eliminaría incluso esa posibilidad.

—Existe una tercera alternativa —indicó ella.

— ¿Cuál?

—Deje que los colmillos se queden aquí, donde pertenecen.

Él sacudió la cabeza, no sin cierta compasión.

—No puedo permitir que me extorsione.

—Entonces, escuche lo que le digo acerca del museo y olvídese del mecanismo explosivo, deje que razone con usted.

—Primero, desactive el aparato; luego, la escucharé.

—No confío en usted, gobernador.

— ¿Para escucharla?

—Para tomar la decisión correcta después.

Él guardó silencio durante unos momentos y observó las dos columnas de marfil; después, la miró a ella.

— ¿Por qué los colmillos? —preguntó al fin.

—No le entiendo.

—Sé con certeza que ustedes han vendido la mayor parte de sus animales embalsamados, al igual que sus colecciones de conchas marinas y de mariposas. ¿Qué tienen los colmillos que le han hecho adoptar esta postura?

—Representan todo aquello que convirtieron a Kenia en un gran país —respondió ella.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó—. Estoy al corriente de que desconozco gran parte de su historia, pero di por hecho que eran los trofeos de una expedición de caza.

Ella negó con la cabeza y observó el marfil.

—Son Kenia —afirmó con pasión—. Kenia era animales salvajes, y éstos pertenecieron al mayor de todos ellos. Kenia era un mercado de marfil, y fueron vendidos en subasta. Kenia fue una colonia que logró su independencia de Gran Bretaña, y representan el último vestigio del colonialismo británico. Kenia ha producido grandes hombres, y los colmillos fueron una parte fundamental en permitir que uno de los más grandes, Jacob Thiku, finalizara el trabajo que había iniciado. Kenia se ha expandido a las estrellas, y ellos han viajado con nosotros. Kenia es el microcosmos de la evolución humana, desde el hombre primitivo, al habitante de la ciudad hasta el viajero de las estrellas, y han sobrevivido a cada época. Son el bastión de la historia keniata —hizo una pausa y le observó—. Todo lo que somos reside en ellos.

—Ya veo —comentó Rousseau, escrutándola con detenimiento—. Deben de poseer un significado enorme para usted.

—Para todos los keniatas —le corrigió.

—Pero, en especial, para su conservadora.

—Es mi trabajo preservarlos para todas las edades —explicó—. Ésa es la razón por la que no puedo permitir que se los lleve. ¿Lo comprende ahora?

Le sonrió.

—Oh, sí —replicó—. Ahora lo entiendo por completo. —Se volvió hacia Kijano—. ¿Tiene las llaves del expositor?

—No tiene llaves —contestó Kijano—. Responde a la huella del pulgar de los directores de departamento.

Librodot

—Por favor, ábralo —ordenó Rousseau.

—Pero el mecanismo...

—No hay ningún mecanismo —aseveró Rousseau confiado.

Kijano se acercó al expositor con recelo y colocó el pulgar delante del escáner, y la puerta de cristal se deslizó a un lado.

Rousseau se aproximó y tocó alternativamente cada uno de los colmillos; después, miró a Esther Kamau.

—No presentaré cargos contra usted —le dijo—. Sería como encerrar a un sacerdote por proteger el Santo Grial.

Abandonó la cámara para ir en busca de sus hombres, y Esther, pasado un momento de silencio, se encaró con su viejo amigo.

—Lo siento, Joshua —dijo—. Pero tenía que intentarlo.

—Lo sé —repuso Kijano.

—No podía dejar que se los llevaran.

—Jamás creí que podrías —comentó con suavidad.

El Museo de Antigüedades Africanas vendió su última pieza —una lanza Nandi tallada a mano— menos de un año después.

Esther Kamau no estaba para presenciar ese acontecimiento. Había muerto, y los médicos no pudieron determinar ninguna causa salvo la ausencia de voluntad para vivir, siete meses antes. Joshua Kijano envió una solicitud al gobierno para que levantaran un monumento pequeño y modesto en su tumba. La solicitud no fue tomada en consideración hasta pasados seis años, momento en el que Kijano también había muerto, y nadie sabía lo que había hecho Esther Kamau para merecer semejante gasto del gobierno, de modo que la solicitud fue archivada y, pronto, se la olvidó en la agitación que se levantó al saberse que el programa de austeridad del gobierno había tenido tanto éxito que la economía empezaba a estancarse, momento en que los expertos se desesperaron en buscar nuevos métodos para estimularla.

El museo, que llevaba vacío media década, fue restaurado y remodelado, emergiendo de su limpieza unos meses más tarde como el enorme y nuevo Ministerio de Desarrollo Económico. Todo el mundo en el gobierno de Nueva Kenia se sintió orgulloso por el hecho de que, al fin, habían encontrado una función adecuada para un viejo edificio abandonado que, en apariencia, había sobrevivido a su utilidad.

Sexto Interludio
(6303 E.G.)

La computadora dejó de brillar y Mandaka me miró desde el otro extremo de la estancia.

— ¿Se ha visto saciada su curiosidad? —inquirió.

—Por el momento —repliqué.

—Lo irónico es que el único keniata que trató de salvar los colmillos ni siquiera era un Maasai —comentó.

— ¿Oh? ¿Cómo lo sabe?

—Kamau es un nombre Kikuyu —explicó Mandaka—. Pero el mero hecho de que ella ostentara un puesto de privilegio y de autoridad bastó para indicarme que no pertenecía a los Maasai —añadió con tono amargo.

— ¿Por qué? —pregunté.

—Ya es tarde y tengo sed, señor Rojas —repuso, poniéndose de pie y estirando su cuerpo inmenso—. Creo que me marcharé a casa.

—Yo no tengo sueño —dije—. Me encantaría acompañarle si vive cerca.

—No vivo cerca —respondió—. ¿Desea acompañarme aún?

—Sí.

— ¿Y ver cómo vive el último de los Maasai? —preguntó, divertido.

—Supongo que como cualquier otra persona —aventuré.

—No cree eso ni por un instante, señor Rojas —dijo Mandaka.

—No, no lo creo —reconocí.

—Otra vez esa terrible curiosidad —comentó, impasible-—. De acuerdo, señor Rojas... le mostraré lo que nadie más ha visto desde que establecí mi residencia en este planeta.

—Gracias.

Se dirigió a la puerta, esperó hasta que ordené que las luces se atenuaran y salió al pasillo, donde aguardó con paciencia mientras yo reprogramaba el sistema de seguridad y la cerradura.

—No considero que esto le mantenga fuera —comenté—, pero siempre existe la posibilidad de que alguien le observara. Por lo menos, así tendrán que realizar un esfuerzo extra.

—Yo no me preocuparía, señor Rojas —indicó Mandaka—. No tiene nada que alguien pudiera desear.

Iba a darle una réplica irritada cuando me di cuenta de que estaba en lo cierto, de modo que permanecí en silencio y le conduje hasta el ascensor de aire. Descendimos suavemente a la planta baja. El portero hesporita había dejado su turno a una mujer mendoriana, una adorable y felina criatura con unos músculos muy ágiles y un sedoso pelaje amarillo. Le dije que, con toda probabilidad, no regresaría hasta la noche siguiente, ya que pensaba dirigirme a la oficina en cuanto abandonara el apartamento de Mandaka.

Salimos por la puerta principal, cogimos una acera deslizante lenta hasta la siguiente intersección y, entonces, cruzamos hasta la acera expreso con rumbo oeste, que nos llevó a través de la ciudad y nos depositó en el lado oeste en menos de cinco minutos. Realizamos tres transferencias más a las aceras deslizantes locales y, pasado un tiempo, nos hallamos de pie ante un edificio alto de cristal y cromo que brillaba bajo la luz de la luna.

—Mi humilde choza con techo de paja —anunció Mandaka con sonrisa sardónica.

Pasamos por un rígido sistema de seguridad en la entrada principal; luego, nos dirigimos a la izquierda del hall y subimos en un ascensor de aire privado que nos llevó directamente al último piso, donde salimos a unas setenta y ocho plantas por encima del nivel del suelo. Nos adentramos en un largo y enmoquetado pasillo que se hallaba brillantemente iluminado por una fuente oculta, giramos a la derecha y bajamos medio pasillo, deteniéndonos al llegar a la primera puerta.

Mandaka murmuró algo en una lengua que nunca antes había oído, esperamos que el sistema de seguridad identificara su retina y su estructura ósea, y, después, colocó la palma de su mano en un mecanismo sensor, momento en el que la puerta se dilató el tiempo suficiente para que entráramos en su apartamento; luego, se cerró en silencio y con firmeza detrás nuestro.

—Luces —ordenó Mandaka; de repente, todo el apartamento quedó iluminado.

Me encontré de pie en un pequeño y sucio patio, rodeado por una barrera casi impenetrable de matorrales de espinos. A mi derecha había una choza con techo de paja, cuyas paredes parecían estar construidas de barro reseco. Donde debía haber habido unas paredes blancas y lustrosas, se veía una panorámica de una sabana desnuda y seca por el sol.

Le seguí a través del recinto al interior de la choza. En lugar de muebles, únicamente había un trío de esteras primitivas. Un fuego ardía en el centro, aunque no proyectaba calor alguno... lo que me proporcionó la pista que necesitaba.

— ¿Es una proyección holográfica? —pregunté.

Mandaka asintió.

—Sí. En realidad, se halla de pie sobre una alfombra, y tengo la certeza de que al propietario no le agradaría tener una choza construida con estiércol de vaca. Elegí este

apartamento en particular porque el techo tiene unos cinco metros de altura, lo que permite más alcance a las proyecciones. —Sonrió—. Debo cambiarme de ropa. Estaré con usted en un momento.

Con esas palabras, bajó la cabeza y atravesó la pequeña puerta de la choza imaginaria, aunque, por supuesto, podría haber permanecido erguido y caminar a través de la proyección. Mientras le esperaba, examiné mi entorno con más detalle. Apoyadas contra una pared había dos lanzas largas, sus puntas de metal de la misma medida que las varas de madera; toqué una con cautela y descubrí que era real. Me pareció escuchar el balido de un animal pequeño, pero no pude percibirlo, y llegué a la conclusión de que se trataba de otra proyección. Había una olla que contenía unas verduras aplastadas sobre el fuego, y eso también resultó ser otra ilusión.

—Bienvenido a mi hogar, señor Rojas —dijo Mandaka, entrando de nuevo en la choza.

Se había quitado por completo sus ropas y ahora llevaba una capa roja que le colgaba suelta de un hombro y le llegaba hasta las rodillas.

En una mano sostenía una calabaza antigua que contenía leche; la alzó hasta llevársela a los labios. Después de tomar un buen trago, la depositó con cuidado sobre el suelo.

—Es... inusual —comenté.

—Soy el último Maasai —dijo, sentándose con las piernas cruzadas sobre una estera al lado del fuego—. No queda nadie más para honrar o seguir las viejas costumbres.

—Esto no es para impresionarme —indiqué, perplejo—. Usted de verdad vive así.

—Sigo todas las viejas costumbres que no me hacen entrar en conflicto con las autoridades —replicó—. Lo que significa que no mato cabras ni leo sus entrañas, ni que tampoco he demostrado mi hombría matando a un león con una lanza

—Sería un buen truco —comenté—. El último león murió en el 2088 A.D.

—Ah, sí... ¡el experto de la Wilford Braxton! —exclamó, riéndose entre dientes.

—Los Maasai también calibraban sus riquezas de acuerdo con el número de ganado que poseían —añadí—. Sin embargo, no veo ninguna res holográfica más allá de la puerta.

—Porque mi ganado es real, señor Rojas —repuso—. Poseo ganado en once mundos distintos. Así es como amasé mi fortuna.

— ¿He de suponer que todas las otras habitaciones de su apartamento... evocan tiempos pasados?

—Salvo por mi despacho, desde el cual controlo la compra y la venta de mi ganado.

Callé un instante, tratando de pensar en una forma educada de plantear mi siguiente pregunta. No se me ocurrió ninguna, así que la solté directamente:

— ¿No le resulta incómodo?

—Lo encuentro necesario, señor Rojas —contestó con seriedad—. Cuando haya muerto, no quedará nadie que recuerde nuestras tradiciones o que las repita. Éramos un pueblo noble, señor Rojas; desdeñamos todas las trampas de la civilización occidental hasta mucho después que todas las tribus hubieran asimilado su cultura. Vivíamos en armonía con nuestro entorno, no le pedíamos favores a nadie y ninguno ofrecíamos. Sólo pedíamos que se nos dejara vivir como siempre lo habíamos hecho... —su voz se perdió en el silencio durante un momento, y pareció quedar ensimismado—. ¿Sabía, señor Rojas, que incluso practicábamos la conservación con nuestro propio ganado? Mezclábamos su sangre con su leche, pero jamás los matábamos.

— ¿Todo su pueblo vivía de leche y sangre? —inquirí, sorprendido.

—En su mayor parte —hizo una pausa, y su mirada se centró en un punto del espacio y del tiempo que únicamente él podía ver, y las lenguas de la hoguera proyectaron sombras extrañas en su rostro—. En una ocasión fuimos un gran pueblo. Nuestros *elmorani,* nuestros jóvenes guerreros, eran temidos por todos aquellos que los contemplaban, nuestras mujeres deseadas por todos los demás guerreros, nuestras tierras eran las más ricas de África Oriental. Sólo hablábamos nuestra lengua, y despreciábamos el swahili y los idiomas europeos. —Me observó, sonriendo con amargura—. Entonces, llegó el cambio, tan lentamente que resultó

imperceptible. Perdimos una batalla contra los Lumbwa. Los Nandi se enfrentaron a nosotros y no pudimos vencerles. Nuestros jóvenes comenzaron a llevar camisas y pantalones cortos. Al enfermar, empezamos a ir a los hospitales en vez de ir a nuestros *mundumugu.* Antes de que pasara mucho tiempo, más y más de los nuestros hablaban swahili antes que maasai, y nos vimos reducidos a mendigar chelines a los turistas a cambio de que nos sacaran fotografías... y, sin embargo, éramos mucho más poderosos en número que en los años de nuestra grandeza.

Suspiró y, al rato, continuó, apenas consciente de mi presencia.

—Y cuando llegó la independencia, les cedieron los países a hombres como Keniata y Nyerere, que no tuvieron demasiado orgullo como para no aceptarlos. Cuando el Hombre alcanzó el vuelo espacial, colonizó Nueva Kenia, Uganda II y Nyerere, pero los Maasai fueron abandonados detrás sin tierra alguna, sin ganado, ni siquiera el recuerdo de su propia lengua —calló un instante y pareció retornar al presente—. Y ahora sólo quedo yo, señor Rojas —concluyó—. Sólo yo puedo redimir a mi pueblo.

— ¿Cómo?

—Hay algo que debo hacer, que únicamente yo puedo hacer.

— ¿Y ésa es la razón por la que necesita el marfil?

—Es la razón por la que necesito el marfil —asintió.

— ¿Cómo conseguirá el marfil redimir a su pueblo? —insistí.

—Se lo contaré, señor Rojas, cuando haya localizado los colmillos y estén en mi posesión.

—Le recordaré su promesa.

—Espero disponer de la oportunidad de mantenerla.

—La tendrá —le aseguré—. Incluso mientras estamos hablando, la computadora sigue buscándolos.

—Lo sé —emitió un suspiro prolongado—. Pero incluso ahora, usted no tiene idea de su importancia. Jamás me casaré, ni tendré hijos. Si no redimo a mi pueblo, nadie lo hará.

— ¿Por qué nunca se casará? —pregunté—. Sé que los Maasai solían robar mujeres de otras tribus, de modo que, obviamente, no se debe a que tenga que ser una mujer Maasai pura.

—Desde el siglo XXRV A.D., ningún Maasai se ha casado con una mujer que no perteneciera a su tribu —replicó—. O, por lo menos, se supone que nadie lo hizo; me imagino que algunos quebrantaron la ley y tomaron parejas que no pertenecían a los Maasai.

—Pero seguro que jamás se encontraron en la situación en la que no tuvieran mujer Maasai que elegir—comenté—. Ciertamente, esa regla no puede aplicarse al último Maasai.

—Y no se aplica, señor Rojas —reconoció.

—Entonces, repito mi pregunta: ¿por qué no podrá casarse jamás?

—Porque no soy un hombre.

Le miré sin comprenderle.

—No le entiendo.

—Ningún niño Maasai puede convertirse en un *elmoran*, un hombre, hasta que haya sido circuncidado. No puede tomar su lugar entre sus iguales, no puede ofrecer su consejo a sus mayores, y no puede casarse —calló para cerciorarse de que le seguía—. Yo no he sido circuncidado, señor Rojas. De acuerdo con la ley de mi pueblo, soy aún un niño.

—La circuncisión es una operación menor —dije—. Seguro que cualquier doctor competente puede realizársela.

—Sin lugar a dudas.

—Entonces, ¿por qué no se somete a ella de modo que pueda casarse y llevar una vida normal?

—Se lo contaré cuando encuentre el marfil —repuso—. Pero, tal como le he comentado a primeras horas de la noche, mi destino no está en casarme ni en tener niños. Desearía que no fuera así, ya que una familia me depararía un gran gozo... pero he de recorrer otro sendero.

— ¿Qué clase de sendero?

Me observó, y, por primera vez, su rostro reflejó fugazmente sus emociones.

—Un sendero mucho más terrible, señor Rojas, que el que usted pueda imaginar.

Entonces, la máscara del Maasai arrogante se apoderó de nuevo de su cara y me ofreció un trago de leche. Tuve la impresión de que se trataba de un gesto especial que jamás había realizado en su vida, y acepté la calabaza.

Justo antes de llevármela a los labios, observé su interior oscuro.

—No hay problema, señor Rojas —comentó con una sonrisa divertida—. No contiene sangre.

Tomé un buen trago —la primera leche que bebía desde mi niñez— y se la devolví.

—Gracias por compartirla conmigo —dije con sinceridad.

—Tengo mucha leche y nadie con quien beberla —comentó, encogiéndose de hombros. Súbitamente, se puso de pie—. Venga, señor Rojas... le mostraré el resto de mi apartamento. Jamás habrá otro domicilio Maasai, de modo que bien puede satisfacer su curiosidad.

Me puse de pie y le seguí, agachándome de forma instintiva para evitar darme con la cabeza contra el umbral imaginario, y, un momento más tarde, me encontré en otra habitación que se parecía al interior de una morada Maasai, aunque mucho más grande.

Había varios tocados de leones, cada uno expuesto y etiquetado con precisión, y al lado de ellos había una lanza que llevaba el emblema de su propietario.

—Parecen piezas de museo —indiqué con admiración.

—Ningún museo posee semejante colección —replicó con una nota de orgullo—. Este tocado —añadió, señalando uno particularmente impresionante— perteneció a Nelion, por quien se bautizó la cima más alta de la Montaña Kenia.

Se pasó los siguientes cinco minutos explicándome la historia de cada tocado y arma, su rostro vivo con el interés que sólo le había notado cuando hablaba del marfil. Finalmente, llegamos al último tocado, bastante insignificante comparado con los demás, construido por completo con hierbas secas.

— ¿De quién es éste? —pregunté, señalándolo.

—Es mi propio tocado —repuso—. No queda ningún león vivo en la Tierra, de modo que tuve que emplear los materiales que tenía a mi alcance.

— ¿Me está diciendo que creció en un entorno así? —pregunté con un deje de incredulidad—. ¿Que vivió en una choza?

—Una *manyatta* —replicó—. La choza sólo es una parte del total, que, a su vez, abarca todas las chozas vecinas y la barrera de espinos que las rodea.

— ¿Cómo ha sido posible? —pregunté—. Seguro que las autoridades no le permitirían vivir, discúlpeme, como un salvaje.

—Ya se lo he dicho: la Tierra se encuentra casi deshabitada, y las pocas autoridades que permanecen allí no están interesadas en imponerle a una familia que vive a kilómetros de distancia de otra, en Kenia, cómo debe vivir y alimentarse —calló un instante—. Tenía trece años antes de que viera a algún otro ser humano que no fueran mis padres o mis abuelos.

— ¿Jamás vio a otros niños o jugó con ellos? —inquirí, atónito.

—Nunca.

— ¿Y de verdad vivió de la misma forma que lo hicieron sus ancestros?

—Observábamos la forma, pero no la regla —contestó—. Es verdad que viví en una choza de arcilla y juncos... pero la choza tenía tres computadoras. Y así como nunca asistí en persona a la universidad, me he licenciado en económicas y en historia africana.

—Puedo comprender lo de la historia africana —dije—. Pero ¿por qué economía?

—Porque sabía que algún día tendría que abandonar la Tierra para cerciorarme de que yo era, realmente, el último Maasai; y si así era, me vería obligado a buscar el marfil. Ambas misiones iban a resultar bastante caras.

— ¿Cuándo se marchó? —pregunté.

—Hace veintiséis años, cuando mis padres murieron.

— ¿Y nunca regresó?

Sacudió la cabeza.

—Todavía no.

—Eso suena como si planeara volver algún día.

—Algún día —repuso de forma evasiva.

—Le envidio —comenté.

— ¿Oh? ¿Por qué?

—Porque yo siempre quise conocer el lugar de nacimiento de nuestra especie —repuse.

—Usted es un hombre con recursos económicos —indicó—. ¿Por qué no ha hecho el viaje?

—Lo he planeado varias veces —reconocí—. Pero siempre surgía algo que me lo impedía.

— ¿Como el marfil?

—Algo parecido —admití—. Problemas que resultaban tan fascinantes que no me podía apartar de ellos. —Suspiré—. Tal vez algún día encuentre el tiempo para emprender el viaje,

—No me sorprendería —dijo.

Se produjo un silencio momentáneo.

—Quizá lo mejor sea que me vaya —dije al fin—. Ha sido un día muy largo y me encuentro cansado.

Mandaka se dirigió a otra puerta.

—Venga conmigo sólo un momento antes de marcharse, señor Rojas —pidió—. Tengo algo que creo que puede ser de su interés.

Le seguí, y entramos en otra proyección holográfica de una gran choza. Ésta contenía varios dibujos y tallas primitivos; él centró mi atención en un dibujo en particular, el de un elefante enorme que tenía unos colmillos tan desproporcionadamente grandes que parecía totalmente desequilibrado. Había sido ejecutado de forma tosca en una gran pieza de corteza de árbol, que estaba enmarcada y preservada de modo meticuloso.

— ¿Qué le parece, señor Rojas? —preguntó, estudiando mi reacción.

Me acerqué al dibujo y lo escudriñé con mucha atención.

— ¿Es el? —inquirí.

—Eso creo —replicó—. Las fechas son las correctas, y el artista esbozó varios elefantes, ninguno con un marfil semejante.

— ¿Cómo era de grande? —quise saber, experimentando una extraña sensación de temor reverente.

—Sabemos que cada colmillo medía unos tres metros de largo —respondió—, de modo que un hombre normal hubiera llegado hasta aquí. —Indicó un punto por encima de la pata del elefante.

— ¡Debió de ser un monstruo! —exclamé.

—Fue el animal más grande que jamás vivió —dijo Mandaka con convicción.

Incluso en el dibujo poseía tal presencia, tanta vitalidad, que me resultó difícil imaginar que aún no recorría las llanuras y los matorrales de África Oriental, sus pisadas reberverando a través de la atribulada historia de Kenia, su berrido más sonoro que el trueno.

— ¿Posee alguna otra representación de él? —pregunté.

—Sólo ésta —respondió Mandaka.

—Le agradezco que me haya permitido verla —dije.

—De nada.

—Y ahora debo irme —anuncié—. Tengo trabajo que hacer.

—Creí que se iba a dormir —aventuró.

—Puedo dormir en mi oficina —comenté—. Hay algo que debo hacer primero.

—Lo sé.

Le miré con curiosidad.

—Pensé que no aprobaba que hurgara en la historia de los colmillos.

—Estaba equivocado —reconoció—. He llegado a la conclusión de que el cazador

nunca sabe demasiado sobre su presa.

Me condujo a través de varias proyecciones hasta que llegamos a la puerta de entrada.

— ¿Me llamará mañana? —pregunté. Asintió—. Gracias por su hospitalidad —añadí mientras la puerta se dilataba.

—Gracias por venir. Usted es el primer invitado que he tenido.

—Desde que se mudó aquí —comenté, saliendo al pasillo—. Ya me lo dijo antes.

—Desde que dejé la Tierra —replicó cuando el pasillo comenzó a transportarme al ascensor de aire. Miré hacia atrás para ver si bromeaba, pero la puerta ya se había cerrado.

La oficina se hallaba a oscuras cuando entré. Le ordené a la computadora que regulara la iluminación a baja intensidad y que me preparara una taza de café; luego, me senté en mi sillón, ajusté el ángulo en el que deseaba que se reclinara y apoyé las manos detrás de la cabeza.

— ¿Computadora?

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Qué porcentaje de tu capacidad estás usando actualmente en la búsqueda del marfil?

—El setenta y dos, punto, tres por ciento.

—Dedica un cinco por ciento para mi próximo pedido y continúa con la búsqueda.

—Trabajando... hecho.

—Acabo de ver un dibujo, supuestamente realizado en vida, del Elefante del Kilimanjaro —dije.

—De acuerdo con los datos que poseo, no existe dibujo alguno. Ajustaré mi banco de datos para que coincida con su observación.

—Perfecto —comenté—. Pero se me ocurre que si tal testigo directo, por así decirlo, existe, tal vez pueda haber otros.

—Es lógico.

—Quiero que accedas al banco de datos de la historia africana en la Biblioteca Principal de Deluros VIII y veas si puedes localizar ese registro. Limita tu búsqueda desde el año 1875 A.D. hasta 1898 A.D. Puede que los hayan escrito más tarde, pero ésa es la época que debes cubrir.

—Trabajando...

—Por favor, también pásame el Concierto Perdido de Kronize.

El cuarto quedó inundado con la música atonal, aunque compulsivamente rítmica, de Kronize, y, un momento más tarde, bebía mi café, moviendo de forma inconsciente los dedos contra el contenedor al compás del concierto.

Una vez que terminé el café, arrojé el contenedor al atomizador; luego, me di una ducha seca y me cambié de ropa. Mientras me reclinaba contra el sillón, sentí la desagradable sensación de una brillante serie de luces que resplandecían en mis ojos, me di cuenta de que no había ordenado que las ventanas se tornaran opacas, se lo indiqué a la computadora y me eché hacia atrás, meditando en lo que había aprendido de Mandaka al tiempo que flotaba en el límite del sueño.

—He localizado lo que es una muy probable referencia del Elefante del Kilimanjaro —anunció de repente la computadora.

Me erguí, completamente alerta.

—Apaga la música —ordené.

—Hecho.

—Noto una vaguedad atípica en tu declaración —comenté—. ¿Por qué?

—Porque no existen registros de otros testigos con los que pueda compararse. Sin embargo, la he cotejado con todas las otras fuentes secundarias, y el tiempo, el emplazamiento y la descripción física indican una probabilidad de un 94.32% de que éste era de verdad el animal que usted conoce como el Elefante del Kilimanjaro.

— ¡Excelente! —exclamé con ansiedad—. Dime lo que has encontrado.

—Trabajando...

Librodot

7

El Cazador
(1885 A.D.)

Había pasado dos meses atravesando la tierra caliente del Valle del Rift, y ahora, con el último de sus grandes lagos a mi espalda, era hora de ascender de nuevo a la gran altiplanicie.

Comprobé el viento, no una, sino varias veces, ya que con los años había adquirido cautela. Desde el oeste el olor de las hierbas verdes cruzó las Llanuras de Loita, y descubrí que había agua fresca en el Río Mará; sin embargo, giré hacia el sudeste, porque fue en las Llanuras de Loita donde había conocido al único ser de todo el universo capaz de inspirarme miedo: un hombre pálido que poseía el poder de matar desde lejos, razón por la que nunca había regresado allí.

Me detuve para frotar mi piel contra la base de una acacia y quitarme los parásitos; luego, aplasté a los que quedaban con el polvo que les arrojé con mi trompa. Eché un último vistazo a la gran grieta que había en la superficie de la tierra y, después, seguí el viejo sendero que subía por la pared oriental del acantilado. Los pájaros y los monos chillaron y huyeron delante de mí, y cuando me encontré con una leona que bajaba por el mismo sendero, rugió y se lanzó a los matorrales.

Entonces, al fin alcancé las altas tierras verdes, y comencé la última etapa de mi viaje.

El viejo Van der Kamp miró alrededor del bar de la polvorienta cabaña que él llamaba el Puesto de Comercio Mbogo y sumó todas las caras blancas: tres —cuatro si se contaba a sí mismo—, lo cual era mucho más de lo que podía recordar al mismo tiempo.

Llamado así por el búfalo que le había lisiado una pierna antes de que consiguiera meterle una bala por un ojo, el puesto de comercio llevaba en el Río de Arena, recibiendo clientes y termitas en proporciones similares, casi dos décadas. En el cuarto de atrás, el viejo holandés guardaba montones sobre montones de pieles y de marfil, para el día en que las lluvias retornaran y el barco fluvial pudiera venir a recogerlos. En un sótano contiguo, enterrados profundamente en la tierra para que se mantuvieran fríos, había unos veinte barriles de cerveza. Van der Kamp no ofrecía ningún menú o comida, pero si un viajero de paso traía la suficiente para todo el mundo, no ponía objeción en prepararla.

Colgando de la pared que había detrás del bar estaban los resplandecientes cráneos y cuernos —Van der Kamp no podía permitirse el lujo de pagar a un taxidermista— de un kudu, un tigre diente de sable, un roano, un antílope, las patas de una gacela y el del búfalo que le había dado el nombre al puesto.

El viejo se sirvió otra cerveza y observó a su clientela. Sentado en un extremo del bar con unas ropas bien planchadas, estaba el inglés, Rice, su perilla cuidadosamente recortada de un blanco casi puro, las manos fuertes y callosas, casi sin color en la cara debido a una excesiva exposición al sol tropical. Resultaba extraño, reflexionó Van der Kamp, pero, en vez de tornarse más oscuro, parecía que el inglés perdía el color que ellos habían adquirido después de unos años, quedando más pálido que cuando había venido aquí.

En el otro extremo del bar se hallaba Guntermann, el alemán: calvo, con bigote, ojos azules y un traje que en una ocasión había sido blanco pero que ahora tenía el color de la tierra calcinada de África. Incluso aquí, en el interior de la cabaña, llevaba su casco de médula, más para ocultar su calvicie que para protegerse del sol. Sin embargo, tan extraño como parecía, conocía bien su trabajo; cuarenta y dos colmillos con su nombre ahora yacían

Librodot

en el cuarto de almacenamiento.

Sentado en silencio a la única mesa que había en la parte de atrás del bar, se encontraba Sloane, el primer americano que Van der Kamp había visto jamás. Los americanos eran raros en África, ya que su gobierno no tenía ambiciones coloniales en ninguna parte del continente. Ciertamente, éste parecía fuera de lugar con su sombrero stetson de vaquero y su uniforme del Ejército Confederado, pero ya se había labrado un nombre como cazador de marfil, lo que hizo que el viejo holandés llegara a la conclusión de que si había algo que los hombres que se detenían en el Puesto de Comercio Mbogo tenían en común, era que no tenían nada en común.

Fuera del edificio, sentados en una zona cubierta próxima al agujero del agua, había unos veinte negros, portadores y rastreadores de los tres hombres blancos. No se les permitía la entrada al bar, pero Van der Kamp se encargaba de que recibieran toda la cerveza que desearan, un brebaje de mal olor que preparaba Kisi y que pegaba bastante y por el que les cobraba a sus jefes lo que él consideraba un precio nominal. Los había clasificado con sumo cuidado: un Lumbwa, un Kikuyu, nueve Wakambas, media docena de Nandis, un Wanderobo y un par de Bugandas. Gracias al cielo, no había ningún Maasai, lo que significaba que, con toda probabilidad, no habría derramamiento de sangre. Sacaba la cabeza por la ventana cada pocos minutos, y, por las dudas, mantenía un ojo vigilante sobre el enorme y musculoso Lumbwa, aunque éste, sentado lejos de los otros, parecía ajeno a la presencia del resto de los africanos.

—Tomaré otra —anunció Rice después de haber vaciado su vaso. Miró en torno del cuarto durante un momento—. Esta ronda es mía, si alguien desea unirse a mí.

Sloane, el americano, alzó la vista, asintió y continuó liando un cigarrillo.

—Será un placer —dijo el alemán, sacando un pañuelo y secándose el sudor de la cara—. Permitid que me presente: soy Erhard Guntermann, antiguo residente de Munich.

—Guntermann, Guntermann —musitó Rice. De repente, miró al alemán—. ¿No oí vuestro nombre asociado con una operación de trata de esclavos hace unos años?

—Espero que no —repuso el alemán con una risa sonora—. He hecho todo lo que estaba a mi alcance para disociarme de esa parte en particular de mi pasado —se encogió de hombros—. En cualquier caso, no se ganaba mucho dinero —añadió con una sonrisa socarrona—. Había demasiada competencia de los ingleses —hizo una pausa—. Además, el marfil paga mucho mejor.

—Caballeros, por la Reina —brindó Rice, alzando el vaso. Nadie más le acompañó, lo cual no pareció molestarle—. ¿Así que ahora sois un cazador de marfil?

Guntermann sacudió la cabeza.

—Soy un comerciante de marfil.

— ¿Sí?

El alemán asintió.

—Voy al Congo, y cuando encuentro tribus que carecen de carne, les suministro antílopes a cambio del marfil —calló un instante y volvió a secarse la cara—. Es muy rentable —concluyó con satisfacción.

—Pero, si matan a los elefantes, ¿por qué no pueden cazar animales para obtener su propia carne? —preguntó Rice, quitándose una mosca tsé tsé que se había posado en su cuello.

—Ellos en persona no matan muchos elefantes —explicó el alemán—. Pero saben dónde encontrar los cadáveres y, una vez que los localizan, recogen el marfil —calló el tiempo suficiente para que finalizara una serie de gruñidos que había emitido un hipopótamo desde el río próximo—. ¡Una aldea de pigmeos poseía tanto marfil que lo usaban como vallas alrededor de sus *bomas*! —El alemán agitó la cabeza con pena fingida—. Pobre gente. No tienen ni idea de lo que vale.

— ¿Dónde se hallaba esa aldea con vallas de marfil? —preguntó con curiosidad Rice.

Guntermann sonrió.

—Ah, amigo mío, no esperaréis que os lo diga.

Librodot

Rice le devolvió la sonrisa.

—No, realmente no —siguió mirando al alemán en el instante en que los rugidos del hipopótamo se reanudaron—. Así que sois Guntermann.

—El mismo —afirmó Guntermann—. ¿Y vos?

—Blaney Rice, antiguamente de Johannesburgo.

—Johannesburgo —repitió el alemán—. ¿Nacisteis en África?

—Nací en Manchester, Inglaterra. Emigré a Sudáfrica y establecí una granja allí; cuando quebré, comencé a negociar a medida que me dirigía al norte. Doce años más tarde, terminé aquí. Eso fue, ah, hace unos diez años.

— ¿Comerciáis en marfil? —preguntó Guntermann con un interés profesional.

—Ya no —replicó Rice, cogiendo un cacahuete de un bol de la barra y arrojándoselo a un mono que se asomó por la ventana. El mono emitió un chillido y se agachó; luego, lo recogió del suelo y, un momento más tarde, reapareció en la ventana, esperando que le lanzaran otro.

— ¿En qué comerciáis?

Rice sonrió.

—En fotografías.

— ¿Fotografías? —repitió el alemán con incredulidad.

Rice asintió.

—Uso un papel de impresión de arquitecto —explicó—. Cambio las fotos a los jefes del pueblo por sal, cambio la sal por cobre, el cobre por cabras, las cabras por más sal, y la sal por ganado. Me lleva medio año completar el circuito y llegar a Sudán, donde le vendo el ganado al ejército... pero cuando termino, usualmente obtengo un beneficio de tres mil libras sobre una inversión inicial de seis chelines.

—Y antes de vender fotografías, ¿qué hacíais? —inquirió el alemán, sacando un insecto pequeño de su pañuelo, observándolo con indolencia y arrojándolo al suelo.

—Comencé amasando mi fortuna como cazador de marfil —replicó Rice—, pero he de confesar que no era muy bueno. Cuando lo dejé, apenas tenía medio penique, y descubrí que lo único que poseía de cierto valor para los indígenas eran mis cartuchos. Se los cambié por sal, vendí la sal para comprar más cartuchos, éstos los cambié por cabras, y continué mi marcha hasta llegar a Etiopía, donde las vendí por casi dos mil dólares María Teresa. Allí arriba hacía mucho calor, así que bajé aquí, donde el clima es mucho más agradable y donde había muchas más tribus con las que comerciar. Compré un par de cámaras y me dediqué al negocio.

— ¿Llama a esto un clima agradable? —preguntó con sorna Sloane.

Rice se volvió hacia él.

— ¿Habéis estado alguna vez en Etiopía?

—Un par de veces.

—Entonces ya sabéis el calor que reina allí.

—No mucho más que aquí —dijo Sloane.

—Os equivocáis —insistió Rice—. Ningún hombre ha venido a este mundo para soportar aquel calor.

Sloane se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su cerveza.

—Tengo una pregunta para vos, mi buen señor, si no os importa —continuó Rice.

Sloane le observó durante un momento y, finalmente, comentó:

—Adelante.

—Se trata del nativo con el que habéis venido —dijo Rice—. No reconozco las marcas de su tribu.

—Es un Kikuyu.

—Jamás había visto uno —afirmó Rice—. Había oído que la tierra de los Kikuyu estaba cerrada a los blancos.

—Y así es.

—Entonces, ¿cómo lo habéis adquirido?

—Quebrantó una ley y escapó antes de que le pudieran matar —repuso Sloane.

— ¿Qué hizo?

Sloane se encogió de hombros.

—Nunca se lo pregunté.

— ¿Los Kikuyu son buenos rastreadores? —inquirió Rice.

—Éste es bueno —dijo Sloane con indiferencia.

—Sin embargo, no son tan buenos como los Wanderobo —indicó Guntermann con tono de orgullo en el momento que un cambio en la dirección de la brisa transportó hasta ellos el inequívoco olor de los hipopótamos y de los cocodrilos en el aire caliente y húmedo.

—He notado que lleváis uno con vos —comentó Rice, abanicándose con el sombrero, más para alejar los olores del río que con la convicción de que su esfuerzo podría llegar a refrescarle—. ¿Son tan buenos como la gente comenta?

—Mi Wanderobo podría rastrear una bola de billar por la calle más lisa de Berlín —respondió Guntermann.

Rice se rió entre dientes y se terminó la cerveza; luego, alzó el vaso vacío.

—Creo que es el turno de otro.

—Cierto —dijo Guntermann, depositando sobre la mesa unas cuantas monedas—. Ahora que habéis sacado el tema del Wanderobo, cuando llegué vi a una mujer Wanderobo detrás del edificio.

—Es Kisi —contestó Van der Kamp. Hizo una pausa; luego, a la defensiva, añadió—: Y me pertenece a mí.

—Vos sois holandés, ¿verdad? —preguntó Guntermann.

—Sí.

—Creí que los holandeses odiaban a los negros.

Van der Kamp sacudió la cabeza.

—No odiamos a los negros. Sólo odiamos a los Zulus, y no porque sean negros, sino porque son los enemigos de nuestra sangre.

—Y uno se siente muy solo aquí durante la estación de las largas lluvias, ¿eh? —Guntermann se rió entre dientes, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—A veces —reconoció Van der Kamp, aún a la defensiva.

—Cuando los británicos hagan de esta tierra un protectorado —continuó Guntermann— os dirán que os deshagáis de ella.

—Ya he tenido tratos con los ingleses antes —comentó con tono sombrío Van der Kamp—. No me asustan.

—Con todo respeto, ¿podría sugerir que dejáramos la política al margen, caballeros? —preguntó Rice—. No hay motivo alguno para que surja el nacionalismo en este lugar.

—Absolutamente de acuerdo —dijo Guntermann. Señaló a Sloane y sonrió—. En interés de la unidad internacional, tal vez deberíamos pedirle a nuestro colega americano que se quitara su uniforme militar.

—Pueden hacerlo —corroboró Sloane.

Rice estudió el uniforme durante un momento.

—Veo que erais capitán, señor —indicó el inglés.

Sloane sacudió la cabeza.

—No.

—Pero vuestra insignia...

—Compré este uniforme después de la guerra.

—Entonces, ¿no participasteis de la acción?

Sloane calló un instante antes de responder:

—Tuve mi parte.

— ¿En qué bando estabais? —inquirió Rice.

—Creí que evitaríamos hablar de política —le recordó Sloane.

Librodot

Rice se desabrochó un par de botones de la camisa y empezó a abanicarse de nuevo.

—No se trata de política, sólo de curiosidad —insistió el inglés—. ¿Por qué elegisteis comprar un uniforme Confederado? Después de todo, ellos perdieron.

—Refleja mejor el sol y muestra menos el polvo —contestó Sloane.

— ¿Y ese sombrero es el que vuestros vaqueros americanos llevan? —preguntó Guntermann, señalando el stetson de Sloane.

—Tendrá que preguntárselo a un vaquero americano.

Guntermann echó la cabeza hacia atrás y se rió.

— ¡Bien dicho, señor! De paso, no hemos sido presentados. Yo soy Erhard Guntermann y este caballero es Blaney Rice.

—Hannibal Sloane.

— ¿El Hannibal Sloane? —inquirió Rice, alzando la voz en el momento que un coro de hipopótamos empezaron otra vez con su concierto.

—Salvo que haya dos.

—Vuestra fama os precede, señor —dijo Rice—. Se comenta que sois uno de los más exitosos cazadores de marfil de África Oriental.

—Uno de ellos —acordó Sloane.

—Os sitúan a la misma altura que Selous y Karamojo Bell —añadió el inglés, claramente impresionado.

—No los he conocido —dijo Sloane.

— ¿A cuántos elefantes habéis matado? —quiso saber Rice.

Sloane terminó de liar otro cigarrillo y lo encendió.

—A unos pocos —repuso al fin.

—Estáis siendo modesto.

—Posiblemente, pertenezca al tipo de hombres taciturnos y fuertes —aventuró Guntermann con una sonrisa divertida.

—Posiblemente —repitió Sloane.

—En realidad —continuó el alemán—, así como no dudo de vuestros logros, el mejor cazador de elefantes se encuentra ahora mismo a menos de quince metros de este bar.

— ¿El Lumbwa enorme que lleva el hacha de mano? —preguntó Sloane.

El alemán sonrió.

— ¡El mismo! ¿Habéis visto alguna vez a un nativo cazar a un elefante con un hacha?

—En una ocasión —afirmó Sloane.

—Éste, se llama Tumo, es el mejor —dijo el alemán con orgullo.

— ¿Sugerís que de verdad puede matar a un elefante con un hacha? —inquirió Rice con escepticismo.

—Fácilmente.

—Lamento contradeciros —dijo el inglés—, pero en mi época yo cacé a unos cuantos elefantes y, sencillamente, no os creo.

—Yo le he visto matar a once elefantes sólo con su hacha —aseveró Guntermann.

Rice contempló pensativo su vaso.

—Quizá en el bosque, durante la lluvia, donde no disponen de espacio para maniobrar—musitó—. Quizás allí... ¡pero es imposible que lo haga aquí, en la sabana!

—En cualquier parte —insistió el alemán.

— ¿No estaréis hablando de hembras o crías? —preguntó Rice, volviéndose hacia Guntermann—. ¿Afirmáis que puede derribar a un elefante macho crecido?

—Así es.

Rice sacudió la cabeza.

—No puede ser.

—Yo he visto cómo lo hacía infinidad de veces —replicó Guntermann.

— ¿Un elefante de seis toneladas y sólo con un hacha de mano?

El alemán asintió con énfasis.

—No deseo llamaros mentiroso —dijo Rice—, pero estoy dispuesto a apostar que es imposible.

—Poned el precio —pidió con confianza el alemán.

El inglés sacó un fajo de billetes de su cartera, los contó y los depositó sobre la barra.

— ¿Qué os parecen cincuenta libras?

—Perfecto —acordó el alemán. Le sonrió a Rice con seguridad—. ¿Qué os parecen cien libras?

—Eso es mucho dinero.

—El resultado será que podrá matar al elefante o que no podrá hacerlo —indicó el alemán—. La cantidad de la apuesta no afectará al resultado —calló un instante—. Por supuesto, si preferís no...

Rice contó otras cincuenta libras.

— ¡Hecho!

— ¡Acepto! —exclamó con júbilo el alemán. Rebuscó en sus bolsillos y extrajo una cantidad equivalente en marcos y dólares María Teresa. Empujó ambos montones de dinero hacia Van der Kamp—. Vos guardaréis las apuestas.

El holandés aceptó con un gesto de la cabeza, cogió el dinero y se lo metió en un bolsillo.

—Hay una condición —señaló Rice.

— ¿Cuál?

—Tendrá que matarlo mañana. Debo llegar a Kampala dentro de cinco días, y jamás lo conseguiré si no parto mañana por la tarde.

—Eso no se mencionó como parte de la apuesta —dijo el alemán—. ¿Y si no logramos localizar a un elefante macho mañana?

Rice bajó la cabeza pensativo; luego, se volvió hacia Sloane.

—Señor Sloane, ¿aceptaríais ser mi representante en la cacería con el fin de cercioraros de que se cumplen las condiciones estipuladas?

—Podría llevar días —comentó Sloane—. Y jamás trabajo gratis.

—No era ésa mi intención —afirmó Rice—. Os pagaré la mitad de mis ganancias.

Sloane negó con la cabeza.

—Me llevaré el marfil.

—Pero si no lo mata, no habrá marfil —indicó Rice.

—Lo matará.

— ¿Qué os da tanta seguridad? —inquirió Rice.

—Ya se lo dije: he visto a un Lumbwa cazar con un hacha —respondió Sloane.

— ¿Cómo demonios puede un hombre cazar un elefante sólo con un hacha? —insistió Rice.

—Le cortará el tendón —dijo el americano.

— ¿Qué queréis decir? —prosiguió Rice.

Sloane miró a Guntermann.

—Es su Lumbwa; cuénteselo usted.

El alemán sonrió con modestia.

—Si empiezo a decirle a la gente cómo lo hace, ¿quién querrá apostar conmigo?

—Bueno, como ya hemos depositado el dinero y no estaré presente para verlo, me gustaría que alguien me lo contara —indicó Rice con irritación.

—De acuerdo —aceptó Sloane—. El Lumbwa rastreará al elefante y se le acercará hasta unos cuarenta metros. Entonces, esperará hasta que el viento sople en la dirección adecuada, se aproximará y le cortará los tendones de una pata trasera a unos treinta centímetros por encima del suelo. —Se volvió hacia el alemán—. ¿Correcto?

Guntermann simplemente continuó con su sonrisa.

—La mayoría de los animales pueden seguir su avance sobre tres patas —añadió Sloane—, pero un elefante necesita las cuatro. Al cortarle los tendones, se le paraliza en un

punto fijo.

—Muy bien —aceptó Rice a regañadientes—. Eso lo inmoviliza. ¿Cómo lo mata?

—Todos los elefantes utilizan un lado, ya sea el derecho o el izquierdo —explicó Sloane—. El Lumbwa no atacará hasta que descubra qué lado usa el elefante.

— ¿Y eso qué tiene que ver en el asunto? —demandó Rice.

—En cuanto le haya cortado los tendones, el elefante se volverá hacia el lado que usa siempre con la trompa extendida, tratando de localizar a su atacante. En ese momento, el Lumbwa le cercenará la trompa con un solo golpe o le hará un corte profundo.

— ¡Suena terrible! —exclamó Rice.

—No es una visión agradable —acordó Sloane—. En el instante que sé que el animal está acabado, le disparo una bala por la oreja y acabo con sus sufrimientos.

— ¿Y estáis seguro de que un Lumbwa puede hacer eso? —preguntó Rice.

—A menos que sea torpe —dijo Sloane—. Todo el mundo, tarde o temprano, comete un error.

—Si resulta tan fácil como vuestra narración lo hace ver, ¿por qué aún quedan elefantes con vida? —inquirió con amargura Rice.

—Yo no he dicho que fuera fácil —replicó Sloane—. He dicho que era posible.

—Supongo que bien podría dar por perdida la apuesta ahora mismo —señaló Rice.

—No —intervino Guntermann—. Saldremos a cazar mañana a primera hora.

— ¿Por qué molestarse? —quiso saber el inglés.

—Vos no sois el primer hombre que apuesta contra Tumo —contestó el alemán—. Siempre le doy un dólar María Teresa cuando gana dinero para mí. ¿Por qué quitárselo?

— ¿Y por qué no se lo paga? —sugirió Sloane.

—Si no trabaja, no cobra—repuso Guntermann con firmeza.

—Además —dijo Sloane—, siempre existe la posibilidad de que le salga mal. Si fuera así, podrá recoger sus ganancias de Van der Kamp la próxima vez que venga por aquí.

—Sólo dispondrá de una oportunidad —explicó Guntermann—. En cuanto inicie su acoso final, ése será el elefante sobre el que apostaremos.

— ¿Estáis dispuesto a establecer eso como condición de la apuesta? —preguntó Rice.

—Sí

Rice ordenó otra ronda de cervezas en el momento en que el sol se ponía y millones de sapos comenzaban a croar en el río cercano.

—Por todo el marfil y la mitad de las ganancias, estoy dispuesto a llevarme al Lumbwa solo —ofreció Sloane—. De ese modo, probablemente viajemos más deprisa.

—No —objetó Guntermann—. Yo también iré. Me encanta ver en acción a mi Lumbwa.

—De acuerdo —aceptó Sloane—. Pero únicamente usted y él... nadie más. Si empezamos a cazar para sus muchachos, espantaremos a los elefantes de la zona... y no pienso pasarme un mes de mi vida a la espera de un par de colmillos.

—Aceptado —dijo el alemán—. ¿Llevaréis a vuestro Kikuyu?

—Él va a donde voy yo.

Guntermann asintió en señal de aprobación.

— ¡Bien! Necesitaremos a dos muchachos para que traigan el marfil.

Los cuatro emprendieron la marcha a la mañana siguiente, caminando tierra adentro desde el río. Tumo, el Lumbwa, y Karenja, el rastreador Kikuyu de Sloane, se ignoraron mutuamente, y Guntermann sufría de una resaca, de modo que avanzaron en un silencio absoluto durante las primeras dos horas. Vieron enormes manadas de ñúes y de gacelas, pero ningún animal mayor, salvo por una ocasional jirafa, y, después de otra hora, descargaron las mochilas y descansaron a la sombra de un termitero de tres metros de alto.

— ¿Cuánto tardaremos en encontrar la huella de un elefante? —preguntó Guntermann, bebiendo un buen trago de su cantimplora.

—Falta un rato aún —replicó Sloane, quitándose la bota izquierda para sacarse un guijarro del tacón—. Esta zona ha sido casi agotada. Los elefantes se han dirigido al este y, probablemente, un poco al norte, y cada vez son más tímidos y cautelosos.

— ¿Creéis que será hoy? —insistió Guntermann.

—Lo más posible es que tardemos dos o tres días más —contestó Sloane—. Si tenemos suerte.

— ¿Estáis seguro?

Sloane se encogió de hombros.

—Nunca se sabe. Siempre quedan unos pocos machos solitarios, si tienes la fortuna de encontrarlos, pero la regla para un cazador de marfil es que hay que caminar cuarenta kilómetros por cada pieza cogida, salvo que seas del tipo que le dispara a las vacas y a los becerros —calló y se quitó de un manotazo una mosca tsé tsé—. ¿Por qué? ¿Piensa en regresar al puesto de comercio?

—Prácticamente, Rice dio por perdida la apuesta —indicó Guntermann.

—Si la concedió o no, es asunto de ustedes dos —dijo Sloane—. Pero si yo no consigo el marfil, quiero la mitad del dinero.

— ¡Entonces, adelante! —restalló Guntermann, poniéndose de pie.

—Lo que usted diga —concedió Sloane, colocándose la bota.

— ¿Qué hacéis en esta zona si queda tan poco marfil? —preguntó irritado Guntermann.

—Regresé de Uganda en busca de porteadores —contestó Sloane—. El jefe de un pueblo Acholi se enfureció conmigo y tuve que marcharme a toda velocidad. Todos mis hombres desertaron, salvo por Karen ja.

—No lo entiendo —comentó Guntermann—. Una tribu de Acholi quiere mataros y decís que pensáis regresar. ¿Por qué?

—Enterré tres toneladas de marfil antes de irme —repuso Sloane—. En cuanto contrate a unos porteadores, y quizás a unos cuantos *askaris* que sepan disparar rifles, regresaré para recuperarlas.

—Ya veo —dijo Guntermann, secándose la cara con su sempiterno pañuelo—. Pero, ¿por qué habéis venido tan lejos en busca de vuestros porteadores?

—Es menos factible que deserten si desconocen la lengua local y no saben cómo volver a casa —explicó Sloane.

Continuaron en silencio a través de las vastas llanuras, donde localizaron unas manadas lejanas de impalas, cebras y antílopes, aunque no consiguieron acercarse a quinientos metros de nada, con la excepción de un avestruz solitario, que se alejó rápidamente en cuanto los vio. Cuando se detuvieron a comer debajo de una acacia, una pareja de leonas apareció de repente y pasó delante de ellos, a menos de treinta metros, ignorándolos con un desdén olímpico. Poco después, un rinoceronte se les acercó, bufó con ferocidad, fingió que iba a cargar en su dirección y, luego, se alejó al trote con el rabo enhiesto.

Al caer la noche habían visto miles de antílopes y de pájaros, aunque ningún rastro de un elefante, y decidieron acampar en una arboleda de endrinos, mientras Tumo y Karenja alternaban turnos para montar guardia, rodeados por los sonidos nocturnos de la estepa: las risas chillonas de las hienas, el rugido apagado de un león al acecho, el asustado relincho de una cebra.

La mañana siguiente comenzó igual de tranquila que la anterior, pero antes de que el sol se hubiera elevado mucho en el cielo, llegaron hasta un montón de heces de elefante. Karenja se acercó, se acuclilló y metió la mano en él.

—*Baridi,* bwana —anunció cuando el Lumbwa se aproximó a examinarlo.

— ¿Qué ha dicho? —inquirió Guntermann.

—Que está frío, lo que significa que se trata de un elefante viejo y marchito —respondió Sloane—. No tiene sentido seguirle la pista.

— ¡Es ridículo! —exclamó Guntermann cuando Tumo confirmó el hallazgo de Karenja—. ¡Sólo el año pasado había miles de elefantes por aquí!

Librodot

—No son casas, Guntermann —indicó Sloane.

— ¿Y eso qué quiere decir? —restalló el alemán.

—Que no se quedan quietos para que los encontremos.

Recorrieron otros diez kilómetros, y vieron más manadas de ñúes y una larga tropa de mandriles; luego, acamparon para comer mientras Tumo, el Lumbwa, continuó la búsqueda en solitario. Regresó excitado media hora más tarde, anunciando que había localizado el rastro fresco de un elefante.

— ¿Cuántos son? —preguntó Sloane.

—Sólo uno —replicó Tumo.

— ¿Adulto?

El Lumbwa asintió.

—Enorme —aseveró.

—Muy bien —dijo Sloane—. Parece que vamos a empezar la caza. ¿Dónde lo encontraste?

El Lumbwa señaló hacia el este y le explicó que estaba a menos de un kilómetro de distancia.

—No tiene sentido que nos quedemos aquí —continuó Sloane, asiendo su mochila y el rifle—. ¿Listo, Guntermann?

El alemán se puso de pie.

—Sí.

—Entonces, en marcha.

Avanzaron hacia el este casi un kilómetro; luego, giraron levemente hacia el norte. Finalmente, el Lumbwa indicó un montón fresco de heces de elefante.

Karenja fue a examinarlo; después, inspeccionó el terreno circundante y retornó al lado de Sloane, con el ceño fruncido en su rostro atractivo.

—Es Malima Temboz, bwana... La Montaña Que Camina —anunció en voz tan baja que sólo Sloane pudo oírle.

— ¿Estás seguro? —preguntó Sloane,

Karenja le condujo hasta el rastro.

— ¿Ve? —indicó, señalando los dos surcos gemelos donde los colmillos del elefante habían abierto la tierra reseca mientras caminaba—. Los Makonde lo llaman *Bwana Mutaro,* por las marcas que deja, y mi propio pueblo lo conoce como *Mrefu Kulika Twiga,* porque es más alto que las jirafas, pero, en realidad, es *Malima Temboz.*

Sloane llamó a Guntermann.

— ¿Sí, de qué se trata? —inquirió el alemán, todavía entusiasmado por el rastro fresco que habían descubierto.

—Dígale a su muchacho que no queremos ninguna parte de este elefante —explicó Sloane—. Localizaremos a otro y usted ganará la apuesta.

— ¿Por qué? —demandó Guntermann—. ¿Qué tiene de malo éste?

—Conozco a este elefante —respondió Sloane—. Ha matado a más de una docena de nativos, incluyendo a un Wanderobo que era tan bueno en el manejo del hacha como su Lumbwa.

— ¿Ha llegado a verle?

—No. Pero he oído hablar de él.

— ¿Cómo puede estar seguro de que se trata del mismo elefante? —bufó Guntermann.

Sloane le condujo hasta el rastro.

—Es la pisada más grande que he visto jamás —dijo—. Sólo por su tamaño, debe tratarse del mismo. ¿Y ve la forma en que los colmillos abren la tierra por donde camina? Ésa es la razón por la que le llaman *Bwana Mutaro.* Debe llevar unos noventa kilos en cada uno de ellos —calló un instante—. Es mucho elefante para matarlo con un hacha. Es viejo, y ha pasado por muchas. Su muchacho no conseguirá acercarse a hurtadillas ni le pillará dormido.

—Si lleva tanto marfil, ¿por qué no desea cazarlo? —preguntó Guntermann.

—Sí que quiero —replicó Sloane—. Y ahora que sé que anda por la zona, regresaré una vez que concluya la apuesta. Pero usted no apostó para enviar a su muchacho tras *Malima Temboz.* Encontraremos otro.

— ¿La Montaña Que Camina? —repitió entusiasmado Guntermann—. ¡Quiero ver a ese elefante!

—Tal vez algún día lo vea.

— ¡Ahora!

—Ya le he explicado...

— ¡Pero si Tumo lo mata, piense en la publicidad! —exclamó Guntermann.

— ¿Qué publicidad? —bufó Sloane—. Se encuentra a setecientos kilómetros de la costa y a siete mil kilómetros de alguien a quien le importe.

—Haré que lo embalsamen y me los llevaré a los dos a Europa: el elefante más grande del mundo y el salvaje que lo mató armado únicamente con un hacha.

—Está loco.

—Estamos perdiendo tiempo —dijo Guntermann, ignorándolo—. ¡Tumo! -—El Lumbwa le miró con ojos inquisitivos—. *Kwenda...* ¡Vámonos!

El Lumbwa asintió y empezó a trotar siguiendo los dos surcos gemelos en la tierra.

Karenja se volvió hacia Sloane.

—Es su espectáculo —dijo el americano—. Deja que él haga todo el trabajo.

Corrió detrás de Lumbwa, seguido por Karenja y Guntermann.

Pasaron las siguientes horas viajando en una línea relativamente recta, en ocasiones perdiendo el claro surco para volver a encontrarlo siempre; luego, giraron hacia el este, donde el elefante había encontrado un charco de aguas cenagosas. Como la luna llena había salido, el Lumbwa eligió seguir el rastro antes que dejar que el elefante empezara a distanciarse de ellos, y al amanecer llegó hasta un montón de heces que apenas tenía veinte minutos.

—Nos estamos acercando demasiado —dijo Sloane después de llamar a Guntermann—. Probablemente, sólo se halla a dos o tres kilómetros delante de nosotros, *y,* como ha viajado toda la noche, existen todas las posibilidades de que se quede dormido en cuanto el sol ascienda un poco más. ¿Sigue convencido de que todavía quiere continuar con la búsqueda?

— ¡Completamente! —respondió el alemán.

Sloane se detuvo y observó a Guntermann durante un buen rato; luego, asintió.

—Muy bien —acordó—. A partir de ahora, dejaremos de hablar, de toser, de cantar o de silbar. Observe mis señas de mano, y cuando le indique que se detenga, obedézcame al instante. ¿Comprendido? —Guntermann asintió—. Voy a enviar a Karenja delante de nosotros, por si hubiera algún otro elefante en las proximidades que pudiera llegar a causarnos algún problema.

— ¿Y si encuentra alguno?

—Si fuera así, regresará y nos hará saber cuántos son y dónde se hallan.

Sloane le dio instrucciones al Kikuyu, quien emprendió la marcha en ángulo recto a ellos a un trote veloz; luego, le hizo un gesto al Lumbwa, que, una vez más, comenzó a seguir el rastro, aunque en esta ocasión mucho más despacio y en silencio.

Entonces, en el momento en que llegaron a un claro con árboles floridos, el Lumbwa se detuvo y permaneció absolutamente inmóvil, y Sloane le indicó a Guntermann que hiciera lo mismo.

Con suma cautela, el Lumbwa desenfundó su hacha. Después, agachándose al lado de un montón de heces, se restregó el cuerpo con ellas a fin de ocultar su olor. Cogió un puñado de hierba y comprobó la dirección por la que soplaba el viento; luego, en silencio, entró en el claro, aún agachado, depositando cada pie con mucho cuidado.

Sloane y Guntermann se quedaron en el lugar en el que se habían detenido durante cinco minutos; entonces, durante diez más.

— ¿Qué le hace tardar tanto? —preguntó Gunterman en un susurro, pero Sloane le hizo señas para que se callara y continuó observando el claro.

En ese momento, llegó a sus oídos un sonoro trompeteo, seguido por el chillido de los pájaros y de los monos que salían de sus escondrijos; luego, volvió a reinar el silencio.

— ¡Vamos! —musitó Sloane, entrando en el claro.

Lo hizo con cautela, comprobando cada árbol, cada movimiento de la hierba, cada hoja. Guntermann iba a pasar delante suyo cuando alargó un brazo y contuvo al alemán.

Finalmente, pasados otros cinco minutos, llegaron a lo que quedaba del Lumbwa: un *kikoi* manchado de sangre y una masa pulposa que no guardaba ningún parecido con un ser humano. Encontraron su hacha a cincuenta metros. Aunque Sloane pasó otros cinco minutos rastreando su entorno, no había ningún rastro del elefante.

—Se ha marchado —anunció cuando tuvo la certeza de que se hallaban solos—. Siento lo de su muchacho, pero se lo advertí: no se trata de otro elefante más.

Guntermann agitó la cabeza con tristeza.

— ¡Qué tragedia! —musitó—. ¡Podría haber recorrido toda Europa!

—Me reconforta ver lo conmovido que se encuentra —comentó con sarcasmo Sloane.

Guntermann le miró con ojos centelleantes.

—He perdido cien libras. ¿Es que eso no es suficiente?

Sloane se encogió de hombros con indiferencia.

—Si usted lo dice —replicó.

Se escuchó el crujir de unas ramas y Sloane apuntó su rifle en la dirección del sonido, pero sólo se trataba de Karenja, que venía corriendo. El Kikuyu interpretó la escena al instante.

—*Malima Temboz* sabía que se le acercaba —dijo Karenja, señalando el suelo—. Mire, le obligó a adentrarse más y más en la arboleda; luego, giró aquí... —indicó el lugar—... y, en silencio, regresó aquí... —de nuevo volvió a señalar—... retrocediendo por su propio rastro para esperarle. ¡En verdad que es el más sabio y más terrible de los elefantes!

Sloane estudió la reconstrucción que había hecho Karenja de la escena; después, asintió.

—Probablemente, jamás supo que tenía al elefante detrás de él hasta que le cogió. —Emitió un suspiro—. Bueno, no queda nada para enterrar. Será mejor que nos marchemos.

— ¿Adonde? —preguntó Guntermann mientras salían del claro—. ¿De regreso al puesto de comercio?

—Usted volverá allí —dijo Sloane—. Yo tengo que cazar a un elefante.

—Iré con vos —replicó con firmeza Guntermann.

Sloane sacudió la cabeza.

—Su apuesta ha terminado. Ahora se trata de negocios; usted sólo conseguiría retrasarme.

— ¡Pero quiero verlo!

—Con toda seguridad, Tumo lo vio... en cualquier caso, durante un par de segundos —concluyó Sloane—. ¿Cree que valió la pena?

El hombre pálido no me vio, pero yo le había visto mientras se aproximaba a los árboles, y algún instinto interior me avisó que era él, y no el hombre negro, mi verdadero enemigo. Después de matar al hombre negro, me marché corriendo por el extremo más apartado del claro y giré hacia el este, para atravesar las Llanuras de Loita calcinadas por el sol, y no paré a dormir durante dos días y dos noches. No frené hasta que pude percibir al poderoso Kirinyaga, *al que los hombres llamaban Monte Kenia, en la distancia. Entonces, me detuve al lado de las aguas frías y bebí hasta saciarme.*

Sloane se agachó y examinó el montón de heces.

—Seco —musitó—. Uno creería que ya debería haber frenado su marcha.

—Es Malima Temboz—dijo Karenja, como si aquello lo explicara todo.

Sloane se apoyó contra un baobab moribundo y se puso a liar un cigarrillo mientras escrutaba el horizonte.

— ¿Dónde se encuentra la fuente de agua más próxima? —preguntó.

El Kikuyu señaló hacia el este.

— ¿A qué distancia?

—A medio día de marcha —repuso Karenja—. Tal vez más. Tal vez menos.

—Bueno, lo mejor será que emprendamos el camino —dijo Sloane con una mueca—. No hay ningún motivo para que él sea el único en beber hoy.

Se pusieron a caminar bajo el alto sol tropical, con el Valle del Rift a sus espaldas, la costa y Mombasa, una marisma inimaginable, hacia el este, atravesando cientos de kilómetros de endrinos. El terreno se hizo tan duro que los colmillos del elefante ya no abrían surcos en ella a medida que avanzaba, y su ritmo de persecución disminuyó cuando por dos veces perdieron contacto con su rastro y se vieron obligados a retroceder para volver a encontrarlo.

Tres horas más tarde llegaron hasta un poblado Wakamba, preguntaron si alguien había visto a *Malima Temboz* y recibieron la clase de miradas que, usualmente, se reservan para los locos y los idiotas. Sloane sacó tres cartuchos de su cinturón y se los ofreció a cualquiera que pudiera decirle la última vez que había pasado el elefante y en qué dirección se encaminaba, pero nadie los aceptó.

Finalmente, cuando caía la noche, llegaron hasta un sucio y estrecho riachuelo donde saciaron su sed; luego, acamparon cerca de una acacia.

— ¡Qué lugar tan espantoso! —exclamó Sloane, que, alternativamente, temblaba y se sacudía los mosquitos.

—Los Maasai lo llaman *Nairobi*—le informó Karenja.

— ¿Nairobi? ¿Qué significa?

—El lugar de las aguas frías.

—Lo más acertado sería el lugar de un millón de mosquitos —rechinó Sloane.

—Nosotros lo llamamos el lugar de las ciénagas frías —añadió Karenja.

—Bueno, eso se aproxima un poco más a la realidad —dijo Sloane, pasándose la manta por la cabeza, más para protegerse de los insectos que de la fría brisa que recorría la llanura.

Sloane pasó una noche incómoda, y en dos ocasiones se levantó para echar unos leños al fuego, deseando poder estrangular a esa hiena en particular cuya risa aguda parecía despertarle cada vez que estaba a punto de quedarse dormido. En realidad, le alivió la llegada de la mañana, y aunque aún tenía sueño y se encontraba de malhumor, no perdió mucho tiempo en levantar el campamento y emprender de nuevo la búsqueda.

No llevaban más de media hora sobre el rastro cuando llegaron a una llanura lisa y polvorienta, donde una manada de búfalos había borrado toda señal del elefante.

—Estupendo —gruñó Sloane. Se irguió, llevándose las manos a las caderas, y escrutó la zona—. ¿Por qué camino crees que se ha marchado? ¿Al sur, en dirección a Tsavo; al norte, a la tierra de los Kikuyu, o en línea recta?

—A Tsavo, no, bwana —repuso Karenja—. Está demasiado reseca.

—Sin embargo, por allí hay un montón de elefantes —apuntó Sloane.

—A *Malima Temboz no* le gusta su propia especie. Siempre camina solo.

—De acuerdo —dijo Sloane—. Vayamos hacia el norte y veamos si podemos encontrar de nuevo su rastro.

Comenzaron a andar en dirección norte, examinando el terreno cada pocos minutos, pero, después de dos horas, Sloane llegó a la conclusión de que el elefante debía de haberse encaminado hacia el este o el sur.

—No lo creo, bwana —comentó Karenja—. Él es casi un dios, de modo que lo lógico es que haya ido a *Kirinyaga,* donde habita *Ngai.*

—Sólo es un elefante, Karenja.

—Es *Malima Temboz.*

—Incluso *Malima Temboz* deja un rastro —indicó Sloane—. Tú lo has estado siguiendo durante tres días. —Karenja no tenía respuesta para eso, así que permaneció en silencio—. Regresemos y busquemos donde lo perdimos —continuó Sloane.

—*Ndio,* bwana —aceptó Karenja a regañadientes.

Retrocedieron hasta el lugar donde la manada de búfalos había borrado las huellas del elefante. En un momento del trayecto, un grupo de leones bloqueaba su camino, arracimados en torno al cadáver de un ñu muerto, y Sloane tuvo que dar un gran rodeo a través de una densa arboleda de endrinos.

— ¡Bwana! —musitó Karenja con tono excitado cuando llegaron al otro extremo del grupo de leones.

— ¿Qué pasa?

El Kikuyu señaló el suelo, donde se veía con claridad dos surcos de unos dos metros de ancho.

Sloane frunció el ceño.

— ¿Por qué demonios atravesaría unos matorrales cuando disponía de un camino despejado que seguir?

—Es *Malima Temboz* —explicó con paciencia Karenja—. Las espinas para él no son más que los pétalos de unas flores.

Siguieron el rastro, y, un kilómetro después, llegaron a un montón de heces.

—Está caliente —anunció Karenja, metiendo dos dedos en la mierda.

— ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Tal vez unos diez minutos. Tal vez quince. Tal vez doce.

— ¡Maldita sea! —exclamó Sloane—. ¡El hijo de puta nos está acosando a nosotros!

—Sabe que estamos aquí, bwana —dijo Karenja—. Retornamos con pies pesados.

—Yo también sé que él está aquí —repuso Sloane—, así que estamos empatados.

Karenja cogió un puñado de tierra y lo trituró entre sus dedos, observando cómo flotaba en dirección norte.

—El viento favorece a *Malima Temboz,* bwana.

—Entonces, vamos a nivelar la ventaja —dijo Sloane.

Caminó hacia su izquierda, seguido por el Kikuyu. Cuando había recorrido unos setecientos metros, giró a la derecha y continuó andando rápidamente. Después de trotar bajo el calor opresivo durante una hora, tuvo la seguridad de que, una vez más, se hallaba delante del elefante. Entonces, volvió a adentrarse entre los endrinos en busca de un buen lugar para ocultarse. Cuando lo encontró, le ordenó a Karenja que se subiera a un árbol próximo y se quedara como vigía, cargó dos cartuchos en su rifle y esperó.

Transcurrió una hora; luego, otra, y, después, una tercera.

— ¿Alguna señal de él? —preguntó Sloane sin muchas esperanzas.

—*Hapana,* bwana.

— ¿Estás seguro?

—No se encuentra aquí.

—Muy bien —dijo Sloane con un suspiro—. Baja.

Karenja descendió del árbol mientras Sloane se pasaba la correa del rifle por su hombro sudado.

—Salgamos de esta arboleda y regresemos a la planicie.

Caminaron setecientos metros en dirección este, saliendo de los matorrales hacia la ancha llanura... y, casi de inmediato, dieron con el rastro del elefante.

— ¡Cristo! —exclamó Sloane—. ¡Pasó delante de nosotros mientras estábamos sentados y nos devoraban los insectos! —Se arrodilló y examinó el rastro—. Se trata de un elefante jodidamente inteligente.

—Es *Malima Temboz* —indicó Karenja, asintiendo con gesto sabio como si el bwana, por fin, se hubiera dado cuenta de lo que había estado diciendo todo ese tiempo Karenja.

Sloane no se molestó en responder; sencillamente, comenzó a seguir una vez más el rastro.

Pronto llegaron a una zona más seca y caliente, carente de árboles y de matorrales, repleta de gacelas, cebras, impalas y ñúes. Sloane se dirigió a un termitero próximo, ascendió

Librodot

hasta su cima, metió la mano en la mochila y sacó el catalejo.

— ¡Lo tengo! —anunció un momento después.

— ¿Dónde? —preguntó Karenja,

Sloane señaló hacia el nordeste.

— ¿Está seguro de que es Malima Temboz?

—Se encuentra demasiado lejos para que pueda verle los colmillos —respondió Sloane—. Pero es grande, y viaja solo. —Bajó de un salto del montículo—. Muy bien —expresó—. Sabemos que le gustan los juegos, así que intentemos adelantarnos a él en esta ocasión. ¿Ves aquella arboleda a unos diez kilómetros de distancia?

—*Ndio,* bwana —comentó Karenja, asintiendo.

—Si cree que todavía vamos tras él, se meterá allí y nos esperará.

—No es un león, que espera a su presa —repuso Karenja.

—Tampoco es un elefante corriente —replicó Sloane—. Sabe que le siguen, y también sabe que es más vulnerable en la planicie. Se encaminará hacia los árboles, créeme —calló un instante, quitándose algo de polvo de los ojos—. Dirígete a la derecha y rodea esa arboleda. Si sale de allí, quiero saber qué rumbo va a tomar.

— ¿Y usted, bwana?

—Yo me meteré directamente en la arboleda. Hay una fuente de agua a unos seis kilómetros más adelante y como a dos kilómetros a la izquierda; si se detiene a beber y se rocía de barro, creo que podré llegar antes que él a los árboles.

— ¿Y si no se para a beber?

—Entonces, iré tras él. Da un grito si ves que sale.

Karenja alzó la mano.

—*Kwaheri,* bwana.

— ¿Qué quieres decir con «adiós»? —preguntó Sloane—. Te veré dentro de dos horas.

—*Ndio,* bwana—repuso el Kikuyu sin mucha convicción. Entonces, emprendió la marcha al trote.

Sloane escrutó la planicie, intentó sin gran éxito divisar la mole del elefante, bebió un trago de agua de su cantimplora y comenzó a andar hacia la lejana arboleda.

Manadas de gacelas y de impalas se alejaron de su camino y él disminuyó un poco la marcha, ya que no quería alertar al elefante de su presencia. Pronto encontró el ritmo adecuado de velocidad y fue capaz de pasar ante los animales que pastoreaban sin espantarlos. Se estaba felicitando de la facilidad con la que había atravesado la planicie cuando se encontró con un rinoceronte solitario que le bloqueaba el paso.

Éste le observó, bufó y comenzó a trotar en un gran círculo hasta que tuvo el viento a favor. Sloane se quitó despacio el rifle del hombro y lo sostuvo delante del pecho, con la esperanza de no verse obligado a usarlo y, así, revelarle su presencia al elefante.

El rinoceronte se detuvo a unos sesenta metros de distancia; luego, comenzó a pisotear la tierra con la pata delantera y a bufar con fuerza. Un momento más tarde, trotó hasta situarse a veinte metros de él; entonces, se desvió en ángulo recto.

Sloane permaneció inmóvil y el rinoceronte volvió a dar un círculo en torno a él, claramente perturbado por el olor que percibía. Una vez más el animal bajó la cabeza y cargó, y de nuevo volvió a desviarse a veinte metros de distancia. Finalmente, sacudió con furia la cabeza, le dio la espalda y se alejó al galope, eructando con violencia desde ambas extremidades.

Sloane aguardó otro minuto para cerciorarse de que no pensaba regresar; entonces, prosiguió su viaje hacia la arboleda. Cuando se aproximaba a los árboles, los animales se mostraron más aprensivos, quizá debido a que aquéllos ofrecían un escondite para los carnívoros, y empezaron a huir cuando él se acercaba. Le echó un vistazo a la tierra en busca de alguna señal del rastro del elefante, no vio nada y, lentamente, dio un rodeo hacia su izquierda, con la esperanza de poder divisar al elefante en la planicie.

Casi había recorrido un tercio del camino en torno al claro cuando escuchó la voz de

Librodot

Karenja.

— ¡Bwana, se ha vuelto a meter entre los árboles!

« ¿De nuevo en la arboleda? —musitó Sloane para sí mismo—. ¿Cómo demonios llegó hasta aquí sin que yo lo viera?»

Comprobó sus cartuchos, colocó dos de repuesto entre los dedos de su mano izquierda y se metió en la arboleda, que calculó que tendría unos doscientos metros de diámetro.

Cuando avanzó veinte pasos, se detuvo a escuchar, con la intención de captar algo: el crujido del estómago del elefante, una rama al romperse, cualquier cosa que le ayudara a localizar el emplazamiento del animal. No oyó nada y, pasado otro momento, caminó otros veinte pasos. De nuevo se quedó quieto, y de nuevo no escuchó nada salvo el piar de los pájaros y el sonido de los grillos.

Quiso gritarle a Karenja y preguntarle si el animal había salido otra vez, pero no se atrevió a delatar su propia posición, y así, paso a paso, continuó adentrándose en la arboleda. La visibilidad apenas llegaba a los tres metros, con frecuencia sólo a uno y medio, y, de repente, fue consciente de la idiotez que significaba rastrear a Malima Temboz en semejante espesura. Retrocedió rápidamente por donde había venido y salió al claro con una inmensa sensación de alivio.

Se alejó unos cincuenta metros y le gritó a Karenja:

— ¿Sigue en la arboleda?

— ¡*Ndio,* bwana!

—Aguarda diez minutos para que se olvide de que me encuentro aquí y, entonces, comienza a hacer ruidos desde tu lado. Tal vez podamos asustarlo y conseguir que salga por esta dirección.

— ¡No le teme al ruido, bwana! —aulló Karenja.

— ¡Hazlo de todas formas!

Karenja no replicó, pero, unos quince minutos después, comenzó a golpear las ramas de los árboles y a gritar a voz en cuello, mientras que Sloane, de rodillas y con el rifle en las manos, escrutó el claro, a la espera de que el elefante saliera en estampida.

No sucedió nada.

El ruido cesó diez minutos más tarde, y media hora después Karenja rodeó con cautela el claro y se aproximó a Sloane.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —demandó el cazador.

—Creí que estaba muerto, bwana, ya que no escuché ningún disparo —explicó Karenja—, así que vine en busca de su cuerpo para llevárselo a los misioneros.

—Gracias —repuso con sarcasmo Sloane.

— ¿Vuelvo a golpear las ramas, bwana?

Sloane sacudió la cabeza.

—No, parece que eso no sirve de nada.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperar—dijo Sloane. Palmeó la cantimplora—. Tenemos más agua que él. Esa fuente se encuentra a un kilómetro y medio de distancia; tarde o temprano tendrá que salir.

—Tarde o temprano los hombres tienen que dormir.

—Siempre el optimista —comentó Sloane.

— ¿Regreso al otro lado, bwana?

—Sí, creo que será lo mejor. Y llévate ésto contigo... —le pasó a Karenja el catalejo— por si hubiera huido mientras tanto.

Karenja cogió el catalejo y se marchó al trote, mientras Sloane se quitaba la mochila y sacaba un pedazo de cecina y se ponía a masticarlo. El día se transformó en crepúsculo, y éste en anochecer, y el elefante seguía oculto en la arboleda.

Por fin, Sloane decidió que ya estaba muy oscuro como para poder ver, de modo que encendió una gran hoguera, con la intención de tomar mejor puntería que la de espantar a los carnívoros, y se sentó al lado del fuego, la espalda apoyada contra la mochila, el rifle sobre

sus piernas.

Un león rugió en la distancia y una manada de ñúes se movió asustada a unos setecientos metros al oeste. Desde alguna parte, le llegó el sonido de un leopardo y un antílope emitió un estertor agónico; entonces, el silencio volvió a reinar.

En ese momento, por puro instinto, Sloane alzó la vista... y allí, cargando tan silencioso como la noche, sin emitir un sonido, ningún trompeteo de advertencia, apareció Malima Temboz.

El cazador se llevó el rifle al hombro y contempló a la bestia enorme. Sus inmensas orejas ocultaban la luna y las estrellas, su tremenda mole hacía que la tierra fuera sacudida con cada paso que daba, y sus largísimas columnas gemelas de marfil parecían extenderse hasta la eternidad.

— ¡Eres todo lo que decían de ti! —murmuró Sloane, mirando atontado al elefante que cargaba contra él.

En el último instante posible, lanzó un disparo. La bala levantó un remolino de polvo en el cráneo del elefante, pero no le detuvo, ni tan siquiera le frenó, tal como Sloane, de algún modo, sabía que ocurriría.

Prosiguió contemplándole maravillado en el momento en que la trompa gorda y el resplandeciente marfil le cogieron. Llegó a la conclusión de que era una visión que podría durarle a un hombre toda una vida.

Y una vida era lo único que le quedaba a él.

Karenja encontró lo que quedaba de su bwana unos pocos minutos más tarde. Esperó hasta que amaneciera y enterró el uniforme gris deshecho; entonces, porque él había visto cómo trataban los hombres blancos a sus muertos, plantó una cruz sobre la tumba y, con cuidado, colgó el desgastado stetson de Sloane encima de ella.

Luego, regresó a su pueblo, pagó una gran cantidad de dinero para aplacar a su jefe, se compró una esposa y pasó el resto de sus años cuidando de sus cabras, ya que cuando un hombre ha cazado a Malima Temboz, no le queda ningún otro desafío al que pueda enfrentarse.

Séptimo Interludio
(6303 E.G.)

—Duncan... ¿es que nunca duermes en casa? ¡Despierta!

Murmuré algo y alargué el brazo para taparme la cabeza con la manta, sólo para darme cuenta de que no tenía ninguna y que me había quedado dormido en la oficina.

— ¡Duncan!

Me senté y me froté los ojos, bostezando.

— ¿Qué hora es? —pregunté.

—Las siete y media —repuso Hilda, que se hallaba de pie ante mi sillón poliforme, los brazos cruzados con decisión sobre el pecho.

—Supongo que no te gustaría volver en una hora, ¿verdad?

—No lo haré. Y ahora ponte de pie; te sentirás mucho mejor.

Me incorporé a regañadientes, con la espalda rígida, un dolor en la pierna derecha y mal sabor de boca.

—Te equivocas —jadeé.

— ¿Acerca de qué?

—Me siento peor.

—Entonces, para variar, intenta dormir en tu propia cama —comentó con sarcasmo. Se detuvo y me observó—. Duncan, me he pasado media noche preguntándome si estarías vivo por la mañana. Te doy dos minutos para que te despejes; luego, me contarás con lujo de

detalles lo que sucedió anoche.

—El elefante le mató.

— ¿De qué estás hablando? —demandó.

—A Hannibal Sloane —dije—. Fue el primer hombre blanco en verlo.

— ¡No me importa lo que hayas descubierto con la computadora! —restalló—. ¡Quiero saber lo que ocurrió entre tú y Mandaka!

—Oh —comenté atontado, intentando concentrarme—. La computadora descubrió anoche tres piezas más del rompecabezas.

— ¿Te has acercado a los colmillos?

—A los colmillos no —negué.

—Entonces, ¿a qué? —inquirió, confundida.

—Al motivo.

—Vamos —dijo—. Desayunemos mientras me lo cuentas. Tienes un aspecto horrible y suenas peor.

—Gracias —repuse, sentándome otra vez en el sillón poliforme—. ¿Por qué no vuelves a las nueve?

—Computadora —ordenó—, haz que entre un poco de luz en esta oficina.

Al instante la pared se tornó transparente y la luz del sol de la mañana inundó mi despacho.

— ¡De acuerdo! —exclamé, entrecerrando los ojos—. ¡Iré a desayunar! ¡Pídele que pare!

—Una opacidad del cincuenta por ciento —ordenó Hilda, y, de repente, el cuarto se hizo soportable otra vez.

—No estuvo bien eso que has hecho —comenté con resentimiento mientras me ponía de pie—. Sólo he podido dormir tres horas.

—Me disculparé más tarde —indicó, dirigiéndose a la puerta y ordenándole que se abriera.

— ¿Adonde vamos... a la segunda planta o a la decimonovena? —inquirí, pasándome los dedos por el pelo y tratando de recordar dónde había dejado el cepillo.

—A la decimonovena —respondió ella—. ¿Por qué dejar que los empleados te vean de esta forma?

Fuimos hasta el ascensor de aire y subimos al comedor de ejecutivos, que sólo era una cafetería exclusiva; una vez allí, elegimos una mesa que flotaba cerca de un gran ventanal en el rincón más alejado de la estancia y nos sentamos. Vi cómo pasaba la representación holográfica del menú, y ordené unas pastas y una taza de café, mientras que Hilda pidió su habitual desayuno fuerte.

—Muy bien —dijo en cuanto el menú se desvaneció y la comida ascendió desde la base de la mesa—. ¿Ya estás despierto? —Asentí, tratando de ignorar la vista de la ciudad al despertar que el ventanal me ofrecía—. Entonces, quiero un informe completo.

—Hilda —comencé—, ¡no creerás el apartamento que tiene! No he visto nada parecido en toda mi vida.

— ¿Su apartamento? —repitió—. Lo último que supe fue que los dos estabais en tu apartamento.

—No le gusta —repuse—. Es demasiado estéril.

—Tiene razón —acordó ella—. Empieza desde el principio.

— ¿El principio?

—Dime lo que ocurrió en los Días Antiguos y por qué se encontraba más tarde en tu apartamento.

Le conté todo lo que ocurrió, incluyendo mi visita a la improbable morada de Mandaka. Terminó su desayuno en el momento que yo terminaba mi relato.

— ¿Sabes? —preguntó después de analizar mi informe—. Tengo la extraña sensación de que te cae bien.

Sacudí la cabeza.

—No le conozco lo suficiente como para que me caiga bien. Empatizo con él.

— ¿Cómo puedes empatizar con un hombre que creció en una choza con techo de paja a media galaxia de distancia y que está convencido de que va a morir cuando localices los colmillos?

—De acuerdo, entonces —corregí—, simpatizo con él.

— ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Porque preferiría ser otra persona.

— ¿Tú?

—Yo nunca —aseveré—. Por propia voluntad yo he elegido llevar la vida que él odia. —La miré a través de la mesa y le sonreí—. Preferiría ser tú.

—No comprendo.

—Parece que lo único que ha deseado en la vida ha sido un trabajo, una familia y una vida normal y ordenada —expliqué—. A cambio, creció sin haber visto jamás a otro niño, tiene que soportar el peso de saber que es el último de su raza y da la impresión de verse obligado a gastar su fortuna, e incluso su vida, en adquirir los colmillos de un elefante que murió hace siete milenios. — Medité en ello mientras contemplaba el enorme tráfico de abajo—. Sí, creo que preferiría ser tú.

—Entonces, ¿por qué no intenta llevar una vida normal? — preguntó ella.

—Ya te lo he dicho. No puede casarse.

—Miles de millones de personas jamás se casan y, sin embargo, logran llevar vidas normales — indicó ella —. La mayoría de ellos — añadió significativamente —, incluso están registrados en la Commonwealth.

—Ya te lo he explicado.

—Oh, él tiene una explicación perfecta para todo — comentó —. Debe de ser un buen conversador para que le hayas creído.

—Tú no has estado en su apartamento — dije —. No has visto la forma en que vive.

—Pero tú sí — señaló ella —. Y, aun así, piensas que lleváis el mismo tipo de vida.

—Sin embargo, él vive en un ático caro que ha hecho que se pareciera a una choza primitiva, y tú vives en un apartamento de clase media del que, aunque tu vida estuviera en juego, no podrías decirme de qué color está pintado. Él viaja por toda la galaxia, y tú te pasas todo el tiempo en tu oficina. Él anhela tener relaciones, y tú no dejas de evitarlas. Él desea que alguna otra persona hubiera encontrado el marfil, de modo que no fuera él quien tuviera que buscarlo, y tú eres incapaz de pensar en otra cosa que no sea en localizarlo. Y, de alguna manera, te ha convencido de que vuestras vidas son idénticas. Te lo repito: debe de ser un buen conversador.

—Nuestras vidas se parecen en las cosas que importan — repuse a la defensiva.

—Son tan distintas como la noche y el día.

—La única diferencia importante es que él no es feliz con la vida que lleva y yo disfruto de la mía.

Dio la impresión de que iba a hacer un comentario al respecto, pero cambió de idea. Por el contrario, ordenó unos pasteles para ella, contempló sus uñas durante unos momentos y, después, me observó a mí.

—De acuerdo, Duncan —dijo—. Has pasado unas horas con él y parece, por razones que no logro comprender, que te empieza a caer bien, ya has visto cómo y dónde vive. ¿Tienes alguna idea de por qué está dispuesto a pagar millones de créditos, y hasta a matar, por la posesión del marfil?

—Tengo una idea —respondí con cautela—. No tengo una respuesta.

— ¿Cuál es la diferencia? —inquirió en el momento en que llegaron las pastas.

—Desconozco la razón exacta por la que lo necesita, pero tiene relación con el hecho de que es un Maasai —repuse—. Aún más, creo que se encuentra desesperado por los colmillos

no porque sea un Maasai, sino porque es el último Maasai.

— ¿Yeso qué tiene que ver con el asunto?

—No lo sé —contesté—. Pero debido a varios comentarios que hizo, tengo la impresión de que hay algo que debe hacerse con o a los colmillos, o, por lo menos, alguna razón para poseerlos, que podría haber sido hecho por cualquier Maasai, y que, sin excusa alguna, debe ser hecho por Mandaka precisamente porque él es el último Maasai.

—A mí me suena a tonterías —dijo ella—. Algo que pudo haber sido hecho, que podría haber sido hecho, que debe ser hecho —calló y me miró con una expresión irritada.

—Cuando lo planteas de esa forma, también a mí me suena a tonterías —admití incómodo—. Pero en alguna parte hay una respuesta oculta. ¡Sé que la hay!

— ¿Qué debe ser hecho, por el amor del cielo... y por qué debe ser hecho?

Me encogí de hombros, mostrando mi ignorancia.

—No lo sé.

— ¿No se lo preguntaste?

—Claro que sí —respondí molesto.

— ¿Y qué?

—No quiso contármelo —repliqué—. Dijo que creería que estaba loco.

Una sonrisa cáustica cruzó su rostro.

—Tú no, Duncan... no si ello añadía más misterio. Yo podría pensar que estaba loco, cualquier persona pensaría que estaba loco... pero tú, tú lo sumarías a la lista interminable del rompecabezas en el que estabas trabajando. —Guardé silencio, *y* me puse a jugar con la taza de café vacía—. Muy bien, Duncan —continuó ella—. ¿Crees tú que está loco?

—No, no lo creo.

— ¿Te atreverías a aventurar una conjetura acerca de los motivos por los que busca los colmillos?

—Sólo deduzco que están relacionados con el hecho de ser él un Maasai.

Me miró fijamente.

— ¿Por qué tengo la sensación de que sabes mucho más de lo que me estás contando?

—Sospecho más de lo que te estoy diciendo —respondí—. No lo sé todo.

— ¿Por qué los Maasai han de mostrar más interés en este elefante que los Kikuyu o los Zulus?

—Los Zulus vivían a miles de kilómetros al sur —dije.

—Únicamente empleo unos nombres —indicó ella, visiblemente enfadada—. No sé distinguir a una tribu de la otra. Deja que lo intente de nuevo: ¿por qué los Maasai han de estar más interesados que cualquier otra tribu?

—No lo sé.

— ¿Fue un Maasai el que mató al elefante?

—Probablemente, no. Nadie lo sabe con certeza.

—Entonces, ¿por qué contestas que probablemente no?

—Los Maasai no cazaban para comer ni buscaban el marfil; no tenían ningún motivo para matarlo —callé un instante—. Además, basándome en lo que averigüé de él esta mañana, haría falta algo más que un guerrero desnudo, con una lanza, para abatirlo.

—Bien, si un Maasai no lo mató, ¿qué derecho tienen a los colmillos? ¿Los compró algún Maasai en subasta?

—Por lo que yo sé, ningún Maasai llegó a poseerlos mientras habitaron en la Tierra —repliqué—. En un principio, fueron subastados por un árabe, fueron comprados por unos caucasianos, el Museo Británico se los cedió al gobierno de Kenia y permanecieron en el Museo de Nairobi hasta el advenimiento de la Era Galáctica... incluso entonces, no he sido capaz de hallar a ningún Maasai que los poseyera hasta la época de Maasai Laibon en el siglo XVIII de la E.G.

—Entonces, ¿qué derecho tienen los Maasai sobre ellos?

—Me da la impresión de que no se trata de un derecho, sino de una necesidad —

Librodot

contesté.

—Regresamos a nuestro punto de partida —indicó ella—. Voy a preguntarte por qué los necesitan y tú me contestarás que no lo sabes, que tienes una ligera idea pero que no estás preparado para compartirla conmigo. ¿Tengo razón?

Asentí.

—Tienes razón. ¿Más café?

— ¡Sabes cómo ser uno de los hombres más frustrantes! —restalló.

—No es mi intención serlo.

— ¡Dos días, Duncan! —exclamó, agitando un dedo carnoso en mi dirección—. Eso es lo único que te queda.

—Luego lo renegociaremos —le recordé.

—No si por entonces no dispones de mejores respuestas.

—En cuanto tenga las respuestas, no me hará falta la extensión de tiempo —prometí.

—Bien, pues será mejor que las obtengas, porque no parece que estés avanzando mucho con el marfil.

Regresé a mi oficina, me dirigí a mi baño privado, me eché algo de agua fría en la cara y decidí que necesitaba afeitarme.

—Computadora.

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Cómo va la búsqueda del marfil?

—No he localizado ningún rastro desde que fuera robado de Winox IV por Tahití Benoit —respondió la computadora.

—Quiero que me hagas un favor.

— ¿Sí?

—Mientras me afeito, deseo que prepares una historia breve del pueblo Maasai para mí, empezando desde 1898 A.D.

—Tendrá que ser más preciso.

Fruncí el ceño.

— ¿Quieres una fecha concreta de 1898 A.D.? —inquirí.

—Necesito una definición de la palabra «breve» —respondió la computadora.

—Menos de quinientas palabras —dije.

—Trabajando... hecho.

—Aún no he terminado de afeitarme.

—Esperando...

Un momento más tarde, me senté ante mi escritorio.

—Conforme, computadora.

—El pueblo Maasai, en 1898 A.D., tenía una población de veinticinco mil y eran dueños de casi todas las tierras del Valle del Rift de Kenia, al igual que la zona sur de Kenia que abarcaba Tsavo, Amboseli y el Maasai Mará, junto con las secciones del norte de Tanganika, que abarcaban las Llanuras de Serengeti, el Kilimanjaro y el cráter Ngorongoro. Eran los guerreros más temidos de África Oriental y Central, con una fama, aunque no por sus logros militares, que rivalizaba con la de los Zulus, de Sudáfrica.

»En 1910, los británicos habían creado varias leyes que privaron a los Maasai de gran parte de su poder, al igual que de su forma de vida. Ya no se les permitió portar lanzas, ni siquiera escudos, y se les prohibió los ataques contra otras tribus. En 1940 se les prohibió que llevaran a cabo su tradicional rito de iniciación a la vida adulta: la matanza de los leones con lanzas. En el momento de conseguir la independencia, su número llegaba a doscientos cincuenta mil, muy inferior al de los Kikuyu, los Luo y los Wakamba. Se aferraron a su modo de vida pastoral, y, a partir de entonces, quedaron por detrás de otras tribus en cuestiones de cultura, salud y poder económico.

»En el 2010 A.D., sus tierras habían sido expropiadas por el gobierno de Kenia y de

Tanzania. En el 2050 A.D., ya no hablaban su propia lengua, conocida como *Maa,* sino que escribían y hablaban exclusivamente en Swahili. Con el advenimiento de la Era Galáctica y la colonización de Nueva Kenia, ningún Maasai había ostentado un cargo de responsabilidad en el gobierno de Kenia o de Tanzania. El pueblo no tiene ningún logro reseñable desde que el Hombre se lanzó al espacio.

—Una historia muy triste —comenté.

—No estoy programada para emitir juicios de valor en esa zona —replicó la computadora.

—Lo sé —dije, sumergido en mis pensamientos. Desconozco cuánto tiempo permanecí inmóvil, mas, por fin, volví a mirar a la computadora—. Computadora.

— ¿Sí? —respondió, brillando con intensidad.

— ¿Te es posible analizar la situación en África Oriental anterior a 1898?

— ¿Analizarla, en qué sentido?

—Quiero que evalúes la situación tribal en todos sus aspectos alrededor de 1897 A.D y que me indiques la probabilidad de que la historia Maasai se desarrollaría como lo hizo carente por completo de poder y de logros.

—Trabajando...

Ordené una taza de café; llegué a la conclusión de que durante las últimas veinticuatro horas ya había bebido demasiado café y lo cancelé. A cambio, pedí un vaso de zumo de frutas. Antes de que arribara, la computadora me dio su respuesta.

—La probabilidad de que la historia Maasai hubiera seguido el curso que recorrió, que yo he calculado usando todos los datos disponibles hasta, e incluyendo, 1897, es de uno, punto, cuarenta y tres por ciento.

—Ahora vuelve a calcularla hasta 1910 A.D.

—Trabajando... Cincuenta y uno, punto, veintitrés por ciento...

—De nuevo, hasta 1950 A.D.

—Trabajando... Noventa y tres, punto, setenta y ocho por ciento.

—Gracias, computadora —dije, bebiendo el zumo de frutas. De repente, la imagen de Hilda apareció y flotó encima de mí.

—He estado monitorizando a la computadora, Duncan —anunció.

— ¿Quién te dio permiso? —inquirí.

—No necesito ninguno; soy el Jefe de Seguridad. —Me observó un instante—. A pesar de lo enfadada que estoy contigo, no puedo evitar sentirme fascinada por las preguntas que le has formulado a la computadora. ¿Me permites hacer la siguiente?

—Por favor —dije.

—Computadora —empezó—, deja que aporte una hipótesis: ¿la pérdida de poder y de primacía del pueblo Maasai fue un resultado directo de la muerte del Elefante del Kilimanjaro en 1898 A.D.? —hizo una pausa—. Analízalo, por favor.

—Trabajando... su hipótesis tiene una probabilidad de punto, cero, cero, cero treinta y cuatro por ciento...

—Muy interesante —comenté.

— ¿Qué tiene de interesante? —intervino ella—. Estabas equivocado —pareció desilusionada—. ¿Sabes?, llegaste a que pensara que podría haber una conexión.

—La hay —le informé.

—Pero la computadora sólo te ha dado una probabilidad infinitesimal de acierto —indicó—. Yo no diría que eso sea alentador.

—Te equivocas —dije—. Basado en la información que posee, no debió de haber existido ninguna probabilidad.

— ¿Cómo? —comentó, interesada a pesar de ella misma.

Asentí.

—No existe ninguna conexión conocida entre los Maasai y el elefante. Jamás debió de haber afectado a la historia del pueblo.

—La probabilidad es que no lo hizo.

—La computadora no debería tratar en probabilidades en este caso, sino en absolutos —comenté.

—Entonces, pregúntale por qué, sencillamente, no respondió cero —insistió ella.

—Lo haré. Trato de pensar en la mejor forma de planteárselo. —Guardó silencio y me permitió meditar durante un momento—. Computadora —dije al fin—, ¿qué factores modificaron la probabilidad de que la muerte del Elefante del Kilimanjaro influyera en la historia de los Maasai de cero, a punto, cero, cero, cero treinta y cuatro por ciento?

—Fuentes secundarias que se refieren a ciertas declaraciones de Sendeyo.

— ¿Quién fue Sendeyo?

—Un Maasai laibon, y hermano de Lenana, quien era el máximo jefe de los Maasai en 1898 A.D.

— ¿Qué declaraciones realizó Sendeyo? —demandé.

—Dispongo de datos insuficientes —replicó la computadora.

—Si desconoces lo que dijo, ¿por qué influye en tu cálculo? —insistí.

—El mero hecho de que fuera un *laibon* importante en 1898 A.D. y que mencionara al Elefante del Kilimanjaro es suficiente para modificar la probabilidad de cero a punto, cero, cero, cero treinta y cuatro por ciento.

—Gracias —dije. Luego, me volví hacia la imagen de Hilda—. Estaba equivocado —afirmé con un suspiro—. No tenía idea de que una simple referencia al elefante pudiera afectar el cálculo.

—Probablemente, estabas equivocado —acordó Hilda—. Pero, no obstante, genera otra pregunta. ¿Computadora?

— ¿Sí?

—Tengo entendido que no existe ninguna conexión conocida entre los Maasai y el Elefante del Kilimanjaro. ¿Es correcto?

—Es correcto.

—Entonces, ¿cómo supo Sendeyo que el elefante había muerto... o que hubiera existido?

—Dispongo de datos insuficientes —respondió la computadora.

La imagen de Hilda giró hacia mí.

—No sé si se trata de una línea de búsqueda importante... pero es interesante, ¿no lo crees?

—Muy interesante —acordé.

Se tornó menos interesante en los siguientes treinta minutos, ya que, sin importar cómo nos acercábamos al tema, no conseguí que la computadora sacara alguna conclusión entre Sendeyo y/o los Maasai y el Elefante del Kilimanjaro. Puede que el *laibon* lo hubiera mencionado en una ocasión —la fuente, después de todo, no era una primaria, y, por lo tanto, no podía tomarse como una verdad absoluta—, y esa posible mención bastaba para afectar el cálculo de la computadora. No poseía más datos, y no podía ofrecer una hipótesis propia.

Finalmente, Hilda interrumpió mi interrogatorio.

—Abrimos dentro de veinte minutos —anunció—. He de empezar a hacer mis rondas.

—Muy bien —comenté.

—Tenme al corriente si descubres algo importante.

—Lo haré.

Su imagen se desvaneció y yo me volví a la computadora, sin saber cómo abordar el tema siguiente. Me retrasé unos instantes preguntándole si había localizado los colmillos, y de nuevo me respondió que no había encontrado rastro de ellos desde que Tahití Benoit se los robara a los Voladores Nocturnos.

Me hallaba vacío de ideas y, sin embargo, odiaba terminar mi interrogatorio a la computadora, ya que en cuanto abriéramos al público, pasarían nueve horas antes de que pudiera volver a sacar el tema.

—Por favor, crea una representación holográfica de los colmillos —pedí, con la esperanza de que su visión a sólo unos pasos de mi escritorio me inspirara otra línea de aproximación.

—Hecho —anunció la computadora cuando la imagen de los colmillos cobró forma directamente delante de mí.

Los contemplé, impresionado como siempre, pero incapaz de pensar en la forma de conseguir que la computadora los conectara sin lugar a dudas con Sendeyo o los Maasai. Me recliné contra el respaldo del sillón, subí un pie sobre el escritorio y lancé un suspiro.

—Parecen muy limpios para toda la sangre que arrastran con ellos —comenté.

—Únicamente se trata de molares extendidos —me corrigió la computadora—. Jamás portaron sangre, Duncan Rojas.

—Hablaba de forma metafórica —repliqué—. Mucha gente murió por su causa.

—Según mis datos, seis mil novecientos ochenta y dos —dijo la computadora.

—No puede ser —indiqué—. Estaba el Señor de la Guerra, Hannibal Sloane, Tumo, el Lumbwa, y Esther Kamau. Desconocemos con certeza si fueron los causantes de la muerte de la Duquesa de Hierro y de Tahití Benoit.

—En mi total, no he considerado a la Duquesa de Hierro ni a Tahití Benoit.

— ¿Cómo llegaste a esa cantidad?

—Se libró una guerra menor por la posesión de los colmillos en el 882 E.G.

— ¿Una guerra? —repetí, sorprendido.

—Una acción militar entre dos mundos —explicó la computadora—. Mis bancos de datos definen semejante acción como una guerra.

— ¿Y se libró por el marfil?

—Correcto.

—Infórmame de ello —pedí con ansiedad.

—Trabajando...

8

El Potentado
(882 E.G.)

Llegué hasta las polvorientas planicies de Amboseli y, entonces, por primera vez, pude ver al poderoso Kilimanjaro en la distancia, sus pendientes de un azul grisáceo apagado, su nevada cima perdida entre las nubes. Continué mi avance en dirección sur hacia el Kilimanjaro, el más grande de los elefantes realizando su peregrinación a la más grande de las montañas, ya que si el Dios de los Hombres moraba en el Monte Kenia, entonces, quizás, el Dios de los Elefantes moraba aquí.

No me quedaba mucho tiempo. No experimentaba temor ni dolor, porque la muerte le llega a todas las cosas, y me parecía mejor que buscara ahora a mi Dios antes que dejar que Él me encontrara a mi, débil, hambriento e incapaz de sostenerme de pie ante Su presencia, o enloquecido por el dolor de las hormigas a medida que devoraban el interior de mi trompa. Quería preguntarle a Él por qué me había hecho diferente de todos los demás de mi especie, por qué había ordenado una vida de soledad para mí, por qué había sobrevivido a balas, lanzas y flechas que habrían matado a cualquier otro ser vivo. Quería saber para qué propósito me habla creado, y si había servido ese propósito bien y con honorabilidad.

Y así, deteniéndome sólo para beber y para rociar de polvo mi piel agrietada e irritada, una vez más me dirigí hacia el Kilimanjaro y proseguí mi viaje.

El general Arab Chagalla, sintiéndose levemente incómodo en su uniforme de campaña, alzó la vista del té de la mañana en el momento en que el mayor Juma entró en su despacho.

— ¿Señor? —dijo Juma.

—Descanse, mayor —dijo Chagalla. Le transmitió una orden breve a su computadora y los diversos mapas de batalla que cubrían la pared quedaron en blanco.

—Gracias, señor —aceptó Juma. Calló un instante, tratando de forma infructuosa de calmarse. Alzó una hoja de papel azul—. Señor, ¿a qué se refiere todo esto?

Arab Chagalla apenas le echó un vistazo a la hoja.

—Pienso que debería estar bastante claro. Se nos ha ordenado atacar Plantagenet II.

— ¿Han amenazado nuestra seguridad? —preguntó Juma, adelantándose y apoyando las yemas de los dedos sobre el escritorio de Chagalla.

—No.

— ¿Han atacado a alguno de nuestros súbditos?

—No.

—Entonces, ¿por qué, en el nombre de Alá, vamos a emprender una guerra contra un planeta que se encuentra a setenta y tres años luz de distancia?

— ¿Por qué nuestro rey hace lo que hace? —inquirió Chagalla con sarcasmo—. Alá le ha susurrado al oído que debemos atacar Plantagenet II.

— ¿Y ésa es su única razón?

—Por supuesto que no —indicó Chagalla—. Pero es su razón oficial.

— ¿Y cuál es el verdadero objetivo del ataque?

Araba Chagalla suspiró.

—No creo que me creyera si se lo contara.

— ¿Ésa es la única respuesta que voy a recibir? —demandó Juma.

—No —repuso Chagalla—. Pero, por lo menos, no seré yo quien se la dé, bendito sea Alá. El rey ha ordenado una reunión con todo el personal militar superior para después de la

oración de media mañana; algún oficial subalterno será lo suficientemente estúpido como para preguntárselo —calló y miró pensativo ajuma—. Permita que le dé una advertencia: intente no sonreír cuando explique sus razonamientos.

— ¿Perdón?

—Me ha oído bien —replicó con decisión Chagalla—. Finja estar atento y serio y, quizá, lleguemos a Plantagenet II sin sufrir ninguna baja, Inshalá.

Los setenta y ocho oficiales superiores que Amin Rashid XIV, monarca absoluto de Alpha Bednari IV, había elegido para que portaran sus colores en la guerra santa contra los infieles del sistema Plantagenet, se reunieron en el salón del trono vestidos con sus uniformes de gala. No se había colocado ninguna silla, y todos permanecieron en posición de firme, a la espera de la solemne entrada del rey.

Finalmente, entró en el salón. No resultaba una figura imponente —era pequeño, gordo, las piernas ligeramente arqueadas, y tenía un remolino incontrolable en el lado derecho de su barba—, pero ostentaba, por herencia, asesinato y la gracia de Alá, un título imponente. Tenía cuarenta y siete años y llevaba sentado en el trono desde que asesinara a su hermano y a su tío hacía tres años. Durante ese tiempo, había tomado cuarenta y siete esposas, una para cada año. Era un devoto creyente de una forma del Islam que no tenía mucho que ver con el Corán, un derrochador habitual, un jugador compulsivo, un criador de lagartos mutados y un ávido estudiante de sus genealogías, y un hombre que conseguía una publicidad totalmente desproporcionada al poder mínimo que detentaba en la vasta y creciente República de la humanidad.

Era un xenófobo extremista, y no confiaba en ningún hombre que no hubiera nacido en Alpha Bednari IV (que él había rebautizado Mahoma en honor al profeta, pero que aún aparecía como el cuarto planeta del sistema Alpha Bednari en todos los libros y mapas), no confiaba en ninguna mujer, y había declarado (aunque nunca llevó a la práctica) una Guerra Santa contra todas las razas alienígenas. Había privado de todos los derechos a aquellos ciudadanos que no practicaran su particular forma de ver el Islam, hasta que intervino la República y le abofeteó con inteligencia allí donde más le dolía —en su tesoro—, y su intento por negarle a las mujeres el derecho a poseer propiedades aún se abría camino lentamente en los juzgados planetarios.

Alzó con mimo un lagarto azul verdoso en su mano izquierda y le acarició distraídamente la cabeza mientras contemplaba a la variopinta audiencia.

—Caballeros —comenzó por fin con su voz aguda—, es maravilloso ver a hombres tan valerosos de pie ante mí —calló un instante para aclararse la garganta—. Mañana iniciaremos un Jihad Sagrado contra los infieles de Plantagenet II, y yo ocuparé mi lugar a bordo de la nave insignia, compartiendo los peligros con vosotros, tal como todo rey digno ha de hacer.

Se detuvo y se llevó al lagarto a los labios para besarle la cabeza.

—Yo soy Amin Rashid XIV, rey de Mahoma, Amado de Alá. Nadie podrá derrotarme y, por lo tanto, si estoy a vuestro lado, vosotros no podréis ser derrotados. Ningún láser tocará nuestras naves, ningún desintegrador sónico nos alcanzará, ningún explosivo molecular funcionará si nos lo apuntan a nosotros. Somos inmortales, porque iremos en una misión decretada por Alá.

—Una pregunta, Milord —pidió un joven coronel.

— ¿Sí? —respondió Rashid, girando hacia él.

— ¿Puedo preguntar sobre el valor estratégico de capturar Plantagenet II?

— ¡No puedes! —restalló Rashid—. ¿Es que no es suficiente que yo haya declarado el jihad?

—Sí, señor — se apresuró a decir el coronel.

Rashid, aún irritado, siguió palmeando al pequeño lagarto.

—Lucharemos contra Plantagenet II porque se me ha aparecido Alá y me ha revelado que poseen algo que yo debo tener. Quienes se interpongan en nuestro camino serán destruidos. Todos los que empuñen espadas contra nosotros conocerán la ira del Verdadero

Librodot

Dios.

— ¿Espadas? —susurró el mayor Juma, frunciendo el ceño—. ¿Cree que van a luchar con espadas?

—Los ríos fluirán rojos de sangre, las aves de presa se alimentarán con la carne calcinada de los infieles, y la carnicería continuará hasta que la última voz alzada contra nosotros haya sido silenciada. Eso ha decretado Alá; y así será.

Nadie deseó preguntar cuál podría ser el propósito de Alá, por lo que guardaron silencio y siguieron en posición de firme hasta que, por fin, Rashid decidió explicarlo.

—Exhibidos en el museo de la ciudad de Nueva Avón se encuentran los colmillos de un animal conocido como el Elefante del Kilimanjaro, el mamífero más grande que caminó alguna vez sobre la Tierra, aquella que vio nacer a nuestra especie. Alá me ha dicho que yo debo poseer esos colmillos —hizo una pausa y contempló los rostros asombrados—. Eso es lo que yo quiero y es lo que Alá quiere. Cualquier hombre que no jure su vida para la consecución de este objetivo niega no sólo mi soberanía, sino la de Alá.

Una sonrisa fría indicó con claridad cómo sería la reacción de Rashid y de Alá ante semejante acción.

Poco después, Rashid los despidió para que fueran a preparar la invasión.

— ¡Vamos a entrar en guerra por un par de colmillos! —repitió el mayor Juma en la intimidad del despacho de Arab Chagalla—. No puedo creerlo.

—Lo creerá cuando empiecen a dispararle —repuso Chagalla con tono sombrío.

—Pero ¿por qué?

El general emitió un suspiro prolongado, encendió un cigarro, dio una calada y miró a los ojos a su oficial subalterno.

—Porque nuestro amado monarca ha tenido trece hijas y ningún hijo desde que ascendió al trono, y desea un heredero.

— ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? —preguntó Juma, sorprendido por la respuesta.

—En el pasado, cuando la especie aún vivía en la Tierra, había un animal, emparentado con el elefante, conocido como rinoceronte. Fue cazado hasta que se extinguió debido a un cuerno que le crecía desde el hocico. —Juma le contempló en silencio. Chagalla dio otra calada al cigarro y continuó—: La razón por la que se cazó a este animal era su cuerno, ya que tenía la forma de un falo y varios potentados creían que si se consumía el cuerno, una vez pulverizado, claro está, les proporcionaría una virilidad ilimitada. —El general hizo una pausa, y reflexionó en la absoluta estupidez que trataba de explicar—. Ya no quedan rinocerontes, y ningún cuerno... pero existen esos dos enormes colmillos. Si observa su forma, que es parecida a la del cuerno del rinoceronte, y recuerda que treinta y cuatro de las cuarenta y siete esposas de nuestro amado monarca son estériles y que él está envejeciendo y perdiendo potencia sexual, podrá sacar sus propias conclusiones.

— ¿Vamos a atacar Plantagenet II para que él pueda disfrutar con más frecuencia de sus esposas? —indicó incrédulo Juma.

—Por supuesto que no.

—Pero...

—Vamos a atacar Plantagenet II porque él cree que después será capaz de disfrutar con sus esposas con más frecuencia.

— ¡Esto es ridículo! —exclamó Juma—. ¿Y por qué, sencillamente, no compramos los colmillos?

—Ofrecimos un precio, pero nos rechazaron —replicó Chagalla. Sonrió con sarcasmo—Creo que fue entonces cuando Alá sugirió que declaráramos la guerra.

— ¿Era el cuerno del rinoceronte un afrodisíaco? —inquinó Juma.

—En absoluto.

—Entonces, el marfil tampoco lo será—concluyó—. ¿Por qué no se lo explica alguien?

Chagalla le miró fijamente.

— ¿Se presenta usted de voluntario?

—No, pero...

—Bien, cuando encuentre a alguien dispuesto a decirle a nuestro amado monarca que no hay esperanza alguna para su falta de deseo en el dormitorio, por favor, hágamelo saber. Mientras tanto, le sugiero que se prepare para la batalla.

Juma sacudió la cabeza con desolación.

—Así que vamos a la guerra porque nadie se atreve a decirle a un loco que un diente superdesarrollado no es un afrodisíaco.

—Ésa es la cuestión —acordó con tono sombrío Chagalla—. Intente recordar que nosotros servimos a nuestro planeta, que es eterno, y no a nuestro monarca, que es efímero.

Juma agitó la cabeza.

—Será una guerra injusta —afirmó con convicción—. Alá no nos permitirá ganarla.

—Según mi conocimiento de la historia, he comprobado que Alá, usualmente, favorece al que está mejor armado —replicó Chagalla.

La invasión comenzó mal. (De hecho, casi no comenzó, porque cuando el *mullah* personal de Rashid, Shereef Hasim, descubrió el objetivo de la acción militar, negó la distribución a las tropas de raciones condensadas. Rashid le hizo ejecutar, pero su sucesor también se negó, y cuando el monarca encontró a un *mullah* dispuesto a declarar que durante la duración de la batalla el ejército y la armada podían comer carne que no hubiera sido muerta de acuerdo con los rituales, ocho *mullahs* habían sido asesinados o torturados y la flota se había visto obligada a permanecer en puerto treinta y seis horas más.)

Sin embargo, al final la flota partió para el lejano sistema Plantagenet, y el mayor Juma, después de pasar dos días en su diminuto compartimento, solicitó una nueva audiencia con su general.

—Entre —dijo Arab Chagalla cuando el joven mayor apareció en el umbral de su espacioso despacho.

—Gracias, señor.

— ¿Desea compartir un poco de café amargo conmigo? —preguntó Chagalla, indicando una cafetera que había sobre una mesita.

—No, gracias, señor.

—Entonces, siéntese, por favor—inclinó la cabeza—. Mi casa es su casa. Tal como está —añadió con ironía.

Juma entró en el cubículo y la puerta se cerró a su espalda.

— ¿Es seguro este cuarto, señor? —inquinó Juma, acercándose a un banco suspendido de una mampara.

Chagalla frunció el ceño.

— ¿Seguro?

— ¿Puede oírnos alguien?

—No.

—Bien —dijo Juma, sentándose y adelantando el torso—. Le comento esto porque confío en usted, y porque no podría conseguirlo solo. —Guardó silencio durante un incómodo momento—. He elaborado un plan.

— ¿Para conquistar Plantagenet II? —preguntó Chagalla, ofreciéndole al hombre más joven la oportunidad de cambiar del tema que, claramente, deseaba discutir.

—Para matar a Amin Rashid.

—Fingiré que no le he escuchado —indicó Chagalla, sin mostrar sorpresa alguna—. Y usted, por su parte, jamás volverá a hablarme de ello.

— ¡Pero ese hombre está loco!

—También es nuestro rey, a quien le hemos jurado lealtad.

—No es responsable de sus acciones.

— ¿No se dice que Alá mira con ojos compasivos a los locos? —inquirió Chagalla, sorbiendo el café.

—Puede que Alá sí, pero eso representará poco consuelo para los miles de muertos y de heridos de Plantagenet.

— ¡Basta! —restalló Chagalla—. Es su monarca; y usted es su vasallo. Se trata de un hombre imperfecto, ciertamente, pero la perfección sólo reside en Alá. Debe servirle y dejar que Alá le juzgue.

Juma se mordió los labios con cierta impaciencia.

—No creerá que la República dejará que salgamos impunes de un acto tal, ¿verdad? —insistió—. Hasta ahora, Rashid sólo les ha irritado. Este acto de agresión le convertirá en un criminal... ¿o es que usted prevé defenderle contra el poder militar de veinte mil mundos?

—No quiero escucharle más —repuso Chagalla con firmeza—. Guarde silencio, o mi deber será informar de esta conversación.

— ¡Entonces, hágalo! —exclamó Juma—. ¡Pero la sangre de Plantagenet II teñirá sus manos si no me escucha! ¿Y por qué? ¡Por un par de colmillos que un demente cree que le proporcionarán la fertilidad de uno de los lagartos que cría!

—Le sugiero que le rece a Alá para que le guíe y le perdone —dijo Chagalla.

—Alá debe de estar preocupado con otros problemas, de lo contrario, Amin Rashid jamás habría subido al trono.

El hombre mayor le contempló pensativamente durante un momento largo, como si intentara decidirse sobre algo. Finalmente, suspiró y se reclinó contra el respaldo del sillón.

—Alá ve y sabe más de lo que usted cree —repuso Arab Chagalla.

— ¿Qué significa eso? —demandó Juma.

Chagalla le observó, pareció que iba a decir algo y, luego, cambió de parecer.

—Rece porque le guíe, tanto a usted como a nuestro rey —replicó al fin.

— ¡Sucede algo! —exclamó entusiasmado Juma—. ¡Algo que yo desconozco!

—Suceden cosas en el universo que usted no sabe —dijo Chagalla.

—Debe de ocurrir pronto —continuó Juma—. Llegaremos al sistema Plantagenet dentro de tres días.

—Usted tiene su horario y Alá el suyo —indicó el general.

— ¿Puedo ayudarle? —inquinó con presteza Juma.

—Ciertamente —repuso Chagalla, su rostro una máscara impasible—. Rece para que consigamos una victoria rápida y sin derramamiento de sangre contra los infieles.

No existe razón alguna por la que no debiera haber funcionado. Colocaron la bomba en el interior de un cítrico maduro y lo guardaron en el fondo de un enorme bol lleno con frutas similares.

En el plan estaban involucrados nueve oficiales del Estado Mayor, y todos se hallaban presentes, completamente preparados para sacrificar sus vidas con el fin de asegurar la muerte del monarca. Chagalla, que no se encontraba a bordo de la nave insignia, no obstante, estaba involucrado, dispuesto a tomar el mando de la flota y ordenarle que regresara a Alpha Bednari IV en el instante que recibiera la confirmación de la desafortunada muerte de Amid Rashid.

Se había programado una reunión del Estado Mayor para las dieciséis horas, tiempo de la nave insignia, y cuando Rashid insistió en estar presente, el plan se puso en marcha. En cuanto llegó y se sentó a un extremo de la mesa de reuniones, la bomba fue activada después de que los oficiales hubieran desalojado la sala de aquellos que no estaban involucrados directamente en el intento de asesinato.

Pero Alá, tal como había señalado Chagalla, sentía debilidad por los locos, y la bomba explotó en el instante en que Rashid se había agachado para recoger un trozo de fruta que se le había caído al suelo. Protegido de esa forma por la mesa, sufrió unas contusiones leves y un poco de daño en los pulmones debido a la inhalación de humo. Siete de los nueve oficiales murieron en la explosión, y los otros dos murieron más tarde aquella noche, antes de que

pudieran ser torturados para que revelaran los nombres del resto de los conspiradores.

Y la flota prosiguió su curso a Plantagenet II.

Cuando se hallaban a tres horas de su destino, Rashid anunció que la invasión debía lucharse en el propio planeta; no estaba dispuesto a arriesgarse a que los colmillos se destruyeran de forma accidental por dispararle al enemigo desde órbita.

Chagalla, que ahora era su oficial de más alta graduación, le explicó que los militares de Plantagenet ya les habían localizado y que, sin lugar a dudas, estarían rastreándolos con sus armas. Si no le permitía debilitar las defensas enemigas, había mucha incertidumbre de que pudiera hacer aterrizar una sola nave a salvo.

Rashid le escuchó con educación y, luego, le explicó que Alá le había susurrado aquella misma mañana que la invasión sería un éxito y que en poco tiempo él iba a poseer el poder místico encerrado en los colmillos del Elefante del Kilimanjaro.

Entonces, Chagalla solicitó que, por lo menos, le permitiera situar a la flota en órbita alrededor de Plantagenet V o VI hasta que hubiera calculado el poder destructivo del enemigo.

Rashid se negó, porque Alá le había dicho que todos los enemigos desaparecerían ante su ataque sagrado.

La última sugerencia de Chagalla fue que realizaran un intento final de parlamentar, ya que la presencia de la flota podría modificar la anterior decisión del gobierno de no ceder el marfil.

Era una sugerencia muy razonable, acordó Rashid... en cualquier otra circunstancia. Sin embargo, el tiempo de la razón y de la reconciliación había pasado. Alá le había revelado que debía atacar a los infieles y arrebatarles el marfil.

Chagalla, que no tenía en mucha consideración el dominio de las tácticas militares por parte de Rashid o de Alá, sólo asintió y saludó.

Las primeras ocho naves que intentaron aterrizar fueron destruidas al instante. Una novena entró en la atmósfera, con las armas rugiendo, y consiguió aniquilar dos granjas y una sección de cinco kilómetros de un camino polvoriento antes de ser destruida.

Finalmente, Chagalla activó su comunicador.

—Milord —anunció furioso—, ¡tenéis que dejar que ataque sus instalaciones militares! ¡Hemos perdido nueve naves y todavía no hemos logrado inutilizar una sola de sus armas!

— ¿Me estás dando órdenes a mí? —demandó Rashid—. ¡Yo soy el Elegido, el portavoz de Alá! ¡No les atacaremos desde el espacio! ¡No me arriesgaré a destruir los colmillos!

— ¡Pero hemos perdido más de seis mil hombres!

—Únicamente se trataba de hombres —dijo Rashid, encogiéndose de hombros—. Murieron para mayor gloria de Alá.

—Murieron por vuestros colmillos —explicó Chagalla, obligándose a mantener un aspecto externo de calma—, y no hemos avanzado ni un milímetro en nuestra misión.

—La derrota es imposible —replicó con serenidad Rashid—. Alá así lo ha decretado.

—Señor, lamento contradeciros, pero si no me permitís que defienda a nuestros hombres, seremos vencidos. ¡Debéis dejar que bombardee el planeta o sufriremos una derrota de proporciones catastróficas!

— ¡No destruiré los colmillos! —exclamó Rashid. Hizo una pausa momentánea—. No obstante, te dejaré que inyectes alguna sustancia tóxica o química en la atmósfera, si así se han de aplacar tus dudas, general Chagalla. Pero —añadió con énfasis—, prohibido emplear algún material radiactivo. Los colmillos no me servirán para nada si no puedo... puedo usarlos —concluyó con calma.

«Quieres decir, si no puedes pulverizarlos para comerlos durante el desayuno», corrigió Chagalla. En voz alta, se limitó a decir:

—Sí, Milord —y, rápidamente, cortó la comunicación.

— ¿Así que ahora desea que envenenemos la atmósfera y que matemos a toda la población civil? —demandó furioso el mayor Juma.

—Lo que él desee y lo que vaya a recibir son dos cosas distintas —replicó Arab Chagalla a su subordinado—. Quiero que compruebe los diferentes gases nerviosos y agentes químicos que tenemos a bordo, haga que los analice la computadora y que consiga una mezcla que afecte a la población sin ser fatal —calló un instante—. Entonces, la arrojaremos sobre Nueva Avón y sus bases militares, mandaremos una fuerza de comando, cogeremos los colmillos y nos retiraremos de inmediato, Inshalá.

— ¿Y qué me dice de Rashid?

—Estoy seguro de que Alá, en Su sabiduría infinita, solucionará el problema. Sin embargo, ahora mismo lo que intento es que mis fuerzas no sean diezmadas.

—Usted ahora es el hombre con más poder entre los militares —continuó Juma—. Si liderara un golpe, recibiría el apoyo del noventa por ciento de sus oficiales.

—Los militares fueron creados para luchar, no para gobernar —replicó Arab Chagalla—. No tengo el deseo ni la capacidad de dirigir un planeta. —Activó las pantallas holográficas y analizó la posición de la flota—. Acceda a la computadora, compruebe nuestro stock químico y ordénele que desarrolle la mezcla de la que ya hablamos. ¿Juma?

El mayor, que había empezado a marcharse, se volvió y miró al general.

— ¿Diga, señor?

—No quiero oír otra palabra de un golpe. Yo no lo conduciré, y si alguno de mis subordinados lo intentara, me opondría a ellos. Éste es el ejército de Alpha Bednari IV y espero que se comporte con honor y disciplina.

Unos pocos minutos más tarde, Arab Chagalla se puso en contacto con la nave insignia a través del comunicador y pidió hablar con Amin Rashid.

— ¿Sí, general? —inquirió el monarca.

—La mezcla química ha sido creada y mientras hablamos está siendo dispersada en la atmósfera.

— ¡Excelente! —exclamó Rashid—. ¿Cuándo se harán evidentes sus efectos?

—En menos de cinco minutos, Milord —respondió Chagalla—. Estoy a punto de ordenarle a dos de mis naves que aterricen en Nueva Avón y se apoderen de los colmillos —hizo una pausa—. ¿Querríais ir en una de las naves, Milord?

— ¡Claro que sí! ¡Entraré en la ciudad a su cabeza!

—Debo advertiros, Milord, que los efectos de la mezcla no son fatales y que se disiparán en tres horas. No puedo garantizar vuestra seguridad si nuestros enemigos se recuperan mientras vos estáis allí.

—Tres horas es más de lo que necesito —afirmó Rashid.

—Muy bien, Milord. Se os suministrará un traje protector.

—El gas no es fatal —dijo Rashid—. No llevaré traje alguno.

—Pero, Milord...

— ¡Soy inmortal! —declaró Rashid—. Los hombres corrientes que lleven trajes protectores, ¡pero el Bendecido por Alá jamás! Penetraré en Nueva Avón vestido únicamente con mis atavíos blancos.

—Como queráis, Milord —aceptó Chagalla, encogiéndose de hombros.

—Bien. ¡Y ahora, que comience la invasión!

Amin Rashid XIV se abrió camino entre una población dormida, encabezando la marcha de su ejército. Cuando llegó al museo, subió los grandes escalones de piedra en un esplendor solitario, mientras su biógrafo personal capturaba el momento con una cámara holográfica. Entonces, el monarca entró en el edificio, seguido de cerca por sus hombres armados; él mismo abrió el expositor de cristal que contenía los colmillos del Elefante del Kilimanjaro. En cuanto se hubo asegurado el marfil, condujo una procesión disciplinada de regreso a las naves.

Al retornar a la nave insignia, pasó fugazmente por la cámara de descontaminación, supervisó el cuidadoso embalaje de los colmillos y anunció su triunfo por el intercom.

Entonces, justo antes del comienzo de la oración vespertina, cayó al suelo.

— ¿Vivirá? —preguntó el mayor Juma.

—Vivirá —respondió Arab Chagalla.

— ¿Y retendrá sus sentidos? Por lo menos, aquellos que aún no ha perdido —explicó Juma.

Chagalla encendió un cigarro y se reclinó cómodamente contra su sillón.

—Retendrá todos sus sentidos,

— ¡Entonces, Alá nos ha abandonado! —musitó con amargura el joven oficial.

—Alá no ha hecho semejante cosa —replicó Chagalla. Juma le observó con curiosidad—. Alá no sólo posee el sentido de la justicia —continuó el general—, sino que creo que también Tiene un sentido de la ironía.

—No entiendo —dijo Juma.

—Acabo de recibir los informes médicos del estado de nuestro monarca —indicó Chagalla.

—Pero acaba de decirme que vivirá y que retendrá todos sus sentidos.

—Es verdad —corroboró Chagalla, disfrutando enormemente de la situación—. Pero hay una cosa que no retendrá. —Le dio otra calada a su cigarro y sonrió—. ¿Cuál fue el propósito de esta invasión, mayor Juma?

—Obtener el marfil, que él, en su locura, cree que le proporcionará la potencia de un semental.

—Así es —afirmó Chagalla—. Y, de acuerdo con los informes médicos, el único efecto duradero que sufrirá por la exposición al veneno de la atmósfera será el de la impotencia sexual permanente.

Juma sonrió.

— ¿De verdad?

Chagalla asintió.

—Le dije que Alá corregiría todos los males. —Se detuvo y aspiró otra profunda calada del cigarro—. ¡Qué justicia tan exquisita! Nuestro Dios es astuto, ¿no cree?

—No lo cambiaría por ningún otro —afirmó lleno de júbilo el mayor Juma.

Octavo Interludio
(6303 E.G.)

Regresé al trabajo para verificar las medidas de un somorgujo acústico después de escuchar la historia de Amin Rashid XIV. Mandaka me llamó poco antes del almuerzo.

— ¿Ha descubierto alguna otra información? —preguntó.

—Averigüé que se libró una guerra por los colmillos en el 882 E.G —respondí.

Frunció el ceño.

—Ya sabe a lo que me refiero.

Sacudí la cabeza.

—La computadora ha sido incapaz de localizarlos desde que Tahití Benoit se los robara a los Voladores Nocturnos.

—Ya sabía eso hace dos días.

—Aparecerán —le aseguré—. Sólo es cuestión de que la computadora indague todas las fuentes de forma exhaustiva y de que nosotros seamos pacientes.

— ¿Pasará la noche en su oficina? —inquirió.

—Sí.

—Le llamaré de nuevo alrededor de la medianoche.

—No hace falta que se moleste —repuse—. Me pondré en contacto con usted en cuanto los localice.

—Le llamaré esta noche —repitió, cortando la comunicación.

—Sé que lo hará —comenté al espacio vacío donde había estado su imagen.

El resto del día transcurrió lentamente mientras yo me dedicaba a actualizar mi trabajo y designaba las citas de autentificación de la semana próxima a mi personal. Mantuve una breve reunión con la artista que iba a ilustrar la edición del Grupo Quinellus, volví a explicarle cómo funcionaba nuestro proceso de coloreado y, luego, a las cuatro de la tarde, pedí un vaso de zumo de frutas y me recliné contra el sillón, tratando de pensar en más sugerencias para la computadora con el fin de ayudarla a rastrear el marfil.

—Espero que te vistas un poco mejor—comentó una voz familiar.

Alcé la vista para ver a Hilda Dorian de pie en el umbral del despacho. Se había arreglado el cabello desde que desayunara con ella aquella mañana y lucía un elegante vestido de color rosa y verde que nunca antes le había visto. Incluso llevaba el anillo de pedida de diamantes y gemas estelares que le diera Harold unos veintitantos años atrás.

— ¿Qué se celebra? —pregunté, mirándola.

—La fiesta de la empresa.

— ¿No acabamos de tenerla?

—Eso fue el año pasado

— ¿De verdad?

—Y tú no asististe —continuó ella.

—Debí de estar enfermo —indiqué.

— ¡Ja!

Reinó un largo silencio.

—Bueno, que te diviertas —dije al fin.

—Tú también vendrás, Duncan.

Negué con la cabeza.

—Tengo mucho trabajo.

—Duncan, han pasado cuatro años desde la última vez que asististe a una de las fiestas anuales de la empresa.

—Todo el mundo se emborracha y se dedica a practicar juegos estúpidos —comenté—. No es el tipo de cosas con las que disfruto.

—Lo creas o no, tampoco es el tipo de cosas con las que yo disfruto —afirmó ella—. Pero voy porque eso es lo que se espera de mí... y este año tú también vendrás.

—Ni lo sueñes —dije—. Mandaka va a llamarme a la medianoche.

—Mandaka no paga tu sueldo, y tampoco es el dueño de tu computadora —recordó ella con voz paciente—. Sí lo hace la Wilford Braxton, y me sugirieron con énfasis que desean contar con tu presencia.

—Oh, vamos, Hilda... ni siquiera se darán cuenta de mi ausencia —insistí—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—No tienes nada más importante que hacer —aseveró ella con firmeza—. Tus jefes creen que tu continua ausencia de las fiestas daña la moral del personal.

—Mi personal trabaja aquí para autentificar registros de caza mayor, no para ir a fiestas y soportar charlas aburridas —le devolví—. Si de verdad desean aumentar la moral del personal, diles que nos proporcionen una subida general de sueldo.

Me observó con ojos centelleantes.

—Duncan, les prometí que irías, y no permitiré que me hagas quedar como una mentirosa.

—No tenías ningún derecho a prometérselo —indiqué—. Resulta que tengo un trabajo urgente, ¿lo recuerdas?

—Te daré seis horas más.

Sacudí la cabeza.

—No hay trato. La última vez que asistí, la mujer del viejo Hammond se lanzó sobre mí y me torturó el oído durante cuatro horas.

—La mujer de Hammond lleva muerta más de tres años —replicó ella—. No podrás utilizarla como una excusa.

— ¿Tanto tiempo? —pregunté, sorprendido.

—Tú fuiste al funeral.

—Creí que sólo habían pasado unos meses.

—Tres años, Duncan.

— ¿Estás segura?

— ¡Duncan, no sé por qué pierdo mi tiempo contigo! ¡Estás tan absorto en tu trabajo que ya has perdido toda noción del tiempo, de los modales y de cualquier otra cosa!

—Yo tampoco sé por qué lo haces —señalé con sinceridad—. Tal vez deberías abandonarme como una causa perdida y dejar que prosiga con mi tarea para rastrear el marfil.

— ¡Duncan, ya es hora de que dejes de pensar en lo que te hace feliz a ti! —restalló, y ahora sí que se la veía furiosa—. ¡No te hará ningún daño asistir a la fiesta, y conseguirás que mi vida sea mucho más feliz! Tus jefes quieren que vayas, tu personal espera que vayas, y yo insisto en que vayas. Eso es todo lo que hay.

—No tengo ninguna ropa formal —dije.

Se dirigió a mi armario y escrutó los trajes que colgaban en el interior; luego, sacó uno.

—Éste será perfecto.

—Todos irán mejor vestidos que yo —me quejé—. Me sentiré incómodo.

—Será por tu culpa —replicó—. Lo sabes desde hace meses.

—Acabo de enterarme ahora.

—Tonterías. La empresa envió invitaciones a todos sus empleados.

—Nunca la he recibido.

— ¿Computadora? —preguntó.

—Se recibió una invitación hace ciento ochenta días —respondió la computadora—. Hubo cuatro mensajes posteriores solicitando confirmación de asistencia, y todos fueron ignorados.

—Muchas gracias, amiga —musité, mirando con ira al cristal brillante.

—De nada, Duncan Rojas —contestó la computadora.

—Vamos, si ya has dejado de quejarte y de protestar, quiero que te pongas este traje y que salgas a las cinco en punto.

— ¿Por qué me torturas? —demandé—. Tú tienes un marido. ¿Por qué no haces que te lleve él?

—Harold se encontrará conmigo en la fiesta.

—Entonces, vete tranquila, pasa un rato agradable, salúdale de mi parte y déjame en paz.

—Harold vendrá porque es un adulto y acepta las responsabilidades que ello conlleva —replicó Hilda—. Ya es hora de que tú aprendas a hacer lo mismo.

—Ya es hora de que localice el marfil.

—El marfil puede esperar —anunció ella—. Además, la computadora seguirá trabajando mientras tú te encuentras en la fiesta.

—La computadora no avanza nada —comenté—. Va a necesitar más directrices.

—Entonces, se las darás cuando concluya la fiesta.

— ¡Eso será dentro de ocho horas!

—Me rompes el corazón, Duncan —indicó con sarcasmo. Entonces, guardó silencio durante un momento—. ¿Por qué no tratas de asistir con mente abierta? —sugirió por fin—. Puede que lo pases bien. —Me la quedé mirando sin responder—. Hasta puede que conozcas a una joven agradable —continuó—. Aunque no tengo la más remota idea de lo que podría ver una joven agradable en ti.

— ¿Qué ves tú en mí? —pregunté.

Me observó con expresión pensativa y suspiró.

—Maldita sea si ya lo sé —repuso—. En una ocasión, vi en ti a un joven brillante con un gran sentido del humor. Eras un poco excéntrico, y a mí siempre me han gustado las personas excéntricas -—hizo una pausa—. Sin embargo, a medida que han transcurrido los años, la excentricidad se ha convertido en una ética de trabajo monomaníaca y, por regla general, el sentido del humor siempre está ausente.

— ¿Y la brillantez?

—Sigues siendo brillante, pero con eso no basta, Duncan. Careces de modales y únicamente te importa tu trabajo. Tienes tendencia de herir a la gente más por descuido que por malicia, y ya no estoy segura de que eso sea preferible; implica que las personas no merecen el esfuerzo de evitar ser heridas, ni siquiera de lastimarlas adrede.

—Entonces, ¿por qué te obcecas molestándote tanto por mí?

—Porque te he conocido la mitad de mi vida, y una no se desprende de media vida, aunque ésta no haya salido como una esperara —calló un instante—. Además, si Harold y yo no nos preocupáramos por ti, ¿quién lo haría? —Me encogí de hombros, incapaz de darle una respuesta—. Soy consciente de que, probablemente, te sentirías más feliz si nadie se molestara en ti —continuó Hilda—, pero no se puede conseguir todo lo que se pretende en la vida. Ahora bien, ¿vas a ponerte este traje o tendré que negarte acceso a la computadora?

— ¿Harías eso? —pregunté.

—Lo haría.

— ¿Supongo que no considerarías gritarme otros diez minutos y, luego, dejarme en paz?

Sacudió la cabeza con obcecación.

—Sólo has dejado la adolescencia como unos treinta años atrás —dijo—. Aún mantengo una ligera esperanza de que algún día crezcas.

— ¿A las cinco? —pregunté, derrotado.

—Correcto —Me señaló con un dedo—. Y será mejor que estés listo, Duncan.

Asentí y ella se marchó de la oficina.

De inmediato me dediqué a escribir posibles canales de búsqueda para suministrarle a la computadora antes de irme a la fiesta.

Regresé a la oficina a las once, después de haber llegado a la conclusión, media hora antes, de que Hilda se estaba divirtiendo tanto que jamás notaría mi ausencia.

La fiesta había sido tan tediosa y aburrida como yo había temido. Todo el mundo, incluso los herederos Braxton, se reunió para cantar a coro y dio la impresión de que experimentaban un tipo de camaradería y de buena voluntad que, de algún modo, a mí me eludió; poco después, llegó una orquesta e Hilda consiguió que bailara con ella, a pesar de las protestas de que no lo había hecho en años. Todos parecían estar divirtiéndose tanto que empecé a preguntarme si ella no tendría razón, si había algo que a mí me faltaba... pero, en ese instante, pensé en Mandaka sentado en el suelo, cubierto con su antigua manta tribal y buscando el marfil sólo Dios sabía con qué propósito, y llegué a la conclusión de que debían de ser todos ellos los que estaban alejados de la realidad, que ningún tipo de fiesta ni de conversaciones sociales brindaban la excitación de rastrear el marfil a través de los eones. Entonces supe que yo tenía más en común con ese extraño hombre negro, que había sido criado en una choza y que nunca había visto a otro niño, que lo que tenía con cualquiera de mis compañeros de trabajo, incluida Hilda. Ellos buscaban el calor de los demás, mientras que nosotros buscábamos el sendero solitario de la caza.

Bueno, corregí, nosotros no lo buscábamos. Hasta el mismo Mandaka habría preferido llevar la vida de un empleado de la Braxton si hubiera podido elegir. Yo la buscaba. Contemplé a Hilda con Harold, percibí el cariño y la ternura que aún sentían el uno por el otro después de todos esos años marcados en sus rostros, pero me pareció algo vacío. Regresarían a su casa para perder más tiempo con una charla ociosa y, tal vez, ver uno o dos hologramas;

entonces, habrían perdido para siempre otra noche, una velada sin ningún desafío, sin ningún logro, sin la excitación de la caza. Se despertarían felices, tranquilos y satisfechos dentro de ocho horas... pero yo me despertaría un paso más cerca de los colmillos, y me di cuenta de que por nada del mundo cambiaría mi lugar por el de ellos.

— ¡Computadora! —exclamé.

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Has localizado los colmillos?

—No.

— ¿Has reunido algún dato desde que los robara Tahití Benoit?

—No.

Me senté y fruncí el ceño.

—Dame un poco de calor en la zona lumbar —le ordené al sillón.

—Hecho.

—Computadora, necesito pensar. Por favor, pasa la Rapsodia Altairiana en Sí Menor de Ghanetski, y haz que se torne opaca la pared occidental.

—Trabajando... hecho —repuso la computadora en el instante en que el cuarto se vio inundado por los ritmos apasionados de Ghanetski.

Permanecí quieto unos diez minutos, dejando que una oleada tras otra de música cayera sobre mí, vaciando la mente de todo pensamiento y, luego, reconstruyendo de nuevo el rompecabezas en la totalidad descubierta.

— ¿Computadora?

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Qué porcentaje de tu capacidad estás dedicando a rastrear los colmillos?

—El setenta y tres, punto, dos-tres-uno por ciento.

— ¿Y cuánto has avanzado desde el año 5730 E.G.?

—No he realizado ningún avance.

—Tal vez no me he expresado con claridad —dije—. Seguro que estás avanzando en un patrón lógico. Debes de haber eliminado los años 5731, 5732 y así sucesivamente. ¿Dónde te encuentras ahora?

—Busco los colmillos de forma cronológica, alfabética, pictórica, por tema, por emplazamiento, por museo, por subasta, por descripción y por narraciones en memorias biográficas. Aún no he completado ninguna de las búsquedas.

—Ya veo —comenté—. De acuerdo. Quiero que ocupes la mitad de la capacidad que le estás dedicando a este problema y averigües cómo y dónde murió Tahití Benoit. Siempre existe la posibilidad de que si los colmillos no vuelven a aparecer en otro lugar, ella jamás se deshiciera del marfil —callé un instante—. Murió dos años después de robarlos; probablemente, no existía un mercado legítimo para ellos. Es posible que, debido al hecho de que Leeyo Nelion estuviera dispuesto a ofrecer mucho por ellos, ella los retuviera para recibir una oferta mejor, lo cual, por supuesto, no vendría de los museos ni de los coleccionistas, o de ninguna otra parte a menos que los sucesores de Nelion no sólo supieran que ella poseía el marfil, sino también dónde encontrarla. Y como ya sabemos que los Maasai jamás llegaron a poseerlos... —dejé que mi voz se perdiera.

—Trabajando...

—Bien —repuse, reclinándome contra el respaldo del sillón y ordenándole que se ciñera al contorno de mi cuerpo y ejerciera una suave vibración—. ¿Computadora?

— ¿Sí?

— ¿Por qué crees que él los quiere?

—No comprendo su pregunta.

—Los colmillos... ¿por qué crees que Mandaka los quiere?

—No dispongo de datos suficientes.

— ¿Qué piensas que planea hacer con ellos?

—No dispongo de datos suficientes.

Hice una pausa.

— ¿Cuántos hombres de mi edad pasan más noches en la oficina que en casa?

—Debe ser más explícito —replicó la computadora—. ¿Se refiere a hombres con idéntica fecha de nacimiento o a aquellos que, en la actualidad, comparten su edad cronológica... y se refiere a hombres de este planeta, de este sistema, dentro de la Commonwealth o en la galaxia?

Suspiré.

—No importa, computadora —cerré los ojos y escuché un movimiento especialmente conmovedor de la Rapsodia—. ¿Computadora?

— ¿Sí?

— ¿Existe algo más que esto?

—No comprendo su pregunta.

— ¿Debería desear las cosas que desean el resto de las personas?

—Debe ser más explícito —replicó la computadora.

—Amigos, familia, niños, esposa.

—No estoy programada para emitir juicios de valor en ese aspecto.

—Crea un subprograma y responde a mi pregunta.

—Trabajando... No, Duncan Rojas, no existe nada más que la búsqueda del conocimiento.

— ¿Estás segura?

—No, Duncan Rojas, no estoy segura. He creado un subprograma basado en mis propios imperativos. Si usted fuera una máquina, estaría segura.

—Gracias, de todas formas, computadora —dije. Debí quedarme adormilado en ese momento, porque lo siguiente que supe fue que eran las dos de la madrugada y que tenía mal sabor de boca—. ¿Computadora?

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Has localizado el marfil?

—No.

— ¿Has averiguado el momento y el lugar de la muerte de Tahití Benoit?

—No.

Me puse de pie, fui al lavabo *y* tomé una ducha seca rápida. Luego, la computadora me llamó.

—Bukoba Mandaka intenta comunicarse con usted.

—Pásame la llamada en visual.

El rostro de Mandaka apareció sobre la computadora.

—Intenté contactar con usted a las once de la noche —empezó en tono acusador—, pero no le encontré.

—Tuve que asistir a una cita ineludible —le expliqué.

— ¿Estaba relacionada con el marfil?

—No.

—Entonces, no tenía derecho a ir —afirmó con vehemencia—. Soy yo quien le paga por su tiempo.

—Se trataba de una fiesta de la empresa —repliqué—, y se me dijo en términos muy claros que si no iba se me cancelaría el uso de la computadora.

Me observó durante un momento; luego, asintió.

— ¿Ha encontrado los colmillos?

—No —contesté—. He instruido a la computadora para que diera marcha atrás y tratara de averiguar cuándo y dónde murió Tahití Benoit. Esta línea de búsqueda se basa en la asunción de que los descendientes de Leeyo Nelion jamás consiguieron apoderarse de ellos. ¿Puede confirmármelo?

—Tembo Laibon fue el último Maasai en poseer los colmillos —respondió. Su expresión se tornó sombría, como siempre le ocurría cuando mencionaba a Tembo Laibon—.

¡Los tuvimos durante trece siglos y ese estúpido los perdió en un juego de cartas!

—Tal vez desconocía su valor —sugerí.

—Lo conocía —dijo Mandaka con convicción—. Todos los Maasai lo conocían. Jamás debió depender de él, o de mí. El primer Maasai en poseerlos debió haber hecho lo necesario.

— ¿El primero? —inquirí—. ¿Se refiere usted a Maasai Laibon?

Asintió en silencio, la mirada fija en algún lugar y tiempo que sólo él podía ver. Había tanto dolor en su cara, tanta amargura infinita, que, de algún modo, quise consolarlo.

—Los encontraré —aseveré—. Tiene mi palabra, Bukoba Mandaka.

—Sé que lo hará —acordó, sin cambiar de expresión.

—Le llamaré en el momento en que sepa dónde se hallan —continué con cierta incomodidad.

—Sí —aceptó con voz suave.

Le observé otro minuto, preguntándome qué decir a continuación, pero, por fin, me quitó ese peso de encima al cortar la conexión.

— ¿Computadora? —llamé después de otro minuto de silencio.

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Fue Maasai Laibon el primer Maasai en poseer los colmillos?

—Sí.

— ¿Y él se los pasó a sus descendientes, así hasta llegar a la época de Tembo Laibon?

—Correcto.

—Me pregunto cómo habrá llegado Maasai Laibon a ser dueño de los colmillos.

— ¿Se trata de una pregunta directa? —inquirió la computadora.

—Sí —repuse—. ¿Conoces la respuesta?

—Trabajando... Sí, ahora la conozco.

9

La Artista
(1701 E.G.)

Mientras me acercaba a la ladera del Kilimanjaro, me detenía con mayor frecuencia a llenar el estómago con agua, ya que, aunque me dominaba un hambre enorme, tenía los dientes tan desgastados que me resultaba imposible masticar la comida. Me dolía la cabeza, las articulaciones de mi cuerpo estaban rígidas y muy a menudo me veía obligado aparar para descansar.

Leí los mensajes del viento varias veces, porque los hombres vivían en la ladera de la montaña y no deseaba encontrarme con ellos. Apenas me quedaban fuerzas para ascender hasta la cima del Kilimanjaro y confrontarme con mi Dios, y sabía que nunca regresaría de aquella ascensión. Incluso los airones blancos que habían sido mis constantes compañeros parecieron intuir que me estaba preparando para morir, porque todos, con la excepción de uno, me abandonaron cuando me acerqué a la montaña. Permanecí un tiempo en un estanque de agua, me rocié la piel de polvo por última vez y, entonces, me dirigí al estrecho sendero que conduce a las pendientes más bajas.

Él medía un metro noventa y su piel era negra. Ella medía tres metros treinta y cinco centímetros desde el extremo de la nariz hasta el extremo de la cola, y su piel era de un complicado patrón de tonalidades azules y verdes.

Él percibía su mundo a través de unos fríos ojos castaños; ella veía lo que nadie más podía a través de sus rojas y brillantes órbitas.

Él era un Hombre; ella era una Lombriz Nocturna.

El nombre de él era Maasai Laibon; el de ella, Ojos-de-Fuego.

Jamás se habían encontrado... pero, con el tiempo, lo harían, porque ella poseía algo que él deseaba. Era el mayor tesoro de ella y la mayor necesidad de él.

Ella vivía en una cueva de Belamone XI, donde la temperatura jamás subía por encima de los cero grados centígrados, y los gases remolineantes difuminaban la luz procedente del lejano sol rojo.

Desde su nacimiento ella había sido rara, una criatura ciega nacida en una raza con el don de la visión, aunque, de algún modo, no pertenecía a esa raza; una Lombriz Nocturna que no podía ver las cosas normales pero que era capaz de leer en todo el espectro del infrarrojo, que observaba la vida como una serie de patrones eléctricos más que como formas sólidas. Con los zarcillos que se extendían desde su cuello, con cuidado y delicadeza dibujaba lo que veía, y, aunque en un principio la ejecución de sus bocetos carecían de sofisticación, las figuras exquisitas que creaba eran hermosas más allá de toda descripción.

Algunas razas habrían matado a un bebé ciego en el momento de nacer. Otras habrían empleado todos los medios científicos a su disposición para restaurarle la visión normal. Unas pocas le habrían tratado como a un inválido incurable, que debía ser cuidado y protegido por el resto de su vida. Pero las Lombrices Nocturnas no hicieron nada de esto. A cambio, la alentaron para que dominara su arte, para producir obras más exactas de las cosas que sus instrumentos podían percibir y que ellos jamás serían capaces de ver.

Cuando cumplió cuarenta y cinco años, era considerada una de las artistas más finas de su generación. Cuando alcanzó su verdadera madurez, a la edad de ochenta años, decidió que era el momento de embarcarse en un proyecto para el que se había entrenado toda la vida. Iba a ser una figura tallada en marfil que representaría la historia racial de las Lombrices

Librodot

Nocturnas vista desde su perspectiva única, una intrincada serie de imágenes que sería la crónica de la evolución de su raza, desde un gusano carente de mente hasta el intelecto que había partido hacia las estrellas, y aportaría una nueva profundidad de comprensión a la experiencia de la raza.

Cuando llegó la hora de comenzar su proyecto, una de las compañías de comercio más importantes del planeta le regaló dos columnas de marfil que habían sido obtenidas de los humanos, cuya República, aunque en la actualidad se hallaba bloqueada económicamente por un cierto número de razas, seguía siendo la fuerza dominante de la galaxia. El marfil procedía del más grande de los mamíferos que existieron en el mundo natal del Hombre, y había sobrevivido unos tres mil años. Ojos-de-Fuego estuvo de acuerdo en que cualquier material orgánico que pudiera mantener su integridad estructural durante tanto tiempo, resultaba la sustancia ideal en la que desarrollar su historia; más aún, las Lombrices Nocturnas habían firmado tratados con el Hombre, uniéndose a la lista de aliados de éste, de modo que era justo y adecuado que un tesoro del mundo natal del Hombre formara una parte integral de la exhaustiva exposición de la historia de su raza.

Comenzó su creación el día que Maasai Laibon nació.

Trabajó despacio, con cuidado, con increíble delicadeza y precisión, mientras Maasai Laibon crecía, terminaba sus estudios, servía cuatro años en la armada de la República, tomaba una esposa y tenía dos hijos y una hija. Era un joven serio, más preocupado por el pasado y el futuro que por el presente, y cuando cumplió treinta años, trasladó a su esposa y a sus hijos a la casa de sus padres mientras él emprendía la búsqueda de los colmillos del Elefante del Kilimanjaro.

Su búsqueda abarcó toda la galaxia, empezando en Alpha Bednari IV y conduciéndole hasta la Espiral del Brazo, el Borde, la Frontera Exterior y la Interior, al igual que a veintiséis mundos de la misma República.

Le llevó a través de museos y de retiros de millonarios, a través de bares de mala muerte y ciudades alienígenas, y, por dos veces, le llevó al hospital cuando a la gente no le gustaron las preguntas que formulaba o la manera de hacerlas.

Pero, por fin, pasados doce años, localizó el emplazamiento del marfil: se hallaba en Belamone XI, un pequeño y frígido mundo de oxígeno habitado por las Lombrices Nocturnas, seres parecidos a reptiles que, hacía poco tiempo, habían firmado la alianza con la República.

Voló hasta el sistema de Belamone, aterrizó en Belamone XI e hizo que el embajador de la República empezara a hacer averiguaciones acerca de la localización de los colmillos. Finalmente, descubrió que se hallaban en posesión de una hembra llamada Ojos-de-Fuego; entonces, envió una petición formal para ser recibido por ella.

Fue ignorada.

Aguardó pacientemente al tiempo que enviaba una petición más urgente.

Fue rechazada.

Entonces, averiguó dónde se hallaba la cueva, y, sin revelarle a nadie sus intenciones, sacó un traje termal, lo llenó con provisiones para seis semanas y, con cautela, se dirigió al encuentro de Ojos-de-Fuego.

Le llevó cuatro días encontrarla, los cuatro días más fríos de su vida, mas, por fin, entró en la cueva. Reinaba una oscuridad absoluta, ya que ella no necesitaba la luz, por lo que activó el generador unido a la lámpara de su casco.

La cueva parecía vacía, aunque mostraba señales de que alguien habitaba allí; así, dando un cauteloso paso tras otro, después de recorrer casi medio kilómetro, llegó hasta ella.

A sus ojos, ella pareció una enorme babosa gris, con dos brillantes rescoldos rojos por ojos y media docena de zarcillos largos y delicados que salían de su cuello.

Para ella, él se pareció a un patrón geométrico, el calor de su cuerpo extendiéndose en todas direcciones, el sendero de su corriente sanguínea como diminutos arroyos de electricidad que avanzaban a toda velocidad en una procesión incesante aunque agradable.

— ¿Eres aquella a la que llaman Ojos-de-Fuego? —preguntó, y su voz produjo ecos en

la cueva.

—Sí —replicó ella con un gemido sibilino.

—Me llamo Maasai Laibon.

—Sé quién eres —repuso ella—. Por dos veces me he negado a verte. Has quebrantado el protocolo al entrar en mi morada sin permiso.

—Pido disculpas —dijo Maasai Laibon—, pero vengo por un asunto de la mayor importancia para mi pueblo.

—Sé por qué has venido, Maasai Laibon —comentó ella, centrando sus resplandecientes ojos en él.

— ¿De verdad?

— ¿Es que no soy Ojos-de-Fuego, la que ve cosas que otros sólo intuyen?

—Tienes algo que no te pertenece —explicó Maasai Laibon—. Es algo que mi pueblo ha buscado durante siglos.

—Te refieres, por supuesto, al marfil —indicó Ojos-de-Fuego, y las sombras se proyectaron de su enorme y desgarbado cuerpo a medida que su costado se alzaba al ritmo de su respiración.

—Pero ya no es el mismo marfil que me trajeron hace más de cuarenta años — dijo ella—. Ahora es el receptáculo de lo que será el Arte Sagrado de mi raza.

—Primero perteneció a mi pueblo — señaló Maasai Laibon —, y hemos de recuperarlo.

Ella le observó con sus rojos ojos ciegos capaces de ver.

—No te deparará ningún bien, Maasai Laibon — afirmó con voz calmosa.

Él se sentó sobre el suelo duro y apoyó la espalda contra una pared de roca.

—Desconoces por qué lo necesitamos — dijo.

—Lo sé, Maasai Laibon, ya que mis ojos ciegos pueden ver tanto en el pasado como el futuro, y te repito que la posesión del marfil no te brindará la realización — calló un instante —. Previ que vendrías aquí, en contra de todo sano juicio, en busca del marfil. Incluso figuras en la talla, Maasai Laibon.

—¿Sí? — preguntó, sorprendido.

—Sí

—Si eres capaz de ver el futuro, ¿qué diré a continuación?

—No lo sé.

—Entonces, no puedes penetrar en el futuro.

—Pobre humano, que, al igual que mi propia raza, únicamente ve el Aquí y el Ahora — comentó Ojos-de-Fuego —. El pasado es fijo e inmutable, pero el futuro ofrece una infinidad de elecciones. Yo he visto las elecciones más probables que vas a realizar, y te digo que la posesión del marfil no le devolverá a tu pueblo su antigua gloria.

—La posesión es el primer paso — indicó Maasai Laibon.

—¿Harás lo que debe hacerse, Maasai Laibon? — inquirió ella— ¿Llevarás a tu hijo no circuncidado a la montaña de la Tierra y redimirás a tu pueblo?

—No — contestó él, intentando ocultar su perplejidad por el alcance del conocimiento de ella —. Será suficiente que le devuelva el marfil a los Maasai. Otros continuarán la tarea desde ese punto.

—Ningún otro la continuará — susurró Ojos-de-Fuego —. Y, con el tiempo, el marfil dejará de ser una posesión de los Maasai.

— ¡Jamás! —exclamó él—. ¡En cuanto lo tengamos, nunca nos desprenderemos de él!

—Sí que lo haréis, Maasai Laibon —dijo ella con serenidad—. Existen dos futuros igual de probables para el marfil. En uno, permanece en Belamone XI para toda la eternidad, convirtiéndose algún día en el objeto más sagrado de mi raza. En el otro, viajará hasta los rincones más alejados de la galaxia, llevándole la muerte a muchos y la infelicidad a más.

—Se convertirá en la propiedad de los Maasai, y con nosotros se quedará —repuso él con firmeza.

Ella agitó su cabeza ciega y reptilesca.

—No, Maasai Laibon... ésos no son los futuros que leo.

—Entonces, estás equivocada.

Un encogimiento de hombros comenzó en la cabeza de ella y bajó por su cuerpo, enviando sombras irregulares a través de la cueva.

—Tal vez —dijo.

—He de tenerlo.

—No puedo entregártelo —replicó ella—. He trabajado en él durante más de cuarenta años. El colmillo más grande ya está completo, y el pequeño va por más de la mitad. Representan mi vida, y no me separaré de ellos.

—Tengo mis recursos —indicó él—. Establece tu precio.

—No existe precio suficientemente alto, Maasai Laibon —respondió ella.

—Tal vez podamos llegar a un compromiso —sugirió—. ¿Se puede trasladar tu arte a otro soporte?

—No —respondió ella—. En ningún material he tallado más de mil milímetros, en ningún otro trabajo existe una línea tan vigorosa que pueda ser vista sin instrumentos especiales o amplificación. Lo que he hecho no puede ser copiado ni transferido a otra parte —calló un instante—. Tan delicado es el trabajo que los colmillos no pueden moverse. El mero roce de su mano borraría siglos de la historia de mi raza. Esta montaña se convertirá en un altar, y todos aquellos que deseen contemplar el trabajo terminado vendrán en peregrinación a esta cueva, donde emplearán la ayuda de aparatos especiales que les capacitará para observar mi arte.

—Lo siento mucho —dijo Maasai Laibon—, pero eso no ocurrirá. Cuando me marche de Belamone XI, el marfil partirá conmigo.

— ¿Sigues pretendiendo llevarte el marfil incluso después de lo que te he contado?

—No puedo permitirlo, Maasai Laibon.

—Y yo no aceptaré una negativa, Ojos-de-Fuego.

—Has venido sin armas — indicó con tono ominoso.

—Lo hice sólo para hablar... por esta vez.

—Si regresas, te mataré.

—Cuando regrese, me arriesgaré.

Maasai Laibon entró en el despacho del embajador y se encaminó, con porte reservado y arrogante, a una silla.

—Iré directamente a la cuestión — dijo el embajador, alzando la vista del terminal de su computadora —. Hace dos horas estaba dispuesto a echarle del planeta.

— ¿Oh? — inquirió Maasai Laibon, su cara una máscara impasible, la vista fija en el interminable paisaje blanco que había detrás de la ventana del embajador.

— ¿Visitó o no visitó a la Lombriz Nocturna conocida como Ojos-de-Fuego?

—Sí.

—Se le había prohibido de forma expresa que lo hiciera.

—Obedezco un imperativo superior a las leyes de las Lombrices Nocturnas — replicó Maasai Laibon.

—Bien, pero usted no obedece nada superior a las leyes humanas, y yo soy la única ley humana que hay en este planeta — anunció con severidad el embajador —. Le dije que no fuera y me desobedeció. ¡Podría haberle arrestado por esa acción! — El embajador le miró con ojos centelleantes durante un buen rato; luego, suspiró —. Sin embargo, hace media hora recibí una comunicación directa de las Lombrices Nocturnas.

— ¿Y bien?

—Parece que Ojos-de-Fuego no quiere que se actúe contra usted ni que se le detenga o se le haga abandonar el planeta en contra de su voluntad —calló un instante —. No me queda otra elección que con cederles esa petición... pero maldita sea si la comprendo. —Agitó la

cabeza con frustración —. Cuanto más trato con alienígenas, ¡más me convenzo de que ninguno de ellos obra con lógica!

—Si no piensa arrestarme u ordenarme que me marche del planeta, ¿por qué se me ha llamado a su oficina? —preguntó Maasai Laibon.

—Porque quiero saber qué está sucediendo —respondió el embajador—. Por ejemplo, ¿qué tiene de importante Ojos-de-Fuego? Nadie fuera de este planeta ha oído alguna vez de su existencia.

—Posee algo que no le pertenece.

— ¿Algo que usted considera que le pertenece a usted?

—A mi pueblo.

—Maldita sea, hombre, yo formo parte de su pueblo, ¡y le aseguro que ella no tiene nada que me pertenezca a mí!

—Mi pueblo son los Maasai, y posee algo que ha de sernos devuelto.

— ¿Qué demonios es el pueblo Maasai? Jamás oí hablar de ellos.

—Un pueblo de hombres.

—No existen pueblos de hombres, Maasai Laibon —afirmó con vehemencia el embajador—. Sólo existe el Hombre, y, luego, todas las demás razas. Somos nosotros contra la galaxia.

—Si eso es verdad, a la larga ganará la galaxia —aventuró Maasai Laibon.

—No antes de que nos defendamos con todo lo que tenemos —le garantizó confiado el embajador. Hizo una pausa momentánea—. Pero nos estamos apartando del tema. ¿Qué es lo que tiene que cree que le pertenece a usted?

—Un par de colmillos de marfil.

— ¿El marfil? —inquinó sorprendido el embajador—. Lleva trabajando con él casi medio siglo.

Maasai Laibon miró inexpresivamente a los ojos del embajador.

—No tiene derecho a hacerlo —aseveró pleno de convicción.

—Ya es un poco tarde para venir corriendo a decírselo. Tengo entendido que su proyecto quedará terminado dentro de una década.

Maasai Laibon sacudió la cabeza.

—Jamás completará su proyecto. Cuando me vaya de aquí, me llevaré conmigo el marfil.

— ¿Puede demostrar que es suyo?

—No de modo satisfactorio para usted—replicó Maasai Laibon.

—Entonces, no tiene ningún derecho legal a reclamarlo.

Maasai Laibon hizo una pausa.

—Tengo un derecho racial sobre él —dijo por fin.

—Ningún juzgado se lo reconocería.

—Ésa es la razón por la que no he acudido a las leyes.

— ¿Por qué ha esperado más de cuarenta años para reclamarlo? —quiso saber el embajador.

—Me llevó muchos años localizarlo.

— ¿Y por qué cree que le pertenece?

—No creo que lo comprendiera—dijo Maasai Laibon.

—Inténtelo.

—No.

— ¡Maldita sea, hombre, yo soy su único representante en este mundo de nieve! Si no puede convencerme a mí de la justicia de su reclamación, ¿cómo espera convencerlos a ellos?

—Ojos-de-Fuego sabe la razón por la que debo poseer el marfil.

— ¿Se lo ha contado a ella y no quiere decírmelo a mí? —demandó el embajador con voz acalorada.

—Yo no se lo conté; ella lo sabía.

—Sólo es un gusano enorme que jamás se ha alejado más de quince kilómetros de su cueva —indicó el embajador—. ¿Cómo podría saberlo? —Maasai Laibon se encogió de hombros—. ¿Ni siquiera siente curiosidad? —insistió el embajador.

—No.

—Deje que se lo plantee de otra forma: ¿el conocimiento que tiene ella no implica que ya ha sido contactada por otro Maasai? Y si él se mostró dispuesto a dejar que se quedara con el marfil, tal vez usted debería seguir su ejemplo.

—Jamás ha visto a un Maasai.

—Entonces, ¿cómo...?

—Es una mística —continuó Maasai Laibon—. Ve cosas que otros no ven, y conoce cosas que otros desconocen. Está al tanto de la historia del marfil, y puede ver el futuro. Sabía que vendría a buscarlo.

—Pero se negó a dárselo —dijo el embajador—. Así que, indudablemente, ella sabe que usted se marchará de este planeta sin él.

—Tal como me lo explicó, existe únicamente un pasado, pero hay muchos futuros posibles; lo que intenta es manipular los acontecimientos de modo que favorezcan el futuro que ella desea —se detuvo—. Está predestinada al fracaso.

El embajador le observó, convencido a medias de que el hombre que tenía delante estaba tan loco como la raza alienígena con la que debía tratar... y que era considerablemente más peligroso.

—Le diré sin rodeos, Maasai Laibon, que si le sucediera algo a Ojos-de-Fuego o al marfil, no descansaré hasta que sea arrestado *y* castigado por ello.

—Usted ha de cumplir con su deber —indicó Maasai Laibon, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta—, y yo con el mío.

A la mañana siguiente, Maasai Laibon posó su nave a medio kilómetro de la cueva de Ojos-de-Fuego. Una vez más se embutió en su incómodo pero necesario traje protector, comprobó las cargas de energía de su pistola láser y de su implosionador molecular, guardó las dos armas en las fundas de su ancho cinturón, aguardó hasta que la inyección que se había inoculado elevara el nivel de su adrenalina, y, finalmente, emprendió la marcha hacia su destino, ignorando los vientos que aullaban a su alrededor y que limitaban su campo de visión.

Veinte minutos más tarde entró en la cueva; aunque el traje había mantenido su temperatura interna constante, sintió más calor debido a la falta de nieve y de viento. Comenzó a caminar hacia el lugar donde se encontrara por vez primera con Ojos-de-Fuego, mientras las sombras danzaban de forma ominosa delante de la luz que proyectaba la linterna de su casco.

Ella estaba donde había esperado encontrarla, sus brillantes ojos rojos visibles mucho antes de que pudiera percibir su cuerpo enorme y sin huesos.

—Has vuelto, Maasai Laibon —comentó ella con su habitual susurro sibilino.

—He vuelto —replicó, sobresaltado una vez más por los ecos que producía su voz en el sombrío interior de la cueva—. ¿Por qué le dijiste al embajador que me permitiera permanecer en el planeta?

—Porque estaba predestinado que regresarías y no existía razón para involucrar a tu embajador o pedirle que impidiera lo inevitable.

Sacó la pistola láser y la apuntó hacia ella.

—Me llevaré el marfil —anunció—. Por favor, no me obligues a matarte para conseguirlo.

—Mi vida carece de importancia —repuso ella con calma—. Lo que importa es mi arte.

—No deberías haber empleado el marfil.

—Estaba predestinado que usara el marfil —replicó Ojos-de-Fuego—, al igual que tú y yo nos encontraríamos bajo estas circunstancias, en el momento y el lugar adecuados.

— ¿Predestinado por quién? —preguntó Maasai Laibon.

—Por el Creador de Todas las Cosas —respondió ella.

— ¿Crees en un Dios?

—El mismo Dios en el que crees tú, Maasai Laibon —dijo Ojos-de-Fuego—. El mismo Dios que le ha quitado la simiente de grandeza a tu pueblo y que no se la devolverá simplemente porque un ladrón haya viajado a un planeta lejano para robarle a una artista su trabajo.

—Debo llevármelo conmigo —indicó él.

—Lo sé. Pero sólo le proporcionará infelicidad a los Maasai y, con el tiempo, dejará de ser de su propiedad.

— ¿Ésa es la maldición de una Lombriz Solitaria ante la muerte? —preguntó con sarcasmo.

—No —contestó con firmeza Ojos-de-Fuego—. Es la visión de una Lombriz Solitaria con el don de ver el futuro. Me matarás y te llevarás el marfil, pero no te proporcionará lo que tú anhelas.

—No tengo por qué matarte —dijo—. Apártate y deja que coja el marfil sin oponerte.

Ella sacudió la cabeza, proyectando sombras terribles sobre el suelo y las paredes.

—Primero debes matarme.

—No es necesario.

—Es necesario —replicó ella—-. Ayer dejé de trabajar en las tallas. La última escena que proyecté fue la de mi muerte, recibida a tus manos.

—El arte no tiene por qué reflejar la vida —comentó él—. No deseo matarte, Ojos-de-Fuego. Deja que me lleve el marfil en paz.

—Jamás volverás a conocer la paz, Maasai Laibon —susurró ella—. Tu pueblo decrecerá en número, vuestro poder se evaporará en el viento, los nietos de vuestros hijos ni siquiera conocerán el significado del marfil y, eventualmente, todo se convertirá en polvo.

— ¡Te equivocas!

—Tengo razón —corrigió ella, deslizando la enorme masa de su cuerpo por el suelo en dirección a él—. Y ahora debes matarme, o ten la seguridad de que te mataré yo.

Él retrocedió un paso; luego, otro, pero cuando ella no cesó en su avance, disparó su arma. Ella se derrumbó en un montón ondulante; sin embargo, transcurrieron cinco minutos hasta que la luz abandonó sus brillantes ojos, y otros diez hasta que él se obligó a dar un rodeo en torno a su cuerpo.

Localizó el marfil en una cámara pequeña a unos diez metros de distancia. Los arrastró hasta la nave: un colmillo por vez. Mucho antes de que alcanzara su destino, el último de los delicados dibujos se había destruido.

Noveno Interludio
(6303 E.G.)

El círculo se había completado. La siguiente aparición cronológica del marfil tuvo lugar durante el juego de póquer fatal de Tembo Laibon. Conocía todo lo que había que saber acerca de los colmillos del Elefante del Kilimanjaro, con la excepción de las dos cosas más importantes: dónde estaban y qué pretendía hacer con ellos Bukoba Mandaka.

— ¿Computadora?

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Has reunido algún dato del paradero del marfil desde que Tahití Benoit los robara de Winox IV? —pregunté con cansancio.

—No.

— ¿Has localizado el momento y el lugar de la muerte de Tahití Benoit?

—No.

—Bien, sigue trabajando en ello.

—Sí, Duncan Rojas.

—Voy a dormir un poco —dije, reclinándome contra el sillón—. Despiértame dentro de dos horas.

—Serán las cinco cincuenta y tres A.M. —anunció la computadora.

—La hora que sea.

— ¿Le gustaría escuchar un poco de música?

—No —repliqué—. Quiero dormir, no pensar.

Sin embargo, me equivocaba. Cuanto más trataba de dormir, más activa se hacía mi mente. ¿Por qué había desaparecido de vista el marfil en los últimos seis siglos? ¿Por qué Maasai Laibon había matado por él? ¿Por qué Leeyo Nelion se arriesgó a una cadena perpetua para robarlo? ¿Por qué Bukoba Mandaka estaba preparado a cometer cualquier crimen, desde el asesinato hasta la traición, para poseerlo?

Y en un rincón de mi cerebro flotaba otro nombre Maasai: el antiguo Laibon Sendeyo. ¿Por qué el solo hecho de que una vez mencionara el marfil implicaba una posibilidad, remota, pero mensurable, de que el marfil era, de alguna manera, responsable de la caída del poder y de la pérdida de la primacía del pueblo Maasai?

Seguía meditando esas cuestiones cuando la computadora me informó que eran las 5:53 A.M.

— ¿Has localizado ya los colmillos? —pregunté sin muchas esperanzas.

—No. Pero he descubierto cuándo y dónde murió Tahití Benoit.

—Por favor, infórmame.

—Murió en el 5732 E.G. en el planeta Bartus III, también conocido como Cielo Azul.

— ¿Cómo murió?

—Murió de un aneurisma cerebral. De acuerdo con el informe del forense, la muerte fue instantánea.

—Entonces, ¿su cuartel general estaba en Cielo Azul en el momento de su muerte?

—Sí.

— ¡Excelente! —exclamé—. Eso significa que si no vendió o cambió el marfil, se hallaba en Cielo Azul cuando murió.

—Parece una suposición lógica.

—Y si lo hubiera vendido o cambiado, tú ya habrías encontrado alguna referencia de ello.

—La probabilidad, en este momento de mi búsqueda, es del cincuenta y cuatro, punto, doscientos treinta por ciento.

—Entonces, existe una probabilidad más que nivelada de que aún sigan en Cielo Azul.

—No, Duncan Rojas —corrigió la computadora—. Existe una probabilidad más que nivelada de que se hallaran en Cielo Azul en el momento de su muerte.

—De acuerdo —acepté, poniéndome de pie—. Saldré a desayunar. Quiero que emplees toda tu capacidad disponible para descubrir si el marfil salió de Cielo Azul después del 5732 E.G.

—Trabajando...

Salí de la oficina, cogí el ascensor de aire y bajé al nivel del suelo, saludé con un gesto de la cabeza a un par de guardias y le pedí a uno de ellos que me abriera la puerta de entrada del edificio. Monté en la acera deslizante que me conduciría a un restaurante próximo que solía frecuentar cuando me apetecía comer fuera de la empresa; sin embargo, cuando me acercaba a su entrada, me di cuenta de que me hallaba demasiado excitado para comer. Si el marfil no había sido vendido o cambiado, si la computadora no descubría ningún registro que indicara que había salido de Cielo Azul, si Tahití Benoit los había guardado desde el momento del robo hasta su muerte, acaecida dos años más tarde...

Finalmente, demasiado tenso y agitado para seguir pasivamente de pie sobre la acera deslizante mientras me llevaba de un lugar a otro, me apeé y comencé a caminar con energía a

lo largo de una avenida grande. Mis actos habrían sido imposibles dos horas atrás, y quizá me habrían ganado una reprimenda oficial, pero la ciudad empezaba a cobrar vida, las calles se hallaban relativamente vacías y yo seguí quemando mi exceso de energía hasta que sentí que, después de todo, había recuperado el apetito.

Me detuve ante el primer restaurante que encontré, para descubrir que no servían desayunos y que abrirían dentro de cinco horas. Continué mi avance unos cuantos metros y llegué a un restaurante pequeño y rebosante de actividad que tenía una clientela mixta de humanos y alienígenas. Observé el interior a través de una ventana, vi que había unas pocas mesas vacías y entré.

El camarero tripodal de Hesporita III me condujo a una mesa situada en la parte de atrás, activó su mecanismo traductor y me explicó que, a menos que yo fuera un cliente habitual cuyas necesidades dictarías cotidianas estuvieran archivadas en la computadora del restaurante, debería llamar un menú y hacer mi pedido mientras me encontraba sentado.

Le di las gracias, apreté el mando para que aparecieran los platos del día, los leí mientras eran exhibidos en un tosco holograma sobre la superficie de la mesa y, luego, le indiqué mis preferencias. La comida, un poco cruda, llegó menos de un minuto después, cubierta con un envoltorio al vacío que se abrió con una orden vocal.

Mientras sorbía el café y me preguntaba de qué clase de pollo mutado había salido mi tortilla francesa, el menú volvió a brillar, informando de las noticias, cabeceras deportivas y de negocios, al tiempo que me indicaba que podía ver la repetición del holograma de la lucha por el campeonato de pesos medios que se celebró anoche por diez créditos más. Me pareció un precio razonable, en especial porque conseguiría que apartara mi atención de la comida (que no era de muy buena calidad), pero cuando apareció la lucha, descubrí la razón del precio: sólo había durado dos minutos y cuarenta y tres segundos, y se trató de un combate con una superioridad apabullante por parte de uno de los luchadores, lo que me hizo perder el poco apetito que me quedaba después del primer mordisco a la tortilla francesa.

Ordené que me descontaran la comida de mi exigua cuenta en efectivo; luego, me marché del restaurante y me deslicé de regreso a la oficina, mi excitación yendo en aumento a medida que me aproximaba al Edificio Braxton.

— ¿De vuelta tan pronto, señor Rojas? —preguntó cordialmente uno de los guardias.

—Me espera un día muy largo de trabajo —comenté con la esperanza de tener razón.

Aguardé con impaciencia a que llegara un ascensor ascendente, subí al nivel de mi oficina y casi corrí pasillo abajo.

— ¡Computadora! —exclamé cuando la puerta se abrió.

— ¿Sí, Duncan Rojas?

— ¿Llegó a salir el marfil de Cielo Azul?

—No.

— ¡Lo hemos encontrado!

—Cielo Azul es un mundo de unos doce mil kilómetros de diámetro —indicó la computadora—, con una masa de tierra seca que cubre, aproximadamente, el veintiocho por ciento de la superficie del planeta. Saber que el marfil sigue allí no significa que lo ha encontrado.

Miré la hora: eran las 6:51.

—Lo encontraré antes de que la Braxton abra esta mañana —dije convencido—. Quiero que accedas a todos los museos y galerías de arte, todas las colecciones de trofeos públicas y privadas, y cada sociedad de historia natural que haya en el planeta para ver si puedes localizar los colmillos...

—Trabajando...

—Y llama a Bukoba Mandaka.

—Hecho.

Un momento más tarde, la imagen de Mandaka apareció sobre la computadora. Evidentemente, le había despertado, ya que tenía los ojos entrecerrados y fruncía el ceño

mientras intentaba concentrarse en mí.

—Señor Mandaka, soy Duncan Rojas.

— ¡Señor Rojas! —exclamó entusiasmado—. ¿Ha encontrado los colmillos?

—Casi —repuse—. Sé el planeta en el que están.

— ¿Cuánto tiempo pasará hasta que dé con ellos?

Me encogí de hombros.

—No más de una o dos horas —repondí—. Tal vez menos.

— ¡Voy para allí!

—No es necesario. Le volveré a llamar cuando descubra su paradero exacto... o, si lo prefiere, mantenga la conexión con mi computadora.

—No —insistió—. Quiero estar allí en persona.

—Pero...

—Quizá debamos discutir otros negocios —dijo—. En privado.

—Lo que usted quiera.

—Eso es lo que quiero —afirmó, cortando la llamada.

—Computadora —dije, volviéndome hacia el cristal resplandeciente—, ¿has encontrado ya el marfil?

—No.

— ¿Qué población tiene Cielo Azul?

—Tres millones.

— ¿Cuántos museos, galerías y coleccionistas puede tener? —pregunté.

—Sólo hay un museo —replicó la computadora—. Hay once galerías de arte y veinticuatro coleccionistas registrados. No hay ninguna sociedad de historia natural.

— ¿Cuántos has comprobado?

—Todos menos una galería y dos colecciones privadas. Sigo trabajando... hecho. Nadie posee el marfil.

—Uno de ellos debe tenerlo —musité.

—Todas las respuestas han sido negativas, Duncan Rojas.

—Tal vez pertenezca a una galería o a un coleccionista que no quiera separarse de él —apunté sin mucha convicción. Analicé las posibilidades durante un momento; luego, volví a plantarme delante del cristal—. Computadora, ¿qué hora es en el museo de Cielo Azul?

—Media tarde.

—Contáctame con el conservador de Historia Natural del museo.

—Trabajando... —hizo una pausa—. No hay ningún conservador de Historia Natural.

—Entonces, ponme con quienquiera que esté a cargo del museo.

—Trabajando... hecho.

La imagen de una mujer de mediana edad que lucía unos pendientes varoniles y poco maquillaje apareció en el aire, encima de la computadora.

—Buenas tardes —saludé—. Me llamo Duncan Rojas, Investigador Jefe de la Wilford Braxton.

—Soy Hazel Guthridge, Conservadora del Museo Planetario de Cielo Azul. ¿Qué desea, señor Rojas?

—Tengo razones para creer que los colmillos de un elefante determinado quizá se encuentren en Cielo Azul —comencé—. Un cliente mío está preparado a pagar generosamente por ellos.

— ¿Un elefante? —inquirió, frunciendo el ceño—. No, no tenemos expuesto ningún elefante.

—No busco un elefante entero —le expliqué con paciencia—. Mi cliente sólo quiere los colmillos.

—Lo comprendo... pero únicamente exhibimos la flora y fauna nativas de Cielo Azul.

—Dispongo de unos datos virtualmente irrefutables de que los colmillos se hallaban en Cielo Azul hace quinientos setenta y cinco años y que jamás han sido exportados.

Posiblemente, se los confundió con los colmillos o los cuernos de alguna forma de vida local.

—Según tengo entendido, el elefante era un animal enorme. Ninguna de nuestras formas de vida nativas se le aproximan en tamaño —hizo una pausa—. ¿Por qué son tan valiosos esos colmillos?

—Son una herencia familiar —respondí—. Sinceramente, sólo son valiosos para mi cliente.

— ¿Y no para un museo que se especialice en animales de la Tierra? —inquinó con desconfianza.

—Permítame explicárselo de otra forma —me apresuré a decir—. Mi cliente es la única parte interesada que pagará por encima de su valor estándar, tal como lo establecen las subastas de los museos.

—Ya veo —comentó—. No obstante, sigo sin comprender cómo puedo ayudarle, señor Rojas. Como le he indicado, sólo exhibimos fauna nativa. Además, la Historia Natural es uno de nuestros departamentos más flojos; nuestras colecciones de la fauna *y* la flora distan mucho de ser exhaustivas. Yo misma estoy especializada en gemas y minerales raros locales.

— ¿Ha visto alguna vez los colmillos de un elefante africano? —insistí.

—No —respondió—, pero, ciertamente, sabría si se hallan expuestos en mi propio museo.

—Deje que le transmita un holograma de ellos —dije—. Esto significa mucho para mi cliente.

—Tengo una sugerencia mejor —replicó—. Iba a asistir a una reunión de la junta directiva cuando usted me llamó. ¿Por qué no le doy instrucciones a nuestra computadora para que le transmita hologramas de nuestra ala de Historia Natural? Si ve los colmillos, hágamelo saber. No obstante —añadió—, incluso en ese caso no podría serle de mucha ayuda. Ninguna de nuestras exhibiciones está a la venta.

—Muchas gracias —comenté—. Acepto su generosa oferta.

—De nada —contestó con una sonrisa formal.

Un instante más tarde, su rostro se desvaneció y fue reemplazado por un holograma de la sala principal del ala de Historia Natural. Había un diorama que representaba una escena de las zonas tropicales del planeta: un río con numerosas serpientes y lagartos largos, bajos y robustos. La cámara del museo giró lentamente en un ángulo de trescientos sesenta grados, proporcionándome una vista total de la sala, pero no había nada, salvo unas cuantas tallas en madera y en hueso realizadas por la raza humanoide nativa.

Lo siguiente fue una cámara llena con exhibiciones de una taxidermia más bien mediocre, y pronto me resultó claro que el museo estaba muy necesitado de un conservador de Historia Natural: los animales polares aparecían mezclados con herbívoros de las tierras de pastoreo; hasta un diorama en particular mostraba a un anfibio que se alimentaba de peces pastando en un bosque de helechos.

Y todavía no aparecía rastro del marfil; esperé impaciente mientras la cámara me llevaba a través de otras dos salas de aves sin alas y reptiles de seis patas. Finalmente, mostró la exposición de fósiles y me acerqué más a la imagen, ya que éste era el lugar más probable para que estuviera el marfil. La cámara se rezagó con pasión en numerosos esqueletos de carnívoros pequeños, con aspecto de roedores, unos pocos herbívoros robustos y hasta un gigantesco dinosaurio de nueve metros de alto, pero cuando completó su exploración de la sala seguía sin encontrar el marfil.

La sala siguiente estaba llena con huevos de aves y de reptiles, y, entonces, el holograma se desvaneció.

— ¿Qué ha ocurrido? —demandé.

—Ha visto toda el ala de Historia Natural —anunció la computadora—. La transmisión ha concluido.

— ¡Pero no he visto el marfil!

—No existe ningún marfil en los listados del catálogo del museo —respondió la

computadora. Se produjo una breve pausa—. ¿Qué desea que haga a continuación, Duncan Rojas?

Medité mi contestación.

—Has comprobado los lugares más obvios de Cielo Azul —dije por fin—. Ahora empieza a comprobar los menos obvios.

—Requeriré unas pautas de guía.

Suspiré cansinamente.

—Dame un minuto para pensarlo.

Permanecí sentado inmóvil, mirando la pared, intentando descubrir algo que se me hubiera pasado por alto. Si era así, no se me ocurría qué podía ser. Si Tahití Benoit no había vendido los colmillos, seguían en Cielo Azul... y si todavía seguían en Cielo Azul, ¿por qué no habían aparecido? La respuesta más directa era que los había ocultado en alguna parte... pero, si los había escondido, no habrían resultado inaccesibles; deberían haberse encontrado con todo lo demás que le había ocultado a las autoridades.

— ¿Computadora?

— ¿Sí, Duncan Rojas?

—Cuando Tahití Benoit murió, ¿qué fue de sus posesiones?

—Comprobando... su casa fue comprada por un tal James Cawthorne. Sus joyas fueron vendidas en subasta pública para pagar impuestos del estado. El dinero obtenido del robo a Torrance III y los diamantes del robo a Sirio V fueron devueltos a sus propietarios.

Eso era. El marfil no podía estar oculto en alguna parte, no si ese registro exhaustivo había descubierto todo lo demás.

Pero si había sido localizado, ¿dónde estaba? No había abandonado el planeta, eso era seguro. Sin embargo, si no se hallaba en el museo, ni en las galerías de arte o en alguna de las colecciones privadas...

Entonces, se me ocurrió una idea.

— ¿Computadora?

— ¿Sí Duncan Rojas?

—Quiero una historia atmosférica, geológica y climática completa de Cielo Azul.

—Trabajando...

—Cuando las tengas, sácame una copia física.

—Entendido.

Ordené una taza de café; luego, ajusté la opacidad de las paredes para que dejaran entrar más luz solar al cuarto. Entonces, encendí un cigarro, apoyé los pies sobre el escritorio y esperé la llegada de Bukoba Mandaka.

Apareció cinco minutos después, el rostro agitado por la expectación.

— ¿Los ha encontrado ya? —preguntó con ansiedad.

—No.

— ¿Pero está absolutamente seguro del planeta en el que se hallan?

Asentí.

—Bartus III, más conocido como Cielo Azul.

Puso el rostro en blanco.

—Jamás oí hablar de él.

—Tampoco la mayoría de la gente. Se trata de un planeta colonia a mitad de camino de la Frontera Interior.

— ¿Y dice que obtendrá el paradero antes de que abra al público la Braxton?

—Puede que haya sido un poco optimista al respecto —repliqué—. He investigado el museo, las galerías de arte y todas las colecciones privadas, y aún no he localizado los colmillos.

Frunció el ceño.

— ¿Qué es lo siguiente que va a comprobar?

—Estoy trabajando en una idea que se me ha ocurrido —contesté—. Para ser preciso, la

computadora lo está haciendo.

— ¡Debe encontrarlos! —exclamó, más para sí mismo que para mí—. ¡No puedo fallar tan cerca de mi objetivo!

—Mientras aguardamos el resultado de la computadora —dije—, ¿puede contarme algo acerca de un antiguo Maasai llamado Sendeyo?

— ¿Qué sabe sobre Sendeyo? —inquirió, perplejo.

—No tanto como me gustaría —repuse.

Me observó sin pronunciar una palabra.

Iba a repetirle la pregunta, pero, justo entonces, la computadora concluyó su trabajo y produjo una copia impresa. La hojeé rápidamente hasta que llegué a lo que me interesaba; luego, la arrojé sobre el escritorio y me recliné una vez más contra el respaldo del sillón.

—Señor Mandaka, creo que ya sé dónde se encuentra el marfil —anuncié.

— ¡Gracias a Dios! —susurró. Cogió las hojas impresas y las miró, y su expresión se hizo cada vez más confusa—. ¿Esto es lo que se lo reveló?

—Sí.

Agitó la cabeza con perplejidad.

—Elegí al hombre adecuado para el trabajo. Yo no sabría qué sacar en limpio de aquí.

— ¿Desearía un vaso de leche? —pregunté.

—No, gracias.

—Siéntese —le ofrecí.

—Estoy demasiado excitado para permanecer quieto —indicó—. ¡Usted no sabe lo que esto significa para mí, señor Rojas!

—Me gustaría saberlo —dije.

De nuevo me observó durante un buen rato.

—Y lo sabrá antes de que hayan pasado muchos días.

—No lo comprendo —comenté—. Nuestro trato terminará en cuanto haya confirmado la localización del marfil.

Siguió mirándome; finalmente, habló:

—Me gustaría establecer otro trato con usted, señor Rojas.

— ¿Oh? —dije, tratando de ocultar mi interés.

—Lo que debo hacer no puedo realizarlo solo —explicó—. Por lo menos, necesitaré la ayuda de un hombre, y como he descubierto que usted es una persona de confianza y eficiente, he decidido que es el hombre que quiero tener a mi lado —calló un instante—. Tendrá que solicitar un permiso de ausencia, por el cual yo le compensaré.

— ¿Por cuánto tiempo?

Se frotó la barbilla con gesto pensativo.

—Quizás unas cuatro semanas.

— ¿Adonde iremos? —pregunté.

—En un principio, a Cielo Azul.

— ¿Y después?

—A la Tierra.

— ¿Por qué?

—Hay algo que debo hacer allí que sólo yo puedo llevar a cabo.

— ¿Y qué es eso?

Clavó los ojos en mí.

—Se lo contaré, pero únicamente cuando hayamos arribado a la Tierra y ya no exista la posibilidad de que usted cambie de parecer.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, señor Mandaka, pero si voy a ausentarme de mi trabajo y acompañarle a usted a la Tierra, he de conocer la causa.

—Si se la revelara —comentó con vehemencia—, no vendría.

—Si no me la cuenta, no iré —repliqué.

Pareció librar una batalla interna. Finalmente, suspiró, llamó a una silla y se sentó una vez que flotó hacia él.

—De acuerdo, señor Rojas... supongo que merece saberlo.

—Gracias.

—Pero debe ser en su contexto adecuado, o, de lo contrario, creerá que está hablando con un loco.

—Excéntrico, sí —dije—. Loco, no.

—Le agradezco su confianza —señaló con ironía—. Ahora acepto esa leche que me ofreció.

La ordené para él y se la sirvieron unos pocos minutos después.

—Ante la ausencia de champán —brindó, alzando el vaso y bebiendo su contenido de un solo trago.

—Me va a hablar de Sendeyo, ¿verdad? —pregunté.

Asintió, le ordenó a una mesita que se le acercara y depositó el vaso vacío sobre la superficie.

— ¿Sabe? —empecé, dándome cuanta de que el cigarro llevaba un rato apagado—, cuando me levanté esta mañana, comprendí que únicamente me hacían falta dos hechos para conocer toda la historia del marfil: dónde se hallaba ahora y lo que usted planeaba hacer una vez que lo consiguiera —me detuve—. Sendeyo era el único cabo suelto; no lograba comprender qué tenía que ver con ambas cosas.

—Eso se debe a que usted estaba equivocado en su suposición inicial, señor Rojas —explicó Mandaka—. Existe una tercera cosa que debe saber antes de obtener la historia completa del marfil, una historia que aún no ha visto su capítulo final.

— ¿Oh? —pregunté, adelantándome con ansiedad—. ¿Y cuál es?

—Debe saber cómo murió el Elefante del Kilimanjaro.

—Nadie lo sabe.

—Yo sí —replicó Mandaka... entonces, sus ojos se centraron en un punto situado a trillones de miles de años luz de distancia, y me contó la historia de Shundi, la de Butamo, la de Rakanja, la de Sendeyo y la del Elefante del Kilimanjaro.

Librodot

10

Él Mismo
(1898 A.D.)

Llegué hasta la base del Kilimanjaro y comencé la ascensión. En un principio, las pendientes resultaron suaves, marcadas por arboledas y claros, y, con frecuencia, caían torrentes de agua que descendían de la cima helada.

Subí a paso tranquilo, porque sabía que si mi Dios se hallaba en la cima de la montaña, Él me esperaría. Las pendientes más bajas bullían con vida, pero, salvo por la nueva bandada de airones que venían sobre mi lomo y mi cabeza, todos los animales huían de mi presencia. Los leones rugían mientras retrocedían, los leopardos mostraban los dientes y desaparecían entre los matorrales, los rinocerontes gruñían y salían corriendo, incluso los hombres se apartaban y me observaban atónitos cuando pasaba al lado de sus bomas.

Se llamaba Butamo y llevaba corriendo durante dos días y dos noches.

El famoso Shundi, que pertenecía a la tribu de los Kavirondo y que sólo estaba por debajo del árabe Tippu Tib como tratante de carne humana, le había hecho esclavo en Uganda. El mismo Shundi había sido esclavo de Tippu Tib, pero cuando averiguó que el Corán prohibía a un creyente que tuviera a otro como esclavo, se había convertido al Islam, y se le concedió la libertad. A partir de entonces, se dedicó al único comercio que conocía. No tenía intención de liberar a algún esclavo islámico, así que se estableció tierra adentro, allí donde el Islam no había penetrado, y comenzó a amasar su fortuna.

Shundi únicamente tenía dos reglas: uno debía alimentar bien a sus esclavos, porque los cuerpos enfermos y desnutridos no conseguían buenos precios en las subastas de Zanzíbar y de Mombasa; y uno jamás le permitía a un esclavo rugado sobrevivir, ya que así, alentaría a los otros a hacer lo mismo.

Entonces, cuando Butamo se fugó durante la noche, Shundi le dejó el mando de la expedición a su lugarteniente y emprendió la marcha, acompañado por tres rastreadores Wanderobo, con la determinación de traer de regreso a Butamo o de matarlo.

El rastro resultó difícil de seguir, ya que Butamo era muy diestro en la ocultación de huellas, pero no existe nadie tan bueno como los Wanderobo, y aunque perdieron el rastro de Butamo varias veces, siempre lo volvían a descubrir; éste conducía a la gran montaña que se cernía delante de ellos.

A medida que el aire se enfriaba, el dolor de mi estómago se mitigó un poco, y fui capaz de bajar con cuidado a una depresión poco profunda y frotarme barro sobre mi piel agrietada y dolorida. Se me aproximó otro de mi especie, pero cuando me vio, retrocedió hasta que terminé, y tampoco se aproximó a las aguas cenagosas hasta que yo reanudé mi viaje y desaparecí de su vista.

Butamo divisó un pueblo en las pendientes bajas de la montaña y fue directamente hasta allí. Le llevó tres horas de viaje, y cuando entró en él, fue rodeado de inmediato por guerreros armados, cada uno amenazándole con una lanza o *una panga.*

— ¡Necesito ayuda! —jadeó Butamo—. ¡He escapado de los tratantes de esclavos y no he comido en dos días!

—No eres miembro de nuestra tribu —dijo uno de los ancianos—. ¿Por qué deberíamos

ayudarte?

—Si no me dais comida, moriré.

—Si te damos comida y los tratantes te encuentran, todos nosotros moriremos —replicó el anciano—. Debes marcharte de nuestro pueblo.

—Estoy desarmado —rogó Butamo—. Por lo menos, dadme una lanza para que pueda matar a un animal y comer.

Los ancianos mantuvieron una conferencia rápida. Era muy probable que los tratantes de esclavos siguieran a su propiedad fugada, y, si lo hacían, pararían en su pueblo y descubrirían la antigua arma que le habían quitado al cazador alemán años atrás. Puede que hasta empezaran a hacer preguntas sobre el alemán y arrestaran a los ancianos por asesinato.

Pero, si le daban el arma al esclavo fugado, nadie sabría jamás de dónde había salido, y si le juzgaban por asesinato, bueno, su tormento sería mucho menor que si llegaba a vivir años como un esclavo.

— ¿Sabes cómo usar el rifle de un hombre blanco? —le preguntó un anciano una vez terminó la conferencia.

—He visto cómo la usan los hombres blancos —replicó Butamo.

—Porque has huido de los tratantes de esclavos y porque odiamos la esclavitud, te ayudaremos —anunció el anciano—. No te daremos una lanza, porque nuestras lanzas llevan el símbolo de nuestra tribu y no deseamos labrarnos la enemistad de los tratantes. A cambio, te daremos un rifle, si nos prometes no contarle jamás a nadie dónde lo obtuviste.

—No se lo diré a nadie —aceptó Butamo.

El anciano envió a uno de los guerreros en busca del arma.

—Dadle agua para que beba —ordenó otro anciano, y a Butamo se le dio agua.

El guerrero retornó y le pasó el rifle y una bolsa a Butamo.

—La bolsa contiene el poder que hace que la pistola explote —le explicó el anciano.

—Lo sé —comentó Butamo—. He visto a Shundi utilizarla.

— ¿Quién es Shundi?

—Es el tratante del que me he escapado.

—Shundi no suena como el nombre de un hombre blanco.

—Es negro —repuso Butamo.

— ¿Por qué un hombre negro vende a otros negros al hombre blanco? —inquirió el anciano.

—Por dinero.

— ¿Y qué hace con el dinero?

—Compra muchas vacas, cabras y esposas —contestó Butamo.

— ¿Cuántas? —continuó el anciano con lo que Butamo creyó que era un interés excesivo.

—Os doy las gracias por vuestra ayuda —dijo, retrocediendo con cautela—. He de marcharme ya si no quiero guiar a Shundi a vuestro pueblo.

Butamo vio que un par de guerreros bajaban por un sendero estrecho, y decidió que el modo más seguro de huida era ascender a la montaña.

Cuando había subido la mitad del trayecto de la montaña, me empezaron a doler de nuevo las piernas y el estómago. Grité mi furia por la debilidad de mi cuerpo, pero, finalmente, la energía me abandonó y por primera vez en casi setenta años me tumbé para dormir.

Butamo ascendió a paso vivo durante casi tres horas, hasta que tuvo la certeza de que no le había seguido ningún guerrero de la tribu que le había dado el arma. Vio a un jabalí que le observaba y, por un momento, se vio tentado a usar el rifle, pero, por fin, decidió no hacerlo, ya que no quería que el ruido delatara su posición. A cambio, agitó unas ramas hasta que cayeron unas frutas y se las comió; luego, se dirigió a una roca grande y localizó unos

gusanos comestibles y continuó el ascenso por la montaña, siempre cuidando de ocultar su rastro.

Desperté con un dolor terrible en el costado, la peor agonía que jamás experimentara, y, con movimientos torpes, me puse de pie. No había dormido más de tres horas; sin embargo, mi enorme peso había aplastado en parte mi pulmón derecho. Me quedé de pie, con las piernas débiles y aturdido, jadeando en busca de aire. El dolor no desapareció y, finalmente, en mi agonía, comencé a arrancar troncos de árboles y a arrojarlos por la ladera de la montaña. Los pájaros chillaron y huyeron dominados por el terror, pero pasaron varios minutos antes de que mi cólera y mi dolor se calmaran lo suficiente como para permitirme reanudar de nuevo la subida por la montaña.

Butamo pasó una noche fría en la montaña. Por la mañana, encontró una corriente de agua, se metió en ella hasta que le cubrió las rodillas y, sin mucho éxito, trató de coger un pez con la mano. Cuando las piernas se le entumecieron por el frío, salió del agua, encontró algunas moras comestibles y se encaramó a un saliente rocoso, escrutando el paisaje en busca de Shundi y sus tres rastreadores Wanderobo.

Aún no vio rastro alguno de persecución, pero Butamo sabía que, tarde o temprano, los Wanderobo darían con su rastro y subirían a la montaña. Cuanto más pensaba en ello, más seguro estuvo de que no le darían ninguna advertencia, así que decidió sacar la bolsa de pólvora y cargar el rifle.

Entonces —helado, hambriento y temeroso de bajar de la montaña—, Butamo continuó su marcha ascendente, empleando todos sus conocimientos para tapar sus huellas de aquellos que las estaban buscando.

Helado y hambriento, el estómago inundado de dolor y vacío, mi pulmón derecho ardiendo con cada inhalación de aire, levanté los ojos, intentando ver cuánto me quedaba por llegar a la cima, pero el tercio superior de la montaña se hallaba oculto por las nubes. Alcé la trompa y olisqueé el aire, con la esperanza de poder captar el olor de Dios flotando en las suaves corrientes de viento.

Lo que encontré fue el olor de un hombre.

Butamo subió por una empinada superficie rocosa durante unos cien metros; luego, vio que le bloqueaba el camino un matorral de zuzos gigantescos y dio un rodeo hacia su izquierda para evitarlo.

Se detuvo para limpiarse el polvo y el sudor de los ojos, volvió a mirar el camino que tenía delante... y se encontró a menos de sesenta metros del elefante más grande que hubiera contemplado jamás, un elefante tan inmenso que sobresalía por encima de los árboles, con unos colmillos tan enormes que los arrastraba por la tierra a medida que caminaba.

Me obligué a olvidar el dolor el tiempo suficiente para volver a enfocar los ojos. Allí estaba, a menos de sesenta metros de mí, llevando un rifle oxidado y solamente un taparrabos.

— ¿Eres Dios? —pregunté, alargando la trompa hacia él—. ¿Eres Aquél al que busco?

Butamo echó una ojeada a su alrededor para ver si el elefante iba acompañado, pero no distinguió nada. Observó con admiración el inmenso marfil del animal, pero sabía que no se atrevería a quitárselo... no con Shundi y sus tres Wanderobos al acecho de cualquier ruido que delatara su paradero en la montaña.

Lamentándolo, ya que había sido testigo de cómo Shundi comerciaba con el marfil y sabía lo que valdrían esos colmillos, empezó a retroceder despacio.

No contestó, no emitió ningún tipo de señal de reconocimiento. No era Dios; sólo era un hombre.

En ese momento, me invadió otra vez el dolor y tuve la certeza de que nunca viviría para alcanzar la cima. Únicamente si Dios estuviera delante de mí, únicamente si este hombre se interpusiera entre nosotros, sería capaz de llegar ante Él antes de morir.

Comencé a caminar.

Butamo escudriñó el claro. No había ningún lugar donde esconderse salvo en la arboleda, y desconocía qué podía aguardarle allí: un sitio semejante bien podría ocultar a un leopardo y a sus cachorros. Sin embargo, no podía quedarse quieto y contemplar impasible cómo se acercaba a él, ya que ahora se hallaba a cuarenta metros y no parecía que fuera a cambiar de curso.

Aulló y agitó un brazo con la esperanza de espantar al animal.

El hombre aulló en mi dirección, y yo levanté la trompa y le devolví el grito. Ésta es mi montaña, atroné, y nada me detendrá hasta que me encuentre ante mi Dios.

A treinta metros, Butamo alzó el viejo rifle y tomó puntería. A veinte metros, disparó.

Sentí un dolor devastador en el hombro izquierdo y la sangre comenzó a salir a chorros de mi herida. Supe que sólo sería una cuestión de segundos antes de que se me parara el corazón, pero no los desperdicié: cargué a través del espacio que nos separaba, enrosqué la trompa alrededor del hombre y le arrojé contra un árbol situado a unos veinte metros de distancia.

Entonces, con un gemido de dolor, me derrumbé de costado. Eché un último vistazo a la cima del Kilimanjaro con el anhelo de ver a Dios y de Preguntarle por qué me había hecho esto, pero la cima aún seguía oculta entre las nubes; cerré los ojos, experimentando una paz súbita al darme cuenta de que éste siempre había sido Su plan y que en poco tiempo me iba a encontrar con Él.

Pasaron cinco horas antes de que Rakanja llegara por casualidad hasta el lugar de la carnicería. La semana pasada había subido con su ganado por el lado sur de la montaña y dos no habían regresado, de modo que, dejando a sus dos hijos jóvenes a cargo del rebaño, había vuelto a subir por el Kilimanjaro para buscarlos.

Lo que encontró fue el cadáver del elefante más grande que hubiera visto jamás, y el cuerpo roto de Butamo, que todavía retenía un destello de vida.

— ¿Quién eres? —demandó Rakanja.

—Agua —jadeó Butamo, apenas capaz de mover sus labios agrietados y cubiertos de sangre.

Rakanja le dio al moribundo agua.

— ¿Quién eres? —demandó de nuevo.

—No te entiendo.

Rakanja repitió la pregunta una tercera vez, pasando del Maasai al Swahili.

—Butamo.

— ¿Por qué estás en nuestra montaña?

— ¿Vuestra montaña? —susurró Butamo.

—Dios le ha dado a los Maasai toda la tierra entre Kirinyaga y Kilimanjaro —afirmó Rakanja con una convicción absoluta.

—Escapé de los tratantes, pero el elefante que maté me ha matado —musitó Butamo—. Por favor, no dejes que encuentren mi cuerpo.

— ¿Qué importancia tiene eso para mí? —preguntó Rakanja.

—Cogerán mi cuerpo y lo llevarán a mi pueblo, de modo que mis hermanos sepan que

nadie puede escapar de Shundi, y los pájaros me arrancarán los ojos, las hormigas comerán mi carne y las hienas devorarán mis huesos. No dejes que me hagan eso. Entiérrame, o encuentra una hondonada profunda y arrójame allí.

—Poca importancia tendrá cuando estés muerto —replicó Rakanja—; además, debo buscar a mis vacas perdidas. —Se incorporó para marcharse.

— ¡Espera! —gritó Butamo con las fuerzas que le quedaban.

— ¿Qué quieres ahora, esclavo? —inquirió Rakanja.

—Si escondes mi cuerpo, te diré cómo hacerte rico.

—Ya soy rico —dijo Rakanja—. Tengo muchas vacas y cabras, y tres esposas.

—En un día duplicarás tu fortuna.

Rakanja se acuclilló al lado de Butamo.

— ¿Cómo? —preguntó.

—El hombre que me persigue no sólo comercia con esclavos, sino con marfil. Si le vendes los colmillos del elefante que maté, te pagará muchas piezas de plata, con las que podrás comprar más vacas.

—Los Maasai no comerciamos con marfil, y de nada nos sirven las piezas de plata del hombre blanco.

—Podrás comprar cincuenta vacas con lo que te pague.

Rakanja meditó en la probabilidad de encontrar a sus dos vacas perdidas, calculó el precio de pedida de la mujer con la que recientemente se había encaprichado y observó pensativo el cadáver del elefante.

— ¿Cómo se llama el tratante de esclavos? —preguntó.

— ¿Esconderás mi cuerpo?

Rakanja asintió.

—Lo esconderé.

—Shundi el Kavirondo. Irá acompañado de tres rastreadores Wanderobo.

— ¿Cómo saco los colmillos? —preguntó Rakanja—. Jamás he cogido marfil.

—Si aguardas tres o cuatro días, podrás sacarlos tirando de ellos.

—No tengo tanto tiempo para perder.

—Entonces... —el cuerpo de Butamo fue dominado por un paroxismo de tos y, cuando acabó, estaba muerto.

Rakanja miró a su alrededor hasta que localizó una piedra grande y puntiaguda, de la clase que podría haber empleado como hacha de haberla encontrado cerca de su boma. Se dirigió al cadáver, tanteó el costado de la mandíbula y llegó al extremo del colmillo; entonces, comenzó a cortar a través de la piel y el músculo.

Fue un trabajo largo y arduo; oscureció antes de haber sacado los dos colmillos. Ignoró la temperatura casi helada mientras se llevó a cada uno de ellos un kilómetro y medio montaña arriba y los ocultó debajo de unos matorrales que había arrancado para ese propósito. Luego, regresó al lado del cuerpo de Butamo, se lo cargó al hombro, se dirigió al borde de un precipicio y lo arrojó al vacío, y aguardó hasta escuchar el golpe seco que produjo contra la ladera casi mil metros más abajo antes de retornar al cadáver del elefante sin colmillos.

Encendió un fuego y esperó.

Los Wanderobo lo localizaron a media mañana, pero fue por la tarde cuando el mismo Shundi arribó. El tratante de esclavos se acercó al cadáver del elefante, sonrió a medias al ver que le faltaban los colmillos y, finalmente, se volvió hacia Rakanja.

—Eres un Maasai, ¿verdad? —preguntó Shundi. Rakanja asintió—. He estado persiguiendo a un esclavo montaña arriba. El rastro condujo hasta aquí.

—Estuvo aquí —dijo Rakanja.

— ¿Dónde se encuentra ahora?

—Muerto.

—Quiero su cuerpo.

—Imposible —repuso Rakanja, observando con desprecio a los tres Wanderobos.

—Lo tendré —repitió Shundi.

—Te marcharás, a no ser que busques una deuda de sangre con los Maasai —indicó Rakanja.

Shundi lo contempló.

—Eres el único Maasai al que veo.

—Conmigo basta —afirmó Rakanja.

—No me gusta la arrogancia Maasai —dijo Shundi—. Puede que una vida recibiendo órdenes sea lo que necesites.

Antes de que alguno pudiera reaccionar, Rakanja había lanzado su lanza, atravesando el pecho de uno de los Wanderobo; de inmediato, cogió una lanza de madera que había fabricado la noche anterior.

—Ahí tienes tu vida —comentó—. ¿Cuántas más quieres perder?

—Con una será suficiente —respondió Shundi, sacando una pistola de la túnica y apuntándola a Rakanja.

Rakanja miró la pistola sin ninguna señal de temor.

—Si me matas, jamás encontrarás los colmillos.

— ¡Ah! —exclamó Shundi, sonriendo—. ¡Por fin hablamos de negocios!

—No hablaremos hasta que tires la pistola. —Shundi volvió a guardársela en el interior de la túnica—. Debes tirarla —repitió Rakanja—. De lo contrario, me matarías después de haberte mostrado el marfil.

—Te doy mi palabra de que no te mataré —dijo Shundi.

— ¿Cuánto vale la palabra de un tratante de esclavos? —dijo Rakanja con desprecio.

Shundi extrajo la pistola y la miró con cariño; luego, suspiró y la tiró a una pequeña hondonada.

—Ven —indicó Rakanja, empezando a ascender por la montaña—. Te mostraré los colmillos.

Subieron durante unos quince minutos. Entonces, Rakanja llegó al lugar donde los había ocultado, apartó los matorrales y retrocedió mientras Shundi se acercaba.

— ¡Por Alá! —exclamó el tratante—. ¡Jamás había visto semejante marfil! —Se acuclilló al lado de los colmillos y los examinó—. Hiciste un trabajo muy torpe, Maasai —señaló—. Desperdiciaste entre dos y cinco kilos de la base de cada uno.

—Siguen siendo los colmillos más grandes que hayas visto nunca —dijo Rakanja.

—Sí que lo son.

— ¿Cuántas piezas de la plata del hombre blanco pagarás por ellos? —preguntó Rakanja.

—Te daré cuarenta chelines de plata —repuso Shundi.

—Por cada uno —apuntó Rakanja.

—Eso es mucho dinero —comentó el tratante.

—Es lo que quiero.

—Demasiado. —Shundi sacudió la cabeza.

—Se quedarán aquí hasta que se pudran —replicó Rakanja—, y a ti jamás se te permitirá subir de nuevo al Kilimanjaro.

Shundi volvió a contemplar los colmillos; luego, se encogió de hombros.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Ochenta chelines.

—Los contarás sobre la tierra y yo los cogeré —explicó Rakanja.

Shundi asintió, sacó una bolsa de monedas y comenzó a depositar ochenta chelines.

—También quiero eso —dijo Rakanja, señalando una moneda de oro grande.

—Es un dólar María Teresa —explicó Shundi—. Vale muchos chelines.

—Lo quiero —repitió Rakanja.

—De acuerdo —aceptó Shundi, dejándolo en el suelo—. Si nos conduces montaña abajo para que no nos perdamos, te lo puedes quedar.

Rakanja recogió todas las monedas y las guardó en su odre de agua. Esperó hasta que cada Wanderobo hubiera levantado un colmillo; luego, comenzó a bajar hacia el claro donde había muerto el elefante.

Se escuchó un único disparo y Rakanja cayó de bruces, muerto antes de haber dado contra el suelo.

— ¡Arrogante hijo de cerdo! —exclamó Shundi, con una pistola humeante en la mano—. ¿De verdad creíste que el gran Shundi viaja sólo con una pistola y que la iba a tirar porque un bárbaro se lo pedía? —Se acercó al cadáver de Rakanja y recuperó su dinero; después, se volvió hacia sus rastreadores—. ¡Seguidme! —les ordenó—. Y cuidado con aquel que dañe el marfil.

El dolor ya había desaparecido. Toda sensación se había desvanecido; incluso el hambre y la sed... sin embargo, me hallaba desasosegado y, de alguna forma, incompleto, y grité mi angustia más y más fuerte, la intensidad intensificándose con cada momento que pasaba, hasta que por fin llegó hasta los mismos sueños de Sendeyo.

El fuego ardía brillante, iluminando la parte delantera de las chozas de barro y paja que formaban el manyatta, el pueblo vallado con espinos. Los ancianos estaban sentados en un pequeño círculo alrededor de la hoguera y, más allá de ellos, en un círculo mucho más amplio, se hallaban de pie quinientos *elmorani,* orgullosos guerreros Maasai, las caras pintadas, las lanzas refulgiendo a la luz de las llamas.

De repente, la figura alta y delgada de Sendeyo, hermano del más grande jefe de todos los Maasai, apareció de entre la oscuridad y se plantó dentro del círculo de ancianos.

—He tenido una visión, hijos míos —anunció Sendeyo, y las sombras se proyectaron parpadeantes de su piel negra y de su tocado de león.

Observó a la congregación y aguardó a que hablara el mayor de los ancianos.

—Cuéntanos tu visión, Sendeyo.

—Mi sueño ha sido inquieto durante muchas noches —dijo Sendeyo—. Esta noche todo se ha tornado claro —hizo una pausa y miró a los presentes—. En esta visión, vi al *laibon* de todos los elefantes tumbado, muerto, en las pendientes de la poderosa Kilimanjaro.

De nuevo calló un instante, y los ancianos y los guerreros aguardaron su siguiente declaración con concentrada atención.

—El elefante no murió a manos de un Maasai —continuó Sendeyo—, ya que los Maasai no matan a los animales por su carne o su marfil. Sólo matamos al león para afirmar nuestra hombría.

— ¿Quién mató al elefante, oh, Sendeyo?

—El elefante murió por un esclavo rugado.

El anciano mayor volvió a hablan

— ¿Qué tiene que ver esa visión con los Maasai, oh, Sendeyo?

—En mi visión, un Maasai moran llamado Rakanja se acercó hasta el cuerpo del elefante muerto. —Sendeyo hizo otra pausa en el momento en que las llamas se alzaron a su espalda—. El moran le arrancó los colmillos y los vendió.

—Conozco a Rakanja —indicó otro de los ancianos—. Lleva ausente seis días.

—Encontraréis su cuerpo en el Kilimanjaro —repuso Sendeyo con absoluta convicción, y un fugaz gemido de horror escapó de los allí reunidos... no era el terror a la muerte, porque los Maasai no temen a la muerte, sino terror por el poder de este hombre, que podía ver la muerte de otro hombre desde tan lejos—. Os ordeno no buscar su cuerpo —continuó Sendeyo—. Ha quebrantado la tradición y avergonzado a su pueblo. Ha profanado al laibon de todos los animales y ha establecido un comercio con el hombre blanco. —Sendeyo frunció el ceño en un gesto de desprecio—. Ha deshonrado a los Maasai.

Surgieron miradas de temor y murmullos mientras los guerreros aguardaban el dictamen de Sendeyo.

Librodot

—A partir de este día —prosiguió Sendeyo—, todo lo que los Maasai poseen se convertirá en polvo. No sucederá de la noche a la mañana, porque los Maasai son un pueblo fuerte y numeroso, pero ya ha comenzado. Nuestras tierras serán menos fértiles, los Kikuyu y los Luo y los Wakamba crecerán en número, el hombre blanco corromperá a nuestros *elmorani, y,* con el tiempo, hasta nuestra lengua se perderá y los Maasai sólo hablarán Swahili o la lengua del hombre blanco. Nuestro pueblo disminuirá, se nos arrebatarán nuestras armas, y nuestro pueblo olvidará lo que significa ser un Maasai. Desde este día, los espíritus de todos los Maasai vagarán solos en el vacío que hay entre esta vida y la siguiente.

Se escucharon gemidos de angustia y miedo.

— ¡Dínos lo que debemos hacer, oh, Sendeyo! —gritaron los ancianos—. ¡Dínos cómo podemos cancelar este *thahu,* la más terrible de las maldiciones!

—Hay una forma —indicó Sendeyo, y las sombras se proyectaron de su cara pintada; de repente, un silencio absoluto reinó entre todo el grupo—. Debéis encontrar el marfil y traerlo de regreso al Kilimanjaro, al mismo lugar donde murió el elefante. Allí, deberéis levantar un altar y lavarlo en sangre pura, en la sangre de un hombre Maasai no circunciso. Sólo entonces el honor de los Maasai quedará redimido; sólo entonces los espíritus de aquellos reunidos aquí y de aquellos que aún no han nacido se verán liberados de este thahu; sólo entonces podrán, por fin, los espíritus de los Maasai muertos descansar en paz.

Sendeyo observó a los ancianos y a los elmorani.

—He hablado —concluyó—. Lo que hagáis depende de vosotros.

Y, así, mi espíritu vagó en el vacío, esperando y esperando, observando y observando, mientras el thahu de Sendeyo se convertía en realidad y los Maasai caían en desgracia, y sus números decrecían y sus riquezas se desvanecían. Vi a Maasai Laibon obtener la posesión de mi marfil, y vi a Tembo Laibon perderlo en un juego, y vi a Leeyo Nelion morir antes de poder reclamarlo, y, finalmente, sólo quedó un Maasai... un hombre alto y obsesionado llamado Bukoba Mandaka, quien se encontraba a un trillan de kilómetros de distancia de la sagrada montaña del Kilimanjaro.

Décimo Interludio
(6303 E.G.)

Una vez terminó su historia, Mandaka guardó silencio y me observó, a la espera de mi reacción.

— ¿Eso es lo que planea hacer con el marfil en cuanto lo obtenga? —pregunté por fin.

Asintió.

—No tengo otra elección.

—Claro que sí —indiqué—. Puede elegir no sacrificarse.

—Debe hacerse.

— ¿Por qué? ¿Porque un doctor-brujo pronunció una maldición hace siete mil años?

—Se ha convertido en realidad, ¿no? —preguntó Mandaka con voz desconsolada.

—Usted no sabe si el declive de los Maasai tiene algo que ver con ella.

—No se trata de una cuestión de conocimiento, sino de fe —repuso Mandaka.

—Bueno, yo no creo en la maldición.

—No tiene por qué.

De nuevo guardamos silencio. Me di cuenta de que se me había apagado el cigarro y lo encendí otra vez.

— ¿Cuándo partirá para Cielo Azul?

—Mañana. Me gustaría que me acompañara.

—Me da muy poco tiempo —dije—. Probablemente, la Braxton no me lo permita.

—Lo harán —aseveró convencido.

—Parece muy seguro —apunté.

—Están en el negocio para ganar dinero. Les compré su tiempo en una ocasión; puedo volver a hacerlo.

— ¿Quiere decir que les pagó aparte de la comisión que me dio a mí? —inquirí, sorprendido.

Asintió.

—Siempre estoy preparado para pagar por lo que quiero, señor Rojas.

—Y una vez que tenga el marfil, entonces, ¿qué? ¿Volará directamente a la Tierra con él?

—Sí —calló un poco incómodo—. Y, de nuevo, me gustaría que me acompañara.

— ¿Por qué?

—Tengo mis motivos.

—Pues será mejor que me los cuente —dije—, porque no pienso participar en una ceremonia que culmine con su muerte.

—No lo hará, se lo garantizo —repuso Mandaka.

—Entonces, ¿qué es lo que desea de mí? —insistí.

—Cuando la ceremonia haya acabado, mi cuerpo debe ser incinerado y mis huesos dispersos. Hay muy pocas personas a las que les confiaría semejante tarea; usted es una de ellas.

— ¿De verdad es necesario? —pregunté de nuevo—. Después de todo, usted es el último Maasai. Haga lo que haga, no habrá más... entonces, ¿por qué sacrificarse por el honor de un pueblo que ya no existe?

—No lo hago por los Maasai futuros, porque, tal como usted ha indicado tan adecuadamente, yo soy el último —calló un instante—. Lo haré por todos los Maasai desde la época de Sendeyo y cuyas almas vagan en el limbo, a la espera del sacrificio que él ordenó hace tanto y que debe realizarse en la cima del Kilimanjaro para enviarlos a casa.

— ¡Sendeyo sólo les dio un montón de supercherías primitivas, nada más!

—Éstas son mis creencias más profundas —replicó Mandaka con una serenidad casi ajena a él—. No pueden ser desterradas por sus argumentos.

Le miré durante un largo instante y, finalmente, asentí en gesto de aceptación.

—De acuerdo —dije—. El tema queda cerrado... por lo menos, de momento.

—Gracias —repuso—. ¿Me acompañará?

—Si consigue el permiso de la Braxton, le acompañaré como mínimo hasta Cielo Azul. Creo que me gustaría ver el marfil en persona.

Mandaka se puso de pie.

—He de llevar a cabo unos preparativos y tengo algunas cosas que arreglar. ¿Se reunirá conmigo mañana en mi nave?

— ¿Dónde se encuentra? —Me proporcionó el hangar y el número del muelle en el espaciopuerto—. ¿Cuándo despegaremos? —pregunté.

—Al amanecer, señor Rojas. Por favor, no se retrase; después de todo este tiempo, estoy muy ansioso por poner mis manos al fin en el marfil.

Entonces, se incorporó y se marchó de mi despacho. Yo me quedé considerando todas las consecuencias de esta futura odisea.

— ¿Te has vuelto loco?

Hilda se hallaba sentada enfrente de mí en la cafetería de los ejecutivos, su cara redonda roja por la frustración.

—No —contesté pensativo—. No lo creo.

— ¿Qué sabes sobre ese hombre?

—Lo suficiente —dije, mordisqueando un pastel.

— ¿Lo suficiente? —repitió—. ¿Qué es suficiente? Aparece de ninguna parte, no figura registrado en ninguna agencia de la Monarquía, libremente ha admitido que cometería

asesinato para obtener lo que quiere, vive como un animal en ese terrible apartamento... y tú —añadió colérica—, ¡tú decides tomarte un permiso de ausencia de cuatro semanas para ir con él a la Tierra y celebrar alguna ceremonia pagana que ni siquiera me has descrito!

—Necesita mi ayuda —comenté—. Sólo le he prometido que le acompañaría hasta Cielo Azul; todavía no me he decidido con respecto a la Tierra.

— ¿Y qué me dices de todas las veces que yo he necesitado tu ayuda y tú estabas demasiado preocupado con tu trabajo? —demandó, aporreando la mesa con un puño carnoso y casi derramando su té.

—Éste es mi trabajo —expliqué.

— ¡Tu trabajo terminó cuando localizaste el marfil!

—Aún no lo he encontrado —señalé—. Ésa es la razón por la que tengo que ir a Cielo Azul.

—No juegues conmigo, Duncan. Lo has encontrado, y lo sabes. Lo percibo por esa expresión taimada que hay en tu cara.

No pude negarlo, pero no tenía ganas de confirmarlo, así que me la quedé mirando sin pronunciar una palabra.

—Dime la verdad —pidió Hilda después de una larga pausa—. ¿Crees tú que lo que que va a hacer logrará restaurar el honor o el prestigio de los Maasai?

—No importa lo que yo crea —repliqué—. Él piensa que sí, y eso es lo único que cuenta.

Sacudió la cabeza cansinamente.

— ¿Por qué insisto en perder mi tiempo contigo, Duncan?

— ¿Por que? —pregunté, súbitamente interesado.

Se encogió de hombros.

—Me gustaría saberlo.

—Tú no puedes explicar por qué me soportas; yo no puedo decir por qué he decidido ayudar a Mandaka. ¿Por qué no aceptamos que, finalmente, estoy haciendo lo que querías?

— ¿Cuándo dije que quería que fueras a la Tierra con Mandaka? —demandó.

—Siempre comentas que deseas que me comprometa con alguien.

Y me he comprometido para ayudar a Mandaka, y, de repente, te quejas.

—Oh, Duncan, Duncan —musitó—, ¿qué voy a hacer contigo? ¿Cómo puedes ser tan inteligente y tan estúpido al mismo tiempo?

— ¿Por qué no me deseas un buen viaje y me indicas lo que quieres que te traiga de Cielo Azul?

—Lo único que quiero es que regreses sano y salvo de la Tierra —dijo—. Con eso bastará.

—Todavía no he decidido si voy a ir a la Tierra —le recordé.

—Claro que vas a ir —afirmó con impaciencia.

—Bueno, aunque vaya —señalé—, ¿quién va a querer matar a un investigador de trofeos?

— ¿De verdad quieres que te lo cuente? Empezaríamos a pelear otra vez.

—Entonces, no lo hagas. —Saqué mi computadora de bolsillo—. Si voy a la Tierra, regresaré en veintinueve días. ¿Por qué tú y Harold no reserváis una mesa para tres esa noche en el restaurante Días Antiguos? Será mi invitación.

Suspiró y contempló la taza de té.

—Lo pensaré, Duncan.

Terminamos la comida en un silencio absoluto. Luego, me puse de pie.

—Lamento tantas prisas, pero tengo que completar unos cuantos detalles antes de partir.

Ella permaneció sentada y continuó mirando la taza de té. Esperé un momento, llegué a la conclusión de que no tenía ninguna intención de levantarse y di media vuelta para irme.

— ¿Duncan?

— ¿Sí?

—Que tengas un viaje seguro, maldito seas.

Dejamos la nave de Mandaka en el único espaciopuerto de Cielo Azul y montamos en un taxi automático para dirigirnos a la ciudad. Aunque había raíles encima y debajo de nosotros, flotamos todo el trayecto en el aire, una demostración elemental de la superconductividad que jamás dejaba de fascinarme, ya que la sensación era muy parecida a la de un vuelo bajo sobre la superficie del planeta.

Este mundo en particular sí que se había ganado su sobrenombre, ya que poseía el cielo más azul que había visto nunca, sin duda alguna debido al océano de agua fresca que cubría más del ochenta por ciento de su superficie. El taxi nos llevó a través de varios kilómetros de campos cultivados, donde las comunas agrícolas se concentraban en una forma mutada de trigo, mucho más grande y resistente que el que crecía en la mayoría de planetas. El aire era puro y limpio. Me acomodé en el asiento y disfruté del viaje, aunque a Mandaka le resultó imposible permanecer quieto y no dejaba de cambiar de postura, dominado por los nervios.

Al rato, el taxi se detuvo en una enorme plaza que había sido designada como el Centro de la Ciudad, y desde allí recibimos instrucciones de cómo encontrar el museo; continuamos el trayecto en unas aceras deslizantes más bien primitivas. Llegamos unos cinco minutos más tarde y nos detuvimos ante los escalones de piedra del museo, contemplando la impresionante estructura.

— ¡Por fin! —murmuró Mandaka.

Busqué con la vista una escalera mecánica o un ascensor de aire, pero no había ninguno, de modo que ascendimos las dos docenas de escalones de piedra y entramos en el museo. Me identifiqué al portero y le pedí que nos indicara a Mandaka y a mí el emplazamiento del ala de Historia Natural.

—También —añadí cuando Mandaka se encaminaba hacia la dirección que nos había dicho—, ¿sería tan amable de anunciarle mi presencia a Hazel Guthridge y pedirle que se reúna conmigo en la exposición de fósiles?

—Por supuesto, señor Rojas —repuso, y me apresuré para alcanzar a Mandaka.

Pasamos por tres galerías de arte, más una Sala de Ciencia dedicada a una demostración bastante simplista de la mecánica cuántica y de la Teoría de Neimark, pero, finalmente, llegamos hasta la exposición de Historia Natural, y, un momento más tarde, nos encontramos en la sala de fósiles, que estaba dominada por el dinosaurio, aunque también contenía unos cincuenta esqueletos más.

— ¿Nos estamos acercando al marfil? —preguntó Mandaka en un susurro.

—Más de lo que se imagina —repuse.

Iba a revelarle el secreto de su emplazamiento cuando Hazel Guthridge entró en la sala.

—Supongo que es el señor Rojas —dijo, avanzando y extendiendo formalmente la mano.

—Encantado de conocerla en persona —comenté—. Este caballero es Bukoba Mandaka, mi cliente.

—Señor Mandaka —saludó casi sin mirarle—. No sabía que pensaba venir a Cielo Azul, señor Rojas —añadió con un tono desaprobador—. Si me lo hubiera avisado, podría haberle preparado una visita completa.

—Bueno, tal como le mencioné, he estado tratando de localizar los colmillos de un elefante en particular, que sabía que se hallaban en Cielo Azul.

—Y tal como yo le mencioné, no disponemos de ningún registro de que se encuentren aquí.

—La creo —afirmé—. Sin embargo, están aquí.

— ¡Cómo! —exclamó con severidad—. Ya le dije, señor Rojas, que no se encuentran expuestos.

—También me comunicó que su especialidad son las tallas de hueso de la prehistoria del planeta, y que no tienen a ningún Conservador de Historia Natural.

Frunció el ceño.

— ¿Me está acusando de haberle mentido, señor Rojas?

Sacudí la cabeza.

—Sólo la acuso de ignorancia —repliqué—. Los colmillos se encuentran en esta misma sala.

— ¿Dónde? —preguntaron ella y Mandaka al unísono.

Señalé al dinosaurio.

—Allí —contesté.

—Ése es el esqueleto reconstruido de un dinosaurio carnívoro —explicó ella.

—Lo sé —acordé—. Pero los carnívoros de ese tamaño son mucho más raros de lo que usted pueda imaginar. Existen más de dos millones de planetas habitables en la galaxia, y únicamente veintisiete de ellos han tenido carnívoros de semejantes proporciones... y sólo en tres de esos planetas se puede clasificar a los carnívoros como dinosaurios. Hice que mi computadora analizara la ecología de su mundo, al igual que su historia geológica y climática, y llegó a la conclusión de que las probabilidades de que este dinosaurio en particular hubiera existido en Cielo Azul son, aproximadamente, de trescientas mil a una.

— ¿Qué está diciendo, señor Rojas? —demandó Mandaka, contemplando al dinosaurio.

—Digo que alguien que sabía menos de la historia ecológica de Cielo Azul de lo que creía, encontró los colmillos, decidió que eran los restos de algún enorme animal prehistórico y extrapoló este esqueleto basado en una suposición absolutamente falsa.

— ¡Es imposible, señor Rojas! —protestó Hazel Guthridge.

— ¿Por qué? —pregunté—. Éste es un planeta colonia con una población escasa. Ustedes, por lo que puedo deducir de sus exposiciones, no tienen paleontólogos, y nunca han encontrado los restos de ninguna forma de vida sobredesarrollada, ya fuera carnívora o de presa. —Observé el esqueleto—. Mi conjetura es que son esas dos costillas más largas, y que todo lo demás se reconstruyó basándose en ellos.

Mandaka saltó por encima del cordón protector antes de que Hazel Guthridge pudiera detenerle, y miró detenidamente las costillas en cuestión.

— ¡Tiene razón! —exclamó en triunfo—. ¡Es el marfil del Elefante del Kilimanjaro!

— ¡No puede ser! —insistió ella, aunque ahora no tan convencida.

—Lo es —repuse—. Alguien cometió un error y no hubo ningún experto para detectarlo. Dadas las circunstancias, resulta bastante comprensible.

—Si está en lo cierto, es inexcusable —dijo ella con amargura.

—No me equivoco.

—Requeriré una autentificación independiente.

—Eso podría demorar meses —indiqué.

—Posiblemente —acordó.

Miré a Mandaka; negó vigorosamente con la cabeza.

—Tal vez consigamos solucionarlo aquí y ahora —sugerí.

— ¿Oh? —inquirió ella, observándome con visible desconfianza—. ¿Cómo?

— ¿Dispone de un analizador molecular? —pregunté—. Eso le revelará si proceden de la Tierra o de Cielo Azul.

—No, no tenemos ninguno.

Fruncí el ceño.

—Creí que todos los museos...

—Nos falta personal y dinero —explicó.

—De acuerdo —dije—. Existe otra forma. Los artículos en cuestión o son costillas o son colmillos. Si son costillas, estarán huecas, ya que tendrán que haber contenido médula. Y si son colmillos, los dos últimos tercios de cada uno serán sólidos. Cualquier analizador sónico nos podrá proporcionar la respuesta.

Ella asintió.

—Los someteré al análisis de inmediato —calló un momento—. Si los dos quieren

esperar en mi oficina, les traeré el resultado dentro de media hora.

—Eso será plenamente satisfactorio —acepté antes de que Mandaka pudiera protestar.

Llamó a un guardia, quien nos condujo a su despacho amueblado de forma espartana, y allí aguardamos en silencio durante cuarenta minutos. Finalmente, Mandaka ya no resistió seguir sentado y comenzó a pasearse nervioso de un lado a otro.

— ¡Está preparando algún truco! —exclamó.

Sacudí la cabeza, mostrando mi disconformidad.

—El Investigador Jefe de la Wilford Braxton le acaba de decir que la credibilidad de su museo es nula, y lo único que intenta es ocultar su humillación —comenté—. Hace veinte minutos descubrió que yo tenía razón, y ahora está pensando cómo minimizar el daño.

—Si no me los vende, regresaré esta noche y los robaré —anunció.

—Los venderá —respondí convencido.

Estaba a punto de replicarme, pero, justo en ese instante, Hazel Guthridge entró en la oficina con el rostro bastante pálido.

—Señor Rojas, Señor Mandaka —explicó sin ambages—, les debo a los dos una disculpa. Tenían razón.

—Nadie ha salido perjudicado —dije—. De hecho, puede que su tesorería resulte beneficiada. Mi cliente aún desea comprar el marfil.

—Como ya le expuse, nuestra política es la de no vender.

—Pero también me indicó que sólo exhiben formas de vida que son nativas de Cielo Azul —le recordé—. Sería muy embarazoso para la reputación del museo si se descubriera este error.

— ¿Es una amenaza, señor Rojas?

—Por supuesto que no —contesté con suavidad—. Meramente le sugería que cuanto más rápido se desmantele el esqueleto, más pronto se eliminará la fuente potencial de vergüenza para usted.

Me observó, todavía incapaz de decidir si la estaba amenazando o consolando. Finalmente, encorvó los hombros y apoyó la cadera contra el borde del escritorio.

— ¿Cuánto pretende ofrecer por los colmillos, señor Mandaka? —preguntó.

—Tres millones de créditos —replicó él.

— ¿Tres millones? —repitió con incredulidad—. ¡No tenía idea de que valieran tanto!

—Y no los valen, salvo para el señor Mandaka —intervine.

—La Junta de Directores debe reunirse el mes próximo —anunció—. Estoy convencida de que aceptarán la venta, señor Mandaka.

—Mi oferta es válida contra una entrega inmediata —añadió Mandaka.

—Esto es de lo más irregular... —dijo, dudando.

—Es una situación muy irregular —confirmé—. Pero si usted aceptara una venta en el acto, no habría nadie aquí que pudiera decirle a la junta qué era lo que deseábamos. En lo que a ellos concierne, bien podemos parecer unas personas que hemos ofrecido una magnífica cantidad por todo el esqueleto.

Meditó mi declaración y asintió, aceptándolo.

—Si envía el marfil a mi nave —indicó Mandaka, dándole el número de hangar y de muelle—, haré que transfieran el dinero a la cuenta del museo —calló un instante—. O a su cuenta privada, si así lo prefiere.

—A la cuenta del museo, por favor —afirmó con decisión—. Puedo quebrantar las reglas para preservar la reputación del museo, ¡pero no soy una ladrona!

—Nadie ha insinuado que lo fuera —intervine con suavidad—. Y con respecto al lamentable error que dio lugar a esta reunión, le aseguro que puede confiar en nuestra discreción.

—Sinceramente, así lo espero. He dedicado mi vida a este museo, y no quiero que se convierta en un hazmerreír.

Pasé unos pocos minutos más tranquilizándola y dándole mis garantías; luego, ordenó

que sacaran los colmillos del esqueleto y que los trasladaran al espaciopuerto, y Mandaka comenzó el proceso de transferir el precio de compra a la cuenta del museo.

Tres horas más tarde, Bukoba Mandaka, de pie ante la compuerta de carga de su nave, consiguió por fin poseer el marfil del Elefante del Kilimanjaro. Una vez que fue asegurado en el interior, se volvió hacia mí.

—Bien, señor Rojas —comenzó—, parece que el momento de tomar su decisión ha llegado. ¿Le llevo de regreso a su hogar o completará el último paso de este viaje conmigo y será testigo personal del capítulo final de la historia del marfil?

—No se espera que participe de esa ceremonia en ningún aspecto, con la salvedad de encargarme de sus restos cuando termine, ¿correcto? —pregunté. Asintió. Me encogí de hombros—. Supongo que iré con usted.

—Nunca lo dudé —replicó.

Librodot

11

El Maasai
(6304 E.G.)

Solo, angustiado, incompleto, incapaz de sumirme en el Sueño Final que tanto anhelaba, leí los vientos galácticos por enésima vez... y, finalmente, después de muchos inicios falsos y eones de desesperación, el olor de la salvación vagó a través del tiempo y del espacio hacia mí, fuerte y acre. Emití un sonido silencioso y exultante con mi trompa, porque era aquel hombre, Mandaka, que retornaba a la montaña sagrada.

El año nuevo vino y se fue mientras volábamos desde Cielo Azul a la Tierra, aunque tanto Mandaka como yo nos encontrábamos en las cámaras del Sueño Profundo en ese momento. Nos despertamos, rígidos, con frío y hambrientos —el Sueño Profundo reduce el metabolismo, pero no lo detiene, y yo siempre me despierto famélico—, cuando la nave estableció órbita alrededor de la Tierra, y aterrizamos al amanecer del día siguiente, tal vez a unos tres kilómetros de la ladera sur de la Montaña del Kilimanjaro.

—Según reza la tradición, el animal fue muerto en el lado norte de la montaña —explicó Mandaka cuando cargábamos con cuidado los colmillos y nuestras provisiones sobre un par de trineos de gravedad—. Sin embargo, ascenderemos por la pendiente sur durante tres mil metros.

— ¿Hay alguna razón en particular para ello? —pregunté.

Asintió.

—La ciudad de Nyerere fue construida en la pendiente sur, así que dispondremos de rutas accesibles para los primeros dos mil doscientos cincuenta o dos mil quinientos metros. De lo contrario, nos veríamos enfrentados con una vegetación muy densa desde el inicio de la subida; comienza a escasear un poco por encima de los dos mil quinientos metros.

— ¿Por qué no llamó por radio antes y averiguó si tenían un espaciopuerto? —sugerí—. Nos podría haber ahorrado un montón de esfuerzos.

—Tenían uno, aunque ahora es imposible de usar —replicó—. La ciudad lleva abandonada más de ocho siglos.

— ¿Por algún motivo en especial?

Se encogió de hombros.

— ¿Por qué alguien se marcha del Edén? Para ver lo que hay más allá —calló un instante—. Y, sin importar lo desilusionados que queden, jamás regresan.

Apoyé las manos en las caderas y miré hacia el oeste, observando la estepa aparentemente interminable, salpicada de acacias y largas hierbas que oscilaban bajo la brisa.

—Es un terreno hermoso —comenté por fin.

—Lo es —acordó—. En una ocasión, hace un milenio, las Llanuras de Serengeti bullían con tres y cuatro millones de animales. Su migración anual era una visión que, una vez que se contemplaba, jamás podía olvidarse. —Suspiró—. Ahora no queda nada, con la excepción de la hierba y de los insectos... ni siquiera un pájaro o un topo.

— ¿Qué les pasó a los animales? —inquirí.

—Nosotros les pasamos, señor Rojas —repuso Mandaka con tono sombrío—. Usted edita la guía; ya sabe cuándo se extingue cada especie.

—Verlo en un libro es una cosa —indiqué— Pero, al estar en el lugar del acontecimiento, mirando unos cien kilómetros a través de Serengeti, uno se da cuenta de verdad de la enormidad de lo que le hicimos a esta tierra, que ya no queda nada vivo. —Giré para escrutar las alturas, hacia la cima del Kilimanjaro, que se hallaba oculta por las nubes—.

Librodot

Pensar que los leones, los leopardos, los elefantes, los rinocerontes y todo tipo de herbívoros moraron una vez en esta montaña...

—Y los hombres, señor Rojas —añadió Mandaka—. Los hombres también vivieron aquí. Ahora sólo quedan los insectos.

—Quizá la próxima vez lo hagamos mejor.

Sacudió la cabeza.

—No habrá una próxima vez —dijo—. No aquí.

—Entonces, en otra parte.

—Quizás —aceptó con visibles dudas.

En ese momento, empezamos a subir por el sendero sucio y cubierto de malezas que conducía a la ciudad abandonada.

Nyerere comenzaba a unos ciento cincuenta metros sobre la ladera de la montaña, y se podía ver a las claras que había sido una ciudad cuidadosamente planeada, con grandes parques públicos, una vista a las Llanuras de Serengeti desde cada hogar y zonas comerciales bien integradas en cada zona residencial. A trescientos sesenta metros pasamos al lado de un aeropuerto pequeño y particular, pero los edificios se hallaban casi en ruinas y las pistas se habían erosionado. Ya había visto ciudades vacías con anterioridad, aunque siempre habían sido devastadas por la guerra o la enfermedad; ésta era la primera que veía cuya población, sencillamente, había hecho las maletas y guardado las cosas, marchándose, y me hizo experimentar una sensación extraña. Cierto número de casas aún se encontraban en buenas condiciones, y unas cuantas incluso tenían las ventanas y las puertas todavía intactas; no obstante, reinaba una atmósfera de desolación casi tangible mientras atravesábamos la ciudad vacía. Era igual que las llanuras de abajo: una vez, estas calles habían bullido con el tráfico y el comercio, estas casas habían sido el refugio de millones de almas. Ahora sólo había polvo, hierbas e insectos.

A mil ochocientos metros decidimos parar por ese día, y pasamos la noche en el hall de un hotel que había sido lujoso en el pasado. La piscina estaba agrietada y vacía, y las paredes del casino se hallaban cubiertas por el moho; sin embargo, el hall de acero y cristal se hallaba relativamente intacto, por lo que dormimos allí. La temperatura descendió durante la noche, pero, cuando desperté tiritando, vi que Mandaka aún dormía como un bebé, completamente insensible al repentino descenso de la temperatura.

Emprendimos la marcha cuando los primeros rayos calientes del sol desperdigaron la niebla que rodeaba la cima de la montaña y, por fin, pude divisar la capa helada que la cubría. Pasamos por una gran plaza pública donde un número de placas describían la mundialmente famosa Escultura de Waycross, pero cuando le pregunté a Mandaka cómo había sido la escultura, se encogió de hombros y respondió que fue saqueaba muchos siglos antes de que él naciera.

Al atardecer habíamos dejado atrás la ciudad y, despacio, comenzamos a rodear la montaña, guiando los trineos de gravedad *y* abriéndonos camino a través de la densa vegetación con armas láser. Volvimos a dormir en nuestros sacos termales *y,* a pesar del hecho de que había programado el mío para que mantuviera veintiocho grados, pasé otra noche incómoda, ya que la temperatura empezó a caer en picado después de la puesta del sol.

A la mañana del tercer día, encontré que me faltaba el aliento, algo que Mandaka me había advertido que podría ocurrir cuando superáramos el tope de altitud de dos mil quinientos metros. Nos llevó cuatro horas llegar hasta la pendiente norte, a la cual nos estuvimos acercando de forma indirecta durante más de un día. Finalmente, Mandaka se detuvo y sus ojos oscuros rastrearon la zona.

—Nos estamos acercando —anunció.

— ¿Cuánto nos queda? —jadeé.

Miró montaña arriba.

—Unos trescientos metros más.

— ¿Seguro?

Asintió.

— ¿Cómo lo sabe? —insistí, tratando de recuperar el aliento—. Nadie ha sacado fotografías o tomado medidas. Tal vez lo mataron justo en el lugar donde se encuentra usted.

—No lo creo —respondió Mandaka, reanudando el ascenso.

— ¿Por qué no?

—Aquí hay muy poca vegetación. Habría subido más.

— ¡Pero puede que la hubiera hace siete mil años!

—Hay que subir más, señor Rojas —dijo Mandaka, adelantando el torso y trepando por la pendiente—. ¿O es que toda su investigación no le ha enseñado nada de él? Era un superviviente, y un superviviente habría ascendido algo más.

No tenía fuerzas para replicarle, así que sólo asentí y le seguí.

Estaba a punto de anochecer cuando llegamos a un claro pequeño al lado de una arboleda de endrinos. Un saliente cercano daba a las llanuras de abajo. Mandaka se detuvo, lentamente giró hasta completar todo un círculo, olisqueo el aire y movió de modo afirmativo la cabeza.

—Hemos llegado —anunció con voz baja.

— ¿Está seguro?

—Todo lo que puedo estarlo —explicó—. Posiblemente, me equivoque, pero lo he hecho lo mejor que he podido. Dios tendrá que comprenderlo.

— ¿Y ahora es cuando va a matarse?

—Más tarde —replicó, desactivando los trineos de gravedad—. Cuando salga la luna llena.

— ¿Preparo algo para comer? —pregunté, y metí la mano en la mochila para sacar la cocina portátil.

—No —contestó—. Sería un acto sacrílego comer algo en esta montaña sagrada, salvo la leche y la sangre de mi propio ganado —hizo una pausa—. Usted puede comer si quiere.

—Sólo un sandwich —me disculpé, cogiendo uno de la mochila. Di un mordisco y, cuando comencé a masticarlo, miré hacia la lejanía—. Es una vista hermosa, ¿verdad? —comenté.

—Sí —replicó él.

— ¿Dónde creció usted?

—No se puede ver desde este lugar —contestó—. Pero —continuó, señalando al noroeste—, se hallaba a unos dos mil kilómetros en aquella dirección.

— ¿Subió alguna vez al Kilimanjaro de pequeño?

—Es una montaña sagrada, reservada para el acto que redimirá al pueblo Maasai —negó con la cabeza...

—Debió de haber sido un peso enorme a lo largo de los años saber que usted iba a ser el hombre que realizaría ese acto.

—Lo fue.

— ¿Nunca sintió la tentación de darle la espalda a toda la situación? —pregunté—. Después de todo, los Maasai poseyeron los colmillos durante mil trescientos años. Cualquiera pudo haber ejecutado la ceremonia, pero nadie lo hizo.

—Nadie tuvo que hacerlo —dijo Mandaka—. Yo soy el último; no puedo escapar de mi destino.

— ¿Y no siente rencor hacia ellos?

Me miró directamente a los ojos.

—Claro que sí. Estoy haciendo esto porque debo; preferiría que no fuera así.

—Entonces, ¿por qué no lo deja? —persistí.

—No puedo.

— ¿Por qué? Lo único que tiene es la palabra de un antiguo médico-brujo que murió hace más de siete mil años.

—Y la historia de los últimos siete mil años —añadió—. Ya se lo he dicho, señor Rojas:

no es necesario que usted crea en lo que yo estoy haciendo. Basta con que yo lo crea.

—Detesto verle morir por ningún motivo —dije.

—Moriré por mis creencias —contestó—. ¿Qué mejor razón puede tener un hombre?

—Ninguna —admití.

— ¿Y qué mejor lugar que éste? —prosiguió—. Aquí es donde todo comenzó, señor Rojas. A menos de un día de marcha de la base de la montaña se encuentra el Desfiladero de Orduvai, donde el primer hombre dio el primer paso erguido. Esta misma montaña fue entregada a mi pueblo, y desde aquí nos trasladamos al norte y al oeste y conquistamos todo lo que se interpuso entre nosotros. Hombres grandes han ascendido esta montaña, señor Rojas: poetas y *laibones,* cazadores y exploradores, escritores y guerreros. Y el animal más grande de todos murió aquí —se detuvo, observó el claro y suspiró—. No, no puede existir un lugar más apropiado en el que yo muera.

Casi hizo que me sintiera avergonzado por necesitar una explicación, y rápidamente formulé otra pregunta para ocultar mi embarazo.

— ¿No tiene miedo?

Analizó mi pregunta durante un largo momento; luego, agitó la cabeza.

—No he disfrutado de mi vida, señor Rojas —repuso con seriedad—. Lo único significativo que puedo hacer es ponerle fin; no tengo miedo de llevarlo a cabo.

—Yo estaría aterrado —confesé.

—Cada vida crea una trayectoria inevitable que termina en la muerte —dijo Mandaka—. La única diferencia es que yo he sido educado para reconocer y seguir esa trayectoria, y a usted le educaron para ignorarla y evitarla.

—Tal vez—acordé a regañadientes, seguro de que debía de haber más diferencias entre nosotros para unos destinos tan distintos, pero incapaz de pensar en cuáles podrían ser—. Sin embargo, aunque a mí me hubieran educado como a usted, todavía no estoy seguro de que fuera capaz de realizarlo.

—Si usted supiera que todas las personas por las que alguna vez se ha preocupado, que cada antepasado que ha reverenciado, quedaría condenado para toda la eternidad si usted no cumpliera el ritual, encontraría la fuerza para hacerlo.

—No creo que pudiera convencerme de esa verdad.

—No se trata de una cuestión de lógica, sino de fe —dijo Mandaka.

—Pero si usted está equivocado...

—Entonces, lo único que ocurrirá es que un hombre infeliz se encaminará a su muerte con un poco de antelación. No es ni una tragedia personal ni cósmica.

Medité en lo que había dicho durante unos instantes y descubrí que no poseía ninguna respuesta, así que permanecimos sentados en silencio unos cuantos minutos más. Finalmente, comenté que empezaba a sentir frío, y Mandaka reunió unas ramas y encendió una pequeña hoguera.

—Acérquese más al fuego, señor Rojas —sugirió, y así lo hice—. ¿Mejor?

—Sí, gracias —repuse, mientras las ramas comenzaban a crepitar y el humo acre asaltaba mi nariz.

— ¿Sabe? —comentó con tono pensativo—, durante incontables eones el hombre se sentó al lado de un fuego como éste, donde preparaba su comida, calentaba su cuerpo y alejaba a los animales de la jungla. Ahora creamos nuestros propios entornos, manufacturamos comida de los desperdicios químicos y matamos a los animales, tanto a los inteligentes como a los que no lo son, que se acercan a nosotros. Nuestros métodos han cambiado, pero me pregunto si nosotros lo hemos hecho.

—Sin lugar a dudas estamos más avanzados —indiqué.

—No es eso lo que he preguntado —replicó—. ¿De verdad existe algo más importante que no pasar frío, no mojarnos y estar bien alimentados? ¿Y es más fácil conseguirlo allí arriba... —con la mano señaló las estrellas que titilaban encima de nuestras cabezas—... que aquí abajo, en la cuna de nuestra especie, al lado de un fuego como éste?

—Debe serlo —comenté—, si no, no estaríamos allí.

—Me preguntó por qué estamos allí.

—Por el desafío.

— ¿Alguna vez existió un hombre que se enfrentara a un desafío mayor que el que tuvo Butamo, el esclavo, aquí mismo hace siete milenios?

Lo pensé y, finalmente, llegué a una respuesta.

—Sí —afirmé—. Usted se enfrenta a un desafío mayor esta noche.

—Si es así, no tuve que ir a las estrellas para ello.

—Tuvo que seguir el rastro del marfil —apunté.

—Entonces, quizá Dios quiso que yo recorriera las estrellas, aunque no fuera más que para comprender que lo que de verdad importa se encuentra aquí.

—Y que está a punto de terminar —dije.

—Y que está a punto de terminar —corroboró.

Miré pensativo el fuego durante un buen rato, contemplando las llamas que parpadeaban bajo la luz moribunda. Nunca antes me había sentado ante una hoguera, y concluí que me gustaba la experiencia.

— ¿Qué cree que le aguarda? —pregunté al fin.

— ¿Una vez que muera?

—Si

Se encogió de hombros.

—No está en mi poder conocerlo todavía.

— ¿La nada? —inquirí.

—Tal vez.

—Entonces, tal vez la nada es lo que encontraron todos los demás miembros de los Maasai.

—O tal vez es lo único que buscan —replicó.

—Si no es la nada, ¿qué?

Lo pensó durante unos momentos.

—Quizá me encuentre de regreso antes de que el elefante muriera, viviendo en armonía con mi entorno.

—Eso a mí no me parece un cielo —comenté.

— ¿No? —preguntó—. Mire a su alrededor, señor Rojas. Por cada mundo que conquistamos, descubrimos mil más. Por cada raza con la que entablamos amistad, destruimos a mil más. Por cada enfermedad que curamos, sucumbimos a mil más. Por cada logro que proclamamos, se nos niegan otros mil. Tal vez su Jardín del Edén no fue un punto de partida, sino un fin en sí mismo.

—He de reconocer que está preparado para morir —indiqué, acercándome al fuego al sentir más frío.

—Todo muere —afirmó—. Por lo menos, mi muerte tendrá un significado.

—Eso espera usted.

—Lo sé.

—Pero, si Sendeyo se equivocó...

—Entonces, aún significará algo —repuso con una sonrisa—. Mire cómo usted intenta convencerme de que no lo haga. —Se detuvo—. Debe de haberle conmovido, y sospecho que nada que usted recuerde le ha conmovido alguna vez.

—Es verdad —admití a regañadientes—. Pero, ¿vale la pena morir por eso?

—No lo sé —respondió Mandaka—. Espero que sí.

—Preferiría no estar conmovido —dije, después de un momento de silencio.

—Yo preferiría que un miembro anterior de mi pueblo hubiera hecho lo que yo debo realizar esta noche —replicó—. Parece que ninguna de nuestras preferencias se verá satisfecha.

—No es justo —señalé.

—La vida casi nunca lo es.

—Localicé el marfil. Cumplí con mi trabajo. Debió haber terminado ahí.

—Jamás podría terminar ahí —anunció—. No para un hombre como usted. Sólo terminará cuando se haya escrito el último capítulo del marfil.

Consideré sus palabras.

—De todas formas, me molesta —dije.

—Durante toda su vida profesional usted ha trabajado con los registros de animales muertos —comentó Mandaka—. Dentro de unas pocas horas yo seré otro más de ellos; entonces, podrá regresar a su vida carente de emociones de investigador —calló un instante—. Mientras tanto, puede pensar en el mismo Elefante del Kilimanjaro.

—Lleva muerto casi ocho mil años —repuse—. ¿Qué hay que pensar?

—Si los Maasai han sido condenados para vagar sin descanso por el vacío, ¿en qué limbo se encontrará él? ¿Está descansando, sin consciencia y feliz, o su alma grita por esa parte de él que usted ha rescatado de los rincones más lejanos de la galaxia? Piense bien en él, señor Rojas... si mi acto no le llevará el descanso eterno a mi pueblo, tal vez su acto le dé paz eterna a la más grande de todas las criaturas.

—Sería reconfortante si fuera capaz de creerlo —dije.

— ¿Pero no lo cree? —Sacudí la cabeza—. Lo siento mucho por usted, señor Rojas —añadió—. Debe de ser trágico creer únicamente en lo que se ve, se mide, se disecciona y se registra.

—Lo siento mucho por usted, señor Mandaka —dije con sinceridad—. Debe de ser incluso más trágico no hacerlo. —Se rió entre dientes; luego, volvió a observar las lejanas llanuras—. ¿Qué ve ahí? —quise saber, escrutando la oscuridad.

—El pasado —contestó—. El presente. Quizá también el futuro.

— ¿Su futuro? —pregunté, sin comprenderle.

Negó con la cabeza.

—Mi futuro fue establecido hace siete milenios, y le queda menos de una hora de duración. ¿Lo ve? —inquirió, señalando el cielo—. La luna ha salido, gorda y bien alimentada, para llamarme antes de que vengan las lluvias.

—No distingo ninguna nube —comenté, observando el cielo.

—Aun así, las lluvias se aproximan —afirmó, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia los trineos de gravedad—. Es hora de comenzar.

Condujo los trineos hacia el reborde que daba a las llanuras, situado a unos doce metros del fuego; luego, depositó con cuidado el marfil sobre el suelo y le ordenó a los trineos que retornaran a su emplazamiento original.

—Realizaré el ritual aquí, de cara a las tierras ancestrales de mi pueblo, donde no hay ninguna rama que bloquee la visión de Dios.

—Creí que Sendeyo había instruido a los Maasai a levantar un altar con el marfil —apunté.

—Se encuentran en la montaña sagrada, que nos fue concedida por Dios —replicó Mandaka—. Yacen sobre Sus hierbas y plantas, Sus ramas y hojas. ¿Qué altar hecho por el hombre podría comparársele? —Sacó de su mochila una red de hierbas tejida a mano, de unos tres metros de largo por uno y medio de ancho—. Esta red — explicó, mientras la situaba entre los colmillos— fue hecha con las hierbas de todos los mundos que el marfil ha visitado. En cualquier caso, todos los que pude localizar.

Cuando terminó de colocarla, se irguió para observar su trabajo; después, reunió unas cuantas ramas secas y una docena de troncos gruesos y los situó en la red.

—Cuando haya muerto —continuó—, cubra mi cuerpo con más ramas y troncos y préndale fuego.

—Si eso es lo que desea —dije.

—Lo es. Y recuerde dispersar mis huesos.

—Lo haré.

—Sé que le resultará desagradable, pero puede consolarse en el hecho de que no sentiré nada.

—He dicho que lo haría, y lo haré.

—Lo sé —replicó Mandaka, —Volvió a mirar el cielo—. Dentro de cinco minutos —anunció.

Mientras alargaba las manos para calentármelas en la hoguera, él se quitó lentamente las ropas hasta que quedó desnudo y orgulloso allí de pie, bajo la difusa luz de la luna que se filtraba a través de las ramas. Luego, de nuevo metió la mano en la mochila y con suavidad sacó el tocado de un león. Después de colocárselo en la cabeza, se puso un collar hecho con las garras de un león y se pasó los minutos siguientes pintándose la cara de blanco.

Finalmente, extrajo un cuchillo largo, de aspecto terrible.

—Perteneció al hermano de Sendeyo, Lenana, el mayor jefe de los Maasai —explicó.

—Es impresionante —comenté sin entusiasmo.

—Queda una última cosa que debo realizar —indicó, acercándose a mí.

— ¿Qué?

Asintió.

—Por favor, extienda su mano hacia mí.

— ¿Por qué?

—Sólo hágalo —ordenó.

Alargué la mano y él la cogió con firmeza con su mano izquierda y me hizo un corte en el pulgar con el cuchillo, que sostenía en la mano derecha.

Emití un gemido de dolor y de sorpresa.

— ¿Qué demonios significa eso? —demandé, apartando mi mano de la de él.

—La ceremonia únicamente la puede llevar a cabo un Maasai —replicó mientras se cortaba su propio pulgar y lo extendía para pegarlo al mío—. Si por alguna razón no consigo dar con un órgano vital, se requerirá de usted que administre el golpe de gracia, por lo que, primero, ha de convertirse en un Maasai. Ésa es la razón por la que nuestra sangre debe unirse y mezclarse.

Presionó su sangrante pulgar contra el mío durante otro momento; luego, asintió y lo quitó.

— ¿Y ahora soy un Maasai? —pregunté, llevándome el pulgar a los labios y chupándolo.

—No —respondió con vigor—. Pero es todo lo Maasai que yo puedo hacerle, y Dios tendrá que comprenderlo. —Me observó un momento—. Usted también debe ayudar.

— ¿Cómo?

—Quítese el pulgar de la boca. Los Maasai despreciamos todo dolor físico.

— ¿Incluyendo el dolor que está a punto de sufrir? —inquirí.

—Haré lo que debe hacerse —contestó—. Pero si demuestro ser demasiado débil...

— ¿Sí?

—Entonces, usted deberá matarme antes de que lance un grito.

— ¡No! —exclamé, retrocediendo hasta que el fuego quedó entre nosotros dos—. ¡Eso no formaba parte del trato!

—Lo sé —corroboró con suavidad—. Y espero que no tenga que realizarlo. —Guardó silencio durante un instante—. Pero usted es mi único amigo, y ahora es mi hermano, y si le parece que estoy a punto de gritar, debe cortarme el cuello antes de que el sonido llegue a mis labios y escape de ellos.

— ¡No puedo hacerlo! —protesté.

Me observó dura y fijamente un buen rato y, finalmente, asintió en gesto de aprobación.

—Usted es mi amigo y mi hermano, y hará lo que sea necesario —afirmó convencido.

Abrí la boca para discutir, pero ya me había dado la espalda y se acercaba al marfil. Se quedó de pie delante de él mucho tiempo, musitando un cántico en una lengua que nunca antes había oído; luego, se tumbó sobre el montón de troncos y ramas, los colmillos

Librodot

enmarcándole en el suelo.

Entonces, comenzó a recitar unos nombres que yo pensé que eran los máximos jefes y los mayores *laibones* de los Maasai. Mientras hablaba, alzó la mano y la luna resplandeció sobre el antiguo cuchillo de Lenana.

— ¡Sendeyo —exclamó al fin, cuando la hoja llegó a la máxima altura—, está hecho! ¡*Fezi Nyupi,* se ha conseguido!

Y bajó el cuchillo y lo hundió en su pecho.

Su cuerpo se puso rígido, la hoja se le cayó de las manos, y sus dedos se cerraron en torno a las dos columnas de marfil. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

Le observé retorcerse de dolor durante otros veinte segundos. Entonces, ya no pude soportarlo más, corrí hacia él y me arrodillé a su lado. Me miró, la cara contraída en una mueca terrible, y trató de forzar una sonrisa en sus labios. Me agaché y dejé que cogiera mi mano, ajeno al dolor cuando sus poderosos dedos se clavaron en mi piel.

Se relajó un instante, en seguida volvió a tensarse y yo recogí el cuchillo, sosteniéndolo fuera de su campo de visión, con la esperanza de que no tuviera que utilizarlo, aunque preparado, en contra de mi voluntad, a ayudarle a cumplir con su extraño destino.

Sus ojos perdieron la concentración y sentí que su apretón comenzaba a debilitarse con cada segundo que pasaba; sin embargo, siguió respirando y a cada rato su cuerpo se arqueaba por el dolor. Entonces, al fin, se relajó por última vez.

—Después de siete milenios, se ha hecho —susurró, y murió.

Luché con la necesidad de vomitar, descubrí que no podía contener la necesidad de llorar y, sollozando aún, le cubrí con ramas y una docena de troncos fuertes y encendí la pira.

Regresé a la hoguera, tiritando, sin dejar de contemplar las llamas que no cesaban de crecer, chamuscando el marco de marfil. De vez en cuando echaba más troncos al fuego, y, al amanecer, no quedaba nada con la excepción de los huesos calcinados de Bukoba Mandaka y el marfil calcinado del Elefante del Kilimanjaro.

Luego, cuando salió el sol, se escuchó un trueno ensordecedor y, de repente, la montaña quedó envuelta por las lluvias. Me puse un par de guantes, me dirigí a los rescoldos crepitantes y empecé a dispersar los huesos de Mandaka tal como él me había indicado.

El diluvio empeoró y me vi obligado a levantar un refugio para protegerme. Continuó durante dos horas más, y cuando cesó, volví a salir al aire frío y puro del Kilimanjaro para terminar la tarea.

No quedaba nada. El reborde sobre el que había yacido su cuerpo se había quebrado, siendo arrastrado por la ladera de la montaña, llevándose con él los huesos y el marfil. Me planté tan cerca del borde como me atreví y miré hacia abajo en busca de algún rastro de ellos, pero lo único que pude ver fue el verde follaje que resplandecía húmedo bajo el sol africano.

Me quedé una hora más donde estaba; después, cargué los trineos de gravedad *y* comencé el descenso por las pendientes del Kilimanjaro.

Undécimo Interludio
(6404 E.G.)

Regresé a mi despacho dos semanas más tarde, luego de realizar una breve visita a mi apartamento. Los dos me resultaron extraños. La oficina me pareció especialmente cargada y agobiante. Le ordené a la computadora que refrescara y despejara el aire, y cuando eso no ayudó en nada, le dije que hiciera transparentes las paredes para que el cuarto quedara inundado de luz.

Entonces, tomé una ducha de aire seco y me puse unas ropas limpias, pedí unas pastas y un café para desayunar y me senté en el sillón.

— ¿Computadora?

— ¿Sí, Duncan Rojas?

—Quiero insertar una nota a pie de página en la Edición Terrestre 409 de *Registros de la Caza Mayor* de la Braxton.

—Esperando...

—Los colmillos del Elefante del Kilimanjaro ya no existen. Se hallaban en Bortai II cuando su sol se convirtió en nova. No queda ningún rastro de ellos.

—Insertada.

—Envíala como un apéndice a todas las bibliotecas y museos.

—Trabajando... hecho.

Me pasé los siguientes minutos poniéndome al día con la correspondencia y echándole un vistazo a diversos informes del personal. Entonces, la puerta se abrió y Hilda Dorian entró en mi despacho.

—Oí que habías vuelto —dijo.

—Llegué ayer por la noche.

—Gracias por llamarme —comentó con tono sarcástico.

—Estaba cansado.

Me lanzó una mirada de absoluta incredulidad.

— ¿Puedo sentarme?

Me encogí de hombros.

—Como quieras.

Le ordenó a una silla que se le acercara y se sentó mientras ésta flotaba encima del suelo.

— ¿Dónde se encuentra tu mentor? —preguntó.

— ¿Mi mentor?

—Mandaka.

—Está muerto.

— ¿En la Tierra? —Asentí—. ¿Lo informaste a las autoridades?

—Sí.

— ¿De qué murió?

—De un ataque al corazón.

— ¿Trajiste el cuerpo para que se le realizara una autopsia?

—No —-repliqué—. No tenía familia, y su último deseo era ser enterrado en la Tierra.

Hilda me lanzó otra mirada de incredulidad comparable a la primera; luego, me observó con gesto pensativo.

—De algún modo, pareces distinto.

— ¿Tú crees?

—Estás más encerrado en ti mismo que de costumbre.

—No me había dado cuenta.

—Y eres más reticente.

—Pregúntame lo que quieras —indiqué.

— ¿Para qué molestarme? —repuso—. Lo único que harías sería mentirme.

— ¿Por qué dices eso? —inquirí sin molestarme en negarlo.

—Duncan, la razón por la que sé que has regresado se debe a que vi lo que le ordenaste a la computadora.

— ¿Que refrescara el aire? —pregunté.

—Que el marfil se había perdido en Bortai cuando el sol se convirtió en nova.

—Oh.

—Creí que me habías mencionado que estaba en Cielo Azul.

—Me equivoqué —afirmé.

—Y fuiste a la Tierra sin el marfil porque tu amigo Mandaka quería visitar su antiguo hogar —concluyó cáusticamente.

—El marfil se ha perdido —dije—. No quiero que nadie vuelva a buscarlo.

— ¿Es una decisión que debes tomar tú?

—No queda nadie para hacerlo —contesté.

— ¿De verdad Mandaka está muerto? —preguntó.

—Está muerto de verdad.

De repente, frunció el ceño.

— ¿Le mataste tú? —inquinó con firmeza.

—No, yo no le maté —respondí—. Pero estaba dispuesto a matarlo.

—No lo comprendo.

—Sé que no.

—Creí que era tu amigo —continuó.

—Lo era —repliqué con franqueza.

Me observó durante un momento; luego, habló con un tono de voz más compasivo.

—Entonces, lo siento mucho por ti, Duncan. Sé lo difícil que te resulta sentirte próximo a alguien. Espero que encuentres a otro amigo.

—Yo también lo espero —mentí.

Hablamos unos pocos minutos más, y le recordé que le debía a Harold y a ella una velada en la ciudad; luego, regresó a su oficina y yo me quedé solo para meditar en la polución de la mañana y ordenar mis emociones.

Sin embargo, las emociones no son como los hechos, y cuanto más intentaba clasificarlas, menos me respondían. Al final, sólo pude llegar a la conclusión de que la empatía era una emoción que más valía dejársela a personas como Hilda, quien la consideraba como una virtud. Yo lo había intentado, descubriendo que era muy incómoda, y tomé la determinación de no volver a experimentarla jamás.

A media tarde, una vez más empecé a sentirme como mi viejo yo. Por la noche, llevé a Harold y a Hilda a Días Antiguos, que servía tanto como restaurante como teatro. Luego, una vez cumplida mi obligación, retorné a la oficina para pasar la noche y traté de autentificar la envergadura de las alas de un Búho Demonio recién muerto. Cuando comencé a sopesar los testimonios contradictorios, todo pensamiento de Mandaka y del marfil habían desaparecido para siempre de mi mente.

Casi había amanecido cuando, finalmente, me quedé dormido.

12

Marfil
(6304 E.G.)

Contemplé el marfil —mi marfil— a medida que caía por las pendientes del poderoso Kilimanjaro, por fin para reunirse con el resto de mi ser debajo del barro y de la tierra... la espera y a había concluido.

Soy muy viejo, y he visto muchas cosas. He visto el interior difuso de una cueva en Belamone XI, y las tormentas que sacuden el mundo alrededor de Athenia. He sido acosado por cazadores, por ladrones y por fanáticos religiosos, por hombres buenos y malos.

Incluso ahora, aunque mi visión se torna borrosa, todavía puedo observar el tapiz de eventos que trajeron a Bukoba Mandaka a la montaña sagrada. Puedo ver a Tembo Laibon aceptando las apuestas y recogiendo su porcentaje; puedo ver a Amin Rashid XIVatravesando las silenciosas calles de Plantagenet II, desdeñando el peligro; puedo ver a Hannibal Sloane estudiándome desde lejos, convirtiendo la tierra en polvo entre sus dedos para comprobar de dónde sopla el viento. Puedo sentir los delicados zarcillos de la alienígena Ojos-de-Fuego imprimiendo la historia de su raza sobre mí, y la piedra irregular de Rakanja mientras me arrancaba el marfil.

Muchos milenios han pasado, y yo siempre he esperado en la cima de mi montaña. He susurrado mi desasosiego a Sendeyo, y a Maasai Laibon, y a Leeyo Nelion, y a Bukoba Mandaka, que murió, arrogante y silencioso, tal como debía hacerlo. Los imperios han surgido y se han derrumbado, se han descubierto planetas, se han colonizado y abandonado; generaciones de hombres han nacido y han muerto, y a través de todo ello yo he sobrevivido.

He visto el nacimiento de estrellas y la muerte de mundos; he observado cómo moría el último de mi especie la muerte solitaria del animal cautivo... y a través de todo ello, he esperado hasta que la odisea llegara a su conclusión.

Y ahora, por fin, el desasosiego ha desaparecido, la soledad se ha desvanecido, la angustia se ha marchado. El tapiz galáctico continúa, pero sin mi, porque en este mismo instante la visión se evapora, los ecos disminuyen, y el olvido hace acto de presencia.

De nuevo estoy completo.

Nota del Autor

Sí, existió de verdad. Aparece reflejado en los *Registros de la Caza Mayor de Rowland Ward.* Sus colmillos se encuentran en la zona de almacenaje que hay debajo del Museo Británico de Historia Natural. Aún existen dos fotografías de ese notable marfil. Sus colmillos fueron registrados y vendidos en subasta en Zanzíbar, en 1898. A pesar de que ninguno se encontró personalmente con él, aparece en las memorias de unos cazadores tan afamados como Karamojo Bell, Denis D. Lyell, T. Murray Smith y el comandante David Enderby Blunt.

En mis dos últimos viajes a África, descubrí que casi todos los viejos cazadores y colonos con los que me encontré lo conocían, y pasé muchas noches fascinantes escuchando sus alocadas y contradictorias especulaciones concernientes a dónde vivió y cómo murió.

De ese material están hechas las leyendas.

M.R.

Librodot